

A. Juan E. Martínez.
Ganador del concurso
sobre las invasiones
Inglesas.

[Handwritten signature]

LA EPOPEYA
DE ARTIGAS

[Handwritten signature]
[Handwritten signature]
[Handwritten signature]

[Handwritten signature]
[Handwritten signature]
Dico Pulido.
8/16/64.



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

Prof. JUAN E. PIVEL DEVOTO

Ministro de Instrucción Pública

MARÍA JULIA ARDAO

Directora Interina del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS

Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA

Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 37

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN
LA EPOPEYA DE ARTIGAS

Tomo I

Preparación del texto a cargo de
JOSÉ PEDRO BARRÁN y BENJAMÍN NAHUM

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

LA EPOPEYA
DE ARTIGAS

Prólogo de
JUAN E. PIVEL DEVOTO

TOMO I

MONTEVIDEO

1963

PROLOGO

I

En la noche del 3 de noviembre de 1931, el cuerpo del poeta Juan Zorrilla de San Martín fue velado en la Plaza Independencia, en el túmulo levantado al pie del monumento a Artigas. Allí permaneció rodeado por el pueblo y las autoridades de la República hasta el momento en que se lo condujo a reposar en el Panteón Nacional, junto a las cenizas del vencedor de Las Piedras.

Zorrilla de San Martín se había hecho acreedor a este homenaje excepcional entre nosotros, que rememoraba a la distancia las exequias de Víctor Hugo bajo el Arco de Triunfo. Para decretar la apotheosis al poeta que con *La Leyenda Patria* había fortalecido la conciencia nacional, al autor que había incorporado a la memoria del pueblo el recuerdo idealizado de la raza aborigen, al tribuno que había interpretado durante más de medio siglo los sentimientos colectivos, predominó, por sobre esos y tantos otros títulos y méritos indiscutidos, un hecho fundamental: con su pluma Zorrilla de San Martín había contribuido a erigir el monumento a Artigas. El era quien había devuelto al pueblo oriental la imagen fiel del caudillo fundador. Antes de que la crítica lo reivindicara de los cargos con que lo había deformado la calumnia, anticipándose a la labor de los eruditos y a las pruebas surgidas de las contribuciones docu-

PROLOGO

mentales, Zorrilla de San Martín había intuido a Artigas como la figura central de nuestra historia.

La Epopeya de Artigas es, de las obras nacidas de su pluma la que trasunta su máximo esfuerzo para rescatar el perfil del héroe. Hay que reconocer que el Presidente Claudio Williman y sus ministros Jacobo Varela Acevedo y Alvaro Guillot al extender el decreto por el que se encomendó a Zorrilla de San Martín la redacción de este libro, procedieron con feliz acierto. Para cumplir tan honroso cometido, Zorrilla de San Martín no tuvo que improvisar una opinión. "Se me ha elegido por que he creído", dijo el poeta en 1910. El artiguismo tenía lejanas raíces en su espíritu. No fue un sentimiento heredado de la tradición familiar, ni una noción adquirida en el medio social y universitario en que se educó.

El artiguismo fue en Zorrilla de San Martín una convicción intuitiva que lo acompañó desde los años juveniles en que dio a conocer los primeros ensayos literarios publicados en *La Estrella de Chile*, que precedieron a su libro inicial de poesías líricas *Notas de un Himno*, editado en Santiago de Chile en 1877. Tenía Zorrilla de San Martín dieciocho años cuando publicó en las páginas de la expresada revista *El Angel de Guabiyú* leyenda nacional en la que se evoca el período de la resistencia opuesta por los orientales acaudillados por Artigas, "padre de su independencia", a la invasión portuguesa. En la costa del río Uruguay, en el paraje denominado la meseta de Artigas en cuyas cercanías estuvo ubicado el pueblo de Purificación, se desarrolla la dramática escena en la que Artigas lucha infructuosamente para imponer su decisión humanitaria contra la crueldad de sus hombres que querían sacrificar la vida de algunos prisioneros.

PROLOGO

neros. Uno de estos desdichados es ejecutado contra la voluntad de Artigas, en presencia de su hija, una niña, el Angel de Guabiyú, y de su mujer que enloquece ante la tragedia y se echa a correr por el bosque. "Artigas, dice el relato, de pie en la cumbre de la meseta, con las manos caídas la una sobre la otra y la barba sobre el pecho, la siguió con la vista hasta que la perdió, no permitió que nadie la siguiese, y dio orden de detener la ejecución y dejar en libertad a los prisioneros. El rastro de una lágrima se notaba en la mejilla del generoso caudillo, cuyo nombre se quiere deprimir muchas veces con más severidad que justicia".

En un ensayo histórico publicado en 1875, *Algunos rasgos característicos de la vida del Dictador don Gaspar Rodríguez de Francia*, volvió a referirse a Artigas en el momento en que se iniciaba para el caudillo la dramática etapa del cautiverio.

"Con más severidad que justicia expresa, reiterando expresiones anteriores, se ha juzgado al primer hombre, al precursor de la independencia uruguaya, y se ha pretendido, aunque no conseguido entre sus conciudadanos, denigrar su memoria; pero quizá con poca detención se habrán estudiado las circunstancias que rodearon su vida. Algunos hechos aislados de crueldad, unidos a la importancia de Artigas, habrán originado falsas ideas acerca de él".

"Entre todos los hombres de la independencia del Plata quizá no haya una figura más noble. El directorio de Buenos Aires más de una vez puso a precio la cabeza de Artigas y no pudiendo ni aun por ese medio doblegarlo se rebajó hasta el punto de enviarle algunos de sus enemigos que se habían entregado al directorio, para que Artigas cebase en ellos su ven-

ganza; pero nuestro héroe tenía el alma mucho más grande y rechazó indignado tan miserable propuesta. Este hecho caracteriza al directorio y al hombre tan injustamente calumniado, que no tuvo otra culpa que amar y defender la independencia de su patria, rechazar siempre las tendencias absorbentes y centralistas de Buenos Aires, y algunos hechos, que si son bárbaros ante el tribunal de la civilización, no lo son tanto, vista la poca cultura de los caudillos de entonces”.

“Si comparamos a Artigas con los demás hombres de su tiempo, tales como Borges en Tucumán, Güemes en Salta, Ramírez en Entre Ríos, Estanislao López, en Santa Fe, se ve claramente que está mucho más alto que casi todos los hombres de su época, y que los cargos contra él dirigidos son injustos”.

“Pero si Artigas fue grande en sus triunfos no lo fue menos en su humillación. En Curuguatí, convertido en humilde labrador, regando la tierra con su sudor, formó su corazón en el crisol del infortunio. Era de ver a aquel anciano de setenta años edificar con su ejemplo a los pobres lugareños y convertirse en padre del desvalido, repartir entre ellos el fruto de su trabajo y muchas veces lo más necesario para su subsistencia, compartir sus alegrías y sus desdichas, y, en una palabra, ser el ángel tutelar de aquellos infelices que veían retratada su providencia en su venerable y rugosa frente”.

“Así se deslizó oscura y silenciosa la vejez de Artigas. La independencia de su patria hizo latir de júbilo su corazón y bajó al sepulcro sin haber querido volver a esa patria que ya libre e independiente le tendía los brazos. Su último suspiro fue su última grandeza”.

PROLOGO

Cuando Zorrilla de San Martín escribió estas páginas la única biografía de Artigas conocida era el muy meritorio esbozo trazado por Isidoro de María, publicado en Gualeguaychú en 1860. El estudio de De María no había destruído la leyenda creada en torno a Artigas por el panfleto de Cavia. José Pedro Pintos en 1856, Francisco Bauzá en 1870, y, más recientemente, Eduardo Acevedo Díaz, habían intentado descorrer el velo de impostura que presentaba a Artigas con caracteres siniestros. Zorrilla de San Martín como Bauzá y Acevedo Díaz, sintió la atracción de su figura y se rebeló contra el juicio irregular que lo había condenado, proclamándolo "primer hombre" y "Precursor de la Independencia Uruguaya". Escasa era su información sobre el personaje cuyos rasgos morales e influencia histórica intuye y presiente acertando en la determinación de las etapas culminantes de su vida.

En el mismo año dio a conocer un tercer ensayo relacionado con la figura de Artigas. Fue publicado en las columnas de *La Democracia* de Montevideo, el 7 de abril de 1875. Ubica el relato en otra etapa trascendental de la existencia de Artigas, como fue la de Purificación en 1815 o la iniciada en 1820 al internarse en el Paraguay. Es el momento en que decide abandonar la vida de aventuras en la que había transcurrido su inquieta mocedad, para abrazar la causa de la autoridad y del orden. El episodio novelado por Zorrilla de San Martín ocurre en un atardecer tormentoso de 1796 en las costas de Maldonado, en un lugar cercano a las Sierras de las Animas, en el que una partida de contrabandistas asalta a un jinete de avanzada edad que por allí pasaba llevando a un pequeño en brazos y en la grupa de su caballo a una

PROLOGO

niña a la que intentan ultrajar. Los atacantes se disponen a ultimar al jinete al que habían apresado, cuando de entre los árboles un hombre montado en un caballo tordo les gritó: “¡Nadie los toque! ¡Nadie los toque! ¡Miserales!” “Este era un hombre prosi-gue, como de treinta y cinco años, de estatura me-diana, de porte varonil, de frente espaciosa, barba y ojos fijos y penetrantes, un alma al par que fiera ge-nerosa”. Y al mismo tiempo que dirigía a sus com-pañeros una mirada de fuego seguía gritando: “¡Mi-serables, yo capitaneaba contrabandistas, y no asesinos cobardes que os ensañaís en un hombre inde-fenso; de hoy más vuestro capitán ya no lo soy”. “La fama de vuestro valor, agregó el capitán, llena la provincia; el gobierno no puede con nosotros, y el Gobernador Bustamante nos ofrece su indulto. He re-suelto ser soldado del Rey. Mañana parto para Mon-tevideo. Los que me sigan serán mis amigos; los que no, tendrán en su antiguo capitán, su más asiduo perseguidor; ahora son todos libres para elegir, se-guros de que no les haré traición”.

El personaje que así hablaba en este episodio ima-ginado por Zorrilla de San Martín, era José Artigas cuya defensa asume de inmediato. “Artigas, que como dice un escritor contemporáneo es una de las primeras figuras históricas de la Revolución Americana en la parte del continente en que figuró, y que según otros fue el Atila americano, era, indudablemente, un gran-de hombre, sin las virtudes que unos le atribuyen, ni los crímenes que otros le imputan”.

“Nació en la provincia de Montevideo en 1758 (reco-ge el error de De María) de una distinguida familia de Zaragoza. Desde sus primeros años reveló ese ca-rácter altanero e independiente al par que generoso

PROLOGO

que distingue al gaucho de las riberas del Plata. No pudo cumplir los veinte años concretado al recinto del hogar, y determinó satisfacer las aspiraciones de su alma capitaneando una partida de contrabandistas, comercio que si no se justifica, se explica en vista de la opresión que en aquel tiempo sufría el legítimo”.

“Poco después del hecho que hemos presenciado, siendo Gobernador de Montevideo Don José Bustamante y Guerra, se creó el famoso cuerpo de Caballería llamado de “Los Blandengues”. El 17 de mayo de 1797 desfilaba por la plaza de Montevideo ese escuadrón en el que figuraba como Ayudante Mayor el valiente Capitán de contrabandistas”. “Así comenzó su carrera el Precursor de la Independencia de la República Oriental del Uruguay Don José Gervasio Artigas”. En este relato Zorrilla de San Martín no rehuyó tratar el tema de la azarosa juventud de Artigas, de la época en que, dejándose llevar por su espíritu de aventura, compartió la vida incierta de los hombres sueltos que en el medio rural se habían rebelado contra las limitaciones del sistema económico viviendo “del trajín del contrabando”. En 1884 Carlos María Ramírez, en una polémica que ha inmortalizado su nombre, al destruir los cargos acumulados contra Artigas demostró, cómo lo había anticipado Zorrilla en su crónica novelada, que la práctica del contrabando, condenable en principio, era una imposición, una resultante, del sistema económico y de la estructura social del coloniaje.

II

En páginas que ya son clásicas Daniel Muñoz y Gustavo Gallinal han narrado el nacimiento de *La Le-*

XIII

yenda Patria. La ceremonia inaugural del monumento a la Declaratoria del 25 de Agosto de 1825 erigido en la ciudad de Florida en la tarde del 19 de mayo de 1879 en la que Zorrilla de San Martín dijo por vez primera el poema que exaltaba la tradición de la Independencia Nacional. La figura y la época de Artigas apenas asoman en los versos de Zorrilla; la hazaña de los Treinta y Tres Orientales y la cruzada libertadora que culminó en la organización institucional, son los motivos históricos fundamentales del poema en el que Zorrilla recogió los ecos del sentimiento que dio vida a la nación independiente. Artigas distaba mucho de que el consenso general le considerara en 1879 un héroe nacional. Por otra parte Zorrilla de San Martín en su poema no se propuso trazar una crónica. Lo ha observado con agudeza el Dr. Eustaquio Tomé, cuando expresa; "el poema no es una crónica ni debe serlo nunca y su percepción de los acontecimientos puede ser fragmentaria, al igual que un cuadro o una sinfonía sólo expresan la faz de las cosas y de los acontecimientos que han impresionado el temperamento peculiar del artista". El propio Dr. Tomé recuerda que Zorrilla de San Martín treintaiocho años después de compuesta *La Leyenda Patria* explicó el porqué de su silencio sobre Artigas en 1879.

"Este pueblo, (el uruguayo) mis amigos, ha ido penetrando en su historia y descubriéndose a sí mismo, en sentido inverso al orden cronológico; de los Treinta y Tres a Artigas; de Artigas a la reconquista de Buenos Aires; de la Reconquista al significado de Montevideo, como metrópoli colonial. Yo mismo, con toda mi generación de la segunda mitad del pasado siglo, abrimos el alma al sentimiento patrio en aquel

período que llamaremos de los Treinta y Tres e Ituzaingó, Artigas se oía, como se siente, entre dos ráfagas de viento, las voces que éste apaga; pero cuando, tras el olvido casi imperceptible, se ensayaba dar el otro paso, el de la renuncia del pasado, que Artigas encarnaba para hacer aceptar a los orientales el carácter de recién nacidos... entonces, un largo toque de clarín o de remota campana llamaba a silencio en nuestra conciencia, y los secretos a medio revelar se encendían como remordimientos”.

“Esta es la razón, amigos porque *La Leyenda Patria* tomó forma musical en el alma del poeta antes que la *Epopéya de Artigas*, sólo esbozada, pero firmemente confesada en las estrofas ingenuas de aquella”.

Este silencio fue interrumpido por la palabra autorizada de Francisco Bauzá, de Clemente Fregeiro, y de Carlos María Ramírez quienes en sus estudios sobre la época de Artigas, el Exodo del Pueblo Oriental y la réplica al *Bosquejo Histórico* del Dr. Francisco Berra, dados a conocer entre los años 1880 y 1883, formaron la opinión de la que se hizo eco el gobierno de Máximo Santos al decretar en 1884 el gran homenaje nacional a la memoria de Artigas. Zorrilla de San Martín dirigía entonces *El Bien Público*. En sus columnas publicó el 23 de setiembre de aquel año un artículo editorial en el que, al referirse a la personalidad de Artigas, dio a conocer sus ideas medulares sobre la concepción de nuestra historia que desarrollaría años más tarde.

“Se ha pronunciado su nombre, dice, y él solo resuena en este momento en nuestros oídos; se van a mover sus cenizas veneradas y en pos de ellas irá

nuestra alma, toda nuestra alma, con todos sus grandes amores y sus grandes entusiasmos”.

“El nombre de Artigas suena en nuestro oído como una evocación solemne, y si él se pronuncia en conmemoración de su muerte, de aquella su muerte acaecida en la memorable aldea de Ibiray; si se nos recuerda a nuestro Héroe decrépito, solo, olvidado, rodeado de algunos infelices de los que fue providencia en la tierra, y sacudido por una de esas agonías grandes como el silencio de una tempestad que nace; entonces una lágrima se desprende de nuestros ojos, un grito de patriotismo brota de nuestros labios y nuestra cabeza se inclina poseída de veneración ante la sombra gigante que se levanta en medio de las desiertas soledades del Paraguay”.

“Artigas es un símbolo; es la encarnación genuina de nuestra patria; es la condensación de todas nuestras tradiciones y nuestras glorias”.

“Sin él no se concibe la patria uruguaya, porque él es la personificación de nuestra genealogía nacional, que se pierde quizás en los esfuerzos instintivos y salvajes de nuestros indomables aborígenes”.

“Con él, la obra de los Treinta y Tres es la consecuencia natural y necesaria de una ley providencial escrita por Dios en nuestro suelo y en las almas de todos los que en ese suelo vieron la luz”.

A continuación expone Zorrilla de San Martín las ideas a que antes aludimos. Las nacionalidades son consecuencia de una ley providencial decretada por Dios. El héroe es el instrumento que ejecuta esa voluntad. “Esa y sólo esa es la ley, el verbo que crea las nacionalidades independientes y soberanas. Nada importa la forma en que esa ley se cumpla; debe cumplirse. Instrumento evidente de quien esa ley di-

vina grabó en nuestro suelo se presenta Artigas, como el Moisés del libro sagrado guiando al pueblo uruguayo a través del desierto, guiándolo por vías providenciales a la consecución de la tierra prometida".

"No vemos en la historia sudamericana una figura más grande que la del hombre de Las Piedras y Guayabos".

"Y esta afirmación la formula nuestro corazón; la formula nuestra cabeza que ha examinado tranquilamente la gran figura de nuestra historia nacional".

"Quién examina detalles para formar esos juicios?"

"Quién examina el proceso de la "guerra a muerte" declarada por Bolívar cuando, como Artigas en marcha hacia el Hervidero, arrastraba en pos de sí cuando marchaba hacia Carabobo, los hombres, las mujeres, los viejos y los niños, el pueblo colombiano entero, en una palabra?"

"Artigas llevaba consigo al pueblo uruguayo tal cual era, tal cual debía ser la levadura de nuestra nacionalidad, la materia prima de nuestro ser característico, la era de transición entre la barbarie y la civilización".

"Eso debía ser nuestra patria; era la arcilla, el barro groseramente modelado sobre el cual debía caer la palabra que habría de infundirle espíritu, personalidad".

"Artigas, sólo Artigas, que había modelado ese barro, podía infundirle el espíritu de nuestra patria, porque sólo él tenía la clarividencia de sus grandes destinos, porque sólo a él le había sido revelado que en aquello estaba el germen de un gran pueblo".

"Allí en aquel campamento se refundían las razas para formarse la raza nueva; allí el último indio entregaba, sin darse cuenta de ello, su espíritu indo-

mable, su instinto salvaje de libertad, a los que debían sucederlo en la tierra en que clavó sus toldos y encendió sus fuegos, ya apagados para siempre”.

“Había llegado el momento de cambiarse los instintos por la idea, sin solución de continuidad; había sonado la hora de cambiar la fórmula ¡*Libertad!* por otra palabra, hija de esa fórmula, pero más inspirada, más comprensiva: ¡*Independencia!*”.

“Artigas pronunció la palabra; la consagró con la sangre, la sostuvo sin cejar jamás, la inoculó en aquel organismo informe congregado a su alrededor. Era el espíritu”.

“El germen estaba fecundado”.

“Artigas ya podía morir; la patria, nuestra patria, había nacido. Entonces el gran hombre murió; murió durante treinta años en el Paraguay. Sus últimos años parecen un desierto plantado de laureles”. “¿Por qué pronunció Artigas la palabra creadora?”

“Por ambición personal, él, que desterrado en Curuguaty vivió miserablemente bajo el poder de un tirano sombrío, y murió después de realizada la completa independencia de su país; él, que rechazó toda clase de proposiciones que lo hubieran encumbrado al primer puesto del Río de la Plata?”

“Por instinto salvaje, él, que supo encontrar la única fórmula, la que hace brotar los pueblos en medio del caos, y que sólo puede ser encontrada por la meditación o el genio?”

“Eso es absurdo: con las doctrinas que se han hecho valer para denigrar a nuestro héroe inmortal, no quedaría en pie una sola de las grandes glorias de la humanidad”.

“No puede mirarse la figura de nuestro Artigas con la cabeza inclinada por las mezquinas preocupaciones;

es necesario levantarla, levantarla mucho, porque sin levantar la cabeza no pueden verse las montañas”.

“Un pueblo que cuenta entre sus tradiciones de gloria con un nombre como el de Artigas, debe conceptuarse un pueblo feliz. Ese solo nombre es un sello indeleble de inmortalidad”.

“El simboliza nuestras cuatro independencias; y si en el cielo de las glorias americanas se quisiera escoger tres estrellas de primera magnitud para formar la constelación gloriosa de nuestro continente, una de esas estrellas brillaría necesariamente en la frente de Artigas, en esa frente formada por la gloria para llevar los laureles de nuestra patria”.

“Fue el espíritu de Artigas el que llevaron al ostracismo después de nuestra caída los hombres que habían de componer más tarde la cifra inmortal de la Agraciada; sin ese espíritu nuestra gran cruzada libertadora no hubiera tenido significado ni consistencia; nuestra patria no tendría ejecutoria, nuestra independencia sería un simple accidente de la guerra, hijo de circunstancias o de conveniencias transitorias”.

“Por eso el pabellón sostenido por Lavalleja era el pabellón de Artigas, la misma bandera tricolor que algunos años antes había guiado a los orientales a la victoria en los campos de Guayabos, bandera de un pueblo y no de una provincia, símbolo de autonomía, de independencia absoluta, de gloria oriental, puramente oriental.

“Con ese pabellón de los Guayabos fuimos a Sarandí; también con él fuimos a Ituzaingó. A la sombra de esa bandera sostenida por Artigas amamantó la gloria a los lugartenientes del Héroe que más tarde habían de invocar su nombre y hacer sentir el sople

de su espíritu a los soldados de Sarandí y las Misiones, de la Agraciada y del Rincón”.

“Esa es nuestra gloriosa genealogía; esas nuestras tradiciones íntegras, inseparables, indivisibles, que es necesario vigorizar en el alma del pueblo uruguayo”.

“De esos recuerdos viven los pueblos grandes, y si se quiere buscar en nuestra patria un nombre que los condense a todos, el patriotismo no puede, no debe vacilar: *Artigas* ha sido y será siempre el primero en el tiempo, en el pensamiento y en la gloria”.

“Toda la patria vivió en su cabeza, la patria toda tiene que inclinarse reverente ante su sepulcro, y levantar su plegaria cristiana por el Héroe que, en un día como hoy, entregó su espíritu al Dios en que siempre creyó; a quien siempre amó y de quien fue instrumento para cumplir el mandato divino que trajo a nuestra patria querida a la vida de los pueblos independientes”.

En esta bella página periodística, que Benjamín Fernández y Medina incorporó con mucho acierto a su *Antología Uruguaya* publicada en 1894, Zorrilla de San Martín anticipó lo fundamental de su pensamiento sobre Artigas. En ella está el germen de *La Epopeya*, escrita un cuarto de siglo después. Su inclinación a idealizar al personaje sin deformar la verdad, a arraigar la figura del héroe en la conciencia popular, le inspiraron poco después, en 1886, el poema *El sueño de Artigas*, emocionada evocación del caudillo proscrito, cuyo espíritu avivaba a la distancia el ansia de libertad del pueblo oriental:

“El viejo duerme, el de la frente cana,
El de una edad de piedra,
El de la frente que formó la patria
Para llevar laureles en la tierra

PROLOGO

La noche del destierro duerme, ARTIGAS...
Duerme sonriendo... sueña!
A su lado, la frente entre las manos,
Está la Gloria que, velando espera.

Espera, cuenta las calladas horas,
Y, al fin, se alza serena,
Sacude al viejo y, señalando al cielo,
"Ya es la hora" le dice, "alza, despierta!"

III

El 12 de octubre de 1902 fue inaugurada en la ciudad de Minas la estatua ecuestre al Gral. Juan Antonio Lavalleja, Jefe de los Treinta y Tres. A cargo de Zorrilla de San Martín estuvo el discurso con que el poeta nacional se asociaba a la consagración del bronce.

La figura de Lavalleja surge esplendente de las frases del tribuno que lo presenta como ejecutor del pensamiento y la voluntad de Artigas, personaje central de esta oración en la que Zorrilla de San Martín desarrolló sus ideas, ya enunciadas en 1884, sobre el origen de las nacionalidades.

"Las patrias, como los mundos, nacen del fondo de los nublados y de las tempestades. Son primeramente una materia cósmica luminosa, un instinto que brota de leyes misteriosas, leyes étnicas, geológicas, sociológicas, históricas, todas ellas emanadas del Supremo Legislador. Son después un hombre, brotado de las entrañas del pueblo y arraigado en ellas, que concentra y que acaudilla esos instintos; son, por fin, una multitud que, empujada por una ley superior a su voluntad, ajusta el ritmo de su alma colectiva al del alma del héroe, afinada a su vez con la divina armonía universal, realiza hazañas legendarias, e impone al fin por la fuerza

su voluntad, órgano inconsciente de la voluntad de Dios”.

“Nuestra patria, señores, la república atlántica subtropical arranca quizá del instinto innato de libertad salvaje de nuestros primitivos aborígenes. Trozo del continente separado de la región tropical por el clima, y segregado también de la región andina por la formación geológica, tenía que ser el núcleo de una nacionalidad independiente. Esa es la armonía”.

Artigas fue el ejecutor de esa voluntad.

“El fue el primero que sintió la ley providencial que decretaba la existencia de una patria independiente en este territorio que bañan el Uruguay, el Plata y el Atlántico; una patria que, siendo subtropical, era al mismo tiempo atlántica. El fue el primero que vio con la clarividencia del que cierra fuertemente los ojos para ver, cómo se desprenden los grandes ríos meridionales de las entrañas de la América, para venir a desembocar en el Plata, formando dos regiones distintas, dos patrias, hermanas pero diferentes, a ambos lados de esos ríos. El comprendió, o más bien dicho, sintió en el fondo de su ser, cómo, por una ley, no sólo sociológica sino también geológica y etnológica, este pedazo de suelo americano tenía que ser el territorio de una Patria independiente. Porque si según las leyes sociológicas, estábamos unidos, por la lengua y las tradiciones españolas, a nuestros hermanos de allende el Plata, que tienen por núcleo geológico el levantamiento de los Andes, según las leyes étnicas pertenecíamos a la formación atlántica del Brasil”.

“Y si estas nos unían etnológicamente a las antiguas posesiones portuguesas, de ellas nos separaban, no sólo las tradiciones de lengua y de costumbres, no

sólo la rivalidad secular de los dos pueblos descubridores, sino también nuestra posición geográfica que nos separa de los dominios del trópico, y nos marca como el núcleo incommovible de los pueblos atlánticos subtropicales de la América Meridional”.

“Si así como los orientales, señores, amamos fieramente nuestra independencia, dejáramos de amarla algún día, tendríamos que sobrellevarla. Seríamos independientes con nuestra voluntad, sin nuestra voluntad, y aun contra nuestra voluntad. Y el oriental que renegara de la independencia de su patria, iría a ocupar el sitio más lóbrego del infierno del Dante: aquel en que residen los que “non hanno speranza di morte”, los que no tienen ni la esperanza de morir”.

“Así sintió a nuestra patria el viejo Artigas: recibió una revelación de lo alto; oyó y cumplió un decreto de Dios”.

El origen y la formación de las nacionalidades aparece en el pensamiento de Zorrilla de San Martín como una idea permanente sobre la que insiste en la oportunidad en que pronuncia sus discursos y conferencias fundamentales. En la dedicada a la personalidad de León XIII, dictada en el mismo año 1902, también se había referido al tema al que asoció como es natural la figura de Artigas.

Las nacionalidades, los estados de conciencias colectivos, surgían según Hegel de una idea; para Taine ese fenómeno estaba sujeto a la influencia del medio; Carlyle lo asociaba a un sentimiento encarnado en el Héroe. Zorrilla de San Martín, después de enumerar, resumir y refutar en parte estas teorías, expresa: “El héroe, dice Carlyle, sostiene y representa la civilización en que está compendiado. El pensador inglés resume, pues, en un hombre todos los elementos dis-

persos que Hegel pretende concentrar en una Ley, y Goethe en una imagen. Aquellos viejos reyes del mar, dice Carlyle, silenciosos y sombríos, que, con los dientes apretados, desafiaban al Océano embravecido y a sus monstruos, y a todos los hombres, y a todas las cosas, ignorando que fuesen especialmente valerosos, son los abuelos de nuestros Blakes, y de nuestros Nelson”.

“Yo no acepto, señores, filosóficamente hablando, esas teorías sobre la influencia del medio, como creadora de una conciencia colectiva. Yo no creo que, haya lo que haya en el medio ambiente, concurren más o menos eficazmente las cosas y los hechos concomitantes a formar una grande idea, ésta ha de presentarse la primera vez *en una conciencia*. Y no hay más conciencia que la de los hombres, la de un hombre. Pero diciendo *transeat* a aquellas interesantes hipótesis, y hasta aceptando la parte de verdad que ellas contienen, y que es la que puede conciliarse con la personalidad y la libertad humanas, y con la absoluta imputabilidad de los actos del ser inteligente y libre, concentrad, señores en un héroe, la idea o fórmula de Hegel, la visión de Goethe, o el sentimiento heroico de Carlyle o de Taine, para formar la idea, el héroe, la imagen o el personaje reinante de la revolución americana; elegid en nuestra América el equivalente de aquellos viejos reyes del mar, abuelos de Nelson, que glorifica el inglés contemporáneo, y que, según él, tienen parte en el gobierno actual de la Inglaterra, buscad el personaje original, clarividente, sin preocupaciones extrañas, en contacto sólo con *las madres* ajeno por completo a la influencia de las grandezas cesaristas, la quinta esencia de estos pueblos recién nacidos a la libertad y no hallaréis en la his-

toria del continente una figura más clásica ni más homérica, que la que ofrece nuestra historia patria. Ese hombre es Artigas, el primer jefe de los orientales; el más calumniado, sin embargo, el más escarnecido de los héroes americanos”.

“Examinad, señores, los rasgos fisonómicos de esa genial figura que proyecta, inmóvil como un mito, sobre el primer resplandor de nuestro patrio sol, y que es, para nosotros, mucho más ciertamente de lo que pueden ser para los ingleses aquellos viejos reyes del mar, que enaltece Carlyle como los abuelos de Nelson y como el Genio de Inglaterra. El viejo Artigas, aunque de origen urbano y patricio, aunque de posición social independiente y de educación y cultura descolantes en su época, fue al pueblo, sólo al pueblo; creyó en él, no desconfió jamás de sus energías, ni de sus virtudes, tuvo fe en la democracia nativa”.

“El rechazó las dádivas y promesas de los poderosos, porque ningún honor, según él mismo lo decía, podía superar al de ser caudillo y conductor de su pueblo heroicamente indigente; él, que pudo haber ocupado las más encumbradas posiciones, obtenido los más altos grados militares, conseguido el mayor predominio, y formado una fortuna personal, fue siempre inaccesible al soborno; se alzó con el pueblo y cayó con el pueblo; vivió libre, en compañía de su visión profética, y murió mendigo, en compañía de un negro soldado de su ejército sacrificado. El, como el Fausto de la leyenda estuvo en contacto con las causas, las visitó en las cavernas oscuras de los sueños, recibió de ellas la llave fantástica; él, acusado y perseguido, no sólo por los extraños, sino también por aquellos de los propios que renegaban del evangelio democrático republicano, huye como la fiera herida

PROLOGO

que lleva entre los dientes a sus cachorros; huye con todo su pueblo, con sus familias, con su miserable patrimonio; huye con la patria auestas, hasta ponerla en lugar seguro, hasta salvarla para la democracia”.

“¡Extraña figura, señores, extraña figura! No en balde ese genial personaje ha desorientado a tantos sociólogos de segunda mano, que sólo han podido distinguir en él las apariencias que lo confunden con los caudillos anárquicos y sangrientos. Es necesario mucho silencio, señores, para entrar en el secreto de los héroes. En nuestra América, no se ha hecho bastante silencio todavía en el sagrado de la historia en que los héroes habitan”.

“Artigas es la lucha del hombre que tiene el pensamiento fijo en la real esencia de las cosas, contra los que lo tienen puesto en las apariencias, como lo dice el mismo Carlyle. Transformar lo accidental en esencial; creer en las viejas fórmulas de organización social como en el único medio de formar la patria, medio sin el cual sólo podía haber desquicio y anarquía interminables, eso fue lo que hicieron los hombres de la revolución que, aunque fueron grandes, no fueron genios. Artigas no fue de esos: fue una intuición, una fe, una fuerza nueva: la fuerza que al fin ha triunfado: la democracia nativa. Por eso no podía fundirse ni confundirse con los demás; describían órbitas distintas. Artigas era centro de nuevo sistema planetario; los otros eran astros, pero astros del antiguo; no concebían más sol que el sol: el rey europeo o incásico. Artigas creyó en el pueblo, en la materia cósmica, más o menos caótica, pero capaz de ser fecundada por la palabra creadora. El la fecundó,

y de su aliento brotó la patria nueva, la patria republicana de nacimiento”.

En el pensamiento de Zorrilla de San Martín las patrias eran un instinto nacido de leyes históricas y sociológicas emanadas de una voluntad suprema; un hombre surgido de la entraña del pueblo acaudillaba esos instintos y luego era la multitud la que, identificando su alma colectiva con el alma del héroe, imponía al fin su voluntad. La revolución americana había tenido un carácter propio. “No fue el desarrollo de una teoría, dice Zorrilla, fue un hecho de dinamismo popular”, protagonizado por las multitudes y por los caudillos como Artigas en quien veía la encarnación más pura del héroe americano.

IV

Raúl Montero Bustamante en *El Parnaso Oriental* publicado en 1905, en la breve noticia biográfica de Zorrilla de San Martín, informó que éste tenía entonces “en preparación su Gran Poema Artigas”. En 1929 refirió Zorrilla: “Me pasó con *La Leyenda* lo que con *La Epopeya de Artigas*. Yo siempre soñé con escribir ésta, y hasta bosquejé algunos versos iniciales; y al fin la escribí en prosa. Tenía que ser”. En armoniosa prosa poética, como lo señaló oportunamente Miguel de Unamuno. De las mejor logradas en nuestra literatura nacional. *La Epopeya de Artigas* fue escrita por encargo del Gobierno de la República entre 1907 y 1909 para ilustrar a los artistas llamados a realizar el Monumento a Artigas que debería erigirse en la ciudad de Montevideo.

Cuando miramos la obra de Zanelli, aunque no lo hubiéramos sabido, habríamos adivinado, junto al es-

cultor, a un poeta invisible, sugiriendo el golpe de buril sobre el bronce inerte.

Alguien, pensáramos, inspiró la fuerza histórica de ese gesto arrogante, de esa alma sin dobleces, poseedora, a la vez, del secreto de la acción y de los sueños.

Sí, seguramente lo habríamos adivinado. Una documentación fría jamás habría bastado para poner a un artista, y a un artista extranjero, en posesión de tantos secretos, de tantos matices de nuestro ser y de nuestra historia. Era necesario que alguien le diese conceptos envueltos en palabras musicales. Alguien que fuese, a la vez, patriota y poeta, capaz de sentir y transmitir emociones. Una voz cordial y humana. Alguien, en fin, como Juan Zorrilla de San Martín.

Para llenar su misión, Zorrilla de San Martín se valió de los estudios realizados en el siglo pasado por De María, Bauzá, Fregeiro, Ramírez, Maeso, de los materiales recopilados por Eduardo Acevedo en los dos primeros tomos de su *Alegato Histórico*, de los trabajos publicados por Lorenzo Barbagelata, de todas las contribuciones documentales a su alcance, de las memorias y relatos de viajeros. Desechó la idea de escribir una obra de erudición respaldada por apéndices documentales, empresa para la cual no le faltaban, por cierto, aptitudes. Después de someter el copioso material reunido a una severa crítica en busca de "la verdad histórica más auténtica y depurada", posó su mirada en los hechos esenciales, en los rasgos definitorios de los personajes y, para que esa verdad no permaneciera "inerte", y sin temor a que su obra fuese calificada obra de ficción — tales sus palabras — se propuso transformar la verdad "en imagen". Y para que los hechos conservaran su frescura originaria los narró y sublimó en el marco ma-

raviloso de la *Epopeya* formada por "los tiempos heroicos de la República Oriental del Uruguay". Zorrilla de San Martín concibió los capítulos de esta obra a la manera de conferencias o lecciones que tienen la espontánea fluidez de una conversación o el tono grandilocuente de un discurso, ya sea cuando refiere los hechos y analiza sus causas, o cuando, al exaltar los valores del personaje y del pueblo que le rodea, quiere llegar al alma del artista cuya presencia imaginaria parece que animara su palabra. Se propuso, dice, por ese medio, hacer llegar la verdad, al corazón de los hombres, valiéndose no tanto de lo que sabía, sino de lo que sentía sobre el personaje histórico al que recreó con el "celestes poder de la belleza".

"Las conferencias de Carlyle *Sobre los Héroes y el Culto del Héroe* fueron para Zorrilla de San Martín un libro de cabecera", ha escrito en su magistral estudio sobre el poeta el Dr. Osvaldo Crispo Acosta. "En ellas — agrega — alimentó y confortó su idealismo trascendental. Estaba ya hecho por su catolicismo a la idea de una acción continua de Dios sobre las cosas humanas; Carlyle con su concepción del heroísmo como actividad superior y reveladora de nuevos destinos en el desenvolvimiento de la humanidad precisó en forma definida y viviente lo que era principio abstracto en Zorrilla de San Martín. El héroe se convirtió a sus ojos en enviado providencial. Por eso no quiere darle explicación humana, histórica, etiológica. Por eso arranca a Artigas a toda influencia de las circunstancias y lo sublima sobre lo pasajero y lo contingente y hace de él un milagro verdadero".

En *La Epopeya de Artigas* insiste Zorrilla de San Martín en su idea sobre la formación de las patrias, de la nuestra subtropical y atlántica, nacida de un

principio vital en un pedazo de tierra “capaz de imponer diferencias étnicas a los seres humanos que en él constituyeron un pueblo”; analiza la opinión de Unamuno que a su tesis del origen divino de las patrias había opuesto la idea de que en América éstas habían surgido del poder hegemónico de las ciudades. “No nació el Uruguay — expresa — porque existía Montevideo; sino que existió Montevideo, y se desarrolló, *con las condiciones requeridas para ser núcleo de civilización*, porque existía el Uruguay, porque el principio vital, complejo, indescifrable, hijo de la madre naturaleza, preexistía en aquella región atlántica subtropical, cuyos habitantes, desde los aborígenes hasta nosotros, han estado y están bajo el influjo misterioso de la tierra, del factor étnico”. “Montevideo no fue el principio vital, agrega, hondo complejo de nuestra patria; pero fue, no hay lugar a duda, uno de sus productos; acaso el más importante”.

El Uruguay no fue un “don de la ganadería”, ni un “hijo del puerto de Montevideo”, agregamos nosotros, sino la resultante de la conjunción de factores geográficos, sociales, económicos y políticos. Zorrilla de San Martín demuestra cómo por Artigas llegamos los orientales a la “causa generatriz de nuestra patria”; el caudillo fue “la revelación, en carne de hombre en una conciencia humana, de una misión divina, confiada, por alguna razón recóndita, a este nuestro pueblo atlántico”; el caudillo fue quien modeló el sentimiento colectivo de nuestro pueblo y su conciencia orientalista, “amasando la patria con el limo de la tierra, con el sagrado fango”, infundiéndole un espíritu y una fe inextinguible en su destino.

La interpretación que Zorrilla de San Martín hace del caudillismo se confunde con sus certeras aprecia-

ciones sobre el carácter del movimiento emancipador de 1810 y del sentimiento autonomista. "La revolución de América no fue remedo de ninguna otra", expresa; "fue completamente original en su esencia. Si la influencia en ella de los letrados o profesionales no hubiera sido accidental, el movimiento de 1810 hubiera sido humo de pajas". La revolución la hicieron las masas populares calificadas de anarquistas por los representantes de las clases cultas. "Cuando esta nuestra historia americana — dice Zorrilla de San Martín en uno de los pasajes de esta obra — deje de ser una crónica documentada y cobre el carácter que le corresponde de biología sociológica, el menos avisado advertirá en ella la repetición de los fenómenos de todas las grandes revoluciones; el de la inglesa de 1688; el de la francesa de 1789; el que ofrecerá la económica o social que va a presenciar el siglo XX: la resistencia a reconocer el nuevo agente de vida, a despreciarlo".

Su alta y madura capacidad de comprensión de los fenómenos históricos le permite explicar la actitud de los "togados o no togados", que combatieron con malas armas a los caudillos. "Lo que ellos creían parecía verdad, dice, y acaso nosotros mismos, los académicos de hoy, lo hubiéramos juzgado así; acaso hubiéramos negado a Artigas nuestra fe". Zorrilla de San Martín describe los rasgos y los sentimientos de esas masas populares que despertaran la adversión de los dirigentes ideológicos. "Sí, estoy conforme: el pueblo americano de nuestros campos (y casi todo era campo en nuestra América) era una masa caótica, un embrión que, como todos los embriones, ofrecía muchos aspectos repulsivos; era un pueblo casi nómada en su gran parte; la idea de propiedad parecía inci-

piente; el hombre se emancipaba de sus padres en la adolescencia; montaba su caballo sin domar y comía la res salvaje sin dueño; la familia, unidad social, era rudimentaria; el vínculo político muy frágil; el hombre se hacía justicia por su propia mano; la idea de libertad se asemejaba al instinto del avestruz o del pájaro; el barro y la paja de las cañadas eran los solos materiales de construcción. La falta de centros urbanos tornaba difícil la acción de la autoridad: el hombre no dependía sino de Dios y de su lanza, en aquellos inmensos horizontes; parecía casi insensible al padecimiento; luchaba con las fieras; se ocultaba en los bosques y cañaverales; aguzaba sus sentidos, el oído, la vista; atisbaba desde la copa del ombú; moría sin sorpresa. La descripción de este cuadro se ha hecho muchas veces, con los colores más vivos, por los sociólogos enemigos de nuestros campeones primitivos principalmente. El Facundo de Sarmiento, inspirado en esa idea, ha sido el libro clásico del Río de la Plata. En él, frente al cuadro de la barbarie, se nos presenta el de la civilización, simbolizada en "el frac de corte francés" que se vestía en Buenos Aires, como un supremo contraste".

Pero a continuación subraya: "Nada hay más brutal que un hecho, y el hecho es que eso, *que parecía la verdad, no era la verdad*; el hecho brutal es que *esa masa caótica, con defectos étnicos y atávicos, y todo lo que queráis; ese pueblo que parecía incapaz de ser núcleo cósmico, no era incapaz de serlo; estaban allí los filamentos de la nueva piel* que sólo el genio autóctono percibía y apreciaba".

Si tuviéramos, que no tenemos, ciertamente, el derecho a cambiar el título, diríamos que esta obra inspiradora no debiera llamarse *La Epopeya de*

Artigas, sino *La Epopeya del Pueblo Oriental*. Porque, en esencia, el trozo de historia que Zorrilla narra en ella y que los artistas hicieron vivir en bronce, se refiere a esto: cómo un conglomerado disperso se transformó en una colectividad consciente de su ser, cómo se afirmó en gestos inolvidables y originales bajo la palabra de un taumaturgo que formó su conciencia política; en fin, cómo nació la Nacionalidad Oriental.

En *La Epopeya de Artigas* pueden discernirse planos diferentes. Diríase a manera de una pirámide, coronada en lo alto por la figura del héroe, tal como nos la da la visión de la obra plástica.

Hay, en primer lugar un suelo patrio, un escenario natural; después, un protagonista individual; luego, un pueblo entero y por encima, Artigas, jefe y conductor, el que, según sus propias expresiones, vino a "infundir vida política" a su pueblo.

La evocación del solar nativo tiene una dulzura virgiliana. Como el gran poeta paduano cuyos versos cita, Zorrilla de San Martín siente "las lágrimas en las cosas". "Sunt lacrimae in rerum". Por que el medio ambiente, para nuestro poeta, no tiene, de ningún modo, el carácter determinista tan estéril y tan frío, de Taine. No es una explicación lo que nos da Zorrilla de San Martín, al enseñarnos el marco natural de nuestra historia. Es simplemente mostrar el escenario en que transcurre, que puede influir, pero no en forma decisiva y mensurable, como lo pretende el positivismo.

Sin majestuosidades, sin pavores, el suelo patrio, invitación al goce inconmensurable del espacio, ha sido seguramente el más apropiado para un ser que, como el gaucho, tenía ansia congénita de libertad. A ambos, a la patria y al hombre, los une el poeta en un cálido homenaje de amor en esta hermosa página:

PROLOGO

“Ese hijo de la naturaleza, con ser un primitivo, un inconsciente, no fue la plebe antigua, el siervo de la gleba poseído por la tierra; no fue el vasallo que debía tributo a su señor; por eso la esclavitud, en la América española, desapareció con la dominación colonial. Sus defectos, porque no pudo menos de tenerlos, fueron los inherentes a su excelsa cualidad. Seguirá al caudillo; pero no como la mesnada a los ricos hombres o señores feudales; no porque le da el pan o librea con escudo señorial, sino como soldado voluntario, porque ofrece un empleo a su prurito de libertad y hasta le hace sentir la dignidad de una vaga misión surgente en su nebulosa subconciencia. Y es en esta subconciencia de los pueblos donde, como las semillas en el misterio de la tierra, germinan las apariciones de la historia”.

“Hoy, al ascender Artigas en la historia heroica, sale con él por la puerta de las visiones estéticas, esa su primitiva guardia de caballeros, vestida de sus harapos. Glorificado y transfigurado por la muerte, aparece aquel hijo ambulante y sin codicias de la soledad y del desierto, pan ácimo de sangre que comió nuestra victoria y vino nuevo que bebió para ser diosa; soldado, holocausto, desnudo y altivo cortesano del rey futuro”.

“Yo quiero que sintáis y que améis y que saludéis conmigo, mis buenos artistas, a ese pobre gauchito de mi tierra”.

Y estos gauchos sueltos, que vivían dispersos, sin sentido de unidad política, ni siquiera de ley ni de orden, se convirtieron, en la jornada memorable del Exodo en un pueblo, en una nación, es decir, en una conciencia colectiva, con sentido de solidaridad futura. Artigas hizo posible ese milagro.

Zorrilla de San Martín comprendió e hizo comprender muy bien la influencia del pueblo y la obra del caudillo. Allí donde no le alcanzó la erudición histórica compensó esta carencia con la intuición poética, con ese don de algunos seres, de compenetrarse con los que aman y, más aún, si los aman en la alta zona de la creación estética.

Sin duda, estudios posteriores han alterado algo los rasgos esenciales del personaje. Hoy valoramos mucho más, el entronque hispánico del pensamiento y, sobre todo, del espíritu de Artigas, de quien Zorrilla se adelantó a decir que era "el más español de los héroes americanos". Lo ubicamos como un personaje del medioevo español, o, para ser más exactos, del medioevo aragonés. Su sentido de los pactos, de los fueros; la insistencia en buscar garantías políticas; la arrogancia con que defiende la libertad en el cruce de todos los caminos; el sentimiento de amparo que tiene frente a todos los que buscan su doctrina, todo nos hace ver en él algo así como un Justicia Mayor trasplantado a suelo americano. Por supuesto que estas reservas no quitan mérito a la visión de Zorrilla de San Martín. El consiguió dar como nadie, la estatura del personaje y las fases esenciales de su trascendental misión.

Pero, hizo algo más aún: al empezar la obra, el poeta nos indica que la visión de Artigas va a quedar inconclusa, dice: "Os equivocaría si vieráis en él, un soldado, una batalla, un grito, un ejecutor. Artigas, oh hermanos, ha sido un enigma, fue un silencio, un enorme silencio. Se ha dicho que el silencio y el reposo son el estado divino, porque toda palabra y todo gesto son pasajeros".

Y, efectivamente, así lo sentimos todos.

Hay en Artigas algo que no se deja apresar, una porción de su ser recóndita e inalcanzable.

Quizás el silencio del campo que lo rodeó, quizás la porción de soledad a que quedan condenados irremisiblemente los que se han adelantado a su tiempo, cortaron la exhuberancia de su gesto y de su palabra.

Esta sugestión con que Zorrilla de San Martín nos invita a entrar en su obra, ¡y qué acierto de estética y de verdad histórica es!, ya no nos abandona. Cerramos el libro y ante nosotros tenemos un rostro de hombre que avista la lejanía, solitario e insatisfecho.

Desde luego, el escultor no puede expresar este gran silencio, este espacio vacío. ¡Ventaja suprema de la poesía, sólo compartida por la música, ventaja de la palabra alada y sin límites, que puede tender entre el poeta y el lector la magia infinita de la sugestión y del ensueño!

El artista plástico sólo podía representar a Artigas como lo hizo: enhiesto, seguro, en la hora de la plenitud y de la gloria, mostrando el camino al pueblo en armas que lo seguía y lo amaba.

No de otro modo creó Miguel Angel su Moisés. Ante nuestros ojos lo representó como jefe de peregrinaje, legislador, profeta, conductor de celo y exigencia. Pero no pudo ponerle en los ojos, junto con todo eso, la nostalgia de la Tierra Prometida, que había perdido para siempre. La nostalgia que un día otro poeta del dolor, Alfredo de Vigny, habría de recoger en versos inmortales.

V

Desde 1910, año en que fue publicada *La Epopeya de Artigas*, hasta su muerte, diríase que Juan Zorrilla

de San Martín vivió para velar por la gloria de Artigas, para exaltar en todas las conmemoraciones el culto de las grandes tradiciones nacionales. A cada una de ellas dejó asociado su nombre en oportunidad de erigirse las piedras o el bronce recordatorio. En 1879 había recitado en Florida *La Leyenda Patria* al pie del monumento a la Declaratoria de la Independencia; en 1902, luego de inspirar al escultor, que modeló la estatua, había dicho en Minas el panegírico a Lavalleja; su elocuencia vibró en 1911 al descubrirse el obelisco a la batalla de Las Piedras.

Con persuasivo acento polémico escribió entre 1915 y 1916, mientras preparaba la segunda y definitiva edición de *La Epopeya de Artigas*, sedudas y hermosas páginas en defensa del prócer que recogió luego en su libro *Detalles de la Historia Rioplatense*. Zorrilla de San Martín tuvo una noción muy clara de su altísimo cometido de poeta-historiador y guardián de los valores morales del pasado. Al prologar *Las Instrucciones del Año XIII* de Héctor Miranda había dicho que el objeto de la Historia era formar el patriotismo, el sentimiento *racional* de amor a la patria. "Debe entenderse por Patria, ante todo y sobre todo — expresó — una comunidad de imágenes, de recuerdos, de emociones entre los habitantes de una región determinada de la tierra, que constituye una pasión o pujante sentimiento, germen de virtudes. Y es esa la misión del historiador, o no tiene ninguna. No es tanto la de enseñar, cuanto la de *infundir* ese sentimiento racional. Si logra llenar esa misión, el historiador artista será incluido, como el poeta, entre los fundadores de la Patria. Se ha dicho que la lactancia es la continuación de la obra de la generación. La Historia hermana de la Poesía, es la

lactancia de los pueblos; continúa la obra generatriz de los héroes”.

Pudo considerar coronada la misión que le había ganado el título de uno de los fundadores, el 28 de febrero de 1923 día en el que, sobre “el alto promontorio” en que estuvo asentada la Ciudadela de Montevideo, fue inaugurado el monumento a Artigas. Ese día memorable, el poeta llamado alguna vez cordero, dijo con la fe de un antiguo creyente: “Soy el viejo rapsoda que recitaba al pueblo griego los poemas homéricos mediante el salario de un cordero. La gloria es la tradición, la permanencia del yo nacional a través del tiempo. La tradición es la conversación de un viejo con un niño a la sombra de un árbol... Estamos a la del que tiene cien años; estamos a la sombra. Sigo mi dios interior... entusiasmo... en theos. Todos lo tenéis en vuestras entrañas, señores, todos, el dios desconocido. Sólo Dios lo llena todo, y lo compenetra, y lo sostiene. Yo no os diría la verdad, toda mi verdad, que os debo en esta hora de sol, si no os dijera que es eso lo que está vibrando en mi alma, en mi silencio, en las lejanías a que os he conducido; en las infinitas lejanías: mi acción de gracias a Dios, porque me ha permitido ver llegar este día, que he esperado la vida entera; toda ella, lo mejor de mis horas y de mi sangre está fundido en ese bronce sacro, y quisiera ahora resonar, como bronce, en las palabras de mi boca”.

Juan E. Pivel Devoto.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

Nació en Montevideo el 28 de diciembre de 1855, hijo de Juan Manuel Zorrilla de San Martín y de Alejandrina del Pozo. Entre 1865 y 1873 cursa estudios en Santa Fe y Montevideo. En 1877 se licencia en Leyes y Ciencias Políticas en Chile. Hacia 1872 se inicia en la literatura. Más tarde escribe en "La Estrella de Chile", y publica *Notas de un himno* (1877).

Regresa a Montevideo en 1878, contrae matrimonio con Elvira Blanco e ingresa en la magistratura. Obtiene la Cátedra de Literatura de la Universidad. Funda y dirige: "El Bien Público". En 1879, da a conocer el poema *La leyenda patria* en la inauguración del Monumento a la Independencia (Florida).

Bajo el gobierno de Santos, es perseguido por su actividad periodística. Emigra a Buenos Aires en 1885 y participa en los preparativos de la Revolución del Quebracho. Enviada en 1887 y regresa a Montevideo. Es elegido diputado para la XVI Legislatura (1888 - 1891). Publica en 1888 el poema *Tabaré*, del cual había hecho conocer fragmentos en 1883 y 1886. En 1889 contrae segundas nupcias con Concepción Blanco.

En 1891 es designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante España y Portugal. Con igual jerarquía pasa en 1894 a la Legación de París y desempeña en 1897 una misión especial ante la Santa Sede. Separado de su cargo bajo Cuestas, regresa a Montevideo en 1898. Reasume la dirección de "El Bien", publica *Huerto cerrado* (1900), y dicta la Cátedra de Derecho Internacional Público hasta 1904.

Nombrado Jefe de Emisión del Banco de la República en 1903, en él actúa desde 1905 como Delegado del Gobierno. Este año abandona la dirección de "El Bien", y ocupa la Cátedra de Teoría del Arte en la Facultad de Matemáticas. En 1907, el Gobierno le encarga una memoria sobre la personalidad de Artigas, la cual se convirtió en *La epopeya de Artigas*. (1910).

En 1916 es electo para la Convención General Constituyente, representando a la Unión Cívica. Publica *Detalles de la historia rioplatense* (1917) y *El sermón de la paz* (1924). En 1925 se le tributa un homenaje nacional. Edita en 1928, *El libro de Ruth* y fallece en Montevideo el 3 de noviembre de 1931.

Fuera de los títulos mencionados, Zorrilla de San Martín publicó en vida las siguientes obras: *El Bien Público. Diario Católico* (Mont. 1878); *¡Jesuitas! por Paul Feval y ¡Jesuitas! por Juan Zorrilla de San Martín* (Mont. 1879); *Ofelia* (Mont. 1880); *Descubrimiento y conquista del Río de la Plata* (Madrid, 1892); *Resonancias del Camino* (París, 1896); *Conferencias y discursos* (Mont. 1906); *Discurso del Monumento* (Mont. 1923); *Hispano americanismo* (Mont. 1925); *Obras completas* (Mont. 1930). Luego de su muerte han aparecido: *Las Américas* (Mont. 1945); *Maris Stella* (Mont. 1951) y *Discursos, artículos y notas de Derecho Internacional Público* (Mont. 1955).

CRITERIO DE LA EDICION

La Epopeya de Artigas se publica por cuarta vez siendo las ediciones anteriores: la primera realizada en Montevideo, 1910, por Barreiro y Ramos, en 2 volúmenes. La segunda efectuada en Barcelona, por Luis Gili en 1916 y 1917, corregida y ampliada por el autor, también en 2 volúmenes. La tercera hecha en Montevideo, 1930, Imprenta Nacional Colorada, 5 volúmenes, del 6º al 10º de las *Obras Completas* del autor.

La presente edición, sigue fielmente la última de las citadas, incluso manteniendo la ortografía que el autor da a ciertos nombres propios. Se han suprimido solamente dos breves notas de Alejandro Gallinal la una y de Zorrilla de San Martín la otra, que explican el origen de la edición realizada por el Banco de la República.

**LA EPOPEYA
DE ARTIGAS**

ORIGEN DE ESTE LIBRO

MINISTERIO
DE
RELACIONES EXTERIORES

Montevideo, mayo 10 de 1907.

Considerando:

1º Que honrar a los héroes sirve, a un tiempo, de premio, de estímulo y de ejemplo,

2º Que es un anhelo del alma nacional el pensamiento de levantar una estatua al GENERAL ARTIGAS, libertador y mártir, héroe por la abnegación, por el denuedo y por el infortunio;

3º Que no es posible retardar por más tiempo el advenimiento del día en que, según dijera el DOCTOR CARLOS MARIA RAMIREZ, los niños, el ejército y el pueblo se inclinarán ante la estatua del gran calumniado de la Historia de América, del héroe infortunado cuya póstuma glorificación ha de ser perdurable estímulo de las abnegaciones patrióticas, que solo

reciben de sus contemporáneos la ingratitude, el insulto y el martirio;

4º Lo dispuesto en la LEY DE 5 DE JULIO DE 1883, y en el inciso E del artículo 1º de la LEY DE 23 DE MARZO DE 1906;

El Presidente de la República

DECRETA.

Artículo 1º Erijase en la plaza de la Independencia un monumento a la inmortal memoria del GENERAL JOSE ARTIGAS, precursor de la nacionalidad oriental, prócer insigne de la emancipación americana

Artículo 2º Llámese a concurso para la presentación de bocetos, al que podrán concurrir los escultores uruguayos y extranjeros que lo deseen, instituyéndose dos premios en dinero, el primero de dos mil pesos, y el segundo de mil. Con el propósito de asegurar la concurrencia de escultores de fama mundial, se pedirán bocetos a cuatro grandes artistas, abonándoseles por cada uno de ellos, embalado en el taller, la suma de mil doscientos pesos

Artículo 3º Cuando todos los bocetos se encuentren en Montevideo, se nombrará un jurado, compuesto de personas competentes, encargado de determinar cuál deberá aceptarse

Artículo 4º Designase al DOCTOR JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN para que, de acuerdo con las instrucciones del GOBIERNO, prepare una Memoria sobre la personalidad del GENERAL ARTIGAS, y los datos documentarios y gráficos que puedan necesitar los artistas.

Artículo 5º Solicítese por el MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES el concurso de los escultores. fórmulense las bases correspondientes, hágase saber a quienes corresponda y publíquese.

WILLIMAN

ALVARO GUILLOT — JACOBO VARELA ACEVEDO

MINISTERIO
DE
RELACIONES EXTERIORES

Montevideo, mayo 16 de 1907.

Remito a usted copia del Decreto por el cual el Gobierno resuelve erigir una estatua al General Artigas, y lo designa a usted para preparar una Memoria sobre dicha personalidad, y los datos documentarios y gráficos que puedan necesitar los escultores.

Confianto en que usted prestará al Gobierno, y al País, el concurso de su notorio buen gusto y preparación en historia y en artes, aceptando la honrosa distinción de que se la hecho objeto, aprovecha la oportunidad para saludarle atentamente.

JACOBO VARELA ACEVEDO

Al doctor don Juan Zorrilla de San Martín.

Montevideo, 27 de mayo de 1907.

Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores,
doctor don Jacobo Varela Acevedo.

Señor Ministro:

Con satisfacción sólo comparable al temor que me infunde la desproporción entre mis fuerzas y la magnitud de la honrosa tarea que se me confía, acepto agradecido la de dar a los artistas, de acuerdo con las instrucciones del Gobierno, el canon del monumento que se levantará, por fin, en Montevideo, a nuestro grande Artigas.

Quiera V. E. hacerse intérprete de mi gratitud ante el señor Presidente de la República, por el que considero el más alto honor que pudiera discernírseme como ciudadano, y díguese aceptar también V. E., personalmente, las protestas de ese mi cordial reconocimiento, con las muy afectuosas de mi grande estimación.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Montevideo, marzo 1º de 1912.

A la Asamblea General:

Por decreto de 16 de mayo de 1907, el Gobierno confió al doctor Juan Zorrilla de San Martín el encargo de redactar una Memoria sobre la personalidad del General Artigas, con motivo del concurso promovido para su monumento.

El doctor Zorrilla de San Martín cumplió el encargo, escribiendo una obra que la crítica nacional y extranjera han consagrado como completo y brillante estudio sobre el fundador de la nacionalidad uruguaya.

El Gobierno considera que esa Memoria sale de las proporciones de una Memoria común, y merece la retribución que le ha fijado, no tanto teniendo en cuenta precisamente su valor absoluto, sino para dar al autor una recompensa por el tiempo que le dedicó, substrayéndolo a otras ocupaciones reproductivas.

En consecuencia, el Poder Ejecutivo pide a V. H. la autorización para poder disponer de la suma de cinco mil pesos, que el Gobierno ha creído oportuno asignar al doctor Zorrilla de San Martín, según el adjunto proyecto de Ley.

Saludo a V. H. con la mayor consideración,

BATLLE Y ORDOÑEZ

JOSE ROMEU

Montevideo, 24 de abril de 1912

Señor:

El Poder Ejecutivo ha puesto el "Cúmplase" a la siguiente Ley:

"PODER EJECUTIVO

El Senado y la Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General, decretan:

Artículo 1º Autorízase al Poder Ejecutivo para entregar al doctor Zorrilla de San Martín la cantidad de cinco mil pesos, por la obra sobre Artigas que escribió en cumplimiento del encargo que le confiara el Gobierno por decreto de 16 de mayo de 1907.

Artículo 2º La expresada suma se imputará a gastos generales.

Artículo 3º Comuníquese, etc.

Sala de Sesiones de la Honorable Cámara de Representantes, en Montevideo, a 16 de abril de 1912.

EUGENIO LAGARMILLA
Presidente

M CLAVELLI
Secretario"

Saludo a usted atentamente,

A. ROMEU
Oficial Mayor

Al doctor don Juan Zorrilla de San Martín

CARTA CONFIDENCIAL

AL SEÑOR MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES.

Mi estimado señor Ministro:

Tras largo pensar en la mejor forma, y más adecuada, de preparar mi Memoria sobre la personalidad de Artigas, y ofrecer a los escultores los datos gráficos a que se refiere el decreto de 10 de mayo de 1907, llegué a persuadirme de que, en vez de redactar un cuaderno de informaciones, libro documentado, o cosa por ese estilo, era mejor que yo hablase directamente con los artistas a quienes debo instruir, y, sobre todo, inspirar.

El signo escrito, así fuere el más expresivo, nunca lo es tanto como la viva voz. Esta consiente una discreta familiaridad que juzgo muy propicia a la transmisión de la enseñanza, pues se compadece con alguna difusión o insistencia en los conceptos esenciales, que, si grave defecto en lo escrito, no lo es tanto, me parece, y hasta puede constituir una cualidad en lo hablado. Por otra parte, la afectuosa conversación, bien que fácil y sencilla, es susceptible de aquella dignidad que, según Emerson, pertenece a los objetos naturales, y que no se halla en los artificiales, mantiene la atención sobre los asuntos más serios y difíciles, y, con el calor del aliento personal, transmite, como ningún otro signo humano, la emoción estética.

Si usted comparte mi opinión, le ruego quiera recorrer estos apuntes, que pongo en sus manos, en

cumplimiento de la tarea que sobre mí he tomado. Eso es, palabra más, palabra menos, lo que yo diré a los artistas, si usted juzga que es eso lo que más conviene inculcarles o sugerirles.

He cuidado, ante todo y sobre todo, como usted lo advertirá, de decir la verdad histórica más auténtica y depurada; pero, no echando en olvido el objeto que debo perseguir, he procurado que la verdad no permanezca inerte, como materia amorfa, en el entendimiento de mis oyentes, sino que, penetrando en la interna sensibilidad, se transforme en IMAGEN y, llegando con ésta hasta el corazón, despierte en él SENTIMIENTOS Y EMOCIONES. Que son éstas las que reciben forma o expresión, en el proceso psicológico, que todos conocemos, de la creación estética.

No creo que deba preocuparme más de lo justo el temor de que, por ello, me moteje alguno de POETA, y, por ende, califique esta mi obra de mera fábula o ficción. Nada fuera más hacedero que conjurar ese peligro. con no hacer uso sino de los vocablos y frases impersonales, y de una sola pieza, del dialecto o ARGOT profesional, sin omitir algunos apéndices con documentos. mi obra resultaría verdaderamente venerable y seria, porque nadie la leería, si ya no fuese algún investigador paciente.

Pero yo he debido despojarme de todo respeto humano, y, al darme a mí mismo la libertad, dar a los otros lo que más tienen derecho a exigirme en este caso, y es lo más serio y respetable que hay en el mundo: la sinceridad.

Todos o casi todos sabemos que no es cierto que la verdad muera o se destruya por ser colocada en el corazón de los hombres, bien así como no se aniquila la semilla por ser depositada en el de la tierra. Pre-

cisamente es ese, y no otro, el destino de ambas, el de la verdad y el de la simiente transformarse, en su entrañable abrazo con el alma o con la tierra, dar flores y frutos en ésta; despertar pasiones y prácticas virtudes en aquélla.

Por ley de nuestra humana naturaleza, la percepción de la verdad va siempre acompañada del deseo (tanto más vivo cuanto aquella percepción es más intensa y clara) de hacerla prevalecer. Y hacer prevalecer la verdad no es otra cosa, si bien se mira, que convertirla, no tanto en simple noticia o término de conocimiento, cuanto en objeto de amor y en motor de la humana voluntad.

En estos, y otros análogos razonamientos, se fundan los que sostienen que la finalidad primordial de la historia de los pueblos no es otra que la formación del patriotismo, es decir, del sentimiento RACIONAL de amor a la patria y el culto de sus héroes

Y si ese debe ser el objeto práctico de la historia en general, ¿qué mucho que lo persiga la que narra y comenta los pasados hechos para mover precisamente la facultad creadora de un artista, y sugerirle un patriótico monumento?

Ahora bien, sólo hay un recurso, según se me alcanza. para llegar, con la verdad triunfante, hasta la fantasía o el corazón de los humanos. el celeste poder de la belleza. VIS SUPERBA FORMAE

¡La belleza! ¡La divina Armonía! Yo la he llamado en mi auxilio, y ojalá que no en vano, al dictar estas lecciones. Hube de buscarla, inconscientemente primero, al sólo predisponer mi espíritu al estudio, por aquello de que quien vio una vez a Helena no puede vivir sin ella; pero he recurrido también, y muy especialmente, al amparo de la potente diosa, para no

defraudar la esperanza de los que han creído que yo podría transmitir a otros corazones la pasión de la patria reflejada en el mío, con respecto al héroe cuyo monumento vamos a erigir.

Porque debo manifestar aquí esa ingenua convicción Usted me dice, en su comunicación oficial, que he sido designado para la tarea que sobre mí he tomado, a causa de una preparación en historia y en artes que generosamente me atribuye. Va a permitirme un cuasi desacato. No, no es esa la causa principal, o mucho me equivoco, de la ventura que me ha cabido en suerte: nuestra historia está escrita, y bien escrita y documentada, en cuanto a la preparación en artes, debemos suponer que los artistas la tienen tanto o mas que yo.

Lo que acaso faltaba, para inspirar a éstos el monumento, era una fórmula, no sólo veraz, sino imaginativa y pasional, de nuestra fe cívica; la expresión, no tanto de lo que sabemos o conocemos, cuanto de lo que sentimos y amamos los orientales en nuestra historia

Me parece que fue la esperanza de que pudiera ser yo el rapsoda de aquella fe, el móvil del artículo 4º del decreto de 10 de mayo de 1907. Se me ha elegido porque he creído; porque mi vida entera ha sido una constante comunión, instintiva al principio, reflexiva y científica después, con los fieles del triunfante dogma cívico que en ese hombre Artigas, a quien usted llama, y no sin mucha causa, el GRAN CALUMNIADO DE LA HISTORIA AMERICANA, ha visto el hombre orbital de nuestro tiempo heroico. Se ha esperado hallar en mí una de tantas almas sonoras, capaces de condensar, más o menos íntegramente, el alma colectiva de este pueblo la tradición nacional,

el conjunto de imágenes amadas, y de emociones sentidas, y de nombres pronunciados, y de líneas y colores y expresiones preferidos, cuya contunidad constituye, más aun que el territorio, y hasta más que la raza y la lengua, la entidad moral que el hombre llama patria.

He dicho MÁS O MENOS ÍNTEGRAMENTE, y podría agregar MÁS O MENOS FIELMENTE, porque no es posible coincidir en absoluto, y en todos los detalles, con todos y cada uno de nuestros hermanos, en el comentario de la patria histórica. Ese reflejo integral del espíritu del pasado, que se refunde en absoluto con el del presente y se proyecta sobre el del futuro de una nación; esa reencarnación del alma de los hechos pretéritos, en un organismo literario, fuerte y perfecto, que es lo que constituye la suprema y veraz historia, eso no ha podido esperarse, ni se ha esperado de mí, porque esa es obra de Genio. Y todos sabemos que yo no lo soy, ni mucho menos.

A falta de genio, se recurre en estos casos, y se ha recurrido en el actual, al creyente sencillo y comunicativo, que es quien más puede aproximarse a la fiel y sentida expresión de lo que es esencial, invulnerable, en las tradiciones nacionales; de lo que es necesario conservar incólume para que la patria exista

Respetuoso de mí mismo; depositario de una misión que me ha parecido elevadísima, he procurado dar lo que he juzgado que de mí se esperaba: hacer desaparecer mi propio yo, hasta donde ello puede ser compatible con la sinceridad, a fin de, que la patria toda entera piense y sienta en mí, se escuche a sí misma, se reconozca en mis palabras, y las halle dignas de vincular su pasado con el presente, y de animar el bronce que legaremos a los futuros hombres

Se me ocurre que alguien podrá decir que estas lecciones son demasiado largas para su objeto, más extensas de lo que los artistas escultores pueden soportar. No debo tener por hombre avisado a quien tal piense y me guardaré muy mucho de compartir ese dictamen. Ningún artista, que se respete a sí mismo, se aventuraría a emprender el monumento de Artigas con una preparación menor que la de estas conferencias, si ya no fuese que apareciera un vidente extraordinario, a quien nada habría que enseñar. Bien es verdad que tal pudiera presentarse entre los escultores, que, con la simple lectura de una cartilla o ligera información, se juzgara habilitado para poner manos a la obra, y aun para darle cima; pero no sería yo quien calificara de artista, ni siquiera de hombre de bien, a quien de tal suerte procediera. Las obras así realizadas más son objeto de granjería que de culto, y el arte es cosa seria y casi sagrada. El pueblo oriental reclama, y, sin pasarse de exigente, puede reclamar del artista que ha de ser su elegido, algo más que un producto suntuario o decorativo de sus manos expertas; le exige conocimiento perfecto, imagen luminosa, inspiración honrada. Yo he hablado lo que he juzgado necesario para dar eso a los artistas, ni más ni menos. Y, sin presumir haber salido con mi intención, no desespero de llegar a producir, en quien con pureza de alma me escuchare, la vibración inicial, siquiera, de una noble armonía y perdurable.

El decreto a que obedezco, en que se llama a concurso a los artistas, no limita el número de los que pueden acudir al llamado; éstos, los que han de escucharme, pueden ser muchos, infinitos, todos los hombres capaces de interesarse por los bellos espectácu-

los Esos son, en resumidas cuentas, los ARTISTAS con quienes hablo.

Y he aquí cómo y por qué de estas históricas conferencias, tan ingenuas y tan fáciles, puede llegar a formarse un libro sano en su moralidad, amable acaso en su estructura estética, y plazca al cielo que no del todo fugaz e inconsistente

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

PREFACIO

QUE LLEVO LA SEGUNDA EDICION

I

Un prólogo o prefacio en esta segunda edición de LA EPOPEYA DE ARTIGAS es menos inútil de lo que parece. No se trata de hacer el elogio de la obra, cuyo autor es conocido; trátase sólo de que sus nuevos lectores, los extraños sobre todo, sepan, a ciencia cierta, si van a leer o no un libro auténtico. Auténtico, en este caso, vale tanto como decir épico u objetivo, es a saber, evocador del espíritu o vida interior, no de un hombre, sino de un pueblo o nación.

Que fue ese el propósito del autor, es fuera de duda; él afirma que lo que quiso fue "realizar una forma o símbolo, no sólo veraz, sino imaginativo y pasional, de la fe cívica uruguaya", la expresión, no tanto de lo que saben, cuanto de lo que sienten y aman los orientales del Uruguay en su historia; deseó llegar hasta "hacer desaparecer su propio yo, en cuanto ello es compatible con la sinceridad, a fin de que la patria toda pensara y sintiera en él, se escuchara a sí misma y se reconociera en sus palabras".

Conviene, pues, que los que esta edición leyeren sepan a qué atenerse, sobre si el autor ha salido o no con su intento.

El Gobierno de la República dice, en el *Mensaje* incorporado a esta edición, que Zorrilla de San Martín, para llenar el encargo que le confirió, *ha escrito*

una obra que la crítica nacional y la extranjera han consagrado Y, juzgándola merecedora de recompensa, pide a la Asamblea Legislativa la sanción de una ley especial que la autorice, y conceda los recursos. La Cámara dictó la ley de acuerdo con la Comisión respectiva, que, constituida por los diputados Jaime Ferrer Olais, José Enrique Rodó, Ubaldo Ramón Guerra, Alberto Zorrilla y Joaquín de Salterain, se creyó "en el deber de repetir, con el Poder Ejecutivo y con la Comisión Informante del Honorable Senado, que la indicada remuneración no era más que una modesta recompensa al autor de una obra de valor absoluto evidentemente superior".

Dejar constancia, pues, de dónde y cuándo ha recibido este libro la consagración extranjera, y ante todo *la nacional*, a que gobierno y legislatura se refieren, es el objeto del prefacio que va a leerse.

A dos clases de crítica ha dado ocasión hasta ahora LA EPOPEYA DE ARTIGAS: a la general española, que la ha juzgado como obra de arte (la historia lo es ante todo), y a la rioplatense, que la ha apreciado también como vindicación del héroe. En esta última conviene distinguir dos impresiones: la de los platenses *orientales*, compatriotas del autor y la de los *occidentales* del Plata y del Uruguay, que han conservado el nombre genérico de *argentinos*, y que, si bien hermanos de aquéllos en el origen y en los ideales patrios, tienen que sentirse sorprendidos, cuando menos, ante esta corrección de la que ellos, con general buena fe, han tenido por veraz historia de ambos pueblos.

También es el caso de consignar la consagración recibida por este libro de parte de los que podríamos llamar *septentrionales del Plata y del Uruguay*: de

los paraguayos. La acogida de éstos, entusiasta y unánime, es, en sí misma, un dato histórico.

Falta todavía conocer la impresión que este libro puede despertar en el resto de la América española. Esta no lo conoce aún, pues la primera edición, provisional, puede decirse, y entorpecida por su alto precio, ha caminado poco; la presente, más ágil y andariega, llevará a esos pueblos la noticia de su existencia, y ellos hablarán.

II

No sería fácil encontrar un intérprete más autorizado de la crítica española que el insigne Marcelino Menéndez y Pelayo, hoy ya inmortal, porque ha muerto. Su juicio sobre LA EPOPEYA DE ARTIGAS es acaso el último veredicto, sobre producción literaria, que nos ha quedado de aquel clarísimo ingenio. Muy poco antes de morir, escribió desde Santander al autor de esta composición histórica:

“Mi querido amigo:

“Recibí, en Santander, a principios del año, LA EPOPEYA DE ARTIGAS, que es, en efecto, una verdadera epopeya en prosa, una evocación histórica, realizada por un gran poeta. No tengo suficientes datos para juzgar de aquel período crítico de la América del Sud, y confieso que la lectura de los escritores argentinos, apasionadamente hostiles a Artigas, había creado en mí una disposición desfavorable al caudillo oriental. Pero creo que usted *ha adivinado su pensamiento político, y ha conseguido poner en clara luz su extraña y vigorosa personalidad*”.

Lo que, en boca de Menéndez y Pelayo, significa ese título de epopeya en prosa, o evocación histórica, o adivinación de pensamiento, sólo puede ser apreciado por quien sepa lo que aquel maestro, tan avaro de sus consagraciones, generalmente definitivas, entiende por inspiración épica, contrapuesta a la lírica o subjetiva, o a la simple narración documentada. El gran crítico español ha explicado ese su concepto de la creación épica, en varias de sus obras magistrales, y su veredicto sobre la de este historiador de Artigas es una muy seria ratificación de lo que la Asamblea y el Gobierno uruguayo afirman, de la crítica extranjera, con relación a este libro.

También Miguel de Unamuno, que ha hecho de él un estudio muy recomendable, ha puesto de relieve su carácter épico coincidiendo con Menéndez y Pelayo hasta en los términos. "Epopeya, dice, y así es: una epopeya en prosa; pero en prosa poética"

"Se ha escrito esta obra, agrega, ante todo para los artistas, para los escultores, si bien sea ello un *pretexto para haberla escrito* Y la epopeya es ya un monumento, *aere perennius*, más duradero que el bronce Dudo mucho que artista alguno del cincel pueda erigir, al culto y a la memoria de Artigas, un monumento, en mármol o en bronce, más sólido que éste. El monumento que el presidente Willman decretaba está ya en pie, y canta como una estatua no puede cantar".

.....

"El modo de hacer Zorrilla su Artigas en nada se parece al modo de hacer Taine su Napoleón Taine era un crítico y un filósofo sistemático, muy grande en su campo, pero no, en rigor, un historiador. Zorri-

lla es, ante todo y sobre todo, un poeta. ¿Y un historiador? Paréceme que con poesía se llega mejor a la entraña, a la *verdad verdadera de la historia*, que no con filosofía sistemática. Michelet es más verdadero que Taine, no depende de la documentación”.

.....

“De frases *Carlylescas* está llena LA EPOPEYA DE ARTIGAS, pero lo está mucho más de frases *Sanmartinescas*, de frases del mismo Zorrilla de San Martín, de aquellas sonoras y henchidas que vienen rodando por sus escritos desde el *Tabaré*. Hay frases de esas que valen un poema, y descripciones, digo, no. narraciones, narraciones poéticas, que justifican ampliamente lo de epopeya. Aquella marcha de Artigas con su pueblo; aquellos sus últimos años en el Paraguay, aquel retrato poético, no pictórico, de don Gaspar Rodríguez de Francia. ”

III

Podemos pasar al segundo aspecto crítico al efecto producido por este libro en la conciencia argentina, que, malgrado el apasionamiento hostil a Artigas, advertido por Menéndez y Pelayo, no puede considerarse extranjera.

Los escritores argentinos han guardado silencio hasta ahora ante LA EPOPEYA DE ARTIGAS, pero todo autoriza a creer que es un silencio respetuoso y respetable. Sin embargo, una personalidad muy llena de carácter, el doctor don Enrique B. Moreno, Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en la Oriental del Uruguay, ha roto aquel silencio, en estos términos valientes y precursores:

“Montevideo, agosto 23 de 1912.

Señor doctor don Juan Zorrilla de San Martín.

Mi ilustre amigo:

Termino en este momento la lectura de su libro monumental, y le escribo estas líneas bajo la impresión profunda que deja en mi espíritu.

Diríase que el recuerdo de Artigas flotaba impalpable en la atmósfera de nuestra historia, casi esfumado después de su voluntario destierro, cuando usted emprendió la tarea magna, patriótica de levantar la lápida de su sepulcro, y mostrar la extraña personalidad de aquella figura colosal, a la luz de documentos históricos desconocidos hasta hoy.

¿Vendrá la controversia?

Tal vez

Si así fuera, yo formulo un voto, que es al mismo tiempo un augurio. Que el libro o los libros que escriban, comentando su ÉPOPEYA DE ARTIGAS, se inspiren en los altísimos sentimientos de justicia que han dictado las páginas de su monumento literario

Mi mano en la suya, con la expresión de mi admiración por su talento,

Enrique B. Moreno”.

Esa serena carta, que parece salir en una sola pieza, como la instintiva exclamación de un espíritu sincero y honrado, da la nota ajustada al diapasón de este libro. Ningún elogio hubiera podido conmover más hondamente a su autor, puede decirse sin reserva, que este rápido estrechón de manos del representante de la patria más amada y más servida por

Artigas, después de la que lo proclama su padre y fundador.

Y más querida, después de la propia, por el mismo vindicador del héroe.

IV

En cuanto al juicio del Paraguay, éste se expresó sin reservas, con ocasión de la visita hecha por Zorrilla a ese país, en el que fue objeto, por parte del Gobierno y del pueblo, de manifestaciones tales y tan unánimes, que bien puede afirmarse, con el Gobierno oriental, que este libro de historia uruguaya, tan identificada con la del Paraguay, quedó allí consagrado por la crítica. Los más reputados intérpretes de su pensamiento. Moreno, O'Leary, Báez, Pane, lo fueron de su impresión sobre esta obra, como lo fueron la prensa periódica y la juventud.

“Zorrilla de San Martín, dice el doctor don Cecilio Báez, es el pensador más alto de la América Latina; es el primer orador del Río de la Plata. .”

“LA EPOPEYA DE ARTIGAS, agrega en su estudio *El doctor Zorrilla historiador*, es un poema en prosa, en que vibran al unísono el aliento poderoso del tribuno y la fuerza creadora del poeta. Así como en el alma de *Tabaré* palpita la leyenda indiana, el alma pura y fuerte, inspirada y cálida del adalid oriental resplandece en esa epopeya civil de sus proezas.

“Tal es la concepción histórica de Zorrilla de San Martín es el marco y el plan de la historia del Uruguay. Bajo este punto de vista, él confirma el aserto de Aristóteles, que dice el poeta es superior al simple narrador de sucesos, porque la poesía es la substancia y el alma de la historia.

“Gracias a sus geniales creaciones conocemos, pues, el alma de una raza extinta y la compleción moral de la nación uruguaya.

“Es que los hombres superiores tienen una visión más clara de la realidad que los demás mortales, poseen, por decirlo así, la intuición de las cosas ocultas; cierto instinto de adivinación que les permite contemplar mejor que otros los aspectos diversos de la verdad. Esa es la cualidad de los espíritus sagaces y de los genios. Los mejores historiadores son los que nos hacen conocer el pasado de la humanidad en toda su variedad y plenitud orgánica, y, especialmente, el genio de cada pueblo. A ese grupo selecto de historiadores pertenece el bardo oriental, quien, por la índole de sus creaciones, es un psicólogo y un soberbio evocador del pasado”.

El doctor Pane dice a Zorrilla: “Habéis completado la trilogía: *La Leyenda Patria*, vuestra oda por excelencia; el *Tabaré*, vuestra epopeya o alegoría epopéyica, LA EPOPEYA DE ARTIGAS, vuestras nueve musas juntas

“Seguid hablándonos de Amor y de Poesía, esto es, de *Tabaré* y de *Artigas*. Porque así como esos dos amores, sexual el uno y patrio el otro, se confunden en el seno materno de la misma inspiración, así ambos amores orientales se hermanan con nuestro amor patrio. *Tabaré* es el amor del Paraguay; *Artigas* es el amor al Paraguay”.

Y el doctor don Fulgencio Moreno, por fin, para no multiplicar las citas demasiado, decía a su auditorio: “Este huésped uruguayo es realmente un amigo nuestro: es un antiguo y leal amigo, que ha vivido algo de nuestra vida, a pesar de todas las distancias; porque dentro de su corazón han resonado también

PREFACIO

los acordes lejanos de nuestro pasado, que hemos sentido vibrar, de un modo inconfundible, en las estrofas de sus cantos y en los períodos armoniosos de su prosa”.

Con esas notas, extraídas entre muchas de igual naturaleza, está llenado el objeto de este *Prefacio* con relación a la república paraguaya.

V

Parece ahora innecesario decir que la autenticidad de LA EPOPEYA DE ARTIGAS ha quedado popularmente ratificada por el pueblo oriental; conviene, sin embargo, que quede aquí la voz de algunos de sus intérpretes. La más propicia de las ocasiones de hacerse oír se ofreció al aparecer el libro. Este precedió de cerca la solemne conmemoración en mayo de 1911, de la batalla de *Las Piedras*. Gobierno y pueblo celebraron entonces el centenario de la patria; erigieron en el campo de la batalla un bello obelisco, y, en los días de la fiesta, el entusiasmo de las multitudes dijo sus verdades.

Ahora bien, en esos actos se vio cómo el autor de este libro ha logrado su intento de rapsoda; cómo aquel pueblo pensaba y sentía en él, y se escuchaba y reconocía en las palabras de su boca. Acaba de aparecer (diciembre de 1912) un libro, *El Centenario de la Batalla de Las Piedras*, publicado por la Dirección General de Instrucción Primaria, y nada más conducente al propósito de este *Prefacio* que reproducir algo de lo que en él se dice.

La forma, en primer lugar, en que el autor de LA EPOPEYA DE ARTIGAS hizo pasar su espíritu por sobre las cabezas de sus conciudadanos está descrita

así: "Dictadas las leyes y decretos que ordenaban la celebración de aquel glorioso aniversario, faltaba que la palabra humana despertase, por la evocación de los grandes recuerdos, el sentimiento y entusiasmo populares. Esa hermosa misión correspondió, entre otros, al doctor Zorrilla de San Martín, que pronunció la primera y la última conferencias, siempre elocuente, sincero e inspirado. El dio su palabra, sin limitación, cada vez que le fue reclamada, y sin imponer plazos ni condiciones. Bien es verdad que no necesitaba para ello de preparación, y que no le era difícil satisfacer su propio anhelo y el de sus compatriotas. El doctor Zorrilla acababa de escribir el libro que le había sido encomendado por el Gobierno; su espíritu, lleno de las ideas, de las verdades, de los recuerdos, de las nobles pasiones que animan esa su *EPOPEYA DE ARTIGAS*, conservaba la vibración inicial que la había inspirado, y el verbo que sacude multitudes brotaba de su boca, como el agua de la fuente, con sólo abrirla. Su palabra fue, pues, la más copiosa en las fiestas del Centenario de *Las Piedras*; pronunció la primera, que fue la despertadora del sentimiento nacional, en la conferencia que, invitado por el magisterio, dio, en el Ateneo de Montevideo, el 27 de abril. El 25 de mayo, en la inauguración del monumento erigido en el mismo campo de la batalla, pronunció en representación de la comisión oficial del centenario, de que formaba parte, el discurso que clausuró aquel acto; en la manifestación organizada por la juventud de Montevideo, fue encargado por ésta de dirigir al pueblo la palabra, y lo hizo en la plaza de *Cagancha*, ante una multitud que lo aclamaba. En la gran velada social que el Comité de la Juventud organizó en el teatro de Solís, el discurs-

so en honor de los vencedores en el concurso estaba encargado a un distinguido orador, éste se inhabilitó la víspera del acto, y la juventud organizadora recurrió, una vez más, a Zorrilla de San Martín; era el único que, en tales circunstancias, de la noche a la mañana, podía salvar la situación. Zorrilla la salvó, pronunciando un resonante discurso... Además de eso, habló en distintas ocasiones, con motivo del centenario. dio una elocuente lección de historia patria al profesorado y alumnos del colegio seminario de Montevideo; tomó parte en el acto de apoteosis realizado en el *Club Solís* de Las Piedras; habló varias veces desde su domicilio particular, al pueblo que lo acompañaba hasta él, después de sus conferencias, prodigó, según se ha dicho, como un fuerte obrero del pensamiento, su palabra y su concurso, sin limitación ni condiciones, siempre y cuando le fueron reclamados, para honrar, y hacer conocer y sentir y amar las tradiciones de la patria”.

Numerosos fueron, en la prensa y en la tribuna, los órganos de esa consagración nacional de este libro. Debe consignarse, en primer término, el testimonio del mismo Inspector Nacional de Instrucción Pública, doctor don Abel J. Pérez. En el bello estudio con que precede la publicación antes recordada, el doctor Pérez, después de rendir justo homenaje a los obreros de tres décadas en la obra de la vindicación de Artigas, Carlos María Ramírez, Justo Maeso, Francisco Bauzá, Clemente Fregeiro, Isidoro de María, Eduardo Acevedo, adjudica su puesto épico a esta composición histórica, diciendo:

“Realizada la obra reivindicadora con el esfuerzo combinado de tantos ciudadanos eminentes, el proceso histórico, con toda su preciosa e irrefutable

documentación, estaba terminado; pronto a pronunciarse el fallo triunfador. Pero si a la mirada de la ciencia todo se había hecho; si todo se había acumulado para la solución sincera y amplia de un litigio siempre latente, siempre en suspenso, faltaba, en cambio, a esa obra, la suprema caricia de la santa poesía, que da vida al mármol y al bronce, que engrandece la acción humana, y que, volando sobre las pasiones de un minuto, *es la única capaz de condensar, en su acción deslumbradora, el alma de cada pueblo, el espíritu de cada patria*; ella alienta a la lucha, cuando la defensa propia le impone el sacrificio; llora y consuela los dolores con el himno de las esperanzas; canta y perpetúa los triunfos inmortalizados en estrofas, y, tomando en sus alas a los héroes que caen en la contienda, los lleva, al través de las edades, reverdeciendo perpetuamente sus laureles, engrandeciendo sus nombres y sus acciones, poetizando su último sueño, y atrayendo sobre sus tumbas, con sus cantos, el holocausto de las generaciones nuevas, que realizan y consagran las apoteosis.

“Esa ha debido ser, y esa ha sido, la noble misión de Zorrilla de San Martín, el poeta nacional por excelencia, el cantor inspirado, cuya lira parece tener por misión mantener el culto bendito de nuestros lares patrios, y el fuego sagrado de nuestra alma nacional”.

Oiremos ahora a los intérpretes de la nueva generación. Pérez Sánchez, por ejemplo, dice en su discurso:

“Para las almas que sienten; para los que elegimos la vida en que vamos, con sus risas y llantos de placer o de dolor, antes que la vida de las regiones heladas en que hasta las lágrimas se congelan al caer;

para los que no dudamos de Artigas, porque vimos en él al verdadero padre, que, abandonado en el antro de la selva, esperó, hasta morir, la vuelta de sus hijos pródigos; para todos, en fin, para la humanidad entera, ahí queda el ARTIGAS de Zorrilla de San Martín, la palabra cálida, el acento vibrante, la prédica generosa del más grande orador del habla castellana”.

Y dijo el doctor José Pedro Segundo a la sociedad congregada en el teatro *Solís*:

“Sería curioso seguir la rehabilitación artiguista, desde la leyenda adversa hasta la gloria de hoy... Le veríamos, por ejemplo, en Carlos María Ramírez, héroe digno de laurel, pero todavía contrabandista y antipatriota en el abandono del segundo sitio de Montevideo; en Francisco Bauzá, personal e impulsivo en extremo, pero, sobre todo, inferior, puesto que no supo morir...; en Lorenzo Barbagelata, limpio de toda mancha en su juventud, que era el período más tenebroso; en Eduardo Acevedo, moral e históricamente superior a todos los hombres de Mayo, en Héctor Miranda, redactor personal de las famosas *Instrucciones*, para llegar, por fin, a LA EPOPEYA de Zorrilla de San Martín, donde el guerrero alcanza las alturas del “Héroe” de Carlyle, motor del mundo, y necesario en la historia para la revelación del secreto destino de su pueblo”.

Oigamos, para terminar, al doctor Héctor Miranda, autor del estudio sobre las *Instrucciones del año 13* a que José Pedro Segundo se refiere, y que arrebatado prematuramente por la muerte, es hoy objeto de apoteosis por parte de la juventud americana:

“Artigas es el hombre completo, el tipo clásico del hombre afirmativo y dinámico... El concepto de

Artigas pensador y fundador (fundador de la patria y precursor de la independencia absoluta), héroe provincial, nacional y continental, el de vistas más claras y visiones más altas, se hace cada día más nítido, más real, y, al mismo tiempo, más grande y más bello

“Hay una enorme distancia del Artigas de los primeros cronistas y de las primeras consagraciones, el temerario guerrillero indómito en su leonera matinal, simple blandengue de la patria, de melena al viento en el recio entrevero, al Artigas del presente, estadista y patriarca, soñador y hombre, en que el cerebro que piensa prima sobre la mano que batalla, y en que el sable de *Las Piedras* cede su puesto a la pluma de las *Instrucciones*.

“Hay una diferencia esencial entre ese concepto nebuloso e instintivo y la admiración ponderada y consciente de la hora que corre, como hay un notable paso desde la masa documental inconexa de Justo Maeso, al ordenamiento seriado de Eduardo Acevedo, desde la improvisación vivaz y resonante de Carlos María Ramírez, a la apología razonada y épica de Zorrilla de San Martín, libro terminal, monumento que habla, historia viva, más perenne que mármoles y bronces, poblada de hombres que andan, de jaguares que aúllan y de muchedumbres que palpitan”.

Después de las populares, una última consagración oficial de este libro puede, y aun debe, agregarse a las que primero lo reconocieron fiel intérprete de la fe cívica. El nuevo Gobierno de la nación, en marzo de 1915, acordó la conmemoración centenaria del día

en que fue enarbolada, por primera vez en Montevideo, la bandera tricolor de Artigas. Con el *mensaje* de práctica, envió un proyecto de ley a la Asamblea Legislativa; y en aquel mensaje, como único y suficiente fundamento de la ley que fue sancionada y llevada a ejecución brillante, transcribe la página de este libro en que expresa lo que aquel pabellón significa en la historia nacional y en la de América

VI

Basta con lo dicho para que los lectores de esta *EPOPEYA DE ARTIGAS* sepan, a ciencia cierta, que leen una rapsodia recogida en un ambiente vivo por quien lo ha vivido y respirado. En esta segunda edición el autor no ha rectificado en casi nada el relato de la primera; pero lo ha ampliado tanto, y tanto lo ha enriquecido con nuevos hechos documentados, de tal manera ha cuidado su estilo y ajustado las proporciones de su forma estética, que la otra edición, apremiada por perentorio plazo, pudiera ser considerada como el *anuncio o primera prueba* de la presente, completa y definitiva. En ésta figuran copiosos documentos inéditos, nuevos retratos o semblanzas de personajes, agregados a la ya larga galería anterior, y presentados en su ambiente, vivos, con todo su color personal y su significado sociológico; nuevos elementos, por fin, para que los hombres del presente puedan ser testigos personales de los hechos pasados, y juzgarlos por sí mismos.

Y si se tiene en cuenta que esta edición, por su precio y número, llegará adonde la otra no pudo lle-

PREFACIO

gar, podemos decir que es ahora cuando este libro aparece.

No es probable que desaparezca sin dejar huella, y será inútil ponerle trabas; es preciso abrirle paso. Con ese solo objeto, y sólo para esta edición, ha sido escrito este *Prefacio*.

Montevideo, 1915.

LA EPOPEYA DE ARTIGAS

CONFERENCIA PRIMERA

INTRODUCCION

Origen y carácter de estas conferencias — El dios interior. — La ciudad de Is — El pasado ante el presente — El gran calumniado de la historia americana. — La misión de los rapsodas — El atractivo de la frivolidad.

I

Amigos artistas:

El Gobierno de la República ha querido que hable en su nombre con vosotros, los que os disponéis a satisfacer la necesidad que experimenta el pueblo oriental de dar forma artística perdurable al más alto exponente de su vida y de su gloria. Tengo que haceros conocer y sentir, sentir sobre todo, por medio de palabras musicales, el personaje que vais a interpretar.

Debo reunirme, pues, con vosotros, no tanto para investigar sucesos o controvertir problemas históricos, cuanto para suministraros datos, elementos gráficos, síntesis cronológicas, y, sobre todo, para hablar de nuestra historia, de modo que mis palabras penetren vivas en vuestras almas, dejen en ellas impresiones sinfónicas, despierten imágenes visibles, evoquen personas reales, y hagan surgir en vuestra imaginación un monumento habitado por un espíritu.

Bueno será que establezcamos, según eso, la naturaleza y el carácter que van a tener nuestras conversaciones. Al hablaros de un héroe, yo no podré me-

nos de sentir, lo confieso, la influencia de Carlyle, el intenso pensador inglés, que es quien más sinceramente, me parece, nos ha hablado de los tales héroes.

Y dice ese insigne maestro: "Aquel que, de cualquier manera, nos hace ver, mejor de lo que antes sabíamos, la hermosura de un lirio de los campos, ¿no nos lo presenta como un efluvio de la fuente de toda belleza, o como la escritura visible del Gran Hacedor del Universo? Él ha cantado para nosotros, y nos ha hecho cantar con él, un versículo de un sagrado salmo. ¡Cuánto más no hará el que canta, el que cuenta, o el que inocular en nuestros corazones los nobles hechos, los sentimientos, los dolores y las grandes hazañas de uno de nuestros humanos!"

Creo que, pues tratamos de la erección de un altar cívico, es esa mi misión para con vosotros; tal es, cuando menos, la que me propongo desempeñar.

No es tanto la de mostraros el lirio de los campos, cuanto la de haceros notar y sentir intensamente su expresión estética, no tanto haceros conocer de cerca, y con la más escrupulosa verdad, a Artigas, cuanto haceros advertir su forma homérica, la revelación de un principio espiritual que hay en su carne de hombre, y la virtud, en grado heroico, que lo hace objeto de nuestro culto nacional.

Os veo a todos a mi lado, atentos, dispuestos a recoger las ideas e inspiraciones que puedan encenderse en mi boca, os miro y os hablo como a amigos íntimos, como a hermanos identificados conmigo, y con mi tierra, en un común sentimiento de amor a un ideal de verdad y de belleza, que forma el culto cívico de una nación amable, y que busca forma en mis palabras primero, y la buscará en el mármol, o

en el bronce en que vais a inocular vuestro espíritu, después.

¿Y cómo realizar esa identificación, si os miro a los ojos, y sólo reconozco a algunos de vosotros, a los que son mis hermanos en la patria, y que, como yo, aman y sienten la tradición materna americana, y, dentro de ésta, con mayor intensidad, la fe tradicional de la nación *oriental* o *uruguayana*?

Sois europeos la mayor parte de vosotros, los grandes, los indiscutidos, estáis compenetrados de vuestra historia secular; sentís el tipo heroico de vuestras patrias respectivas; también, por vuestra educación clásica, os es conocido el ambiente romano, y el griego, y el egipcio, y el caldeo, y el árabe. Veis los héroes de hierro de la reconquista española, las armaduras de plata de los Nibelungos, los blancos alquiceles o albarnoces sobre el fondo de los arcos de herradura, o sobre el ocre del desierto; vuestra formación estética os hace familiares los héroes de Homero, y las visiones de Dante, y los hombres vivos de Shakespeare, y los guerreros muertos de Ossian. Pero nuestra América, sus tradiciones, sus héroes, sus leyendas, con ser como son tan recientes, y acaso por eso mismo, son para vosotros algo exótico, que miráis quizá con indiferencia (iba a decir con desdén) y que no despierta en vuestras almas el dios interior que emerge de la sombra, en las entrañas del artista, cuando éste siente moverse en ellas el nuevo ser, engendrado en el misterio de la vida por el pensamiento germinal.

Y sin embargo, es preciso que ese dios aparezca en vosotros, si habéis de realizar una obra digna de vosotros mismos y del pueblo que ha contado con vuestro ingenio. Esa es mi misión: evocarlo con palabras

que sean soplo de espíritu, ráfagas de vientos sonoros y sagrados, saturados del polen de desconocidos estambres. Y sólo así realizaréis obra sincera, obra de fe. Y el espíritu no se retirará jamás de vuestro bronce, ni convertirá vuestro monumento en idólatrico emblema. Tengo la esperanza de haceros creyentes, hombres de fe milagrosa; confío en lograr despertar vuestra triunfante visión interna, cualquier que sea el nombre de vuestra patria; cualesquiera vuestros dioses y vuestros mitológicos altares. Tengo fe absoluta en la intensidad del tipo que se ofrece a vuestra creación, en su carácter original, en sus proyecciones, en su obra, en el nimbo de luz que lo envuelve y compenetra. Vais a estar en presencia de un héroe: un creador, un mensajero. Con sólo mostrároslo, yo removeré en vosotros la idea absoluta de patria; y ésta es la misma en todas las regiones y en todos los hombres, sea cual fuere la forma en que se ofrezca. Vais a ver cómo nace una patria entre los cortinajes de nubes tempestuosas que envuelven su cuna, y recordaréis la frase de Job, el viejo enorme dirigida a Dios: "Tú envolviste la tierra en sus nieblas, como se envuelve un niño en sus pañales." Vais a verla nacer, como el árbol de su simiente casi imperceptible, con el solo concurso del cielo y de la tierra: aire, sol, humus, fuerza o ley misteriosa de universal germinación. Voy a mostraros a Artigas, que se proyecta, como un mito, sobre el fondo oscuro de nuestros tiempos heroicos; a haceros conocer su época y su ambiente, con la mayor plasticidad posible; su significado; la enorme proyección de su sombra en el cuadro espléndido de la revolución de América, y su perpetua palpitación subterránea bajo el

suelo sagrado que los orientales pisamos, y amamos, y sentimos latir en nosotros mismos.

“El mármol tiembla ante mí”, decía el escultor Puget. Yo tiemblo ante el mármol, al pretender desempeñar mi misión; miro de alto abajo la figura monolítica del héroe del Uruguay, y entro en un temeroso recogimiento.

II

“Cada botón, dice Amiel, no florece más que una vez, y cada flor no tiene más que un minuto de perfecta belleza. Así, en el huerto del alma, cada sentimiento tiene su momento floreal”. Yo quisiera, mis queridos artistas, ponerlos en contacto con mi espíritu, sólo en los momentos cenitales, en que, como todo espíritu de hombre, tiene relámpagos de faro; pero esos momentos brillan y pasan. No podemos sentarnos a esperar el paso de esos frágiles instantes. No hay tiempo que perder. Hablemos, pues.

Recuerdo que, no hace muchos años, me cupo también el honor de dar el canon de la estatua de Lavalleja, que modelada por nuestro pujante artista nacional Juan Ferrari, que me escucha entre vosotros, se levanta hoy en la plaza de la ciudad de Minas.

Yo os aseguro que no sentí entonces lo que ahora; mi tarea fue muy sencilla; no vacilé un momento; un rato de introspección; media hora de conversación con el artista; una docena de páginas escritas, fueron bastante. Lavalleja fue un soldado, un soldado instintivo, temerario, heroico, al que los sucesos arrasaban a la gloria; Lavalleja es un grito de batalla. Montádnos a caballo un héroe, artista amigo; aquí tenéis su uniforme y su figura física; montádnoslo

en un caballo nutrido del trébol y de la gramilla de la patria, nervudo, inteligente, sofrenado por un brazo de hierro; poned ese jinete en medio del combate por la tierra nativa; hacedle alzar la cabeza para que se le vea bien una luz que lleva en la frente, como una cicatriz; hacedle salir de los labios de bronce un grito perdurable, y habréis creado a Lavalleja

Hoy tengo que dar el canon de Artigas

¡Oh! Artigas es otra cosa. Os equivocaríais si vierais en él un soldado, una batalla, un grito, un ejecutor Artigas, oh hermanos, ha sido un enigma; fue un silencio, un enorme silencio. Se ha dicho que el silencio y el reposo son el estado divino, porque toda palabra y todo gesto son pasajeros

Los orientales creemos poseer, en ese hombre Artigas, no sólo al héroe de la patria, sino al de la América Española independiente; al del Río de la Plata sobre todo. Él es la personificación más alta y más genuina del nacer tempestuoso del continente que descubrió Colón, a la vida de la independencia política, y, sobre todo, a la de la democracia triunfante, la verdadera, la sola independencia. Él es la fe en el *pueblo americano*.

Artigas está sentado entre un sepulcro y una cuna; entre el morir de la soberanía del hombre sobre el pueblo, y el nacer de la soberanía del pueblo, instrumento de Dios, sobre el hombre en sociedad; él encarna en absoluto lo segundo. Veréis, en torno y al lado suyo, figuras encendidas, pero crepusculares, mezcla de luz y sombra, con vestigios del pasado y reflejos del porvenir, con ideas monárquicas heredadas y anhelos de independencia, es decir, la apariencia, la no entidad. Artigas es el *héroe autóctono*, la

realidad: en él no hay crepúsculo; el sol naciente le da en la cara, y dibuja con fuego sus contornos rígidos. Veréis, pues, en él, los rasgos propios del mensajero, del héroe: la soledad, la visión profética, la revelación del mensaje divino, el secreto manifiesto, que acaban todos por entender. Veréis, por consiguiente, al lado de la admiración rayana en culto, el desconocimiento, la contradicción, la persecución, el odio; la corona, por fin, que, como la de todos los héroes, será de espinas. Y la resurrección.

III

El monumento que vais a crear, hermanos artistas, se erigirá en Montevideo, en un alto promontorio; será el altar cívico de la Patria Oriental. Pero, además de eso, él va a representar una sideral aparición en nuestra América, que aun no ha fijado bien las estrellas polares en su celeste planisferio histórico.

Como esos astros cuya luz aun no ha llegado a la tierra, Artigas no ha sido visto, ya no digo en el mundo, pero ni siquiera en América. Su aparición va a sorprender a muchos; pero acabará por imponerse a todos.

Por causas que os haré meditar, una leyenda venenosa, una fatal conspiración histórica ha pesado, hasta no hace mucho tiempo, sobre la memoria de este nuestro Artigas, y sobre el corazón de la Patria Oriental, por consiguiente; una maligna conspiración de irracionales odios y de rencores injustos, que nos ha hecho padecer muchas congojas. La historia americana ha sido un sepulcro, más que un sepulcro, un infernal cerco dantesco, para ese altivo desdeñoso de la gloria. No sin mucha razón, el Gobierno de mi

país, en el elocuente decreto en que me encarga que os instruya de su intención, llama a Artigas *el gran calumniado de la historia americana*.

Acaso recordaréis la leyenda de aquella *Ciudad de Ia*, de que nos habla Renán en sus *Recuerdos de infancia y juventud*; aquella ingenua historia de una villa tragada por el mar, narrada por los pescadores de la comarca bretona. Éstos aseguran que, en los días de tempestad, se ven las puntas de los campanarios de la villa sumergida, en el hueco de las olas. Y, en los días de calma, sube desde el abismo, y se oye vagamente, el lejano son de sus campanas melodiosas.

Así ha estado resonando, para muchos americanos, mis amigos artistas, el nombre de este Artigas, en medio de las sombras y de las olas que amontonaron sobre él, cometiendo un grande error, los que hablaron primero, y en vez más alta, de la historia de los tiempos heroicos del Río de la Plata.

“El error más odioso, dice Renán, al contarnos la leyenda bretona, es creer que se sirve a la patria calumniando a los que la han fundado. Todos los siglos de una nación son las hojas de un mismo libro. Los verdaderos hombres de progreso son aquellos que tienen, como punto de partida, un profundo respeto hacia el pasado. Todo cuanto hacemos, todo cuanto somos, es el resultado de un trabajo secular. En cuanto a mí, jamás me siento más firme en mi fe liberal que cuando pienso en los milagros de la antigua fe, ni más ardiente en el trabajo del porvenir que cuando paso las horas escuchando las campanas de la Ciudad de Ia.”

Ese pensamiento predispone a la magna inspiración, como el otro de Carlyle, según el cual los bár-

baros viejos reyes del mar de la leyenda heroica inglesa, que desafiaban al océano embravecido y a todos sus monstruos, son los abuelos de Nelson, y tienen parte en el gobierno de la Inglaterra actual. ¡Cuánto más cerca está Artigas de nosotros, que lo que están esos abuelos de Nelson de los ingleses contemporáneos!

Lo que seamos nosotros para el pasado, amigos míos, eso será para nosotros el porvenir. Cuanto mayor sea nuestra nobleza para juzgar a nuestros padres, tanto más noble será la disposición que legaremos a nuestros hijos, para ser juzgados por ellos. Y esa será la grandeza de la patria. Que las patrias, más aún que de sus hijos vivos, se forman del conjunto de sus grandes hijos muertos.

El odioso error de que habla Renán va pasando en nuestra América, que ha incurrido en él más de una vez; por todas partes están surgiendo, como las puntas de sonoras torres sumergidas, las lanzas de caudillos desterrados, y se echan a volar sus voces, como las de musicales campanas, que aparecen en el aire sonando a gloria.

Ninguno puede resurgir, sin embargo, a la faz de América, con el altivo gesto marmóreo de este Artigas, a que vais a dar vida perdurable.

Vamos a crearlo precisamente en el momento propicio, en su verdadero día: en el centenario de la Revolución de Mayo.

Yo tomo sobre mí el haceros comprender, sentir intensamente sobre todo, cómo Artigas es el hombre que personifica la revolución de 1810; cómo es él, quien, desde su promontorio oriental, verá salir el sol del mes de Mayo, sin que su luz le ofenda los ojos.

IV

Escuchadme con alguna atención, amables amigos míos, leeremos el menor número posible de documentos comprobantes; pero conoceremos los indispensables, y los más sugestivos. No en ellos, sin embargo, sino en nosotros mismos, veremos proyectada la verdad, hija luminosa de la niebla; ella brotará, en mármorea desnudez, sin saber cómo ni cuándo, del fondo del agua removida por nuestro espíritu, como el ángel de la piscina probática.

Concretemos, pues, de nuevo, nuestro propósito. No nos reunimos a estudiar historia, sino a hablar sobre ella, y a condensar, en forma estética, su aliento melodioso. Si la música es el vapor del arte, según Víctor Hugo, la poesía y la tradición legendaria son, en cierto modo, el vapor de la historia, dice Joaquín González, brioso artista. Creo que eso está bien dicho. Y es eso lo que vamos a hacer nosotros: condensar, cristalizar, en divina forma, ese melodioso vapor.

Pero como yo no debo presumir en todos vosotros, con ser quienes sois, el conocimiento de los hechos, así sean los más notorios y sencillos, he aquí que me veré en el caso de hacer algo que sirva hasta de lectura para los niños (el hombre es un niño de cuatro mil años), una especie de historia gráfica; algo de aquello que decía René Doumet, cuando hablaba de *l'art de prêter aux idées sérieuses l'attrait de la frivolité*. Eso es lo que hacía a maravilla aquel griego, niño por lo semibárbaro, que llamamos Homero sin conocer a ciencia cierta su nombre; y algo de eso tiene también, a lo que yo entiendo, en sus cuentos o historias vivas, el otro bárbaro de Shakespeare, el

inglés, al que podríamos agregar el italiano que hizo la historia infernal y divina, llena de verdades seculares, que llamó *Divina Comedia*. ¡Comedia! Creo que más comediante que todos esos era el otro insigne contador de historias esenciales, el español que nos contó la vida de Don Quijote. Un verdadero caballero, por cierto, este Don Quijote, lo que se llama un caballero.

Pero esos épicos historiadores son escasos indudablemente. Si no lo fueran tanto, estoy completamente seguro de que este Artigas, de que voy a hablaros, tendría el suyo.

Lo tendrá, en corriendo que corra su ciclo histórico; pero entretanto, fuerza nos será contentarnos con ser muy sinceros y verídicos. Que, no pocas veces, en la sincera verdad llega a encontrarse la suprema belleza.

Escuchadme, pues, oh hermanos artistas, con fértil atención; yo os diré la verdad estética, la suprema; yo he leído, en alguna parte, que Sócrates decía que sólo los artistas son verdaderamente sabios. Os hablaré a los ojos y a los oídos; las luces más expresivas, los colores más armoniosos, los sonidos más sustanciales y vivientes que encuentre en mi memoria, para vosotros serán; para transmitir, por simpatía, a vuestro organismo, la pasión o conmoción orgánica más noble y más intensa de la patria uruguaya, que espera vuestra obra. Y haré que améis a Artigas, como nosotros lo amamos, para que podáis comprenderlo.

Os confieso que me siento ufano y feliz con esta misión, que me ha cabido en suerte, de profetizaros el pasado, y daros el ritual de nuestro culto cívico;

la de ser el rapsoda que recitaba al pueblo griego los poemas homéricos, mediante el salario de un cordero.

Puedan mis palabras, amigos míos, que quisiera llenar de sol y de ritmos ágiles, alumbraros la senda, haceros amable y no difícil el camino, y conducirnos al amor y a la posesión de la belleza inviolada.

CONFERENCIA II

EL TEATRO

Origen de los pueblos de América — El continente americano. — Su estructura — Su reparto entre España, Portugal e Inglaterra. — La línea de Alejandro VI. — La América del Sur. — El mundo atlántico y el mundo andino. — El lote de España y el de Portugal — La cuenca del Amazonas — La del Plata y sus tributarios — La región andina — La atlántica tropical. — La atlántica subtropical — Buenos Aires y Río de Janeiro — Montevideo — La tierra de Artigas — Su carácter — Descripción de su territorio. — Geología, etnología, fauna, flora. — Sus límites naturales

I

Amigos artistas

Hemos hablado de Artigas, como del héroe de la independencia americana. Es preciso, pues, que hablemos algo sobre los pueblos de América, sobre su origen, y sobre su emancipación de las metrópolis o naciones europeas que descubrieron el continente, lo conquistaron de sus primitivos habitantes, y lo repoblaron y colonizaron. Es indispensable que hablemos hoy especialmente de eso, siquiera sea en somera forma.

Me habéis de perdonar si yo os considero, oh mis hermanos artistas europeos, más ajenos acaso de lo que realmente estáis a las cosas de este mundo nuevo. Quizá, sin merecerlo, tenéis que pagar vosotros la ignorancia, muy parecida al desdén, que advertimos

los iberoamericanos en hombres y publicaciones de Europa, cuando tratan de nuestra geografía y de nuestra historia. Mal de vuestro grado, habéis de escucharme, por tanto, con resignación, así os diga las cosas más corrientes y vulgares; mi deber es procurar que no sólo las conozcáis, sino que también las sintáis y las améis. Yo espero poder sugeriros algunas ideas grandes, dignas de la forma perdurable, si predisponéis vuestro espíritu a la resonancia musical. La palabra arrojada al oído del alma, he dicho yo en alguna parte, tiene el sonido de la piedra arrojada al abismo: toman ambas las proporciones de la capacidad en que sus ecos se difunden. Ensanchad, pues, la noche atenta de vuestro espíritu, y entre mis palabras se harán algunos silencios armoniosos y habitados por nuevos seres.

Conozcamos, ante todo, el teatro en que va a desarrollarse la acción; tomemos una carta geográfica, y miremos un rato nuestro continente americano. Hagamos uso de la carta más sencilla, de la que más nos aleje del concepto científico, y mejor nos vigore el estético; ésa, que nos da la silueta de nuestro continente, sus grandes sistemas orográficos e hidrográficos, montañas y ríos, y nos indica las simples latitudes y longitudes: los polos arriba y abajo, la línea del Ecuador en el centro, los trópicos o paralelos equidistantes del Ecuador, al Norte y al Sur de éste, correspondientes a los puntos solsticiales, y distante cada uno de ellos 26 grados y minutos de la línea ecuatorial. Más de 52 grados geográficos entre ambos. Ahí tenéis los dos trópicos: el de Cáncer, al Norte del Ecuador, en el hemisferio boreal; el de Capricornio, al Sur, en el austral; la región del calor, cuyo centro es el Ecuador, entre ambos trópicos;

la de los fríos que van hacia los polos, al Norte y al Sur de esa gran franja cabente que circunda la tierra.

Este nuestro continente, como lo veis, ocupa la tercera parte del planeta que habitamos; caben en él todos los climas, todos los hombres de la tierra, todos los productos; se extiende de polo a polo; toca allá arriba los hielos del polo ártico; adelanta hacia la línea del Ecuador, la cruza, y se aleja de nuevo hacia el Sur, para hundirse allá, en los otros fríos, en los hielos del polo antártico. Tiene casi cuarenta millones de kilómetros cuadrados, sin contar las tierras árticas.

Su silueta es simplicísima, sin embargo; son dos enormes triángulos unidos. Pero observad algo fundamental por lo que dice a mi propósito: el del Norte apoya su dilatada base allá en el polo boreal; toma su mayor ensanche, entre el Atlántico y el Pacífico, en la zona fría y templada, al Norte del trópico de Cáncer, ahí, donde leéis Canadá, Estados Unidos, y se va adelgazando a medida que se acerca al Ecuador, ahí, donde leemos Méjico, Centro América, Antillas, hasta hundir su vértice, adelgazado por la rotura del golfo de Méjico, en las proximidades ecuatoriales, en el istmo de Panamá. El triángulo del Sur, por el contrario, apoya su base en el Ecuador; cobra su mayor amplitud en la zona cálida, al Norte del trópico de Capricornio, ahí donde se lee Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay; y, a medida que se aleja del trópico, se va estrechando, Uruguay, Argentina, Chile, hasta aproximar su vértice patagónico al polo austral, en el Cabo de Hornos. Las tres partes de esta América del Sur, 14 millones de kilómetros, están en la zona tórrida; sólo

una cuarta parte, algo más de cuatro millones, vive en la templada.

Este mundo nuevo, ignorado del antiguo hasta hace cuatro siglos, ayer no más, como quien dice, y habitado por hombres y por razas sin historia, fue descubierto y repoblado por la raza europea, al rayar el siglo XVI. Y os digo *repoblado*, porque es preciso observar que la conquista de Europa, en el Nuevo Mundo, no fue la que la de Roma, pongo por caso, en el antiguo, en que cada región conservó su raza predominante, sus costumbres y su tipo, y formó su lengua. La conquista europea fue una *re-población*, una sustitución de un pueblo por otro pueblo, como base sociológica. Los aborígenes de América han subsistido, y subsistirán, hasta que se consuma la definitiva evolución de la estirpe americana; ya los veremos dar su sangre a nuestra independencia, como da el sándalo su perfume al hacha que lo hiere; regar con ella un árbol de cuyos frutos no comerán; entonces les atribuiremos su significado estético, y aun social. Pero los indios sólo existieron como entidades humanas, que ejercieron su influencia antropológica más o menos persistente o fugaz; la entidad colectiva no aparece, ni interviene para nada. La civilización de este nuestro Nuevo Mundo es, desde su origen, la civilización europea, la cristiana, no la azteca, ni la incásica, ni la guaraníca. En América continuó, pues, la historia, no de los aborígenes descubiertos, que casi no la tenían, sino la de los europeos descubridores; allí debían servir de piedra angular a las nuevas sociedades las ideas cristianas, depuradas, en la lenta evolución progresiva del linaje humano, de las escorias que a ellas se

adhieren, desfigurándolas, y ofreciendo como sustancias los simples accidentes.

II

Pues bien, hermanos artistas: ese gran hallazgo del genio navegante; ese nuevo mundo que salió al paso de Colón, *que descubrió a Colón*, cuando éste corría en sus carabelas, al final del siglo XV, en busca del Oriente asiático, tocó en suerte, en resumidas cuentas, a tres pueblos europeos, que se lo dividieron: España, Portugal e Inglaterra. Cada uno de esos pueblos llevó a su pedazo de mundo su sangre material; pero, más que eso, llevó lo que constituye su vida íntima: su lengua, como base de la civilización que allí establecía. Vosotros sabéis que la lengua es, para un pueblo, lo que la sangre para un organismo. Como ésta determina la constitución del hombre, aquélla establece el temperamento de una nación, su idiosincrasia, su carácter. El lenguaje, producto vivo del hombre interior, como dice Schlegel, es una perpetua sugestión; la misma asimilación de las ideas extrañas tiene que hacerse previa traducción de ellas a la lengua del que las absorbe, y la traducción es, en sí misma, una transformación en sustancia propia, una adaptación a nuestro modo de ser.

Se distribuyeron, pues, el continente, no varias razas, como ha solido decirse (no hay tal raza latina ni tal raza anglosajona), sino tres pueblos de la misma raza caucásica o europea, pero de lenguas diferentes: *english speaking folk*, dicen los británicos, "pueblos de lengua inglesa". Hubo, pues, tres Américas: la de lengua española, la de lengua portuguesa y la de lengua inglesa

España, con Colón y sus sucesores, tomó posesión, a contar del año 1492, del núcleo de su lote en las Antillas, a 17 grados de latitud Norte, precisamente sobre el trópico de Cáncer. Algo se dilató más tarde hacia arriba, hacia el frío, pero no mucho; su expansión se realizó hacia abajo, hacia el Ecuador. La primera tierra continental en que pisó fue la embocadura del Orinoco: ahí tenéis su delta, a 10 grados del Ecuador, sobre el mar de las Antillas.

Portugal que, después de doblar, con Vasco de Gama, el Cabo de Buena Esperanza, insiste en circundar el Asia hacia la India, es llevado, con Alvarez Cabral, el año 1500, a la punta más oriental del continente, al Brasil, en el grado 17 de latitud austral, sobre el trópico de Capricornio. Precisamente a la misma distancia del Ecuador de la tierra ocupada por España en el otro hemisferio

Inglaterra, que había sido la primera en reconocer las costas de la América del Norte, pasa casi un siglo sin reservarse en ella su parte.

Sin contar las primeras expediciones de Gilbert y Raleigh en 1578 y 1581, es sólo en 1606, un siglo después de España y Portugal, cuando el rey Jacobo I celebra acto de estable soberanía sobre su lote, que divide en dos partes iguales de costa y tierra, entre los grados 34 y 45 de latitud Norte.

Esa circunstancia ha hecho decir últimamente al ex presidente de Estados Unidos, Roosevelt, algo que revela su tendencia a penetrar en el fondo de las cosas, y a revelar novedades viejas. Al colocar en Washington, en mayo de 1908, la piedra fundamental del Palacio de las Repúblicas Americanas, en el que se levantará la estatua de Artigas, el héroe hispanoamericano por excelencia, como lo veremos, decía a las

de origen ibérico, en nombre de la grande de cepa inglesa, que él representaba: "Vosotras sois, en cierto sentido, nuestras hermanas mayores, pues representáis civilización más antigua en este continente; nosotros somos los jóvenes. Vuestros padres, los exploradores españoles y portugueses, conquistadores, legisladores y arquitectos de repúblicas, habían conseguido una civilización floreciente en los trópicos y en la zona templada del Sur, mientras que toda la América al Norte del Río Grande permanecía todavía sin delinear y en estado primitivo".

Esa es la verdad: América es el mundo de Colón, el latino. Si queréis, podemos llamarla el *Nuevo Lacio*. Y también podemos llamar a Colón el nuevo Eneas, si os es grato.

Fijaos ahora, hermanos artistas, en la forma en que se reparten ese *Nuevo Lacio* sus descubridores. Notad primeramente el lote del inglés, el llegado más tarde: es la parte más amplia del continente; está en el mismo hemisferio y en la misma latitud de Europa, en plena zona supertropical; es la región americana más próxima a las costas europeas; se extiende de océano a océano, del Atlántico al Pacífico: cinco mil kilómetros, una superficie de nueve millones de kilómetros. Creo que es esa, y no otra, la razón principal porque la América anglosajona se ha adelantado a la ibérica en la conquista del bienestar: su proximidad a Europa y su clima, no una supuesta superioridad de raza. En ese mundo se hablará inglés por los siglos de los siglos.

Inglaterra y España se dividen, pues, la América del Norte. Pero la parten a lo ancho, de Oriente a Occidente; la porción supertropical amplísima, la más cercana a Europa, para Inglaterra; la parte inferior,

más estrecha, más apartada del mundo antiguo, para España.

La América del Sur, que es la que debemos estudiar especialmente, se reparte entre España y Portugal, pero no a lo ancho, como la del Norte, sino a lo largo. El papa Alejandro VI, encargado por ambos pueblos de designar el lote que a cada uno debe corresponder, traza con su báculo la línea divisoria. Esa línea cortó el continente, de arriba abajo, en dos partes: la de la derecha, bañada por el Atlántico, y que tiene por núcleo geológico el gran macizo orográfico del Brasil, y por cuenca hidrográfica la enorme del Amazonas, pertenecerá a Portugal; la de la izquierda, que se recorta sobre el Pacífico, y tiene por núcleo la formación andina, a España

Pero observemos aquí una circunstancia más, la fundamental, la que más dice a nuestro propósito, y en la que deseo fijéis vuestra atención toda entera.

Como hemos advertido, la espléndida herencia de Portugal tiene por cuenca la del suntuoso Amazonas; pero notad que éste corre de Occidente a Oriente; sigue el mismo paralelo, el del Ecuador; atraviesa, por consiguiente, la misma tierra, con el mismo clima, idénticos productos, café, algodón, azúcar, cacao, selvas tropicales. El Amazonas es un enorme río interior.

Observad ahora, más al Mediodía, esa otra formación hidrográfica, que, arrancando del Brasil, casi confundiendo sus fuentes con las de los tributarios meridionales del Amazonas, en la zona tórrida, corre hacia el Sur: son los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, que van a perderse allá en el Río de la Plata, a los 35 grados, en la zona templada. Esos ríos corren de Norte a Sur, atraviesan diferentes latitudes,

distintos climas; en sus fuentes crecen los naranjos, los algodoueros, los bananos, el café; en su desembocadura, el trigo, el maíz, las gramíneas; recorren 20 grados geográficos. Y observad esto, sobre todo: *ellos parten en dos, de Norte a Sur, el continente sudamericano*; determinan la línea de separación, el tajo, digámoslo así, entre la formación geológica atlántica y la andina. Esos dos macizos orográficos, el del Atlántico y el del Pacífico, no son, como se ha dicho, ramificaciones de los Andes, ni cosa que se le parezca; son dos mundos distintos. El primero, completamente apagado, sin un solo volcán, es millares de años anterior al segundo, que está en perpetua ignición, que es un rosario de cráteres en actividad, como no hay otro en el planeta. Los cíclopes trabajan aún en esas fraguas subterráneas, y quitan más de una vez el sueño a los hombres de la costra terrestre, con sus fuelles endiablados y sus estentóreos martillazos; es un mundo en construcción.

En cambio, los que trabajaron en el subterráneo atlántico, nos dejan vivir en paz hace diez o quince mil años, felizmente; han terminado la labor milenaria.

Seguidme con alguna atención, amigos artistas, para fijar esta idea con el mayor cuidado; tomemos, una vez más, la carta geográfica que nos sirve de guía. Seguid esa línea trazada aproximadamente por el báculo de Alejandro VI de Norte a Sur, y veréis cómo ella, arrancando de las proximidades del Orinoco, allá en el Norte, a 10 grados del Ecuador, cruza el continente, siguiendo la cuenca de los ríos que lo parten en dos, y se pierde en el océano, allá a los 30 grados de latitud Sur.

No se imaginaba el Pontífice, seguramente, que la línea que él marcaba sobre un planisferio equivocado, si bien no se identificaba con la que traza la ciencia geológica moderna en las profundidades de la costra terrestre, se aproximaba bastante a ella. La América del Sur, está formada por una enorme llanada entre la cordillera de los Andes y la del Brasil. Si bien existen dos cordilleras atravesadas, la *transversal*, en el centro, que separa la cuenca del Plata de la del Amazonas, y la de *Paríma*, allá en el Norte, que divide la del Amazonas de la del Orinoco, esas son accidentes. Lo son tanto, que esos tres grandes ríos se confunden en sus fuentes. Día vendrá en que un barco, entrando por el Orinoco, en el mar de las Antillas, saldrá al Atlántico por el Plata. Ese barco navegará por el fondo, entre dos verdaderos continentes.

Pues bien: yo creo, con una luminosa hipótesis científica, que la cuenca del Amazonas, y sobre todo la del Plata, estuvieron, en un día sin historia, ocupadas por el océano. El Brasil era una isla colosal en el Atlántico, un verdadero continente, si ya no es que formaba parte del que engranaba en Africa, quizá en Europa, de la soñada *Atlántida*. ¿Qué sé yo? Sea de ello lo que fuere, me parece evidente que el Brasil era un mundo distinto del que tenía por núcleo la cordillera de los Andes.

No importa que nos engolfemos un poco en estas observaciones científicas, mis amigos artistas; yo quiero que os deis cuenta de lo que significa esa enorme grieta inferior de la América del Sur, por donde sale al mar el *Río de la Plata*, y a donde van a parar el *Paraguay*, el *Paraná* y el *Uruguay*. La hipótesis que os ofrezco no es nueva. Ya en 1832, Car-

los Darwin, calculando la edad de los restos fósiles de los terrenos pampeanos, vio en el Plata un gran brazo de mar que, en época remotísima, cubría la provincia de Entre Ríos. Esas conchas que allí se ven, sólo viven en el mar. D'Orbigny confirmó y amplió esa hipótesis, diez años después. hizo llegar el océano hasta el medio Paraná. Herbert Smith, recientemente, en 1886, con su imaginación científica, vio al Atlántico penetrar e inundar las pampas, hasta el extremo septentrional de Corrientes, y recibir las aguas del Paraguay, del Paraná y del Uruguay, que allí desembocaban, separados por centenares de kilómetros. Estos tres ríos emprendieron la obra muchas veces secular de expulsar al océano y terraplenar esa cortadura inmensa, acarreando a ella, disueltas en sus aguas, las mesetas del Brasil central y del bajo Perú oriental. Aun hoy, esos ríos depositan en el estuario ochenta millones de metros cúbicos de aluvión por año. Se formaron las primeras bandas arenosas; aparecieron las primeras sirtes, las primitivas dunas; las marejadas de casquijos se amontonaban, se esparcían o se disolvían a merced de los vientos, hasta formarse las islas, los archipiélagos más o menos adheridos a las puntas de las costas recién nacidas; se levantaban por un lado los territorios, mientras por otro se abrían profundísimas honduras, que llenaba el mar, y de que aun son testimonio las lagunas saladas de Córdoba y la Rioja... En resumen: todo aquello fue cubierto por la gran planicie fluvial que ocupa la hondonada arrebatada al Atlántico: la cuenca del Plata y sus tributarios.

No son incompatibles estas hipótesis, aunque lo parezcan, con la última que debe la ciencia al ilustre Florentino Ameghino. Rectificando conceptos clásicos,

este sabio platense coloca en América, en su región patagónica, que llega a suponer unida a la de Australia al través de la Oceanía, el núcleo cósmico del globo terráqueo, y la cuna de la humanidad. Pero esa remotísima conjetura científica, si bien atribuye a la región del Pacífico la mayor antigüedad, es conciliable con la que, suponiendo nuevas convulsiones geológicas en épocas posteriores, ve con claridad, en nuestro continente, esas dos formaciones de que os hablo y sus influencias sobre el hombre: la apagada del Atlántico y la incandescente del Pacífico.

Según eso, el límite inferior de los dominios portugueses, si éstos habían de obedecer a la ley geológica, hubiera debido ser esa gran cortadura primitiva. el Río de la Plata y los grandes ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, que en él desaguan, y que son los que, en esa latitud, determinan la separación entre la formación andina y la atlántica. Con esos límites, Portugal, partiendo de sus dominios tropicales, en que coloca el núcleo sociológico de su conquista atlántica, que será Río Janeiro, hubiese penetrado con su lengua en la zona subtropical, en la tierra del trigo, del maíz, de las gramíneas; su límite arcifinio hubiera sido el Río de la Plata, y algunos de sus afluentes que vienen de las entrañas mismas del Brasil, el río Uruguay seguramente, porque me parece indudable que son las costas orientales del Uruguay y del Plata, de formación más antigua y más firme que los declives de la margen occidental, las que trazan el borde inferior del gran macizo brasileño. Ese fue el sueño secular de Portugal y del Brasil: llevar sus dominios hasta el Plata y el Uruguay.

Pero no fue así. En ambas márgenes del estuario había de hablarse español por los siglos de los siglos;

la línea de Alejandro VI, que limitó el dominio portugués, pasaba más al Norte de la embocadura del Plata. Ese macizo atlántico no iba a pertenecer todo él a Portugal; debía ser partido a lo ancho, allá en las latitudes subtropicales, entre Portugal y España. En su extremo inferior, en el otro extremo del ocupado por Río Janeiro, puerto suntuoso del trópico, debía fundarse una ciudad española, Montevideo, puerto luminoso de la zona templada, que, hablando en castellano, había de impedir la llegada hasta el Plata de la influencia sociológica de la ciudad portuguesa del Norte, Montevideo debía arrastrar a su órbita de rotación el ángulo inferior del gran macizo orográfico del Brasil.

Al llegar aquí, se me ocurre que acaso pudiera ser oportuno el decirnos ya el por qué os estoy dando todos estos datos. Pero no quiero detenerme demasiado en esta idea. Bien comprendéis que, en estos repartos entre las metrópolis europeas, están los fundamentos de las que serán distintas naciones americanas. Os estoy ofreciendo, por consiguiente, la genealogía de éstas; necesito de toda vuestra paciencia, quieras que no.

Quedaba, pues, una región atlántica, precisamente la que se desarrolla en el comienzo de la zona subtropical y termina en la curva que forma la entrada del gran estuario, que debía pertenecer a la numerosa familia hispánica, pero sin perder su carácter étnico diferencial.

A España, descubridora del Río de la Plata, le estaba reservado todo el lote subtropical de la América del Sur; toda la región equivalente a la que cupo en suerte a Inglaterra en la América del Norte, si bien incomparablemente menor que ésta, por la estructura

del continente austral, que se adelgaza a medida que penetra en la zona templada.

De esa manera, en la región austral de la América del Sur se formaron tres grandes lotes bien definidos: uno andino, perteneciente a España, con su núcleo en Buenos Aires de un lado de los Andes, y con Santiago de Chile del otro. Y dos atlánticos el del Norte, con su núcleo sociológico en Río Janeiro, para Portugal; el del Sur, con su centro en Montevideo, para España.

La metrópoli española no comprendió entonces lo que significaba esa su propiedad en ambas márgenes del estuario meridional.

El Río de la Plata no tenía oro; el oro estaba allá arriba, en los Andes, en las altiplanicies del Perú. "Vale un Perú, vale un Potosí". se decía para expresar riqueza, riqueza rápida, de aventurero

La metrópoli española desdeñó el territorio oriental del Plata. Pero allí dejó su lengua, con su lengua, su espíritu; y con éste, unido a las fuerzas de las leyes geológicas y étnicas, el germen de un pueblo independiente por naturaleza de los demás hispanoamericanos. el pueblo oriental, la patria de Artigas. Ésta, separada de la occidental andina por razones geológicas y geográficas, que neutralizaban las sociológicas que a ella la unían, está también separada de la septentrional atlántica por causas sociológicas y climatéricas, que neutralizaban las geológicas y etnológicas que a ella la hubieran vinculado.

Si bien lo meditáis, encontraréis en eso la causa más remota, pero no la menos profunda, de la formación de nuestra Patria Oriental, independiente de la argentina y de la brasileña. No es obra de los hombres, es ley de la naturaleza, voluntad de Dios.

III

Dueña, en el Norte, de la región occidental de la América Meridional, España cruzó con Balboa el istmo de Panamá, y descubrió el mar Pacífico; siguió hacia el Sur, descubriendo y conquistando las costas andinas, el imperio de los incas, la región de los araucanos, pasó el Cayambé, el Chumborazo; llegó al Aconcagua, que arde sobre los Andes. Había, pues, cruzado el trópico de Capricornio, y tomado posesión de Chile, en la zona templada, pero haciendo centro de sus conquistas al viejo imperio del Perú, la región de los hijos del Sol, la de los incas, la del oro. Allí pondrá el puerto, el único puerto de América en Panamá, en Puerto Bello. Sólo por allí tendrá entrada el mundo viejo a la nueva Hispania.

Pero al mismo tiempo, por el lado del Atlántico, España navegaba hacia el Sur, hacia la zona tropical, en busca del estrecho que debía unir el Atlántico con el mar de Balboa; descendía, con Juan Díaz de Solís, a lo largo de las costas del Brasil, atravesaba el trópico de Capricornio, navegaba 2 000 leguas, y, tomando entonces rumbo de Este a Oeste, llegaba al Río de la Plata, del que tomaba posesión.

Pero, escuchadlo bien: España cree que su pedazo de mundo americano no tiene por núcleo la formación atlántica, sino la andina; será dueña, pues, del continente que, en tiempo remotísimo, estuvo separado, por el mar, del que ha tocado en suerte a Portugal. Funda la Asunción primeramente, y, sobre todo, Buenos Aires, que será la cabeza de su dominio en el Sur. Pero hace todo eso con intención de incorporar el Río de la Plata a su lote andino, cuyo núcleo prin-

cipal es el Perú, con Lima, *la ciudad de los reyes*, por capital.

Su afán es el de poner en contacto a los conquistadores del Plata con los del Perú, a los del Atlántico con los del Pacífico; hacer un gran bloque de todo eso, con entrada por el Norte. Mientras los conquistadores del Perú bajan por los contrafuertes de los Andes en busca de los del Plata, y fundan a Tucumán, éstos suben hacia el Norte y el Oeste, y, por allí, se encuentran.

Así va España tomando posesión de este mundo, y plantando en él sus jalones, que son ciudades. Pizarro funda Lima en 1535; en el mismo año, don Pedro de Mendoza abre los cimientos de Buenos Aires, que don Juan de Garay radica definitivamente, en 1580; Quesada funda Santa Fe de Bogotá, en 1538; Valdivia se fija en Santiago, en 1547; Lozada funda Caracas, en 1567; Ayolas la Asunción, en 1534.

Todos piensan en la región que se extiende entre el Plata y el Pacífico, con los Andes por columna vertebral. En cuanto a ese otro pedazo de tierra entre el Plata y el Atlántico, apenas si se alzan las murallas de la Colonia, sin más propósito que el de conservar la posesión, disputada por Portugal, se le considera otra cosa distinta.

Miremos nosotros, oh amigos artistas, con mayor intensidad que sus descubridores, ese pedazo de América que, determinado hacia el Sur por la curva que traza el Plata al derramarse en el Océano, llega hacia el Norte, por el Atlántico, hasta la línea divisoria, trazada por el Pontífice y por los tratados posteriores, de los dominios españoles y portugueses; ése que no pertenece a la formación andina sino a la atlántica,

al levantamiento del Brasil, pero se desarrolla en la zona templada, que corresponde, en los Estados Unidos del Norte, a la Georgia, a la Carolina del Norte y del Sur, ése, que, casi olvidado por España, pertenece al macizo geológico del Brasil, al lote de Portugal, *pero habla español*. Forma una unidad geográfica perfectamente definida; constituye una entidad étnica y sociológica imposible de confundir. Para fijaros más esa idea, os quiero hacer advertir desde ahora una circunstancia fundamental, que más tarde examinaremos más. todos los dominios españoles que formaron el virreinato del Plata, el mundo andino, dependían de un solo puerto de salida, al que convergía toda la región Buenos Aires. Pero ese pedazo ultraplataense u oriental del Plata era independiente de Buenos Aires en ese sentido; independiente por naturaleza. Sólo él tenía salida propia, comunicación amplia y libre con el mundo, puertos en el Plata y el Atlántico, incomparablemente superiores al de la capital del virreinato; la Colonia, Montevideo, Maldonado, Coronilla, toda la profundísima costa atlántica, la más cercana a Europa, la más accesible, la verdadera puerta de entrada y de salida para toda la región subtropical del continente.

Veréis cómo, más tarde, ese territorio no será brasileño ni será argentino, porque ni Buenos Aires, ni Río Janeiro pueden ser su cabeza. Lo veréis desprenderse independiente, como un desgarrón de la tierra, teniendo por núcleo el puerto de Montevideo. España casi no pensará en él: durante más de un siglo, los habitantes de Buenos Aires van allí a cazar vacas; los faeneros cruzan el Plata, acampan a orillas de algún arroyo, matan animales, los desuellan, secan al sol sus cueros, y regresan al mundo habitado, *al virreinato*, dejando la carne a merced de las fieras salvajes. Ese

territorio será sólo, como dice Mitre, una servidumbre de Buenos Aires; *la vaquería de Buenos Aires* se lo llamó.

Será preciso que los portugueses pretendan, por repetidas veces, pasar la línea divisoria de Alejandro VI, para que España se acuerde de que allí se habla, y debe hablarse, su lengua, será menester que surja, por fin, allá en 1726, dos siglos después de fundado Buenos Aires, un gobernador español, don Bruno Mauricio de Zabala, que se dé cuenta del problema y, obedeciendo a reiteradas órdenes del rey, funde a Montevideo, para que todos los elementos sociológicos embrionarios de esa tierra característica se agrupen y comiencen a tomar cohesión, a ser un organismo, a sentir, a pensar, en torno de una ciudad nueva, distinta de las demás metrópolis hispánicas, hasta por sus pequeños monumentos arquitectónicos coloniales, que son de la restauración, mientras los otros son de la decadencia.

IV

Ahora bien, mis amigos: ese trozo de América, el único que había tocado a España en la región atlántica del Sur, era "el pedazo más envidiable, dice el sabio Martín de Moussy, el rincón más admirable del Nuevo Mundo, por su topografía, por su clima, por su hidrografía y su fertilidad."

Tomad de nuevo un momento la carta geográfica para mirarlo, mis bravos artistas, porque es preciso que lo observemos un buen rato. Yo quiero que vivamos juntos en él algunas horas. Seguid el relieve de esas costas oceánicas, en que se estrella el Atlántico; ved en seguida, del otro lado, el inmenso caudal de

agua que viene de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, que se derraman en ese océano por intermedio del Plata, cuyas aguas, de un verde esmeralda, se diluyen en el azul del mar. Pero advertid, sobre todo, los perfiles de las costas.

El navegante deja, allá en el Norte, los puertos tropicales, cuyo tipo excelso es la bahía de Río Janeiro, sin igual en el mundo, y costea enseguida el continente, hallando muy pocos puertos de fácil acceso en un trayecto de doscientas leguas; la montaña ciclópea, con su piel de bosques verdinegros, es ceñuda y poco sociable. Al llegar, en cambio, a la región templada, las costas oceánicas y las del estuario, más amigas y menos altaneras, ofrecen a cada paso su hospitalidad a los que llegan la rada profundísima de *Coronilla*, ya en territorio Oriental, sobre el Océano, la de *Maldonado* en seguida; la graciosa de *Montevideo*, por fin, son las puertas obligadas de entrada de la región subtropical de América para quien llega del Atlántico.

Miremos ahora el territorio encerrado en ese marco. Todo en él es homogéneo, armónico y expresivo; parece modelado, por un artista, con la quintaesencia del humus fecundo o del limo plástico de nuestra América. A diferencia de la región que se extiende, en la misma latitud, del otro lado de la cuenca fluvial, región plana, de terrenos blandos de aluvión, con grandes pampas o con bosques mediterráneos, la tierra oriental está formada por una serie de graníticas colinas, en que la espesa alfombra de vegetación herbácea, compuesta de más de quinientas especies de gramíneas, abraza el cuerpo de esa tierra, como la piel de un animal sobre la que pasan estremecimientos vitales.

Por la superficie, corre también la vida por una red circulatoria de arterias hidrográficas, que dan a esas

colinas el aspecto de los lóbulos de un cerebro irrigado por sangre copiosa. Las tres grandes vertientes que van, ya hacia el Uruguay, ya hacia el Plata o el Atlántico, forman la cuenca del Río Negro, que atraviesa el país de parte a parte, de oriente a poniente, como el centro del estremecimiento arterial, y abren el lecho de catorce ríos, de centenares de arroyos caudalosos y de millares de pequeñas corrientes que se mueven y dan la nota de la vida carminosa en todas las hondanadas. En el fondo de éstas se encuentra siempre el reflejo del árbol sobre el agua: en el remanso quieto, o en la corriente rumorosa y ágil.

Sus mayores alturas no llegan a seiscientos metros; y aun en ellas, la espiga del trigo puede germinar hasta en las cumbres. Son sólo ondulaciones más altas de una sinuosa superficie intacta. En algunas parcelas del territorio, la osamentación granítica rompe la piel que la recubre, y asoma en grandes bloques pétreos heteroformes, que son largas sierras, o cerros aislados como bloques erráticos, y que cobran formas arquitectónicas, semejantes a torreones cilíndricos o a edificios ciclópeos derrumbados. Esos bloques parecen más bien caídos de lo alto que brotados de la tierra; no matan, por consiguiente, la rica vegetación que los circunda, y trepa por sus grietas, y forma, en las honduras, lujuriantes manchones de vegetación arbórea, en medio a los tupidos matorrales. Si se penetra en esas zonas ásperas excepcionales, si se cruza por el fondo de la sierra, o se trepa el cerro, se experimenta la sensación estética de lo grandioso, del paisaje de montaña, con tanta intensidad como en las excelsas cordilleras: la eminencia y la sima; el peñón abrupto cortado a pico, la mole granítica suspendida en el vacío; el precipicio; el largo desfiladero inaccesible;

el breñal-madriguera en las honduras; el árbol tortuoso agarrado a la roca con sus tentáculos de raíces color de piedra; el nacer y el morir del sol tras la mole fantasma; la proyección de la montaña en la llanura.

Pero allí lo grandioso es sólo efecto de lo relativo en nuestra sensación; la sierra aparece grande, porque las largas colinas en que se levanta de improviso son pequeñas; lo grandioso está en nosotros, aunque sugerido por la expresión del mundo exterior, en que nada es enorme.

Ese paisaje no imprime carácter al territorio; la montaña no cierra ni recorta sus dilatados horizontes sin orillas; la vegetación arbórea natural es escasa. La región de los árboles gigantes americanos, como la de la montaña excelsa, está más arriba de la línea divisoria entre España y Portugal, en la región que se acerca al trópico, en la zona brasileña, en que crecen los palmares y los bananeros resonantes, y se produce el café y el algodón y el añil. En la tierra que observamos, la colina granítica, envuelta en su mantillo vegetal, produce el trigo y el maíz, como en región alguna del mundo; las flores del peral y del manzano y del durazno, importados de Europa, anuncian sus primaveras, llenas de sol fresco y coloreado con vigor. La flora indígena es escasa: árboles y arbustos tortuosos, y de frutos agrios en su mayor parte, que no cobran las proporciones de los tropicales. Ellos bastan, sin embargo, para formar, con los matorrales y las enredaderas salvajes, largos bosques impenetrables sobre cuyos árboles pequeños emergen de trecho en trecho algunos colosales, en que anidan águilas, y fabrican las cotorras, innumerables y chillonas, sus colgantes viviendas espinosas. Pero esos bosques crecen

siempre a lo largo de los arroyos y los ríos, y se extienden más o menos en sus márgenes y en sus confluencias, según es más o menos rápido el declive de las colinas en cuya convergencia corre el agua, entre los árboles y marañas. Si hay allí una llanura, las aguas que permanecen forman el *bañado*, el extenso pantano cubierto de juncos y plantas acuáticas, en que anidan los patos innumerables, se levantan las bandas de garzas blancas como nubes del poniente, pasean las cigüeñas, nadan las nutrias, y lanzan los *chajás* sus gritos estridentes. Fuera de esos bajos, en que se deposita el humus, arrastrado por las lluvias al borde de las corrientes, no existen arbolados naturales; las colinas y los valles son el dominio exclusivo de la graminea rastroja e invasora, salpicada de trecho en trecho por el cardal de flores azules, o por el matorral de *chircas* verdes. Alguno que otro *ombú* solitario se levanta en la cumbre de las lomas; manchones de palmares, copiosos y agrupados los unos, ralos y dispersos los otros, dan su nota original en las costas atlánticas, o a orillas del Uruguay, y recuerdan que esa tierra es la extremidad del macizo orográfico brasileño, todas las variedades de palmeras viven alegres y sanas en este suelo, lejos del trópico. Pero todo eso es accidente: el perpetuo ondular de la colina, de un bermellón verde característico, es lo que imprime su sello a la tierra, los horizontes se ensanchan y se renuevan, modificando la línea curva de las lomas elásticas que se reproducen sin cesar; aparecen y se levantan las más lejanas en la convergencia de las que descenden en primer término; suben y bajan; ondulan en el espacio, como enormes turgencias de senos núbiles que respiran dormidos. Muchas de estas feraces colinas, las más extensas, son achatadas: una larga

meseta o llanura se ofrece a la vista, una vez escalada la pendiente; una llanura granítica, exuberante de vida vegetal; un lago verde, de brillante inmovilidad fecunda.

El insigne botánico Augusto de Saint Hilaire, que recorrió estos campos en 1821, me salva del peligro de transmitirlos, como verdad objetiva, lo que pudiera ser sólo impresión subjetiva con relación a mi tierra. Saint Hilaire se expresa así sobre ella: "Aunque poco variado, el aspecto de estos campos no fatiga como el de los inmensos desiertos de Goyaz y de Minas. El aire de alegría que reina en todo este país depende acaso de la idea de riqueza y de abundancia que dan estos tan excelentes pastos; pero más todavía del color del cielo, de un azul tierno, en extremo agradable a la vista, y de la luz, que, sin deslumbrar, como en los trópicos, tiene una vivacidad y una fulguración desconocidas en el Norte de Europa".

La fauna indígena no era más rica que la flora arbórea. Los seres cálidos, que habitan innumerables las regiones tropicales; las fieras; los reptiles deformes; los habitantes de la misteriosa selva mediterránea, en que cuelgan los racimos enormes que destilan los azúcares hipnóticos, en que se enrosca el boa y cantan los suntuosos pájaros extáticos sus himnos al sol, no hallan en esta región su ambiente propicio. Aquí, la calandria y el zorzal cantan a la aurora, en coro con los tordos y los mirlos negros; el águila traza en el aire su espiral silenciosa; el *terutero* lanza gritos de guerra o de sorpresa; el *venado*, de pie sobre la loma, recorta su silueta delicada, sobre los amplios horizontes de larguísimos crepúsculos anaranjados; el *avestruz* recorre las llanuras, en las que deja el montón de sus enormes huevos amarillos; el *carpincho* sale

del río a pastar en la orilla; la *perdiz* corre silbando entre los pastos olorosos, o llena el viento de los temblores musicales de sus alas.

Tales eran las notas características de la vida orgánica de esa región, que, no ofreciendo asilo propicio a las semillas ni a los seres animados que vienen del trópico, y que se detienen en sus fronteras, parecía estar a la espera de sus verdaderos dueños en el reino animal. Cuando éstos llegaron, con la colonización europea, la nota de la vida propia, esperada por la gramínea exuberante, dio su carácter definitivo a la comarca: el toro y el caballo, al pisar aquella tierra intacta, dura; al sentir el olor de la vida, en el de sus pastos azoados; al ver aquellas colinas ilimitadas, abiertas al fogaño correr de la yeguada y al pastar de la vaca y del rebaño innumerable, sintieron la alegría y la pujanza del vivir, vivieron y se reprodujeron en forma tal, que, en muy pocos años, los animales vacunos y caballares llegaron a tomar las proporciones que en otros países cobran las plagas; llenaban las colinas del Sur y subían hacia el Norte, hasta encontrar la línea en que se detenían los seres vivos que venían del trópico.

El caballo, sobre todo, transformó el aspecto de la tierra y las costumbres de su habitador. El habitante prehistórico de esta región, el indio nómada, no tenía caballo, andaba a pie; no poseía, pues, la tierra. Al llegar aquel animal, como si se fundieran los dos seres, apareció el centauro, el ser habilitado para ser dueño de aquellas colinas ilimitadas, que, con sus pastos y sus ganados, nutrían al hombre nuevo. el hombre a caballo.

¡Qué vinculada está la historia de los animales a la historia de los humanos!

Cuando se buscan símbolos de la independencia de América, se recuerdan aquellos doce potros maravillosos de la *Iliada*, que galopaban sobre las espigas sin doblarles los tallos, y sobre las aguas sin mojarse los cascos; se piensa en Poseidón que, golpeando la roca con su tridente, ve surgir el caballo, nacido de una grande ola marina y dotado del cuello ondulante y de la blanca espuma de la ola. En la mitología de la América libre, el caballo hubiera sido el animal sagrado.

Con esos elementos, amigos artistas, tenéis el ambiente de que ha de estar compenetrado el héroe oriental: colinas ilimitadas y solitarias, bajo un cielo de esplendente azul; bosques en las corrientes; ganados innumerables en las laderas verdes, inmensas yeguas que recorren las sinuosas llanuras; rebaños de ovejas, y, dominándolo todo, "el hombre domador de caballos", como llama Homero al héroe troiano, el alma de aquella expresiva naturaleza, el hombre fuerte, capaz de pensar sin apearse del corcel, y de oír su propia voz interna en medio del ruido de las grandes voces.

Os he descrito todo esto, porque yo creo que la creación escultórica, aun la estatua personal aislada, tiene un fondo invisible poblado de infinitos seres, un ambiente amplísimo que la compenetra, y que irradia de sus propias líneas expresivas y sonoras. En una actitud se refleja una montaña, y una puesta de sol, y hasta una tempestad. Yo debo, no sólo haceros conocer, sino haceros ver, y sentir, y amar. Es preciso que viváis en esta tierra; que, llegado el caso, no os limitéis a saber lo que hicieron Artigas y sus soldados, sino que los veáis cruzar esas colinas que os he descrito, jinetes en sus potros desnudos, toda-

vía sin domar; descender a los bajos o bañados montuosos, en busca del vado escondido entre los árboles; cruzar a nado las corrientes; refugiarse en la sierra abrupta o en el bosque impenetrable, proyectarse sobre el horizonte anaranjado por el sol poniente.

Si aun quisiérais daros cuenta de dónde comienza, y adónde termina esa tierra, como entidad geográfica, de límites geológicos bien perceptibles, podéis advertir que ella es la punta subtropical del gran macizo orográfico cuneiforme del Brasil, el vértice inferior del dilatado triángulo formado por la línea horizontal del Amazonas, y por las dos líneas convergentes de las costas atlánticas, por un lado, y de los ríos que vienen del Norte a unirse en el estuario del Plata, y desembocar con él en el Océano, por el otro. En ese vértice inferior está Montevideo. De este núcleo social, como de un centro luminoso, cuyo chorro de luz se va ensanchando y debilitando a medida que se aleja del foco, hasta fundirse en la oscuridad, subía hacia el Norte el espíritu de la nación española. Algo así como lo que pasa en el fenómeno físico, ocurría en lo étnico y sociológico, con respecto a los límites naturales de la *Banda Oriental*. Estos eran precisos, inconfundibles, en el ángulo inferior: el mar y el fondo de los ríos son sus lados, imposibles de borrar; pero la línea superior, como la que divide la luz de la sombra en el extremo del cono luminoso, era difusa, indeterminada. Como se diluyen la luz y las tinieblas, se fundían allí el límite superior español y el inferior portugués; el radio de acción que descende de Río Janeiro y el que sube de Montevideo. Era, pues, preciso trazar convencionalmente esa línea, y eso dio origen a la guerra tres veces secular

entre España y Portugal, que trasladó a América el divorcio que existía, y existe aún en Europa, entre los dos pueblos ibéricos.

Las metrópolis trazaron varias veces aquella frontera, y la escribieron en sus tratados de paz, que eran la sentencia de sus enconadas guerras, o el sometimiento a las resoluciones de las potencias o monarcas europeos. Entonces era más fuerte España, y la luz del foco hispánico subía hasta muy arriba. Alvar Núñez Cabeza de Vaca atravesó de Santa Catalina a la Asunción por territorio español; las *Misiones* se fundaron a esa altura; Ceballos, el primer virrey de Buenos Aires, las trazó allí por la fuerza; pero la diplomacia artera las borró desde los lejanos gabinetes. Esa era la línea indicada por la naturaleza, la que hemos visto distinguir a los seres animales y vegetales en su marcha migratoria, y que el *homo sapiens* suele percibir menos claramente que la planta y que el bruto. Veréis cómo esa fue la que tuvo Artigas trazada en su pensamiento como límite septentrional de su patria; la que hubiera trazado en la realidad, salvando todo el lote hispánico para la nación atlántica española, a no haber sido hostilizado por hombres insensatos de su propia stirpe

Pero, pasado el período colonial, cuando los hijos se emanciparon de los padres, hispánicos y lusitanos volvieron a luchar por el trazado de esa frontera artificial. El hijo atlántico de España, la *Banda Oriental*, era entonces el más débil de la familia hispánica; había sido abandonado por sus hermanos; era, en ese momento, menos fuerte que el hijo de Portugal, el inmenso Brasil independiente. Y fue éste quien, con previsión inteligente y sagaz, impuso la frontera. Una gran parte de la región subtropical atlántica, que fue

entre España y Portugal, que trasladó a América el divorcio que existía, y existe aún en Europa, entre los dos pueblos ibéricos.

Las metrópolis trazaron varias veces aquella frontera, y la escribieron en sus tratados de paz, que eran la sentencia de sus enconadas guerras, o el sometimiento a las resoluciones de las potencias o monarcas europeos. Entonces era más fuerte España, y la luz del foco hispánico subía hasta muy arriba. Alvar Núñez Cabeza de Vaca atravesó de Santa Catalina a la Asunción por territorio español; las *Misiones* se fundaron a esa altura; Ceballos, el primer virrey de Buenos Aires, las trazó allí por la fuerza; pero la diplomacia artera las borró desde los lejanos gabinetes. Esa era la línea indicada por la naturaleza, la que hemos visto distinguir a los seres animales y vegetales en su marcha migratoria, y que el *homo sapiens* suele percibir menos claramente que la planta y que el bruto. Veréis cómo esa fue la que tuvo Artigas trazada en su pensamiento como límite septentrional de su patria; la que hubiera trazado en la realidad, salvando todo el lote hispánico para la nación atlántica española, a no haber sido hostilizado por hombres insensatos de su propia estirpe.

Pero, pasado el período colonial, cuando los hijos se emanciparon de los padres, hispánicos y lusitanos volvieron a luchar por el trazado de esa frontera artificial. El hijo atlántico de España, la *Banda Oriental*, era entonces el más débil de la familia hispánica; había sido abandonado por sus hermanos; era, en ese momento, menos fuerte que el hijo de Portugal, el inmenso Brasil independiente. Y fue éste quien, con previsión inteligente y sagaz, impuso la frontera. Una gran parte de la región subtropical atlántica, que fue

española, y debió ser nuestra, quedó incorporada a la opulenta herencia portuguesa. Pero no importa; esas líneas, más o menos arbitrarias, que trazan los hombres, por la fuerza, en la superficie de la tierra, jamás podrán borrar las que están trazadas por la naturaleza en sus entrañas. Ellas adelantarán más o menos, por otra parte, en la zona indefinida, achicarán más o menos la esfera de acción política del núcleo inconfundible, pero jamás apagarán a éste.

Se achicó, sin duda alguna, la del núcleo hispánico, se la achicó todo cuanto fue posible arrebatar a la debilidad del heredero de España; pero no tanto que se le quitasen los elementos de vida, no tanto que se arrancara la raíz al vigoroso retoño atlántico del árbol español, que hoy es nuestra uruguayaya patria.

Se ha dicho que lo que quedó es pequeño ¡Pequeño! Jamás tendré por hombre de buen sentido a quien tome en cuenta esa circunstancia para juzgar de la razón de ser de un pueblo, de la vida de un organismo: su tamaño. Ese territorio no es pequeño: tiene doscientos mil kilómetros cuadrados; cuatro o cinco naciones europeas caben en él; puede contener ochenta millones de habitantes con menos densidad que Bélgica. Pero no creo que valga la pena hablar de eso. Lo que interesa es que os deis cuenta, mis buenos amigos, de la conservación de esa región, independiente por naturaleza, como la sede de un pueblo necesariamente distinto de los demás pueblos, chicos o grandes, que lo rodean. Acaso lo que perdió en extensión hacia el Norte, lo ganó en intensidad en su núcleo meridional.

Se ha quedado con lo más homogéneo, con lo indiscutible, con lo incommovible. Si el mapa de la América del Sur no fuera aún definitivo, la República

Oriental del Uruguay será centro de atracción, nebulosa espiral, jamás satélite. La geografía manda en la historia.

Y llegamos, por fin, a nuestro propósito. En esa región, en la margen oriental del Plata, nació Artigas, nieto de un hidalgo y de una dama españoles; nació en su núcleo urbano, en Montevideo, y casi con éste, cuarenta años después de fundado por sus abuelos. Artigas es la encarnación de todas esas leyes de que os he hablado; él es la transformación de esos elementos vitales en forma humana inteligente, en visión imperiosa, en dinamismo heroico, en núcleo de rotación que envuelve la nebulosa generatriz de un cuerpo luminoso de luz propia, centro de días y de noches.

Ese pedazo de nuestra América tenía en ella su misión propia, como la pequeña Grecia en el mundo antiguo. El cómo la llenó constituye nuestra historia.

CONFERENCIA III

EN LA REGION DE LAS MADRES

La geología y la historia — La "entelequia" o el alma de las naciones — La ciudad. — Las ciudades americanas como núcleos de estados independientes. — Buenos Aires, Montevideo y Río Janeiro

I

Amigos artistas:

En mi conferencia anterior yo pretendí, como os lo decía, haceros penetrar hasta las vísceras de la Patria Oriental, llevándoos hasta las entrañas de la tierra, y hasta las más profundas quizá de los problemas sociológicos, en busca de la más remota razón de ser de la patria evocada por Artigas. Tal era llevado Fausto a la región silente de las *madres* o de las *causas*. En esa subterránea región, según Paul de Saint Víctor, la antigüedad reverenciaba las raíces sagradas de todas las cosas: tesoros de metales y de piedras preciosas, frutos y plantas en germen, cultivos y sepulturas, efluvios de antros y de trípodes proféticos, leyes inmutables que desenvuelven el mundo y le sirven de bases sustentadoras. Confieso que eso es demasiado horadar; meterse acaso en demasiadas honduras. Quizá encontremos en ellas, sin embargo, alguna línea, y hasta alguna vigorosa nota de color para vosotros.

Pero si bien yo quisiera haceros extraer, de las mismas entrañas ígneas de la tierra americana, el hierro

y el cobre de que formaréis el bronce de vuestra estatua, no pretendo con ello presentaros las influencias geológicas, y étnicas, y climatéricas, como el único factor determinante de la formación de los Estados; ni siquiera me atrevo a clasificar, por orden de importancia relativa, los múltiples agentes, sociológicos históricos, geográficos, térmicos, que concurren a conglomerar las células o unidades primitivas de las naciones

Federico Amiel, el melancólico ginebrino de alma germánica o germanizada, hubiera dado, me parece, una importancia muy grande, en nuestro caso, al factor geológico que yo os indico "Juzgar nuestra época, dice en su *Diario Intimo*, desde el punto de vista de la historia universal; la historia, desde el punto de vista geológico, y la geología desde el punto de vista de la astronomía, es una emancipación del pensamiento." Yo no llegaré a tanto. Esas teorías de conjunto, a que se adhiere tan firmemente el pensamiento del Norte; esos métodos comprensivos, de donde han salido, según la opinión de Bourget, tantos sistemas, desde el de Schelling hasta el de Hartmann, pasando por Hegel y Schopenhauer, esa tendencia a salir de la realidad sensible, para vivir sólo en la abstracción, en lo absoluto, cuando estamos rodeados por todas partes de la contingente, no se compadece con nuestra naturaleza heleno-latina, imaginativa y pasional. Pero, sin afirmar que ello sea indispensable para que nuestro pensamiento se emancipe, yo creo que la influencia de los factores *externos*, la constitución geológica del suelo, la temperatura, la fauna, la flora, sobre los factores *internos*, caracteres físicos, morales e intelectuales, de los hombres que constituyen una sociedad política, es un elemento de importancia ca-

pital en el estudio de los orígenes de un pueblo. Y lo es en el de los del pueblo oriental del Uruguay.

Acabo de leer un interesante ensayo de don Miguel de Unamuno, insigne amigo mío, y para conmigo siempre generoso, a pesar de nuestras fundamentales disidencias, en que ese ilustre escritor examina el problema de que ahora tratamos: el por qué, una vez desmembrada naturalmente la América española de su metrópoli, se formaron en ella diversos estados, independientes entre sí, por qué fueron estos diez y seis y no veintiséis, o catorce o siete.

Unamuno toma en consideración un discurso que yo pronuncié al inaugurarse la estatua de Lavalleja, de que hemos hablado. Enuncié yo allí, efectivamente, con la fugacidad exigida por la oración popular esparcida a voces en el viento, algo de lo que ahora estoy diciendo: el por qué de la emancipación necesaria del Uruguay, no sólo de España, sino también de los otros pueblos americanos, el agente dinámico, por consiguiente, que estaba en la subconsciencia de Artigas, y hace de éste *un héroe*, un poseído del espíritu regulador de las grandes fuerzas que rigen el universo.

Unamuno, que, *rara avis*, sabe lo que escribe cuando lo hace en la prensa periódica europea sobre cosas de América, después de afirmar que yo sostengo en mi discurso, que el Uruguay tuvo que ser una nación independiente por constituir una unidad geográfica subtropical y atlántica, se aparta de esa opinión, como disiente de la que, siguiendo a Carlyle, designa a los héroes como núcleo de conglomeración sociológica. El cree y sostiene que lo que ha constituido principalmente esos centros de rotación, en la

América española, cuya conquista hemos esbozado, han sido las ciudades que se fundaron. El sentimiento de patria, de persona internacional, es de origen ciudadano, dice; civilización deriva de *Civis* de donde también viene *ciudad*, *Civitas* Montevideo hizo al Uruguay, como Buenos Aires a la Argentina, y Lima, Bogotá, Caracas, Quito, hicieron a los estados de que son capital. Guemes o López, caudillos argentinos, hubieran hecho lo que Artigas, a haber existido, en las regiones que *acaudillaron*, ciudades *con las condiciones requeridas*.

Como lo veis, el erudito pensador español no niega en absoluto la influencia étnica; discute sólo en cuanto a su importancia relativa. Yo le atribuyo, es verdad, alguna mayor importancia que él en la formación de las naciones, de la uruguaya especialmente. En cuanto al innegable influjo de las ciudades, problema angular es ese en nuestra historia, que Unamuno ha entrevisto, es todo el de Artigas, precisamente; viejo y largo y universal problema: la pugna entre el principio que atribuye a la ciudad la potencialidad casi exclusiva de *hacer la patria*, la ciudad-república, y el que halla tal virtud en toda la nación, en la influencia racional de todos y cada uno de los que la componen. Veremos cómo es el primero de esos agentes el que inspira y mueve a los émulos del héroe rioplatense; defender la capital, salvar la capital es todo para ellos, como para las abejas salvar la reina en la colmena; como para ciertos animales esconder o inmunizar la cabeza. Artigas es lo contrario todo, para él, es salvar el principio, *el sistema*, como entonces se decía, el alma popular que, como la individual, reside toda en todo el cuerpo y toda en cada una de las partes. Eso es todo Artigas.

Si miramos bien en ello, podremos fácilmente percibir en esos dos instintos, más que doctrinas, la remota generación o principios anímicos de las dos tendencias políticas contrapuestas: la aristocrática monárquica, y la democrática que busca su forma en la republicana. Y, sin disimularnos los escollos propios de cada una de ellas; sin siquiera dar por resuelto dogmáticamente ese problema de las formas, bien podemos afirmar que la humanidad creó hoy lo que Artigas creyó; tiende a la difusión, y no a la concentración del agente creador y conservador de la vida en las naciones, ve en la democracia el ideal de libertad, de justicia y de paz a que aspira, y en la forma representativa republicana el camino más racional, entre los conocidos, para alcanzarlo.

Nuestra América, cuando menos, hija predilecta de la democracia, piensa así con unánime criterio, y ese será el nuestro, por lo tanto, para juzgar a Artigas ante la Historia. Nada, pues, más oportuno, para disponernos a asistir a ese proceso interesante, que aceptar la meditación, a que nos mueve la del publicista español, sobre la influencia de las ciudades en la formación de los estados.

La ciudad, es efectivamente, el núcleo de civilización, pero no de vida; como no lo es la cabeza en el organismo humano, por más que en ella resida especialmente el pensamiento. No es causa; es también efecto. Yo creo que, al revés de lo que pasa en lo inanimado, en que las partes preceden al todo, y lo determinan siguiendo un orden mecánico, en el ser vivo (y una nación lo es a su manera) el todo parece preceder a las partes, y determinarlas según una ley progresiva de finalidad *Es un fin que crea sus medios*. Existe, o mucho me equivoco, un principio inte-

rior, cuya actividad precede a la manifestación del ser social vivo, mantiene su unidad, su identidad permanente, al través de las transformaciones perpetuas, y dirige su evolución, según el tipo que debe realizarse, sin obstar a la libertad de la persona humana, cuyo destino es el fin de la sociedad. Todo concurre a la formación de los estados el agente de vida forma la capital conjuntamente con el pueblo a que ha de servir de núcleo inteligente, como se forma el cerebro y el corazón, al par de los últimos filamentos nerviosos, en el organismo sensible.

No creo que sea intempestivo penetrar un poco más, aunque sea muy poco, en este interesante problema. Hagámoslo, mis queridos amigos, siquiera sea por esta vez. Yo os prometo corregirme, en adelante, de esas vagas ideologías. No puedo resistir a la tentación de haceros compartir mi visión clara sobre la aparición de la patria de Artigas, de Artigas mismo, como el cumplimiento de leyes o el producto de fuerzas providenciales, incontrastables, más fuertes que el libre querer de los hombres que edifican capitales. Sin esa convicción, jamás percibiríais, en todo su carácter y magnitud, al hombre que es el agente heroico de aquellas fuerzas, y que es arrebatado por ellas, como el profeta por el espíritu del fuego. Bien me doy cuenta de vuestra impaciencia por llegar cuanto antes a la historia concreta, pero no hay remedio: tengo que poner a prueba vuestra virtud. Dadme media hora de atención; sólo media hora.

Hipólito Taine, el orfebre del diáfano estilo, en su *Filosofía del Arte*, pronunció, para juzgar de la civilización helénica, la palabra *entéléchie*, que él escribe en caracteres griegos, que no conozco desgraciadamente. Nosotros diremos *entelequia*, si os parece. La

palabra es lo de menos; vamos al concepto. Entelequia, en la lengua de Aristóteles, es, en un ser vivo, *el principio de su organización, de su unidad y de su vida*; es su *forma*; su principio informador, por oposición a su *materia*.

Ese concepto del filósofo griego fue visto por Leibnitz, pero éste, como intérprete del espiritualismo monístico, que ve en la materia el espíritu con el pensamiento amortiguado, consideró esa llamada *entelequia* como el principio dinámico de los *mónadas* o seres primitivos. La misma doctrina moderna de la evolución cuenta con esa entidad empírica, que me parece muy interesante. El plan arquitectónico que sigue cada individualidad orgánica, según la ley llamada de *unidad de composición*, obliga a reconocer un principio interno, director de las transmutaciones que estudia la morfología moderna. Según eso, la doctrina aristotélica de la entelequia se parece mucho a lo que Claudio Bernard llama *idea directiva de la vida*, y mucho más todavía a la *idea-fuerza*, de que habla Fouillée, en su *Evolucionismo de las Ideas-fuerzas*. Llámesele como se quiera, yo creo que existe un principio ordenador y regulador de todas las energías, que se reúnen en un centro, para formar la individualidad viva concreta.

De ese concepto saca Aristóteles su definición del alma, del alma en general, en todos los seres animados: "la entelequia de un cuerpo natural orgánico".

Taine se apasiona por esa definición, "ella hubiera podido ser escrita, dice, por todos los escultores griegos; es la idea madre de la civilización helénica". Aceptadla vosotros, si ella os inspira, mis amigos artistas. Pero Taine la aplica especialmente al alma humana, y de ahí deduce, como es obvio, que el ser

moral no es sino el término y como la flor del animal físico. En eso se equivoca, como yerra también al atribuir tal aplicación a Aristóteles. Éste, lo mismo que los filósofos cristianos, aunque ve en el alma del hombre la *entelequia* de su cuerpo, el principio de su organización, de su unidad, de su vida (su *forma sustancial*, dicen los escolásticos), también descubre en ella, y sobre todo, un orden de funciones hiperorgánicas. Las operaciones del pensamiento y de la virtud son algo más que la flor terminal del cuerpo humano. Aristóteles las atribuye al alma, que es sustancia, que es en sí y se concibe por sí, que es espiritual, porque lo son muchos de los objetos de sus operaciones privativas, que sobrevive a la destrucción del cuerpo, y que es simple, indisoluble, inmortal. Y creada por Dios para informar el cuerpo, dice la filosofía cristiana.

Pero si ese concepto de *entelequia*, o como queráis llamarle, no es aplicable al organismo del hombre, se me ocurre que lo es, en cierto modo, al social y político que llamamos estado o nación, como lo es a los organismos puramente sensitivos, en que el alma, aunque simple, desaparece con el organismo. A mí me sirve, cuando menos, a maravilla, para dar forma musical a mi concepto de patria. Tomadlo siquiera, mis amigos, como una sonora imagen, cualquier que sea vuestro criterio filosófico. Existe, me parece, un principio de organización, de unidad, de vida, constituido por múltiples elementos, geológicos, étnicos, biológicos, climatéricos, históricos, que informa los organismos sociológicos o colectivos, y que, no teniendo más misión que la de informarlos, desaparece con ellos. Las patrias concretas no son espirituales; no son, pues, inmortales; viven en el tiempo; éste las trans-

forma, las aniquila. A ellas, por lo que difieren del hombre, es aplicable la doctrina moderna del transformismo, de la selección, de la conservación de la vida por la muerte. Pero esas patrias, en tanto viven, en cuanto conservan el principio informador que constituye su *yo permanente*, que les da carácter, unidad, vida orgánica. Y ese principio es tanto más enérgico y persistente, tanto más inmortal, si me permitís la paradoja, cuanto más se identifica con el orden o divina ley del universo, y es una nota de su recóndita armonía. O mucho me equivoco, o el patriotismo no es otra cosa que la fe en ese principio con relación a la propia tierra; es la creencia en la relativa inmortalidad de ésta, basada en la identificación del principio que la informa con las leyes más enérgicas e inmutables.

Por eso y para eso, para hacer razonable, inquebrantable, la fe patriótica de esta nación de Artigas, yo os he hecho conocer, mis amigos, los agentes geológicos que hacían, de la región oriental del Plata, un territorio capaz de imprimir diferencias étnicas a los seres humanos que en él constituyeron un pueblo, de dar existencia a un *Genio de los Orientales*, como dirá el ilustre Monterroso; por eso no puedo pensar, con Unamuno, que la entelequia, el principio vital de la Patria Oriental, haya sido sólo la ciudad de Montevideo, como no lo fue en la platense la de Buenos Aires; tampoco la aparición de un héroe, sea personal o colectivo.

Veréis cómo no nació el Uruguay porque existía Montevideo; sino que existió Montevideo, y se desarrolló, *con las condiciones requeridas para ser núcleo de civilización*, porque existía el Uruguay, porque el principio vital, complejo, indescifrable, hijo de la ma-

dre naturaleza, preexistía en aquella región atlántica subtropical, cuyos habitantes, desde los aborígenes hasta nosotros, han estado y están bajo el influjo misterioso de la tierra, del factor étnico.

Era ese principio vital el que animaba a Artigas, el que creó su figura heroica, con su carácter y su visión o mensaje. No sólo no consagró éste, al crear la patria, el predominio absoluto de su ciudad natal, Montevideo, como querían hacerlo sus rivales con Buenos Aires, sino que impuso a aquélla el de toda la región, sin perjuicio de darle la influencia y el significado que le eran propios. Artigas no se radicó jamás en Montevideo. Veréis cómo la primera capital de esta nuestra República Oriental del Uruguay fue *Purificación*, el caserío primitivo, no Montevideo. Desde allí, Artigas dirigió toda la patria, Montevideo inclusive, y aun la región occidental, sin excluir el pueblo de Buenos Aires, que vio en él, tanto como la oriental, el solo conductor heroico. Montevideo no hubiera hecho al Uruguay; todo lo contrario; ya veréis cómo, si la idea de patria democrática sufrió quebrantos, éstos los sufrió en Montevideo, como los padeció de muerte Buenos Aires. Sólo vivió íntegra en el pensamiento de Artigas, que concentraba el espíritu de toda su tierra germinal.

Oportunamente hemos de medir la distancia inconmensurable que hay entre el héroe del Uruguay, y Guemes, y López, y otros agentes, más o menos enérgicos, pero secundarios, de la independencia americana, que obedecían a aquél. La hay mayor acaso entre Artigas y San Martín o Belgrano, por ejemplo; son cosas muy distintas, completamente distintas. Difícilmente se dará, como lo veremos en nuestras conversaciones un cúmulo de circunstancias más adversas

a la conquista de la independencia, que las que rodearon el nacer de la República Oriental del Uruguay; nadie hubiera visto en aquel pedazo de América atlántica, con una población total de setenta u ochenta mil habitantes, la región de un pueblo independiente, distinto de los demás, y mucho menos el eje de la revolución democrática en el Plata. Pero ese trozo del continente era *casi toda la región atlántica subtropical de la América del Sur*, fuera de la costa patagónica; su equivalencia en la del Norte, a igual latitud, tiene dos millones de kilómetros. Y allí había un alma, la *entelequia* de un pueblo, un carácter, que aun hoy persiste, y es observado, y fácilmente distinguido, como nota diferencial de una persona colectiva.

II

Pero existe un error, radicalmente contrario al de Unamuno, y en él incurriríamos, con gran menoscabo de nuestra preparación para la comprensión de Artigas, si no atribuyéramos a esa ciudad de Montevideo la influencia que le corresponde, en la formación de la patria de que hoy es capital. Sí, la tiene y grande. Artigas, el héroe de esa tierra, nació en Montevideo, como hemos dicho; en Montevideo recibió las primeras indelebles impresiones de la vida y la primera educación. Y, sin entrar a profundizar demasiado el problema de las influencias recíprocas entre el hombre, primer factor de progreso, y la sociedad en que vive, no es posible negar la existencia de ese doble influjo. El hombre es más hijo de su tiempo que de su madre.

Incorre, pues, en un error, el historiador Mitre, por ejemplo, cuando sostiene precisamente todo lo

contrario de Unamuno: que, en la formación del Uruguay, no obró el influjo de la ciudad. Para Mitre, el Uruguay no tenía una ciudad que pudiera servir de núcleo a una nación. En el Plata no había más que Buenos Aires “La insurrección de la Banda Oriental, dice, nacida en las campiñas, *sin un centro urbano que le sirviese de núcleo*, privada así de toda cohesión y de todo elemento de gobierno regular, fue el patrimonio de multitudes desagregadas, emancipadas de toda ley, que al fin la hicieron política y militarmente ingobernable, entregándola desorganizada al arbitrio del caudillaje local, que, convirtiéndola en insurrección contra la sociabilidad argentina, le inoculó ese principio disolvente”.

Pues bien el historiador argentino tampoco tiene razón al afirmar que Montevideo no era un centro urbano que sirviese de núcleo, al rayar la era de la independencia americana. No sólo era eso, sino que, desde su fundación, fue, no una de tantas ciudades coloniales secundarias con tendencias autonómicas, sino una metrópoli importante, característica, y rival de Buenos Aires. En el curso de nuestras conversaciones veréis la importancia política y social que adquirió Montevideo, los hombres que en él descollaron y fueron colaboradores de Artigas, y lo que era su población cuando llegó el momento de la independencia. El brigadier don Cornelio Saavedra, primer presidente de la Junta revolucionaria formada en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810, vio mejor que Mitre lo que era Montevideo. Leed este fragmento de sus Memorias póstumas: “Todos saben cuánto se trabajó a fin de que Montevideo se uniformase al nuevo sistema adoptado, mas bastaba que Buenos Aires hubiese tenido la iniciativa en aquella empresa, para que

aquel pueblo se opusiese y lo contradijese, él fue siempre, para Buenos Aires, lo que Roma para Cartago". El parangón es ingenuo, no hay duda; Cartago no formaba parte del mundo romano, como Montevideo del español; pero el recuerdo del buen Saavedra no deja de ser sugestivo. No fueron, pues, las campañas orientales, no las solas multitudes, las que obedieron al *principio disolvente*; éste partió de Montevideo, de su ingénita rivalidad con Buenos Aires. Y ese fenómeno, que es cierto, y que ha sido permanente, no puede ser efecto del capricho de un hombre ni de varios hombres; y, sin el conocimiento de sus verdaderas causas, jamás podríamos comprender el alto significado de Artigas. Es preciso que las examinemos.

Montevideo no fue el principio vital, hondo, complejo, de nuestra patria; pero fue, no hay lugar a duda, uno de sus productos; acaso el más importante. Esa su rivalidad con Buenos Aires, que advierte ingenuamente Saavedra, tenía raíces, que este esclarecido patricio no pudo percibir, pero que vosotros comprenderéis ahora, y profundizaréis mucho más, a medida que adelantemos el curso de nuestras amables conversaciones. Buenos Aires se opuso a la fundación de Montevideo; miró con ojeriza el nacimiento del hermano legitimario que iba a dar núcleo urbano a lo que era servidumbre o *vaquería de Buenos Aires*, y a arrebatarse a éste el monopolio del comercio del Plata, como puerto único. Una vez fundada la ciudad, entorpeció cuanto pudo su prosperidad, se opuso al reparto de tierras en la región oriental, al establecimiento de un faro en Montevideo, a la habilitación de su puerto, y, después de habilitado, a sus mejoras,

a la construcción de recobas en la plaza, etc. Todo eso era natural: aquella ciudad recién nacida al otro lado del Plata, con puerto propio superior a Buenos Aires, con territorio separado del virreinato. no era Córdoba ni Tucumán que, si bien tuvieron su espíritu local y su autonomía, eran miembros de un gran cuerpo geográfico, de que Buenos Aires tenía que ser puerto y cabeza. Montevideo, por el contrario, era núcleo de otra región, cabeza de otro organismo, producto de otra vida, materia de otra forma sustancial, de otra *entelequia*, si no os ha molestado demasiado la palabra griega. Y bien conocemos el error económico de entonces, del que no estaban exentos, por cierto, los mismos americanos que se lo imputaban a España. Por eso la nueva ciudad pugnó a su vez, por su emancipación de Buenos Aires, desde muy poco después de su fundación. Esa tendencia ingémita cobró forma radical con ocasión de la reconquista de la capital del virreinato contra los ingleses, que la conquistan en 1805. Entonces, el cabildo y el comercio de Montevideo, que han iniciado con el gobernador aquella reconquista, envían directamente a Madrid un agente o embajador, con la misión de reclamar para su ciudad, en pugna con la trasplatina, la gloria principal de aquella hazaña. La obtiene, por fin, y consigue que ella se consagre en su escudo colonial y en su título de *Reconquistadora*. Pero el embajador lleva muy especialmente el encargo de obtener de España "la independencia de esta Gobernación del virreinato de Buenos Aires", pide, en consecuencia, "la creación de un consulado o tribunal en Montevideo, en virtud de la rivalidad y de las *tendencias opresoras del de Buenos Aires*"

Todo eso, y mucho más que no cabe en la índole de nuestras conversaciones, os convencerá de que no puede afirmarse que Montevideo no fuera un centro urbano que sirviese de núcleo a la Región Oriental del Plata.

Pero lo que sí puede y debe afirmarse, porque constituye, mucho más que los intereses materiales, la causa de la rivalidad entre ambas ciudades, y explica el carácter y la acción de Artigas, el hijo por excelencia de Montevideo, es que la ciudad oriental, fundada dos siglos después de la occidental, tuvo un carácter, si no antagónico, muy distinto del de su hermana mayor, y que, unido a las causas étnicas que hemos notado, le señalaron distinto destino histórico. Montevideo fue una plaza fuerte, un bastión; era una ciudad menos señorial, menos suntuosa que su hermana ultraplatense; sintió menos el influjo del abolorio; no tuvo el carácter de semicorte colonial de otras ciudades más antiguas; fue la sede de una especie de democracia foral ingénita, en contraposición de las aristocracias reflejas de que fue asiento Buenos Aires, y que allí engendraron esas tendencias opresoras a que se refiere el embajador de Montevideo en España, y que veremos después confirmadas.

Y como la independencia americana, de que ya es tiempo que comencemos a hablar, no será otra cosa que el espíritu surgente de la democracia en el Nuevo Mundo, he ahí cómo y por qué Montevideo, más aún que Buenos Aires, está llamada a ser el núcleo urbano, no sólo de la región oriental, sino de todos los pueblos del Plata, en el proceso sociológico de la emancipación democrática de América. Y por qué Artigas, hijo de la plaza fuerte oriental, será el indiscu-

tido caudillo popular en todo el antiguo virreinato

Si don Cornelio Saavedra hubiera pensado en eso, acaso se hubiera percatado de por qué Montevideo fue la Cartago de la Roma occidental, en la lucha, que vamos a estudiar, de la independencia de estos pueblos

III

Y bien; ya es tiempo, mis amigos artistas, de que comencemos a hablar algo de eso. de la emancipación de este continente. Os creo ya, gracias a vuestra amable paciencia, más que debidamente preparados

Hemos visto cómo se dividió la América entre Inglaterra, España y Portugal, y cómo, en esos repartos de los colonizadores europeos, se echaron los cimientos de los futuros estados americanos. Ha llegado, pues, el momento de ver a éstos nacer.

Finaliza el siglo XVIII, y comienza el XIX.

Dos siglos ha durado la dominación inglesa en América, tres la española y la portuguesa. Creo que pensaréis conmigo que es bastante, para dominación de estados sobre continentes, al través del Océano Atlántico, con todas sus aguas. Eso no podía ser eterno, había de tener un término, como todas las cosas de este mundo, las contrarias a la naturaleza, sobre todo

Para justificar la independencia de la América española, se ha levantado muchas veces el proceso de la colonización de España. No hay para tanto, me parece, basta el sentido común, de que era intérprete Montesquieu, cuando profetizaba la emancipación del Nuevo Mundo, diciendo en el *Espíritu de las leyes* "Las Indias son lo principal, la España es lo acceso-

rio. Es en vano que la política quiera someter lo principal a lo accesorio". "Un mundo no puede ser rebelde", decía también un ministro de la Gran Bretaña.

El juicio contra el sistema colonial de España es serio, no hay duda alguna; pero yo os haré gracia de él. Creo que, para glorificar nuestra independencia, ese proceso huelga.

La colonización española no fue ni podía ser buena, sin por eso afirmar que fuese peor que cualquier otra en aquella época. Creo que fue menos mala que las otras, sin excluir algunas de las modernísimas. Si la hubiéramos de juzgar por las *Leyes de Indias*, tendríamos que calificarla de perfecta. Esas ordenanzas, pese a sus defectos inevitables, son un monumento de gloria para España, el testamento de Isabel la Católica es una página conmovedora. No fueron las leyes, pues, sino su infracción por los hombres que aquí vinieron, lo que debe llamarse malo. Pero así hubieran venido a este Nuevo Mundo colonias de arcángeles o serafines, en vez de aventureros, soldados y funcionarios de la corona, no por eso hubiera sido menos justificada la emancipación de los hombres de este continente de los del otro.

Aquellos hidalgos y soldados españoles que, al quedar sin empleo por la terminación de la guerra secular contra los moros, vinieron a la conquista de América en busca de aventuras, de gloria y de riquezas, de riqueza sobre todo, fueron hombres animosos, extraordinarios; las fabulosas hazañas de Hércules y de Teseo no superan a la realidad de sus proezas. Nosotros mismos las recordamos con orgullo, como gloria de nuestra estirpe. Somos de española raza; aquellos héroes fueron nuestros padres, los nuestros precisamente, los de los que hemos nacido en Amé-

rica, no de los españoles que han vivido y viven en Europa. De ellos arranca, por otra parte, nuestra nacional genealogía; ellos fueron los primeros arquitectos de estas nuestras patrias americanas. Cuando los legisladores de este mi país independiente mandaron que se alzase la estatua de Artigas, que vais a modelar, ordenaron al mismo tiempo, y ordenaron bien, que se levantara la de don Bruno Mauricio de Zavala, el hidalgo español que fundó a Montevideo. ¡Gran caballero, insigne capitán, incólume magistrado este don Bruno Mauricio de Zavala! Levantaremos, sí, su estatua, en Montevideo, cerca de la de Artigas. Artigas es un héroe de la gente hispánica. No quiso ser *políticamente* español; pero amó y glorificó su raza, de la que nunca renegó. Y don Juan Díaz de Solís, descubridor del Río de la Plata, es progenitor soberbio de esta tierra. Y lo es Garay de la Argentina, y Valdivia de la chilena... ¡Oh, los bravos, los buenos arquitectos vestidos de hierro! ¡La tres veces heroica España, madre de estirpes, la más noble de las madres!

Siempre recordaré que fui yo, como embajador de mi país, quien interpretó este sentimiento de América, con aplausos de todos sus representantes, cuando nos reunimos en 1892, a conmemorar, en torno del convento de la Rábida, como en una Tierra Santa, el cuarto centenario del descubrimiento. Y dije allí:

“El descubrimiento de América, su conquista, su colonización, fueron un desgarrón de las entrañas de España; por esa herida enorme se derramó su sangre sobre el otro mundo... Hoy hace cuatro siglos, ganó la raza hispánica; pero perdió la nación política de Europa; y lo que ella perdió fue nuestra vida, fue nuestra herencia.

“No seremos nosotros, los americanos, los que le reprochemos la genial locura que nos engendró: la decadencia es gloria en estos casos, como lo es la sangre perdida en la batalla, las cicatrices en el pecho, la santa palidez de la mujer convaleciente después de haber sido madre dolorosa de un hombre, que es también un mundo.”

.....

Pero una vez realizada la obra magna de fundar estas nuevas sociedades cristianas, que tanto enaltece a España, se ofreció el problema más natural que ofrecerse puede: ¿para quién fueron fundadas?

Pues, ¿para quién habían de serlo, sino para sus propios miembros? ¿Puede tener acaso la sociedad civilizada otro objeto que el bien de sus propios miembros?

Ahora bien, mis amigos: aquellos soldados de hierro y funcionarios de la corona, que aquí venían a hacer la voluntad del rey, o la propia, porque el rey estaba lejos; aquella servidumbre del pueblo, y sobre todo del indio, que en vano procuraba defender el misionero, y aun el mismísimo rey; aquel orgullo, sobre todo, aquel desdén del español que venía de ultramar, hacia el nativo o criollo, al que, yo no sé por qué, consideraba de especie inferior aunque fuera su propio hijo, provocando en él una irresistible rebelión, según lo observó Azara; aquel monopolio comercial de la metrópoli; aquella prohibición, en América, de toda industria o cultivo que pudieran hacer competencia a los de la península; aquel aislamiento de las colonias entre sí, y con lo demás del mundo que no fuera España... en fin, creo que no es necesario demostrar la existencia de la noche a medianoche.

Bien sabemos que todo ello era efecto de la época, no sólo de España, pero es indudable que eso no podía ser, y despertaba el natural irresistible instinto de emancipación. La independencia étnica precedió, de mucho tiempo, en América, en la española, no en la inglesa, a la independencia política, no hay punto de duda. Estas sociedades coloniales no tenían por objeto único, ni siquiera predominante, el bien de sí mismas, de sus habitantes; el hombre era para la autoridad que se le remitía desde el otro hemisferio, no la autoridad para el hombre, el bien particular, que no deja de ser tal por llamarse quien lo disfruta rey de España o Corte de España, estaba sobrepuesto al bien común, sobre todo al de las clases que deben ser preferidas, las más humildes e indefensas; las colonias eran consideradas *cosas*, propiedades, medios de que disponía la metrópoli para sus fines, *no personas*, sociedades instituidas en orden a la felicidad de su pueblo...

Hemos dado, al fin, mis amigos, con lo esencial, en todo esto, el *pueblo*, el *pueblo americano*. Todo lo demás es accidental.

En esos tres siglos de coloniaje, imperceptiblemente, como el capullo del gusano de seda tejido de invisibles hebras de sustancia vital, se había formado de este lado del Atlántico esa entidad: el pueblo americano. El *pueblo americano*, entendedlo bien: no el pueblo español residente en la tierra que conquistó. El hombre no es un accesorio de la tierra, ni puede ser materia de conquista; la tierra, en cambio, se inocula en él y le imprime su carácter. Aquí, en la América española, mucho más que en la inglesa, pese a lo dicho en contrario, y dicho sea en honor de España, había nacido esa entidad biológica, mezcla de

persistencias y transformaciones, de persistencia indígena y de transformación caucásica, fruto de influencias recíprocas, substráctum de progreso evolutivo, sin soluciones de continuidad: una masa nativa, autóctona en cierto sentido, con fuerzas de asimilación predominantes; el pueblo americano civilizado, una verdadera persona. Y vosotros bien sabéis lo que es eso, *una persona*, en contraposición a una cosa: algo que es fin de sí mismo, no medio para que otros realicen o consigan el suyo.

Pues bien: el que más crea en la existencia de esa entidad colectiva, *pueblo americano*; el que dé conciencia y orientación humana a ese fenómeno sociológico producido por las fuerzas misteriosas y constantes de la vida universal, ése será *el héroe de la independencia de América*. Yo os prometo demostraros que ese hombre fue Artigas: eso es Artigas: *el nexo, el gran nexo personal*, inteligente, fuerte, de aquellas transformaciones y persistencias

Excusado me parece decir que el régimen monárquico absoluto, que había sido la base de las naciones modernas europeas, lo fue del gobierno de sus colonias. El poder real había sido un progreso, sin duda alguna, sobre el feudal; las unidades nacionales se conglomeraron, en la Europa occidental, en torno del rey absoluto, feudal de los feudales y señor de los señores. Este apareció entonces, a los ojos de los pueblos, no como una entidad terrestre que ascendía, sino como algo celeste que había bajado a la tierra, con su corona en la cabeza y su cetro en la mano. No se vio en él una entidad que surgía de la masa social y se elevaba sobre ella por sus servicios reconocidos, y que debía ser acatada porque ser-

vía, y mientras servía, sino una entidad celestial, un hombre sagrado, mejor dicho, que debía ser venerado, y aun amado, por los siglos de los siglos, con prescindencia de sus actos, así fueran éstos los más opuestos al bien común. Ese fetichismo tomó en España forma legal en la ley de Partidas, según la cual "el pueblo debe ver e conocer como el nome del Rey es el de Dios e tiene su lugar en la tierra, para facer justicia e derecho e merced; e ningún ome non podría amar a Dios complidamente sinon amase a su Rey "

De ahí que el monarca era considerado "como el Vicario de Dios sobre la tierra, y como el propietario de todos los países sujetos a su cetro".

No era, pues, la autoridad, la que tenía su origen en Dios; era el primogénito de la familia A o B. No era la esencia del poder público la que brotaba de fuente divina; era el accidente, la forma en que ese poder se ejercía: el Rey Nuestro Señor de carne y hueso, elefante blanco hecho nacer expresamente por los dioses inmortales para representarlos. Hoy miramos esa creencia, en nuestra América, como se mira una interesantísima vetusta ruina; como el bello almenado castillo que ya no sirve, como la vieja armadura que ya no asusta.

La sustitución de ella por la racional creencia de que el hombre-autoridad no es una cosa distinta por naturaleza de los demás hombres, sino el primero entre los iguales, y que el dueño de los países no es el que ejerce la autoridad, así tenga un cetro en la mano o deje de tenerlo, así se llame rey o presidente o como quiera llamársele, sino el país mismo compuesto de gobernantes y gobernados, es decir, el pueblo constituido en organismo vivo, que crea sus pro-

pios medios de transformación espontánea; la aparición de esa entidad *pueblo*, persona colectiva formada de personas humanas con todos los atributos esenciales de la persona, igualdad de especie, libertad, propiedad, dignidad, fe en sí mismo, aptitud natural, divina por consiguiente, para imprimir a su organismo la estructura política más conducente a su fin, y todo lo demás que conocemos; el nacer, pues, de la democracia congénita, es decir, del orden civil, en que todas las fuerzas jurídicas y económicas cooperan proporcionalmente al bien, no de un hombre o de una familia o clase o ciudad privilegiadas, sino a la felicidad común, y tienden, en último resultado, al bien preponderante de las clases inferiores; la aparición, en una palabra del pueblo americano viable, dueño de sí mismo, eso y sólo eso es lo que va a determinar el desgarrón sangriento de las entrañas ibéricas, producido por el desprendimiento de la América emancipada.

Bien comprendéis, por consiguiente, que independencia y caducidad de la monarquía europea serán, en América, la misma cosa.

Todo esto os parecerá, sin duda, muy claro y sencillo; lo es hoy indudablemente. Pero al estallar la revolución no lo era tanto. Eran pocos los que veían eso tan claro como hoy se ve. La vieja doctrina, que ataba con vínculo sagrado las colonias a su rey y señor, dominaba entonces en muchas almas, y tenía tanto más arraigo en éstas, y en los sentimientos y costumbres de las ciudades o núcleos de sociabilidad, cuanto más antiguas y más señoriales fueran esas ciudades.

Buenos Aires, dos siglos mayor que Montevideo, estaba más compenetrado de ella, como Méjico o

Lima; sus hombres más descollantes, formados muchos de ellos en la Europa monárquica, la sentían circular en sus arterias.

Como hemos dicho antes, España concentró todo su interés en su gran virreinato andino, cuyos centros fueron, al Norte, Lima, la ciudad que fue llamada de los Reyes, y, al Sur, sobre la margen occidental del Plata, Buenos Aires, dependiente del virrey de Lima hasta el año 1776, en que, organizado el virreinato del Plata, y transformada su capital en residencia también de virreyes, comienza a sentirse con algo de reina. A las viejas poblaciones de esos virreinos andinos lleva España sus elementos sociológicos; en ellas forma sus hombres, sus aristocracias tributarias; en ellas, en Lima, en Chuquisaca, en Córdoba, en Buenos Aires, funda las universidades reales, en que se educan los togados coloniales y los sacerdotes regalistas, que custodiarán el fuego sacro de la doctrina real. Los veréis sostenerla por instinto, aun en medio de las luchas del pueblo por su independencia democrática; la primera idea que tiene Belgrano, antiguo alumno de Salamanca, en Buenos Aires, y con él muchos otros, al vislumbrar la independencia, es ofrecer el trono del Plata a la princesa Carlota, hermana de Fernando VII. Ni siquiera conciben, pues, la idea de independencia plena que animará a Artigas.

Tres clases de elementos ve José Manuel Estrada en la revolución argentina: "el gaucho, hijo de la encomienda, la muchedumbre urbana, condenada a la miseria, y la *aristocracia criolla*, concedora de las cuestiones sociales, *pero impregnada con los ejemplos de arrogancia en que había sido educada*".

"Las aspiraciones de la masa a la soberanía, agrega el pensador bonaerense, se estrelló contra la impoten-

cía de la sociedad para establecer la democracia bajo formas regulares, porque la colonización de España traía estos dos grandes caracteres: *la idolatría realista; la desigualdad civil*".

En todo eso hay mucho de verdad.

Pero existía esa región oriental, separada de los virreynatos por el Río de la Plata, y, muy especialmente, esa nueva ciudad de Montevideo, sin más brillo que el del bronce de sus cañones, adonde no llegaron o llegaron muy atenuadas, las grandezas, y donde, al lado de algunos pocos patricios análogos a los de Buenos Aires, puede distinguirse, con mucha claridad, un elemento que le imprime todo su carácter: una selección criolla intelectual, a la que pertenece Artigas, y que se identifica con la masa popular. La idolatría realista venía a Montevideo en los españoles; pero no contaminaba a los nativos; de éstos no procedían los ejemplos de arrogancia.

La *aristocracia criolla* fue desconocida en este lado del Plata; sus pobladores fueron todos hombres de trabajo, no hubo marqueses orientales, como los hubo en otras regiones americanas.

Montevideo no tuvo universidad real, ni claustros regalistas. Una aula de latinidad dirigida por los padres franciscanos, que se hacen cargo de ella desde la expulsión, en 1768, de la Compañía de Jesús, y que, en 1787, establecen el primer curso de filosofía y teología, es todo su núcleo intelectual. Ese convento será el foco revolucionario; esos frailes franciscanos, los solos maestros, no son doctores de Salamanca, no han venido de España; son nativos, orientales en su mayor parte, entre ellos está Monterroso, que será el precursor y secretario de Artigas; Lamas, que será su capellán. Y todos ellos serán expulsados en masa

de Montevideo por los españoles, como *amigos de los matreros*, en cuanto estalle la revolución. De estas aulas saldrán Pérez Castellano, y Larrañaga, y Rondeau, y el mismo Artigas. Los hombres de pensamiento, en la tierra oriental, emanan de la masa popular; son el mismo pueblo que piensa.

El ambiente de Buenos Aires, con sus sesenta o setenta mil habitantes, y su Corte, y su Audiencia, y su Junta Superior de Hacienda, y su Intendente, y su Virrey, su Virrey sobre todo, y sus ejemplos de arrogancia, no podía menos de producir la aristocracia criolla de que habla Estrada. Y la majestad sagrada del rey, alma de toda aristocracia, tendrá que aparecer, como un Mefistófeles blanco, en el pensamiento de los grandes hombres bonaerenses, cuando sientan moverse en sus entrañas, como la palpitación de una hija de pecado, la idea de independencia. El blanco espíritu enervará nacientes energías, y separará a sus poseídos de la masa popular. Y ésta será llamada la barbarie, la legión infernal. Y *genio infernal*, su caudillo heroico.

Creo, mis amigos artistas, que, sin dar por agotado este tema, de suyo inagotable por lo complejo, ya estáis pasablemente iniciados en el carácter y la misión de las dos márgenes del Plata, y, en especial, de las ciudades tan candorosamente llamadas Roma y Cartago por el bravo y noble hidalgo don Cornelio Saavedra.

Éste hizo ese ingenuo parangón a falta de otro mejor; pero bien comprendemos lo que quiso decir. Era una gran verdad entrevista.

CONFERENCIA IV

WASHINGTON

La independencia de América — La América inglesa — El indio — Washington y Artigas. — Washington, Franklin y Lafayette — El apoyo de Francia — Los Estados Unidos de América — El primero en la paz y en la guerra y en el corazón de sus conciudadanos.

I

¿Cómo ofreceréis, oh amigos artistas, en forma marmórea, el cuadro trágico, que debo haceros sentir, de un mundo núbil, vestido de hierro, que se arranca de los brazos de su madre, para acogerse a los de una joven diosa, que brota desnuda, ceñida de su casco de oro, y con su tirso de laureles?

¡Dejarás a tu padre y a tu madre, y seguirás a tu amada, oh espíritu del mundo americano, valiente espíritu!... Y tu beso será fecundo, como el amor del sol que baja del cielo. Y, como los retoños en torno del olivo, crecerán tus hijos numerosos, renuevos de diosa, que serán inmortales.

Las madres resistirán, se aferrarán a sus hijos, y sus manos se convertirán en garras, que se hundirán en las carnes. Y correrá mezclada la sangre de las generaciones abrazadas.

¡Amor de fiera!... ¡La hembra del león, encelada ante la pubertad de sus cachorros, que han sentido la revelación de la vida!

Escuchad, oh amigos artistas, el rugir de la independencia de nuestra América; ese grito tiene que ha-

cerse sustancia musical en vuestro bronce sonoro; tiene que brotar de abajo, de las hondas armonías, y elevarse y subir hasta la frente de vuestro Artigas pensativo.

Yo debo imponeros de las dos fases del suceso: el desprendimiento total del mundo americano del europeo, y los desgarrones parciales que en aquél se hicieron; sobre todo el de la región que yo os he presentado casi desprendida del conjunto la que baña el Plata y el Atlántico en las zonas subtropicales la tierra de Artigas.

Si recordais el reparto del nuevo continente, que os narré en una de nuestras conferencias anteriores; si tenéis presente el lote adjudicado al descubridor británico allá, en el Norte de las latitudes supertropicales, las más próximas a Europa, si conocéis, por fin, el origen libre, y no oficial, de la colonización inglesa, y el camino que en Inglaterra habían hecho los principios que han de servir de base a la democracia americana, bien comprenderéis cómo y por qué la primer frase de amor dirigida a la visión surgente de la luz había de ser pronunciada en inglés, y por qué ha de ser un inglés quien ha de hablar las primeras palabras germinales. Es éste un varón del que tendremos mucho que hablar al hablar de Artigas. Tenemos que mirarlo ahora, aunque sea de paso es preciso que miremos a Washington.

Las colonias inglesas comienzan a sentir su pubertad, y a realizar obra de varón, como lo hacen más tarde las españolas: en defensa de su propia metrópoli, en la de su propia lengua. La independencia angloamericana comienza en la guerra colonial contra los franceses, que se creen dueños del curso del Mi-

sisipí, y que pretenden cortar el continente del Norte como se cortó el del Sur — de arriba abajo —, para darle dos dueños No: toda la zona supertropical de aquella América hablará inglés.

En esa guerra, que comienza en 1752 y termina, por la toma de Quebec, en 1759, y por el tratado de París de 1763, que incorpora el Canadá al dominio de la Gran Bretaña, ya figura y descuella, en defensa del pabellón británico, ese joven militar de Virginia llamado Jorge Washington.

Así veréis surgir a nuestro Artigas, en defensa de su lengua, cuando, cincuenta años más tarde, Inglaterra ataque los dominios españoles en el Plata. También él es un militar español; Montevideo, su ciudad natal, será la que más esfuerzos haga por expulsar al inglés, y defender la zona de acción de su lengua castellana. Muchos émulos de Artigas, por el contrario, verán en eso un accidente; lo mismo querrán hablar en español que en inglés o en francés.

Pero el espíritu americano que encarna Washington al defender la lengua inglesa contra el francés, como el que encarnará más tarde Artigas, en el Sur, al defender la española contra el inglés, no era, ni podía ser, el de conservar eternamente aquella región para la corona o la dinastía de Inglaterra. Algo más que eso se había incubado en el tiempo; para algo más grande había de hacer el pueblo americano su gran revolución. iba a realizarla para hacerse dueño de sí mismo, no para conservar sus anteriores dueños, ni mucho menos para cambiarlos por otros.

Algunos creyeron esto último, sin embargo, en la América inglesa; muchos en la española. Hubo monarquistas aquí y allá.

Washington no lo creyó así; Artigas no lo creyó así. Ambos eran hijos de su tierra; brotaron de ella, crecieron en ella. Y creyeron en la *personalidad* del pueblo americano.

Ni un momento solo de vacilación en Washington; ni uno solo en Artigas. Son dos caracteres; *los dos caracteres* en las dos fuertes familias.

Tanto sobre el uno como sobre el otro se ejercía la influencia de las tradiciones coloniales, más libres, sin duda alguna, en el Norte que en el Sur; pero esas tradiciones no fueron las que infundieron en esas dos almas el mismo pensamiento: fue la visión genial, cuyo origen, en que intervienen cielo y tierra, es complejo y misterioso.

La América de Washington proclama su independencia el 4 de Julio de 1776, treinta y tantos años antes que la española tropical de Bolívar y que la subtropical de Artigas. Pero el espíritu que engendrará en la libertad, el espíritu creador, era llevado sobre las aguas, en la América inglesa, cien años antes de encarnarse. Era distinto, sin embargo, en ambos mundos, y nada puede caracterizar más enérgicamente al héroe del Uruguay que el parangón entre esos espíritus: Washington es el primero; Artigas el segundo.

Los angloamericanos eran ingleses nacidos o residentes en América. Al principio de la revolución contaban una población de dos millones; una quinta parte era formada de negros esclavos de las colonias del Sur, el resto, de ciudadanos ingleses. Éstos no mezclaron su sangre con la del indio, como lo hicieron los españoles, los colonizadores ingleses importaban mujeres de la metrópoli, mujeres buenas o malas, pero anglosajonas de pura sangre; las luchas

religiosas y políticas arrojaban también familias enteras al otro lado del mar. Los indios aborígenes, los hijos primitivos de la tierra, no formaban parte de la población; la colonización británica los extinguía; fue con ellos más cruel que la española y la portuguesa, pese a todo cuanto se ha dicho para confundir a España. Hubo gobernadores ingleses que pagaban algunos dólares por cada cabeza de indio, como se paga la de un lobo. Si alguien utiliza más tarde al hombre aborígen en la guerra, como podría utilizar un rebaño de fieras para lanzarlo sobre el enemigo, será el inglés contra el angloamericano. Éste no pedirá al indio su sangre para emanciparse: Washington mandó soldados ingleses; mandó también franceses; no mandó indígenas. La América inglesa no los necesitaba para su independencia que, a pesar de lo dicho en contrario, fue, más aún que la hispánica, un gran episodio de la evolución política europea.

La América española sí necesitaba del pueblo, de todo el pueblo, del indígena especialmente, que formaba, con el europeo, una sola estirpe; sin él no hubiera habido independencia. Con sólo combinaciones políticas, por más sutiles e ingeniosas que fueran, la América española no hubiera sido libre; mucho menos republicana. El pobre indio, el hombre americano, amó a Artigas. Y Artigas lo amó también; lo creyó hombre, compatriota; lo hizo soldado.

Esa es la causa quizá del punto más negro de la independencia angloamericana: la conservación de la esclavitud.

Y la de la gloria de nuestro Artigas, al lado del mismo Washington: Artigas no conoció esclavos: los indios americanos le dieron su última sangre; un negro fue su último amigo.

II

La independencia *étnica* estaba, pues, más hecha en la América española; pero la *política* lo estaba más en la inglesa. Ésta, al llegar su separación de la metrópoli, era ya independiente, puede decirse; era democrática y republicana. "En el carácter de los americanos, escribió el inglés Burke, en 1775, el amor a la libertad es rasgo predominante. Este espíritu de libertad es probablemente más poderoso en las colonias inglesas que en ninguna otra parte de la tierra."

El pueblo tenía allí, en efecto, una conciencia colectiva, que flotaba, no sólo en sus masas populares campesinas, sino, sobre todo, en la de las ciudades; formaba sus asambleas provinciales elegidas por él; estaba persuadido de que el rey de Inglaterra no era ni podía ser el dueño de América; ésta pertenecía a los americanos ingleses, que aceptaban su autoridad de gobernante, mientras él aceptara la dignidad y los derechos de sus gobernados. *Y si non, non.*

"Las cartas dadas por los soberanos a las colonias, dice Stevens, eran cartas de corporaciones comerciales. Por otra parte, los artículos de dichas cartas, en lo referente al gobierno de las colonias, seguían de muy cerca las líneas del gobierno inglés, lo que ayudó poderosamente a las colonias a establecer en su seno las instituciones sajonas. Los colonos no se limitaron a los artículos de dichas cartas, llenaron los vacíos que en ellas encontraron, copiando textualmente las instituciones inglesas originales, y el resultado fue que, por iniciativa del pueblo mismo, cada gobierno colonial fue una reproducción fiel del gobierno de la metrópoli... Las asambleas legislativas no fueron creadas desde luego; pero tomaron nacimiento ellas

mismas, porque estaba en la naturaleza de los ingleses el reunirse en asambleas”.

Hay, pues, una diferencia fundamental entre los pueblos de origen inglés y los de origen español: éstos querían la independencia para *conquistar* sus libertades; aquéllos para *conservar* las ya conquistadas.

Entre los derechos que los angloamericanos proclamaban estaba, sobre todo, el que es base de toda democracia: es el pueblo quien paga los impuestos, y es él quien debe votarlos, ese dinero sale del pueblo, y debe volver al pueblo en forma de servicio al bien común, incluido en éste el mismo sostenimiento de la autoridad, así se llame autoridad real. ¿La colonia no tenía representantes en el Parlamento inglés? Pues entonces, el Parlamento inglés no podía votar impuestos para las colonias.

Ese principio era claro e inconcuso para el angloamericano, su negación era la tiranía. Y la tiranía era la disolución de la autoridad. Y, caducada ésta, ¿quién ha de tomar posesión de esa entidad moral *res nullius*, la autoridad, sino el pueblo mismo? Esa es la base de toda la revolución americana, base angular.

¡El rey! La majestad real estaba ya muy quebrantada, por muchas causas, en el mundo inglés de América. Ya en 1765, con motivo de un impuesto no consentido por la nación, suenan, en la asamblea provincial de Virginia, como un toque de llamada, las palabras de Patricio Henry: “César tuvo un Bruto; Carlos I un Cromwell, y Jorge III”...

Ese delito de lesa majestad no hubiera sido cometido en las grandes ciudades de la América española. Esta hizo su independencia al grito de ¡Viva Fernando VII! Fue Artigas, sólo el bárbaro Artigas,

quien, antes que nadie soñara en articularlas en el Río de la Plata, pronunció palabras semejantes a las de Patricio Henry. "Yo no defiendo *a su rey*", dirá al virrey de Lima, cuando el momento se presente.

La metrópoli inglesa quiere imponer una nueva contribución, y el pueblo americano dice que no, que no quiere. Recurre la primera a la fuerza, y a la fuerza recurre el segundo. Los primeros choques entre los ciudadanos y las tropas ocurren en 1770, corre la primera sangre inglesa. Todas las clases sociales resisten el impuesto, todas, las altas y las bajas. Los prácticos se rehusan a conducir al puerto los buques conductores de té, que es el artículo gravado, el pueblo impide su venta; ataca, por fin, en la rada de Boston, a los barcos que lo conducen, y arroja al agua la mercancía.

"Nadie debe vacilar en emplear las armas, para defender intereses tan preciosos", escribe Washington.

¿Qué intereses? — No era ciertamente el puñado de té arrojado al agua. No; Washington no podía defender con las armas un puñado ni muchos puñados de té. Aquel té era símbolo de la opresión del hombre sobre el hombre, del menoscabo de un atributo esencial de la personalidad humana, o de la colectiva de un pueblo: de su derecho a ser dueño de sí mismo, y de las cosas en que, con su trabajo, inculca su personalidad inalienable. Eso se llama derecho de propiedad, y es lo que hace intolerable el impuesto arbitrario, porque es la aplicación de un hombre o de un pueblo, a la consecución del destino de otro pueblo, o de otro hombre. Y eso era lo que Washington calificaba de precioso interés.

Un Congreso general, al que concurren todas las provincias, reconocidas como autónomas e iguales, reunido en Filadelfia (1774); una primera batalla campal en Lexington; un nuevo Congreso en la misma ciudad, en 1775, que se dirige al rey y al pueblo de la Gran Bretaña, y anuncia al mundo las razones que tiene para apelar a las armas, y emite moneda, y ordena la formación de un ejército de veinte mil hombres; y nuevas y resonantes batallas, en que corre la sangre inglesa, todo eso es la revolución americana. Pero es todo eso... y Jorge Washington. Éste es elegido general en jefe de los ejércitos americanos. Los conducirá hasta el fin, hasta dejar a su patria hecha en su torno, condensada en él, refundida en él, con todas sus grandes obras, con sus vitales ideas

“Las cosas han llegado a tal punto, que nada tenemos que esperar de la justicia de la Gran Bretaña”, dice Washington.

Y la pluma de Tomás Jefferson traza, sin vacilar, las cifras del evangelio cívico americano, proclamado el 4 de Julio de 1776 en la cumbre de un Sináí: “Nosotros, reunidos en Congreso general, después de haber invocado al Juez Supremo de los hombres, en testimonio de la rectitud de nuestras intenciones, declaramos solemnemente que estas Colonias Unidas tienen el derecho de llamarse Estados Libres e Independientes.”

No cabe en los límites de estas conversaciones, oh amigos, el trazaros ni siquiera las líneas fundamentales del hombre Washington; yo he buscado sólo la ocasión de nombrároslo: su solo nombre es luminosa sugestión. Él es el *caudillo*, en la grande, en la verdadera acepción de la palabra; es el núcleo que arrastra su *cauda* luminosa; él es pensamiento; es fe.

sobre todo, *je en la pubertad de América*, al par que nervio y acción.

Al lado de esa figura de oro, yo voy a ofrecerlos, sin envidia y sin temor, la de hierro de nuestro caudillo, de nuestro profeta. La luz ofenderá los ojos de los que han estado sentados en la oscuridad; pero vosotros, que veis la lumbre interior que circula en el mármol, al parecer opaco y muerto, vosotros aceptaréis el parangón, que no comprenderán los que sólo viven en las apariencias de las cosas, entre la luz solar meridiana que envuelve la forma del suntuoso héroe del Norte, y la luz de aurora, hija del mismo sol, que compenetra la sombra del héroe pobre que el Uruguay ofrece como arquetipo a la América española.

La revolución de la independencia angloamericana es, como antes os lo he dicho, el desarrollo natural en América del principio democrático; pero su estallido puede considerarse como un gran episodio de la política internacional europea, allí no lucha sólo el mundo nuevo contra el antiguo: éste libra también sus batallas intestinas, y todo se funde, y casi se confunde, en un solo problema político

Después de los primeros triunfos de Washington, Franklin es enviado a Francia, a buscar la alianza de ésta, enemiga a la sazón de Inglaterra.

Fijaos bien, mis amigos, en la figura de este hombre, Franklin, que es lo que yo llamo un hombre, una persona, un pensamiento, un carácter. Él habla con los reyes absolutos como tal persona, es decir, como la persona de los Estados Unidos. Y no ha de hablar de arreglos y concesiones que comiencen por poner en duda los atributos esenciales de la persona de su

patria. El rey Luis XVI vacila al principio, no se atreve a arrostrar la empresa; no reconoce al enviado en carácter oficial. Pero el pueblo lo reconoce bien; varios señores franceses se declaran en favor de la independencia de América, y uno de ellos, el marqués de Lafayette, carga un buque de armas y pertrechos, y se embarca a ofrecer su espada al pueblo americano.

El Congreso de Estados Unidos lo nombra mayor general (1777).

De eso al reconocimiento oficial hay sólo un paso, y éste se da meses después, tras nuevos triunfos de la causa nueva. Francia reconoce la independencia de los Estados Unidos, en un tratado con Franklin. Es ese un tratado de alianza, que hace estallar la guerra entre Francia e Inglaterra, arrastrando a la Europa casi entera. Inglaterra tiene en su contra a Luis XVI; tiene también a España, que ha aceptado la alianza francesa; tiene a Holanda; tiene, por fin, la liga de la neutralidad armada: Rusia, Suecia, Dinamarca. Notad eso, de paso por ahora, amigos míos: es Luis XVI, el nieto de Luis XIV, el rey de indeleble origen, quien da la mano a Washington, de soberano a soberano; son las banderas blancas flordelisadas y el oriflama hispánico los que flotan unidos al tricolor democrático, en la lucha contra el otro rey antiguo.

¡No importa!... El fiero leopardo inglés, que pareció inclinado a reconocer la independencia de los Estados Unidos, para evitar una conflagración europea, se sintió herido en su orgullo, y se rebeló. No, no había de ser indigno de sus cachorros americanos. Sus zarpazos atruenan la tierra; levantan espuma en los mares, sobre todo. Una escuadra francesa, al cargo del almirante d'Estaing, ha partido para América;

setenta navíos aliados amenazan las costas inglesas; los corsarios hostilizan, en los mares de América y de Europa, el comercio de Inglaterra. Ésta defiende sus costas, arrebatada a los franceses sus colonias de las Antillas, aferra con las garras crispadas a Gibraltar, amenazado por los esfuerzos combinados de Francia y España, y lucha con tales bríos en territorio americano, que sólo la entereza de Washington sostiene la causa. Washington se agiganta, al proyectarse sobre el fondo pálido de los desfallecimientos de su pueblo. Hay momentos en que se queda casi solo; los soldados reclaman sus sueldos, desertan de las filas; los enganches no dan resultado, faltan tiendas de campaña, y ese es un grave inconveniente. Washington es desconocido, es tratado de inepto, de bárbaro y aun de ladrón y facineroso, como lo será Artigas.

Pero permanece, es.

Lafayette ha pasado a Francia, a pedir auxilio al rey. Luis XVI nombra a Washington teniente general de sus ejércitos, y pone a sus órdenes un cuerpo de seis mil franceses. La Europa batalla en América. Una nueva escuadra cruza el mar, y la guerra continúa encarnizada y heroica. luchas, combates, campañas con suerte varia, traiciones, desfallecimientos y, sobre todo, el pensamiento de Washington, que flota sobre las aguas, la espada de Washington que, al salir de la vaina, brilla y desaparece, como un meteoro sobre el fondo de una noche sin estrellas.

El leopardo inglés se echa, por fin, en la arena, ensangrentado y jadeante, pero sin perder su actitud de noble fiereza. No está rendido, pero está cansado;

comprende, por otra parte, sin duda, que la que lo ha vencido es su propia sangre. Mira a Washington, y ruge sin odio.

Inglaterra trata, por fin. El 3 de setiembre de 1783, los agentes de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña firman el tratado de Versalles, en que se reconoce la independencia del pueblo angloamericano.

La gran nación del Nuevo Mundo ha surgido, y va a emprender su marcha triunfante hacia el porvenir.

Pero también hay allí incrédulos, como los veremos más adelante en los émulos de nuestro Artigas.

“Sólo la monarquía, dijeron algunos, puede consolidar la patria recién nacida”. Eso fue dicho por muchos oficiales del ejército; y uno de ellos, en nombre de sus compañeros, se dirigió a Washington, exponiéndole la ventaja de la coronación de un rey.

En caso de haber rey, ¿quién sino Washington había de serlo?... El hombre, Washington no tuvo un momento de vértigo; era un inmune. Y escribió: “Ningún suceso, en el transcurso de esta guerra, me ha afligido tanto como saber que tales ideas circulan en el ejército. Busco en vano en mi conducta qué es lo que ha podido alentarnos a hacerme una proposición semejante, que me parece preñada de las mayores desgracias que puedan caer sobre mi país”.

Después, al rechazar una tercera elección de Presidente de la República, se retiró a Mont Vernon, y allí murió, simple ciudadano de un pueblo dueño de sí mismo: *First in War, First in Peace and First in the Heart of his Countrymen*.

Eso fue el hombre Washington: una fe, un carácter, una virtud.

Busquemos a su hermano, mis amigos artistas, en la historia de la independencia ibérica, si es que ésta lo tuvo, busquemos al creyente en el pueblo americano, al que fue, entre nosotros, el carácter, y la virtud, y la fe; *al primero en la paz, al primero en la guerra, al primero en el corazón de sus conciudadanos.*

CONFERENCIA V

MIL OCHOCIENTOS DIEZ

La América Española. — Los Estados Unidos Hispánicos no eran posibles. — La desmembración total de la metrópoli y las desmembraciones parciales. — La región Oriental del Plata. — La doble lucha con España y Portugal. — España ante la emancipación de sus hijos. — Sus títulos y sus pretensiones. — Su derecho imprescriptible. — Toma de Buenos Aires por los ingleses. — La reconquista. — Napoleon. — El rey prisionero. — La independencia española. — La independencia americana. — 1810. — Los dos núcleos. — *Venezuela*. — *Bolívar*. — El Río de la Plata. — El 25 de Mayo de 1810. — El espíritu de Mayo.

I

Amigos artistas:

Allá queda, en el Norte, constituida en torno de Washington, la gran federación angloamericana, con medio continente por territorio de los 30 a los 60 grados geográficos de latitud.

El resto de América continúa bajo las dominaciones española y portuguesa, que se la han dividido a lo largo.

¿Permanecerá todo eso español?

Había quien así lo creía muy seriamente. Debía ser de España por los siglos de los siglos. Los títulos de esa propiedad eran imprescriptibles, por lo sagrados: el descubrimiento, una guerra justa, la Bula de Alejandro VI. Hasta la palabra divina, la del profeta Isaías, según Solórzano, aseguraba el dominio de Es-

paña sobre América para siempre jamás. Esa palabra decía: "Palomas con tan arrebatado vuelo como cuando van a su palomar; las ya salvadas arrojarán sacetas a su predicación, a Italia, a Grecia y a las islas más apartadas, y le traerán en retorno su oro y su plata juntamente con ellos". ¿Puede darse nada más claro? Isaías hablaba de América, sin duda alguna. Esas palomas (*columba*) no son otras que Colón (*Colombo*) el descubridor. Mientras exista, pues, un solo español, allá o aquí, aguende o allende el Atlántico, ése, y nadie más que ése, será, por derecho divino y humano, el dueño de América con todos sus hombres, en representación del rey, supremo dueño.

No es necesario desvanecer todo eso, me parece.

¿Se formarán entonces los Estados Unidos de la lengua española, como se formaron, en el Norte, los de la lengua inglesa?...

Advertid muy mucho, mis amigos, la siguiente circunstancia, que no se suele tener en cuenta: los Estados Unidos se hicieron independientes, en 1776, con trece estados, limitados por el Misisipí, con la tercera parte del territorio que hoy poseen, ahí se formó el sentimiento de nacionalidad. En 1803 compraron a los franceses la Luisiana, que les duplicó el territorio; en 1848 compensaron a Méjico por la conquista de Tejas, Nuevo Méjico y California, que lo triplicó. Así se formó la enorme plataforma de la nación americana, de nueve o diez millones de kilómetros cuadrados, y extendida de uno a otro océano, su dominio territorial no es, pues, *herencia de la metrópoli*, sino en pequeña parte; es *expansión, absorción*, debidas a la fuerza orgánica de aquel pueblo que creyó en sí mismo, que no invocó el derecho de ajenos reyes para cimentar el propio. Pero advertid, mis amigos,

que ese enorme territorio, que se dilata entre los 70 y 130 grados de longitud; que tiene 50 grados geográficos de ancho, de Este a Oeste, del Atlántico al Pacífico, sólo tiene 30 de largo de Norte a Sur, entre los 30 y los 60 grados de latitud, *en la misma latitud* de Europa, de España, Francia, Austria, Italia. Aquello es un continente concentrado. Fijaos bien en vuestra carta geográfica.

Aun así, la tendencia a la desmembración sacó la cabeza en la guerra de Secesión; pero no tuvo suficiente energía: el enorme bloque supertropical no perdió su cohesión.

Notad ahora lo extenso de la América española; tomad vuestra carta. Tiene 30 grados geográficos de longitud en el hemisferio Norte, y 55 en el Sur: 85 grados de largo, con un ancho medio que no alcanzará a 20 grados: lo ancho ahí es el mundo portugués tropical: el Brasil. El español es una enorme serpiente que ondula en el mar, y cuya espina dorsal son los Andes; comienza en el trópico de Cáncer, en la América del Norte, allá en el hemisferio boreal, cruza el Ecuador, atraviesa el trópico de Capricornio, penetra en la zona subtropical, y hunde su vértice, por fin, allá en las profundidades del polo antártico. Los montes, los ríos, el clima, la estructura, la extensión, la extensión sobre todo, son barreras naturales insuperables. En ese mundo, por otra parte, las diversas inmigraciones formaron distintos núcleos de sociabilidad absolutamente incomunicados que se fundieron con la estirpe indígena; la lengua común no les servía de vínculo, porque no se hablaban, ni se cambiaban productos, ni ideas, ni nada; las regiones que ocupaban, de clima y de estructura diferentes,

creaban costumbres, intereses y tendencias discrepantes.

No es, pues, posible concebir estados unidos contra esa desunión, hija de la geología, de los elementos étnicos, del clima, de la distancia enorme, de las costumbres e intereses diferentes, y de la falta de un cuerpo con fuerza centrífuga suficiente para conglomerar todo aquello.

No se formarán, pues, los Estados Unidos Hispanoamericanos; sólo nacerá oportunamente una solidaridad de causa y de acción, una federación más o menos informe e instintiva, pero transitoria, contra el enemigo común, y cuya base *sine qua non* tendrá que ser el respeto mutuo de las soberanías parciales, más o menos embrionarias, como lo era toda la sociabilidad de América.

Comprender eso, era comprender la revolución de independencia, desconocerlo, era violentarla, aniquilarla.

Dos problemas, pues, ofrecerá la independencia de la gente ibérica del continente: el desprendimiento inevitable de todo éste, y la formación, no menos inevitable, de los diversos estados soberanos a que aquél dará ocasión. Para lo primero, todos los estados hispanoamericanos tendrán que luchar con una metrópoli, la española; para lo segundo, la lucha intestina no podrá evitarse.

Pero había uno, el Estado Oriental del Uruguay, cuya posición os he precisado en mis conferencias anteriores, que tenía un carácter especial. Esa comarca, que hablaba español, y que, como el Paraguay y Bolivia, estaba unida en cierto modo al virreinato español del Plata, como Buenos Aires y Chile lo estaban anteriormente al del Perú, y el Ecuador y Ve-

nezuela al de Nueva Granada; esa comarca, digo, tendrá que luchar también con la madre patria española, en unión de sus hermanos; pero eso no le será bastante para hacerse independiente con su lengua y sus costumbres, si no combate también contra la metrópoli portuguesa, que, si no la posee, la amenaza desde dos siglos atrás, y cuya pretensión secular es traspasar la línea divisoria entre los dominios portugueses y españoles, penetrar en la zona subtropical, y dar por límite a su vasto territorio la margen oriental del Plata y del Uruguay. Esa pretensión es causa de rencillas entre Portugal y su hermana España, cuando se trata de la partición de la herencia común; pero Portugal y España son una misma cosa cuando se trata de la conservación de aquélla para la corona ibérica; son ahados forzosos contra la emancipación americana. La lucha con Portugal será *rasgo característico*, sin embargo, de la independencia oriental; sólo ese Estado Oriental, *él sólo*, defenderá a la América entera de aquel aliado natural de todo dominador europeo del continente, y que, más aún que España, es, en la costa atlántica, el enemigo protagonista de la independencia del continente

II

España, como hemos visto en nuestra anterior conferencia, fue aliada de los Estados Unidos; coadyuvó a su esfuerzo contra la metrópoli británica; reconoció sin vacilar su independencia. Proclamó, pues, el derecho de la gente inglesa, en América, a dejar a su padre y a su madre, y a seguir su visión de libertad.

¿Había de reconocer otro tanto en su propio mundo?...

¡Ah, no! La madre España no reconoció, desgraciadamente, tal derecho en sus hijos; no concedió a sus entrañas bastante fuerza para haber terminado, en tres siglos, lo que la madre inglesa había terminado en dos; no creyó haber concebido varones. Y, para su honor, los había engendrado, y los parirá con dolor, con desgarramiento de sus vísceras. Es la ley de la vida universal.

Como las bellezas marchitas, que se juzgan incólumes al mirarse en el espejo, sin darse cuenta de que sólo se ven los ojos llenos de recuerdos, la España, con el pensamiento fijo en sus pasadas glorias, no podía convencerse de que estaba muy quebrantada, al rayar del siglo XIX.

Vosotros conocéis mejor que yo, amigos artistas, el camino que se ha seguido para llegar a esa declinación. Las naciones tienen sus ciclos. La España del siglo XVI, la del descubrimiento y conquista de América, estaba ya muy lejos. Bien sabéis que, en el siglo XVII, desapareció su hegemonía y surgió la de Francia con Luis XIV, *le Roi Soleil*. Francia era entonces la señora del mundo, moral y materialmente; su rival ya no será España, sino Inglaterra, que ha realizado su gran revolución en 1688. Luis XIV coloca en el trono de Recaredo a su nieto Felipe V, sustituye la dinastía de los Austrias, que de Carlos V y Felipe, su hijo, ha venido a parar en el infeliz Carlos II, por la de los Borbones. Este Borbón, Felipe V, con que se inicia el siglo XVIII, y que da su nombre a nuestra ciudad de *San Felipe de Montevideo*, es el predecesor del pobre Carlos IV, con quien vamos a encontrarnos al finalizar ese siglo, y

comenzar el XIX. Y Carlos IV es el padre de Fernando VII.

El siglo XVIII de España está, pues, como estrujado entre Luis XIV y Napoleón Bonaparte. Lo han consumido los reinados, llenos de intrigas palaciegas, de Felipe V y de sus hijos y nieto, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV. mientras que, en Francia, se ha pasado de Luis XIV a la Revolución Francesa y a Napoleón, al través de Luis XV y Luis XVI. España ha tenido que someterse a las exigencias de las combinaciones continentales, hasta figurar sus reyes como aliados de la revolución; de la misma revolución francesa que decapitó al rey. Y he aquí a Bonaparte, que, surgido de esa revolución, viene también a España, por la corona del nieto de Luis XIV.

Confesemos que la patria de Carlos V está muy lejos; y más aún la de las Cortes de Castilla, y las del férreo Justicia de Aragón.

Pero España se mira en sus glorias pasadas; no puede convencerse de que es madre; rechaza la idea de una emancipación amistosa de sus hijos americanos, que algún grave pensador insinúa, como fenómeno inevitable, en tiempo de Carlos III. ¡No... jamás! La América ha de permanecer sometida, perpetuamente sometida; nunca será persona.

A los primeros síntomas de emancipación, España sintió un espasmo de fiera, su zarpazo fue terrible; su rugido espantoso. Un indio, Tupac-Amarú, pretendió alzarse en el Perú, en 1780, precisamente cuando los angloamericanos, con la protección de España, se levantaban contra la madre Inglaterra.

Después de ver matar en su presencia, y entre suplicios, a su mujer, a sus hijos y a sus parientes más cercanos, cuatro caballos, atados a las cuatro extre-

mudades del rebelde, tiraron hacia los cuatro vientos; tiraron mucho rato, porque el cuerpo era muy duro; pero éste al fin estalló, como un odre de sangre. Sus pedazos fueron repartidos, para servir de escarmiento.

Pero muy pronto, otro síntoma de gravísimo pronóstico aparece. Ya no es un indio, ni nada que se le parezca, quien pretende alzarse con la América, arrebatándola a su dueña; es Inglaterra, que, no perdonando a España sus forzados contubernios con los enemigos de la Gran Bretaña, con Luis XVI primeramente, y con la revolución y Bonaparte después, quiere desquitarse de la pérdida de su América del Norte, con la conquista de toda la española, que de tiempo atrás preparaba, pues tanto en Venezuela como en Buenos Aires tenía agentes rentados con ese objeto. El general venezolano Miranda, grande figura exótica, era la cabeza de esa conspiración británica. Artigas será el reverso de este tipo genérico. Artigas no buscará a Inglaterra ni a nadie: no cambiará el dominio español por nada de este mundo que no sea la libertad, el dominio de América sobre sí misma. Ese, notadlo bien, será el rasgo *característico* de Artigas entre los libertadores americanos.

Inglaterra rompe con España en 1804. Acude ésta, en mala hora, a Napoleón, y, en esa peligrosa compañía, va, con su aún poderosa escuadra a *Trafalgar*. Bien sabe el mundo cómo cayó España, el 21 de Octubre de 1805, en aquella jornada. No en vano se creía sin quebranto en su belleza heroica, al mirarse los ojos. La raza no ha declinado... Trafalgar es hermana de Lepanto.

Pero allí se sumergió el poder naval de España.

Inglaterra, vencedora, se lanza sobre América; los mares son suyos; en sus innumerables barcos aun

humean las mechas de los cañones de Trafalgar. Y con ellas encendidas, penetra, segura de sí misma, en el Río de la Plata, puerta principal, sin duda alguna, de los dominios españoles en América. Allí están, a ambos lados de esa puerta, Montevideo, en la margen izquierda meridional, y Buenos Aires, en la derecha del grande estuario, con sus banderas españolas enarboladas.

La escuadra del comodoro Popham, con tropas de desembarco, al mando de Beresford, mira de lejos los cañones de las fortalezas de Montevideo, y pasa de largo, a velas desplegadas. Cruza el inmenso río, desembarca en las inmediaciones de Buenos Aires. Suenan en tierra sus clarines; baten las alas rojas en el aire sus banderas de rapiña.

Y de un vuelo, de un solo vuelo atrevido, van a posarse, como dueñas, en el alcázar de la capital del virreinato, que ve sustituir asombrada el pabellón español por el inglés.

El marqués de Sobremonte, virrey español, ante el amago de la invasión, ni siquiera pensó en la defensa; huyó hacia el interior, y dejó abandonada la capital. Unos dicen que fue cobarde, otros que no, que se retiró al interior, en procura de más eficaz defensa. Pero eso no hace al caso. El hecho es que Buenos Aires despierta asombrado, al verse inglés de la noche a la mañana. Aquello es un sueño de oprobio, la vieja sangre española hierve en sus venas; es preciso volver por el honor de la stirpe. Liniers y Pueyrredón son el núcleo; Liniers, sobre todo. Piensan en la reconquista.

Y entonces aparece la otra metrópoli del Plata: Montevideo, el Montevideo que, según el historiador Mitre, no constituía un centro urbano de cohesión.

La convulsión heroica que entonces se apoderó de la población oriental fue una revelación estupenda. Todas las fuerzas vitales de aquel organismo se condensaron en un esfuerzo inverosímil, bajo la dirección de don Pascual Ruiz de Huidobro, bizarro gobernador de Montevideo, hidalgo español. Se organiza una expedición reconquistadora, se la coloca al mando de Liniers, que ha venido de Buenos Aires en busca de apoyo; el pueblo armado cruza el río en barcas, en botes, por el aire, yo no sé cómo; toma tierra en la otra margen; recoge los elementos occidentales que allí lo esperaban anhelantes; corre hacia la plaza de Buenos Aires, como un enjambre irritado; rodea el baluarte inglés, lo expugna hasta con el pecho de los caballos, que se estrellan en él; arranca el pabellón extraño; repone el español. Os aseguro, mis amigos, que aquella fue realmente una gran mañana.

El memorable suceso se consumó el 12 de Agosto de 1806. Los ingleses, los vencedores de Trafalgar, se han ido sin banderas; éstas quedan cautivas, como recuerdo perpetuo.

Pero no es tanto el hecho cuanto su espíritu lo que más reclama aquí nuestra atención. Esa reconquista de Buenos Aires, que inicia Montevideo, es *el primer acto llevado a término por libre resolución de un pueblo americano, con prescindencia y desacato de un virrey*, en defensa, no tanto del rey, cuanto de la estirpe española en América, de la religión, de la lengua, de las tradiciones paternas. El virrey Sobremonte huyó, como hemos visto, de la ciudad, ante el ataque inglés, pero, en la esperanza de reconquistarla, dirigió una circular a todas las provincias, pidiéndoles contingentes. El gobernador de Montevideo reci-

bió la suya, con orden de remitir inmediatamente la tropa veterana y la artillería de campaña. Ruiz de Huidobro contestó que no. “que había tenido por conveniente suspender la publicación de la circular, *por hallarse autorizado por el Cabildo de Montevideo para la reconquista*”; y, en cuanto a la tropa solicitada, “no podía enviársela, porque debía marchar en la expedición”

Y así fue, efectivamente; marchó en la expedición reconquistadora.

He aquí, pues, al Cabildo de la ciudad de Montevideo, de la que será declarada *la Muy Fiel y Reconquistadora*, que, por sí y ante sí, se erige en autoridad. Y ese Laniers, precisamente, a quien el pueblo de Montevideo arma caballero de su derecho, será el nuevo virrey del Río de la Plata, designado por el pueblo.

Caro tenía que costar a Montevideo esa su fogosa reconquista de Buenos Aires. He ahí a Inglaterra que vuelve por su honor. Una nueva y formidable escuadra inglesa, al mando de Auchmuty, penetra en el Plata, y se une a la del comodoro Popham, que ha ocupado Maldonado, no sin heroica resistencia. Esta vez es Montevideo el blanco primero de las iras británicas; iras temibles, si las hay

Montevideo se apresta a la defensa, al sacrificio. El inglés desembarca en el Buceo 100 cañones y 5.700 hombres rodean la ciudad. El virrey Sobremonte que, expulsado de Buenos Aires, se ha refugiado en Montevideo, inicia una resistencia en las afueras, pero pronto se retira. No así los vecinos de la ciudad; éstos salen imprudentemente al campo, y una batalla encarnizada y desastrosa se libra en el

Cardal, el 20 de enero de 1807. El inglés avanza, la escuadra dirige sus fuegos sobre la ciudad; ésta es batida por mar y tierra; un círculo de fuego la envuelve, sus cañones rugen.

Se abre, por fin, una brecha en las murallas, que los defensores cierran con todo cuanto encuentran: fardos de cuero, bolsas, muebles, con sus propios cuerpos sobre todo; allí luchan y mueren.

Llenos están nuestros recuerdos de la defensa de esa brecha dantesca; aquí encuentro, entre mis papeles de familia, el recuerdo del abuelo de mis hijos, don Juan Benito Blanco, joven de quince años, que después de haber asistido a la reconquista de Buenos Aires, cae mortalmente herido en esa brecha de Montevideo, su patria. Aun después de abierta brecha, y de penetrar por ella el torrente invasor, Huidobro hace fuego de cañón desde la ciudadela hacia el centro de la plaza; los vecinos, desde las ventanas, desde los tejados, desde las esquinas, disparan sus armas, arrojan agua hirviendo: el ejército inglés avanza, haciendo fuego por compañías como una máquina; el pabellón español flota ceñudo en los baluartes, entre el humo que sube lentamente.

Los ingleses, pasando por sobre 400 cadáveres de montevidéanos, tendidos en las calles, al lado de los muertos rubios vestidos de colorado, se hacen dueños, por fin, de la ciudad oriental, el 3 de febrero de 1807.

Y van a reconquistar Buenos Aires: son 12.000 hombres, al mando de Whitelocke, que ha llegado con imponentes refuerzos.

Pero ya no es posible; Buenos Aires se ha hecho soldado, y está de pie. Liniers, nombrado popularmente gobernador, en reemplazo de Sobremonte, les

sale al encuentro, pero es rechazado; los ingleses siguen tras él, y atacan la ciudad el 5 de julio. Alzaga, español bizarro, organiza la defensa; el choque formidable se produce, y el inglés queda vencido por el animoso pueblo bonaerense. Whitelocke ha capitulado el día 6; ha pactado con Liniers la evacuación completa del Río de la Plata, la de Montevideo inclusive, por más que no han faltado quienes han querido prescindir del rescate de Montevideo como condición del pacto, Liniers entre ellos. Es Alzaga quien impone la evacuación de la ciudad reconquistadora.

Y es bastante, amigos artistas, para que os forméis una idea de esas invasiones inglesas. Huelga el comentario. El pueblo se ha dado cuenta de que es varón. Y de que puede vencer sin virreyes.

Sólo os haré notar dos detalles sugestivos.

Recordaréis que, en la lucha colonial de Inglaterra con Francia, que precedió a la independencia de los Estados Unidos, comenzó a figurar, en defensa de su metrópoli, un joven capitán llamado Jorge Washington. También en estas invasiones inglesas al Río de la Plata nos encontramos con un capitán o ayudante mayor, José Artigas, quien, hallándose enfermo, al ver que su regimiento se queda de guarnición en Montevideo cuando sus camaradas han partido a la reconquista de Buenos Aires, ruega al gobernador Huidobro que le permita incorporarse a la gloriosa cruzada. Huidobro accede; le da un pliego para Liniers. Artigas cruza solo el río: alcanza la expedición, cuando ésta va a expugnar a Buenos Aires; pelea en los *Corrales de Miserere*, en el *Retiro*, en la *Plaza Victoria*. Rendido el inglés, es él quien se presenta a Huidobro en Montevideo con el parte de la victoria; ha repasado el río en una barca; ésta ha naufragado,

y el animoso tripulante, desnudo como el heraldo de Maratón, ha ganado la orilla a nado, con la feliz noticia

Corre con su escuadrón a defender a Maldonado de la agresión inglesa; vuelve a Montevideo, y, con las tropas de Sobremonte, se opone al desembarco del enemigo en el Buceo; Sobremonte huye, pero él se repliega a la plaza amenazada; lucha en el *Cardal* "con el mayor enardecimiento, sin perdonar instante ni fatiga" Asaltada y tomada la ciudad, él no se rinde, se embarca para el Cerro, y hostiliza sin cesar a los ingleses, durante los seis meses de su primer dominio... Barbagelata nos ha narrado todo esto muy bien, con muchos documentos comprobantes. El Artigas caudillo comienza allí, cuando lucha prescindiendo de Sobremonte.

Otro detalle final, y pasaremos a otra cosa

Las dos ciudades del Plata han quedado, y con razón, igualmente orgullosas de sí mismas, con la expulsión de los ingleses; pero se miran con celo. Buenos Aires agradece oficialmente a Montevideo su concurso, pero va a España, a reclamar para sí la gloria de la reconquista. La ciudad oriental no lo consiente: la reconquistadora es ella, y sólo ella; suya, y de nadie más, es la gloria. Montevideo invoca en España su derecho preferente a los laureles; cuenta allí la historia; discute con Buenos Aires; presenta sus pruebas; triunfa, por fin. El rey de España le documenta para siempre ese triunfo: concede a Montevideo "el título de *Muy Fiel y Reconquistadora*, con la facultad de agregar a su escudo las banderas que apresó en aquella reconquista, con una corona de oro sobre el Cerro, atributo heráldico de aquel escudo,

atravesada con otra de las reales armas, palma y espada”.

Está bien Coronas de oro, palmas, reales armas... abalorios que valen por su significado histórico; valen indudablemente. Pero esos pueblos han ganado, me parece, algo más que una palma simbólica y una espada pintada. ¿No se pensará, siquiera, en su derecho a un principio de emancipación?

Eso, jamás: la América debía continuar como propiedad de su madre, mientras ésta se conservase dueña de sí misma. Mientras exista un español, un nacido en la península, éste, y nadie más que éste, debe mandar en América. Y aún más: como el pueblo portugués a doña Inés de Castro, según la leyenda, el americano debe permanecer fiel, no sólo a España, sino a la monarquía española; besar la mano a su esqueleto, y acatar su sombra cadavérica.

Comprenderéis, mis amigos, que eso no pudo ser. La América española, desde Méjico hasta Patagonia, ha sentido el estremecimiento de su pujante pubertad. Ese rechazo de las invasiones inglesas, que hemos visto, no ha sido una causa, ni siquiera una ocasión de independencia; ha sido un efecto de la étnica ya consumada; falta sólo la accidental, la política.

Ved cómo ésta se manifiesta, por fin, en su plenitud.

Napoleón, que, a principios del siglo pasado, recorre triunfante la Europa, y traza con su espada nuevas fronteras arbitrarias en el antiguo continente, y regala coronas reales a sus deudos y capitanes, resuelve apoderarse de la península ibérica y de los reyes, nuestros señores. España es aliada de Napoleón, como lo eran entonces los aliados: estaba amarrada a él. Portugal lo es de Inglaterra; es enemigo del César, por consiguiente. Éste, Bonaparte, a pretexto de pasar

sus tropas a Portugal — cuyo rey huye al Brasil ante el amago, y establece su corte en Río Janeiro, — las hace penetrar en España, con anuencia del rey Carlos IV, su aliado, que, temeroso del partido político que se ha formado en torno de su hijo Fernando, crea hallar apoyo para su corona en el flamante emperador francés. Aquella corte española es una miseria, una verdadera miseria; aquellas majestades de todo tenían menos de majestuosas, preciso es confesarlo. Y de sagrado, o divino, mucho menos.

El pueblo español, grande a pesar de sus reyes, se alarma ante la invasión francesa; el partido de Fernando asalta la casa del ministro Godoy, y obliga a Carlos a abdicar la corona en su hijo. Pero Napoleón, a título de arreglar las rencillas de la familia real española, la invita a pasar a Bayona, donde, tratados los infelices monarcas como entidades despreciables, son obligados a poner la férrea corona de España en manos de Bonaparte, que así tendrá una más de que disponer. El pueblo se levanta airado y heroico, el de Madrid se hace fusilar en las calles, el 2 de mayo de 1808, lo que da por resultado el coronamiento de José Bonaparte, como rey de España. En seguida, el pueblo todo, como un solo corazón de león, se revuelve contra el usurpador de su propia soberanía. En ejercicio de ésta, instintivamente, prueba que es un organismo vivo, capaz de crear sus propios medios de existencia; elige *Juntas Provinciales* primero, que, en representación del rey ausente, acaudillan la resistencia de la nación; un *Consejo de Regencia* después; se reúne, por fin, en las *Cortes de Cádiz*, y, bajo el fuego de los cañones franceses, dicta leyes al porvenir: sanciona la Constitución de 1812. Y el pueblo español reconquista, en lucha homérica, su independencia, agregando al

catálogo de sus glorias seculares los nombres de Bailén, de Zaragoza, de Gerona...

III

¿Y América? ¿Qué hará América mientras en España el rey está prisionero, y el pueblo — sólo el pueblo español, no sus reyes ni sus Consejos reales — combate por su independencia?

¿Aguardar, impasible y resignada, a que en Europa se resuelva de sus destinos, y se le haga saber cuál es el dueño, nuevo o viejo, que en definitiva le ha tocado en suerte, y si ha de hablar francés, o en español, o en inglés?

Eso es lo digno y lo justo, en el concepto de la metrópoli, y de sus agentes en América; eso es lealtad.

Pero el pueblo americano ya no puede hacer tal cosa; sería indigno de su propia madre. Él también luchará por su vida, por su independencia; como el español; con el mismo título, con el mismo brío.

¿En España está el rey Fernando VII prisionero, y las *Juntas*, emanadas del pueblo español, lo representan?... Pues los virreyes de Fernando en América deben considerarse también prisioneros, y dejar su puesto a *Juntas* emanadas del pueblo americano, que no tienen por qué ni para qué ir a reunirse en Cádiz; Cádiz está demasiado lejos de América, y demasiado cerca de Bonaparte y de la corte española fugitiva.

¿Las *Juntas* españolas conservan la soberanía para el soberano, es decir, para el rey prisionero Fernando VII, el legítimo, el sagrado, el dueño? . . . Pues otro tanto harán las americanas para el soberano de América, prisionero a su vez hace mucho tiempo; tam-

bién lucharán por esa causa, con el mismo heroísmo con que lucha el pueblo español.

Pero... he aquí que se nos ofrece el problema, todo el problema: el soberano prisionero ya no es, en América, aunque lo parezca, Fernando VII ni sus sucesores; eso es lo que hay aquí de más grave y serio. Cuando, debelado Napoleón en Waterloo, vuelva Fernando a su trono de Madrid, después de su cautiverio, a restaurar el gobierno absoluto tambaleante, ya habrá nacido en esta América, por la ley de la universal germinación, por la de la constante renovación de la vida, otro soberano legítimo, más legítimo que el prisionero de Bonaparte por cierto.

El nacimiento, en estas tierras, de ese príncipe heredero de los reyes presos, de todos los reyes caducos, no ha sido notificado, es verdad, a las naciones, con la solemnidad del ceremonial sagrado; no ha sido presentado un niño a la corte en una bandeja de oro; pero ciego hubiera sido quien no se hubiera dado cuenta de su venida al mundo. Fue él, precisamente, quien expulsó a los ingleses conquistadores, hace dos años. Sin él, ¿qué hubiera sido del dominio, no sólo de la nación, pero aun de la lengua española en el Plata?

Y los virreyes, y sus delegados, y sus cortes coloniales no eran ciegos; tampoco lo eran los españoles residentes en las colonias. Bien veían que el heredero de Fernando estaba ya en la tierra americana, y que ese tal heredero no era ni podía ser un rey español. El derecho imprescriptible que creían poseer en su propia sangre les impedía, sin embargo, reconocer al nuevo soberano recién nacido; tenían que estrangular a

ese bastardo en su cuna; no podía haber más rey que el rey.

Y la cuna eran esas *Juntas*, que, emanadas del pueblo, de que eran núcleo los cabildos, y con presidencia de virreyes, y gobernadores, y capitanes generales, se forman en América como en España, y se disponen a reconocer, y conservar, y defender, los derechos del soberano legítimo contra el usurpador.

¿El soberano legítimo se llamaba entonces Fernando VII, y Napoleón I el intruso?... Pues las Juntas americanas se constituirán al grito de ¡Viva Fernando VII!..

El nombre es lo de menos, como es lo de menos lo que puedan pensar individualmente tales o cuales promotores de aquel movimiento, ignorantes de su esencia. Hasta hubo virreyes españoles que presidieron la formación de esas Juntas.

Los virreyes, y gobernadores, y peninsulares residentes en América oyeron, sin embargo, generalmente, en aquel grito, un clamor de rebelión. Se dieron cuenta, pues, de la realidad oculta en las apariencias. Y los unos, los americanos, se lanzaron contra los otros, los españoles, e iniciaron una lucha que duró quince años, al final de los cuales se verá que el soberano legítimo, llamado Fernando VII por los primeros, no era ni podía ser el fruto concebido por el tiempo en la antigua monarquía, sino el que palpitaba en las entrañas del pueblo de América, que, como todo organismo vivo, tenía que formar de su propia sustancia, y *no de elementos ajenos*, su cabeza, al par que su corazón y su brazo; el soberano que se aclamaba era, pues, el héroe o caudillo que surgiera del pueblo, fuente inmediata de autoridad soberana.

IV

Eso es lo que significan, mis queridos amigos, las efemérides consagradas por los estados americanos: el 21 de setiembre de 1808 en Montevideo; el 10 de agosto de 1809 en Quito; el 25 de mayo del mismo año, y el 16 de julio, en Chuquisaca y la Paz. el 19 de abril en Caracas; el 22 de mayo de 1810 en Cartagena de Indias; el 25 de mayo de ese mismo 1810 en Buenos Aires, y también en Montevideo, y el 20 de julio en Bogotá, y el 18 de setiembre en Santiago de Chile, y el 14 de mayo de 1811 en la Asunción, y el 16 de setiembre, por fin, de 1810, con el 14 de mayo de 1811, Junta de Zitácuaro y Grito de Dolores, en Méjico. Tales cifras, amadas de los pueblos, conmemoran la formación de *Juntas de Gobierno* americanas, en substitución del virrey, para mejor custodiar los derechos *del rey*.

Esas regiones constituían las subdivisiones, más o menos arbitrarias, del dominio español, al iniciarse la independencia. Allá, en la América del Norte, estaba el virreinato de *Méjico* o *Nueva España*, el mundo de los aztecas, entre uno y otro océano, y alrededor del golfo enorme, con la *Capitanía General* o *Provincia de Guatemala*; en la América Meridional, que es la que vamos a examinar especialmente, se encontraba el *Virreinato de Nueva Granada*, en el Norte, con su punta en el Istmo de Panamá, y con su sede en Santa Fe de Bogotá, y la *Presidencia de Quito*, más al Sur, sobre el Pacífico; y a la derecha, sobre el mar de las Antillas, la *Capitanía General de Venezuela*.

El *Virreinato del Perú*, que había comprendido todas las posesiones españolas de la América del Sur, hasta Santiago de Chile, hasta Buenos Aires y Mon-

tevideo, estaba allá, también en el Pacífico, con su remedo de opulenta sede en Lima, la gran ciudad colonial, de él se había desprendido, y formaba una capitania general, *Chile*, la tierra de los araucanos, tendida a lo largo de los estrechos contrafuertes de los Andes, con su centro sociológico en la ciudad de Santiago. Y, por fin, desprendido también del Perú en los últimos tiempos de la colonia, estaba el *Virreinato de Buenos Aires*, que había arrastrado consigo hacia el Atlántico, hacia el Plata, un territorio de más de la mitad de Europa. todo el que se extiende entre los Andes y la cordillera del Brasil, desde las altiplanicies del Perú meridional, hasta el Río de la Plata. Este virreinato comprendía el Alto Perú; la actual *Bolivia*, con su ciudad de Charcas y su cerro de Potosí, las actuales *Provincias Argentinas*, tributarias geográficamente de la ciudad de Buenos Aires, único puerto de esa región; el *Paraguay*, con su vieja Asunción, dormida en sus bosques de naranjos; y, por fin, del otro lado de la gran cuenca, con los caracteres originales que os he descrito, la *Gobernación Oriental*, con la plaza fuerte de Montevideo, puerto magnífico de la margen izquierda del Plata, como núcleo sociológico.

Como bien lo comprendéis, mis amigos artistas, esas agrupaciones arbitrarias de territorios heterogéneos, habían de disolverse o rectificarse con la disolución del régimen colonial; en ellas no se tenían para nada en cuenta los intereses, y mucho menos los derechos, de los distintos pueblos esparcidos en ese inmenso territorio, sino, como lo hemos dicho antes, las conveniencias de la dueña y señora de todos ellos. Abrir el juicio testamentario de la madre común significaba, por consiguiente, iniciar, *ipso facto*, la partición de su herencia entre sus distintos hijos varones, herederos to-

dos ellos al mismo título, los menores, lo mismo que los mayores, Chile y el Uruguay y el Paraguay, lo mismo que el Perú o Buenos Aires. Las divisiones del colonaje no daban ni quitaban derechos; no los constituían, sobre todo, superiores a las leyes étnicas, geográficas, sociológicas, biológicas, si queréis, que determinan la voluntad de los pueblos, y que forman las distintas personas colectivas.

V

En 1810 se creyó en América que España iba a caer por fin, toda entera, en poder de los franceses de Napoleón; el ejército invasor había pasado Sierra Morena, la Junta Central se había refugiado en la isla de León; habíase formado un Consejo de Regencia. La autoridad de los virreyes había caducado, por ende, en América. Sin rey, ¿cómo concebir al virrey? La autoridad era aquí por consiguiente, *res nullius*, cosa de nadie. Pertenece, en tales casos, como antes hemos dicho, *al primer ocupante*, y éste puede serlo el pueblo entero, que se erige en fuente inmediata de soberanía, y consagra, con su designación o su aceptación, al hombre o a los hombres en que debe residir. Ese es el origen de la democracia republicana. Y ese fue el espíritu autóctono, creador de la revolución de América. Ese principio es el orden, la divina armonía.

Llegó, pues, el momento: toda la América se levantó de una vez a gobernarse a sí propia. El fuego central es el mismo en todo el continente; los cráteres que se abren son varios. Allá en el Norte, después de Quito, aparece el volcán principal en Caracas, en la Capitanía General de Venezuela, Virreinato de Nueva Granada. En el Sur, tras la gran conmoción de Co-

chabamba y La Paz, ahogadas en sangre, estalla el nuevo fuego en Santiago de Chile; pero, sobre todo, y como núcleo principal, en Buenos Aires. Entre ambas zonas incandescentes, la del Norte y la del Sur, hay una apagada: el Perú. Lima, su gran capital, será el último baluarte español, al que convergerán encrespadas las olas del Plata y las del Orinoco.

Era el mes de mayo de 1810. El pueblo de Buenos Aires, a quien el mismo virrey había revelado francamente, el día 18, la desastrosa situación de España, hervía en la Plaza Mayor; quería Junta, como la metrópoli; Junta que gobernase en ausencia del rey. Pero aquella gente quería más: clamaba por la deposición inmediata del virrey. ¡Una barbaridad! Aquel organismo estaba con fiebre; elaboraba o reponía instintivamente un miembro que le faltaba. Y era nada menos que la cabeza.

Era virrey a la sazón don Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien, designado tal por la Junta de España, en substitución de Liniers, el héroe de la reconquista que fue levantado por el pueblo y apoyado por las tropas, había ocupado su puesto en julio de 1809. El 1º de enero de ese año noveno, Liniers se vio en el caso de sofocar, con el apoyo de las milicias, presididas por el americano don Cornelio Saavedra, nacido en Potosí, una conspiración fraguada contra él por el español Alzaga, alentado por Elío, gobernador de Montevideo, que, en 1808, le había ya negado su obediencia. Los españoles miraban de reojo a Liniers, por su origen francés, lo creían accesible a la influencia de Bonaparte, cuyos emisarios trabajaban en el Plata.

Pero otra conspiración estuvo por producirse en cambio, en favor de Laniers, cuando Cisneros llegó, poco después, de España, a substituirlo: se intentaba rechazar al virrey enviado por la metrópoli, y sostener al designado por el pueblo. La lealtad de Laniers, hombre de bien a carta cabal, y la indecisión de las tropas, retardaron la hora magna, y abrieron el camino al último virrey, que ocupó su puesto, como hemos dicho, el 30 de julio de 1809. Todo anunciaba, sin embargo, que aquella hora estaba a punto de sonar. Una heroica sublevación, que fue ahogada en sangre, estalló, después de la llegada de Cisneros, en Cochabamba y La Paz; en Buenos Aires y Montevideo se formaban núcleos de conspiradores, cuyos trabajos secretos se sentían en el aire.

Una diferencia fundamental había entre estos trabajos, sin embargo. en Buenos Aires, el espíritu se concentraba en la ciudad; los jefes de fuerzas militares formaban parte de los conspiradores, don Cornelio Saavedra, jefe del Batallón de Patricios, era su principal exponente, y presidirá la primera Junta, el espíritu predominante, sin excepción, era monárquico; doña Carlota de Borbón, hermana de Fernando VII, era el astro del nuevo día, al parecer.

En Montevideo, por el contrario, el espíritu palpita difundido en todo el pueblo de la Banda Oriental; los conspiradores se reúnen, generalmente, fuera de los muros, no esperan nada de las tropas: se alejan de ellas. Entre esos conspiradores, Suárez, Larrañaga, los Vázquez, Barreiro, Pacheco, etc., está Artigas. Este, que será el hombre, comenzará por abandonar los viejos soldados que manda, para acaudillar la masa popular de la que saldrán los nuevos, y que, como lo veréis, es, en ambas márgenes del Plata, la verdadera

autora de la revolución de Mayo. Ésa no ha pensado en doña Carlota; no la conoce.

Es indudable que Cisneros, mejor que nadie, se dio cuenta de que su autoridad estaba allí como un medio en la puerta de una escuela, según suele decirse. Bajo la presión popular, y ante la actitud de los jefes militares, que salieron garantes de la seguridad pública, hubo de autorizar la convocación, por el Ayuntamiento, de una asamblea plebiscitaria o *Cabildo abierto*, que determinase la voluntad del pueblo sobre lo que debía hacerse, en caso de una pérdida total de la península. Bien es verdad que el virrey autorizaba eso "a condición de que nada se haga que no sea en obsequio del amado soberano Fernando VII, o no respete la integridad de sus dominios, pues la monarquía es una e indivisible"; pero bien comprendéis, amigos artistas, que lo que el pueblo quería, pese a todo cuanto hicieran y dijeran los cabildos o asambleas, o promotores académicos, no era propiamente eso, ni cosa parecida.

El *Cabildo abierto* se reunió el 22 de mayo; sus miembros fueron elegidos por el Ayuntamiento, y convocados personalmente por esquelas.

Ese acto fue el decisivo de la revolución, por más que allí, según dice Groussac, no había nadie con la visión, ni siquiera confusa, del edificio futuro. No importa ya aparecerá quien la tenga.

Se sentaron en la sala, presididos por el Cabildo, 249 de las 450 personas que habían sido convocadas; votaron 224. Allí estaban los representantes del clero y la milicia, alcaldes, empleados, abogados, escribanos, comerciantes, catedráticos, vecinos distinguidos. Era una Asamblea de privilegiados, no había delegados directos del pueblo. Pero tampoco eso importa gran

cosa; también el pueblo aparecerá cuando llegue el caso. El Cabildo, que se decía su representante, no lo era, ni por su origen, ni por sus ideas recomendó a la asamblea que evitase toda innovación o mudanza, por peligrosas; la amenazó *con las miras absorbentes de Portugal*, le advirtió que sus resoluciones tenían que nacer de la ley, o del consentimiento de todos los pueblos o provincias interiores del reino. En fin, se ve claro que el propósito esencial de aquel Cabildo era uno ante todo que no se tocase al virrey. Y era lo contrario, precisamente, lo que el pueblo quería: quería tocarlo; deshacerse del virrey, como primera providencia.

Me parece excusado detallaros los votos de ese célebre Congreso; los hubo innumerables. Desde el que quería la continuación del virrey, tal cual estaba, o asociado a otras entidades; desde el que optaba por que el Cabildo gobernase, mientras no se organizara un gobierno emanado de España, hasta el que proponía la creación de un gobierno emanado de la nación; desde la doctrina del derecho ingénito radicado en la persona del monarca, hasta la más extrema que consagra el derecho popular, todos los pareceres tuvieron allí su intérprete. De todo aquello surgió, por fin, la resolución siguiente: "Consultando la salud del pueblo, y, en atención a las actuales circunstancias, debe subrogarse el mando superior en el Excmo Cabildo de esta capital, con voto decisivo del señor Síndico Procurador General, ínterin se constituye, *en el modo y forma que se estime por el Excelentísimo Cabildo*, la corporación o Junta que debe ejercerlo, y sin que quede duda de que es el pueblo quien confiere la autoridad".

Bien cabía, como se ve, dentro de esa resolución, el vuelco reclamado por el pueblo; pero todo dependía de la ejecución de lo resuelto, y ésta quedaba, según vemos, al arbitrio del Cabildo. El Cabildo no sólo no la ejecutó, sino que la desfiguró por su cuenta y riesgo; declaró, al día siguiente, que el virrey *había cesado en el mando*, pero que no por eso quedaba separado de él en absoluto, sino que se le nombrarían asociados en el ejercicio de sus funciones, hasta que se convocara la Junta General, que debía proceder de todo el virreinato.

En esa resolución se modificaban dos puntos esenciales de la del 22 se suprimía la última cláusula, que consagraba el origen popular de la autoridad, y se apelaba a los demás pueblos del virreinato, no por respeto a éstos ciertamente, sino porque de las provincias se esperaba la reacción contra lo resuelto en la capital. Veréis cómo será el mismo Liniers quien la intentará en Córdoba.

El virrey aceptó lo acordado, como era de esperarse; pero indicó la conveniencia de consultar a los comandantes de la guarnición. Éstos dijeron que lo que el pueblo quería era la cesación del virrey en el mando.

Muy bien, el Cabildo no se desorientó: creó entonces una Junta provisoria de cinco miembros, entre los que figuraban dos promotores patriotas, Castelli y Saavedra; pero esa Junta estaba presidida por Cisneros. El virrey no era virrey; pero era presidente de la Junta; no podía dar orden eficaz sin la rúbrica de los otros; pero conservaba su dignidad. Y así se esperaba lo que dijeran las provincias interiores.

Eso fue aceptado por los patriotas por los comandantes militares, por los patricios. Los miembros de la nueva Junta. Castelli y Saavedra entre ellos, presta-

ron juramento solemne el día 24 de Mayo; juraron conservar estos dominios para Fernando, y acatar en un todo las leyes del reino. Desfilaron solemnemente entre el pueblo silencioso, y tomaron posesión de sus puestos en la fortaleza.

La revolución estaba, pues, terminada; se había desvanecido. En ese día, dice Groussac, en ese 24, los conductores del movimiento de Mayo habían abdicado.

Pero, entre el 24 y el 25, apareció la otra entidad, la que vamos a ver aparecer muy a menudo en esta historia; la que hallará en Artigas su cabeza genial y su conciencia personal el pueblo anónimo. Éste, acaudillado por algunos agitadores, entre los que descuellan French y Berruti, no ratificó lo hecho por los patricios y letrados; no quería nada con el virrey. El hervor de la muchedumbre llegó hasta la nueva Junta. Ésta juraba el día 24, a las tres de la tarde, y a las nueve de la noche, instigada por Saavedra y Castelli arrepentidos, devolvía al Cabildo, en lacónica comunicación, el poder que de él había recibido, y que le quemaba las manos. Es preciso nombrar otra Junta, le decía, para calmar la efervescencia popular.

En ese estado de cosas rayó el día 25 de Mayo de 1810. El Cabildo no se daba por vencido. Se reunió en las primeras horas de ese día, e intentó rechazar la renuncia de la Junta, y conminarla a sostener su autoridad por la fuerza. El populacho, la barbarie, invadió entonces la casa capitular; algunos individuos anónimos gritaron, en nombre de esos bárbaros, protestando contra el nombramiento de Cisneros, e increpando al Cabildo por haber violado lo resuelto el 22. ¡Si hubiera sido posible castigar el desacato! El Cabildo convocó a los Jefes militares con esa objeto, y éstos

declararon que ellos mismos no se consideraban seguros contra el pueblo. Éste, mientras ellos hablaban, golpeaba las puertas de la sala capitular, y daba voces endiabladas.

¡Pues que el diablo cargue con él! se dijo el Cabildo. Y envió una diputación al virrey, indicándole la conveniencia de su renuncia. Ésta no se hizo esperar; llegó verbalmente.

Todavía se pensaba en una nueva componenda. Castelli y Saavedra proyectaban el mantenimiento de la Junta con el simple cambio de presidente, cuando un grupo tumultuario penetró hasta la sala del Ayuntamiento, y declaró, a su modo, que el pueblo reasumía la autoridad, destituía la Junta nombrada, y proclamaba una nueva. Ésta se había formado, no se sabe dónde a ciencia cierta, ni importa nada el saberlo; el pueblo anónimo la hacía propia, y la imponía *porque sí*. Presidente: Saavedra, el jefe del Batallón de Patricios, Vocales: Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu y Larrea. Moreno y Paso, Secretarios.

El Cabildo, desde los balcones de la casa consistorial, pactó con el pueblo que, en escaso número, estaba reunido en la plaza. “¿Dónde está el pueblo?” preguntó. “Sonad la campana y aparecerá”, le fue respondido.

El Cabildo no sonó la campana: pactó con aquel grupo, en el que no se veía a ninguno de los promotores del motín, y reconoció el nuevo Gobierno: el que estaba escrito en la lista anónima.

Poco después, tronaban los cañones en sus troneras antiguas, se estremecían las campanas en las altas torres venerables, y daban gritos, flotaban en el aire, como pájaros recién salidos del nido, las escarapelas bicolores, blancas y azules, que llevaban los hombres

a guisa de distintivo, y éstos se abrazaban, como quien celebra la llegada de un viajero que se esperaba, y que, al fin, estaba allí. La primera *Junta de Gobierno* está, pues, formada, la primera autoridad, emanada de la nación, que destituye a un virrey.

Eso es, reseñado ligeramente, el 25 de Mayo y sus equivalentes en América, mis buenos amigos: la mañana de un largo de día de la historia. Una espléndida mañana.

VI

Trátase ahora, amigos míos, de designar el héroe de esa gran revolución que se inicia: del 25 de Mayo y sus consecuencias.

¿Quién había realizado aquello en Buenos Aires? ¿Había allí un hombre? O mejor dicho: ¿estaba allí *el hombre*, la conciencia humana depositaria del pensamiento fundamental de la persona colectiva que allí nacía? “El Cabildo abierto del 22 de mayo, dice Groussac, señala el acto decisivo de la revolución argentina. A él concurren, para combinarse o combatirse, las fuerzas varias, afines o refractarias, que, de años atrás, venían trabajando el complejo organismo... En todos estaba la conciencia de un cambio necesario; pero en nadie la visión, siquiera confusa, del edificio futuro que de los escombros coloniales podía y debía surgir”. “...Todo monumento con inscripciones nominativas en que se consagre “a los autores” de la revolución de Mayo, tiene que cometer la enorme injusticia de desconocer a sus verdaderos héroes que son anónimos”.

“Aquel movimiento no tuvo caudillo, dice el maestro don José Manuel Estrada. En el Río de la Plata

la revolución se desarrolló por la coincidencia de todas las pasiones populares; y sabéis que el *populacho* de Buenos Aires, llamado en horas de desaliento, salvó la naciente nacionalidad, y puso sobre las cumbres de la historia su ídolo y su lámpara”.

Y dice otro maestro, don Domingo F. Sarmiento, en su *Facundo* “Buenos Aires, en medio de todos estos vaivenes, muestra la fibra revolucionaria de que está dotada. En Venezuela, Bolívar es todo. Venezuela es la peana de esa colosal figura; Buenos Aires es una ciudad entera de revolucionarios; Belgrano, Rondeau, San Martín, Alvear y los cien generales que mandan sus ejércitos, son sus instrumentos, su brazo; no son su cabeza ni su cuerpo. En la República Argentina no puede decirse “el general tal libertó al país”, sino “la Junta, el Directorio, el Congreso, el Gobierno de tal o cual época mandó al general tal que hiciese tal cosa”

Observemos aquí, de paso, que lo que dice Sarmiento no es del todo exacto; veréis cómo ese general Rondeau, recordado por él, continuará el segundo sitio de Montevideo, que dará en tierra con el dominio español en el Plata *a pesar* de las órdenes del Gobierno de Buenos Aires, que le imponen levantar el asedio; sabréis oportunamente cómo el otro, Belgrano, librará la batalla de Tucumán, a ruego angustioso de los tucumanos, pero *contra las instrucciones* del triunvirato de Buenos Aires, que lo llama premiosamente a la capital; veréis por fin, cómo el tercero, San Martín, el más grande de los tres, realizará la expedición al Perú, *violando mandatos expresos* del gobierno central, cuyos planes entorpece con ella. Pero Sarmiento tiene razón, no cabe duda, cuando juzga que en ninguno de esos generales estuvo el pensamiento integral de la

revolución, ni la visión remota del edificio futuro, ni la acción, por consiguiente, del héroe, del arquitecto de patrias. Ésta estuvo sólo en otro, que no era general de Buenos Aires, ni su enviado, y que vais a conocer muy bien.

Por ahora, para que os deis cuenta, mis amigos, de lo que significa eso que dice Sarmiento, y os iniciéis en el conjunto de la revolución hispanoamericana, es menester que sepáis quién es ese Bolívar de que aquél nos habla, porque, efectivamente, es una figura colosal.

Y, antes que a Bolívar, bueno es que conozcamos al mismo Sarmiento, porque es un voto de calidad cuando se trata de Artigas. Sarmiento fue su detractor encarnizado; pero tiene mucho de aquel profeta Balaam que bendecía al pueblo de Israel, cuando, montado el buen vidente en una burra, iba con el propósito deliberado de echarle maldiciones y conjuros. Lo indeliberado era en Balaam la profecía; lo indeliberado es en Sarmiento la verdad. Hombre de lucha, escritor inspirado, diplomático, general, y hasta, a ratos perdidos, presidente de la República Argentina, este Sarmiento fue un varón insigne por muchos conceptos; pero lo fue, sobre todo, porque vio más de una vez verdades intrínsecas que no se veían, y las habló con sinceridad casi infantil. No era papelófilo; no se sometía más de lo justo a la tiranía de los documentos, ni rendía gran culto a los manuscritos viejos, ni a los nuevos; pero leía dentro de sí mismo con claridad, y decía cosas reales, casi inconscientes. Por eso hubo quien lo llamó loco, y por eso hoy le llaman genio, y no sin causa. En Buenos Aires le han erigido una bella estatua marmórea. Se le erigirán otras probablemente.

Y, conocido Sarmiento, pasemos a Bolívar.

VII

Ya hemos dicho que el fuego central revolucionario hizo erupción al mismo tiempo en toda América, por todas partes se abrieron cráteres.

En Caracas, lo mismo que en Bogotá y en Quito, la invasión de Napoleón, y la prisión de Fernando VII, determinan algo semejante a lo que hemos visto en Buenos Aires. También es el pueblo quien allí se levanta: depone al virrey o gobernador, crea una Junta de Gobierno, aclama a Fernando VII, etc., etc. Y se empeña en una lucha homérica. Allí, lo mismo que en Chuquisaca la mártir, y al revés de Buenos Aires, donde nunca se oyó un tiro español, la represión es inmediata y espantosa. Venezuela es la tierra de la *guerra a muerte*, la más sangrienta de la revolución americana. Pero de en medio de aquellos *populachos*, tan bríosos como el de Buenos Aires, surge un caudillo (tiene razón Sarmiento), que, más aún que por su genio militar, por su arraigo en el pueblo, puede ofrecerse como el espíritu de aquellas multitudes, inflamado en una conciencia de hombre.

Es el mismo Sarmiento el que precisa el carácter de ese hombre Bolívar. Dice, criticando una biografía que sobre él se escribió: "En esa biografía, como en todas las otras que de él se han escrito, he visto al general europeo, a los mariscales del imperio, a un Napoleón menos colosal; pero no he visto al caudillo americano, al jefe de un levantamiento de las masas; veo un remedo de la Europa; nada que me revele la América.

"Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara, americana pura, y de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro hizo su grandioso edificio...

“La manera de tratar la historia de Bolívar de los escritores europeos y americanos conviene a San Martín, y a otros de su clase. San Martín no fue caudillo popular; era realmente un general. Habíase educado en Europa, y llegó a América, donde el gobierno era revolucionario, y pudo formar a sus anchas el ejército europeo, disciplinarlo y dar batallas regulares, según las reglas de la ciencia. Su expedición sobre Chile es una conquista en regla, como la de Italia por Napoleón. Pero si San Martín hubiese tenido que encabezar *montoneras*, ser vencido aquí para ir a reunir un grupo de llaneros por allá, lo hubieran colgado a la segunda tentativa”.

“...A Bolívar, al verdadero Bolívar, no lo conoce aún el mundo, y es muy probable que, cuando lo traduzcan a su idioma natal, aparezca más sorprendente, y más grande aún”.

Todo eso tiene mucho de verdad. Vosotros debéis tenerlo muy en cuenta cuando tracéis la figura de Artigas. Pero acaso no es toda la verdad.

Es preciso que conozcamos a Bolívar, como hemos conocido a Washington, para llegar a Artigas. Nos hace falta para apreciar a éste por contraste.

Simón Bolívar fue grande, efectivamente, por eso que dice Sarmiento: *porque de aquel barro, del pueblo americano, hizo su grandioso edificio*. Aparece en la historia, muy joven aún, cuando se constituyen las primeras juntas en Caracas; es enviado en una comisión a Inglaterra, y regresa cuando está empeñada la lucha; llega a Nueva Granada, y de allí pasa a Venezuela, su patria, como libertador; da batallas, cae en la primera jornada; emprende una nueva, y triunfa; pasa los Andes septentrionales, empresa que no tiene

superior en la historia humana, y se abre camino, con victorias estupendas, hasta Bogotá. De la fusión de Venezuela y Nueva Granada constituye la primera patria colombiana, la Gran Colombia; refunde en ésta la provincia de Quito; triunfante en el Norte, desciende, en busca del baluarte español, al bajo Perú, y lo domina: se encuentra en el camino con San Martín, excelso capitán rioplatense que sube victorioso del Sur, y San Martín se desvanece a su contacto, como luz que en luz mayor se disipa, persigue al enemigo hasta el Perú alto, acaba con él en *Junín*, en *Ayacucho*, donde Sucre, el mariscal sin tacha, brilla a su lado como estrella acompañante.

Para que os deis cuenta de lo que todo eso significa, como empresa militar, básteos saber que Bolívar dirigió como jefe treinta y seis batallas, de las que ganó dieciocho; fue derrotado en seis, y se retiró en doce. La guerra que él sostuvo fue la más encarnizada de América; guerra a muerte, sin cuartel, llena de horrores y de martirios.

Pero si el guerrero genial y fulgurante aparece en él, no pasa otro tanto, ni mucho menos, con el pensador. Todo en él son vértigos, tinieblas, resplandores intermitentes. Mientras al golpe de su espada hace brotar la patria de la roca, Bolívar procura encauzarla hacia un porvenir que él ha soñado, pero que no ve con claridad: una gran monarquía criolla bajo el protectorado de Inglaterra; una república aristocrática; una confederación americana, especie de magno imperio, o de algo así. En todo eso pensó. Nunca creyó en la posibilidad de una república democrática. Se juzgó a sí mismo el hombre necesario. Que os baste saber, para daros cuenta de esto, que, de los veinte años que duró su vida pública, fue, durante

dieciocho jefe supremo, presidente o dictador de la compleja nación primitiva que surgía de su cabeza volcánica, y que lo aclamaba como a un dios.

Pero más que la historia, yo quiero que conozcáis el carácter, el significado de esa especie de meteoro. Bolívar no es Washington; es mucho más grande y mucho más chico que Washington; es su contraste. Veréis cómo no es tampoco Artigas, el contraste con éste es todavía mayor, si cabe. Bolívar fue una llamada en las tinieblas, agitada por el viento huracanado; Artigas, como lo veremos, fue una luz fija, fija como la mirada de unos grandes ojos desconocidos, no disfrutó jamás las delicias del triunfo en las ciudades; no tuvo ambición de rey; se ignoró a sí mismo.

Bolívar es un vástago de sangre azul; es hijo de noble; se casó en Madrid con una sobrina del marqués del Toro. Es un hombre de letras; ha estudiado, viajado por Europa, donde ha vivido en contacto con príncipes; jugó con el mismo Fernando VII, asistió en París a la coronación de Bonaparte. Ha formado parte de los núcleos revolucionarios constituidos por Miranda en Inglaterra, para envolver la independencia americana en los problemas políticos europeos y hacerla brotar de ellos, aunque fuera entregándola a la Gran Bretaña. Ha presenciado las convulsiones internas de la Europa revolucionaria; las ideas flotantes en el aire europeo resuenan en su cabeza, sin llegar a formar una armonía; la aturden algunas veces.

Pero su enérgica personalidad no es arrastrada por esas formidables influencias; se sobrepone a ellas; es original, completamente original, tiene un pensamiento propio, no aprendido, sino *aparecido en él*. Hay momentos en que Bolívar es el tipo del montonero americano, un criollo de alma y cuerpo; piensa y obra

como caudillo heroico. Hay otros en que no se distingue en él al hombre de esta tierra, ni siquiera al de tierra alguna; vive en los vapores o en el fuego, como la salamandra; sube y baja, como llama vibrátil y polteroma en forma de lagarto. Pero no por eso se ve en él al hombre europeo; es Bolívar. Es escritor, verdadero escritor, inspirado, grandilocuente, hasta crítico de su propio cantor Olmedo; y buen crítico. Es poeta, orador, habitante del país de ensueño; es estadista empírico, filósofo intermitente; sus proclamas y arengas son batallas; son poemas sus combates. Es grandioso; no lo llamo teatral, aunque lo parece, porque es sincero. La ambición de gloria, de poder, de mando militar, es el motor inmediato de aquel espléndido instrumento, formado para las triunfales sinfonías. Quería refundir en su propia persona a Washington y a Napoleón; no quería ni podía ser ninguno de los dos. En cuanto a Artigas, no lo conocía; no lo veía.

Pero en él, a la vera de las visiones que flotan aladas en el alma y la libertan, vivían rampantes las pasiones que hormiguean en la carne, el gusano brutal del espíritu. ¡Las pasiones de Bolívar! Nadie las ha sentido más altas, ni más bajas. Y las pasiones son las enemigas del carácter. Era orgulloso, impetuoso, irritable; las palabras se derramaban de su boca, como la sangre de una herida, cuando montaba en cólera; pera era rápido en deponer la ira. El movimiento, la perpetua transición, la satisfacción inmediata y rápida de sus apetitos eran su vida. El reposo en un sitio o en un afecto era para él la muerte, no se veía a sí propio con intensidad; se ausentaba de sí mismo a cada paso, ya por abstracción, ya por distracción. Amaba con los sentidos, es decir, no amaba. El incienso de la adulación y de la lisonja

cortesana, que lo envolvieron como a nadie, la garra de los deleites voluptuosos: los hombres y las mujeres, todos tenían poder sobre él, y hacían intermitente la luz de aquel genio, que pasaba de las grandes claridades a las tinieblas sin orillas. En sus épocas de pobreza y de angustia piensa en el suicidio; en las de ambición, sueña en su propia corona imperial; en las de desaliento, se vuelve a Fernando VII, y le llama el más grande y glorioso de los monarcas de la tierra, el único padre y dueño de América. Un día dice a su amigo íntimo, el inglés Sutherland, entre bromas y veras, al despedirlo: "Cuando yo me encuentre desembarazado de los españoles, y usted venga a visitarme, lo tendré a usted de rodillas para besarme las manos". Mr. Sutherland repetía a su hijo Roberto esa frase, que por algo quedó tan grabada en su memoria, como lo comprendéis. Es muy conocido el brindis que pronuncia Bolívar en el banquete que ofrece a San Martín en Guayaquil. "Por los dos hombres más grandes de la América del Sur: San Martín y yo".

La fiebre que lo agotaba, y le conservaba, al mismo tiempo, la existencia y el genio, lo mató, por fin, en la plenitud de su vida y de sus desencantos; murió a los cuarenta y siete años, después de ver destrozada, por sus propios tenientes, la soñada Unión Colombiana que él legisló; después de más de una tentativa de asesinato contra él; desalentado y devorado de pesar; "menos intrépido contra la calumnia que contra los puñales", dice don José Tomás Guido. Y de su obra quedó sólo la realidad intrínseca: los sueños se diluyeron en la aureola dorada que circunda su cabeza.

Y la realidad intrínseca de Bolívar, la permanente al través de las variaciones, era eso que dice Sar-

miento: la fe en el pueblo, en el barro; la parte que él tenía de común con ese mismo barro germinal; lo que tenía de común precisamente con Washington y con Artigas, en medio de las enormes distancias aparentes de esos tres hombres, que ocupan los tres ángulos del gran polígono histórico americano. Bolívar tuvo fe en América, aunque la tuvo mayor en sí mismo; se sentía las alas, y las juzgaba de fuerza ilimitada. No existen de esas alas en el mundo; por eso su misma fe en América sufrió congojas; el héroe no murió en aquella fe como veréis morir a Artigas, que se negó a sí propio por confesarla. Ese mismo desencanto, sin embargo, nos revela en Bolívar la existencia *del encanto*, del ideal entrevisto en medio de las tempestades.

Bolívar creyó sinceramente en la existencia orgánica del pueblo americano recién nacido; se refundió en él, se identificó con él, con sus grandezas y sus miserias. Quiso ser su cabeza. es cierto, pero cabeza articulada, irrigada por la misma sangre de todo el organismo. Después de realizada la independencia, pensó en organizar aquello, y se sintió confundido, y con razón. La república no es una semilla: es un fruto. Aquello, allá como acá, era una materia cósmica caótica. Pensó, como hemos dicho, en la monarquía, en el gobierno del hombre necesario, en senados vitalicios y aun hereditarios, en cualquier cosa que conjurara el peligro de disgregación de aquellas moléculas hirvientes; él aprobó el coronamiento de Itúrbide en Méjico, a título de que, "no pudiendo hacerse otra cosa, ello era preferible a la coronación en América de príncipes Borbones de Francia o España, o austriacos, o de otra dinastía". Así lo dice su secretario Pérez en nota oficial. Pero todo eso, y todo

lo demás que quiera atribuírsele con ese objeto, hasta su propia tiranía, había de salir del pueblo mismo, del organismo americano, cuyo definitivo desprendimiento de la metrópoli era el alma de su pensamiento o visión proféticos. "Me ruborizo al decirlo, dice en uno de sus mensajes al Congreso, la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de todos los demás; pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos." Él vio lo grosero, lo primitivo de aquel barro; pero no renunció a él, como materia prima de la obra que su genio entreveía, llegó a hablar hasta de *una nueva casta americana, formada de la fusión de todas nuestras razas*, en que se fundía su propia sangre hidalga con la del indio, con la del negro. Todo menos volver a la antigua servidumbre. "Venezuela no ha solicitado ni solicitará jamás su incorporación a la nación española, ni la mediación de potencias; no tratará jamás con España, sino de igual a igual, en paz y en guerra", dice en el Congreso de Angostura. Es el ideal que reaparece como la luna entre las nubes.

Allí se pensó en una monarquía; pero, como en los Estados Unidos, el monarca había de ser el héroe, Bolívar. Santander, uno de sus generales, escribe a éste una carta en que le dice que aceptaría la monarquía si el monarca fuese él, el Libertador. Bolívar rechaza; no se resuelve a echar mano a esa corona que pasa tentándole ante sus ojos, y que él mira con avidez. Lo vemos gestionar expresamente el establecimiento en Colombia de una monarquía inglesa; pero en todo eso se percibe su propósito de ser él, y sólo él *el Inca*. No quiere ser el instrumento de Inglaterra, sueña en hacer de ésta su instrumento contra España, y en favor de la libertad de América.

Sueños, sueños, sueños. El general Páez le propone el cetro, encargándole el secreto. Bolívar contesta con estas palabras:

“A la sombra del misterio no trabaja sino el crimen”.

Terminemos este rápido esbozo; no hay nada que más desorienta que el seguir la rotación de ese vértice central de nuestra historia; yo, cuando menos, confieso que, no pocas veces, ese hombre fosforescente me hace perder la cabeza. Hay momentos en que no se sabe si uno está viendo pasar por el cielo la sombra de un águila que viene del sol, o si es la de una mariposa enorme que revolotea en torno de una hoguera que puede ser un astro; pero de lo que no cabe duda es de que se está en presencia de una criatura inflamada de luz propia o muy cercana al foco de que procede el día. Bolívar tuvo maestros; pero no precursores; fue un espíritu autóctono, una nebulosa espiral

Y eso, la aparición en él de *un carácter nuevo*, distinto de los preexistentes, y que sólo en América pudo entonces formarse, eso, más aún que sus condiciones intelectuales o imaginativas, es lo que hace de Bolívar el glorioso exponente de la revolución americana en el Norte. Sus otras condiciones, educación, elocuencia, imaginación, teorías empíricas, genio militar, son simples accidentes, que sólo toman ser, unidos a la sustancia; ceros gloriosos que parecen nimbos triunfales, pero que son aureolas de humo sin la unidad que los preside.

VIII

La revolución americana tuvo, pues, mis amigos artistas, un héroe, allá en el Norte, lo que se llama

un héroe, es decir, un protagonista, una conciencia humana depositaria de su pensamiento integral, más o menos claro: fe en el pueblo, independencia de toda dinastía europea.

¿No existirá algo semejante en esta América subtropical? ¿No vivirá el héroe de Carlyle, el hombre de carne y hueso, no una fórmula, una abstracción, ya que, según Victor Hugo, la multitud tiene demasiados ojos para tener una mirada, y demasiadas cabezas para tener un pensamiento?

Como hemos visto, Groussac no encuentra a nadie con la visión, siquiera confusa, del edificio futuro, entre los hombres del 25 de mayo de 1810, Estrada está en el mismo caso; Sarmiento dice que tampoco lo ve allí, ni lo reconoce en ninguno de los cien generales, San Martín, Belgrano, Rondeau, Alvear, que mandaron ejércitos argentinos.

El héroe de la revolución de Mayo existía, sin embargo, mis amigos artistas; existía felizmente. Y por eso, porque también aquí tuvo la sociedad energías bastantes para formarlo de su propia sustancia, por eso triunfó el pueblo, a despecho y pesar de todos los hombres de poca fe, y de las multitudes incapaces de pensar. Nosotros lo vamos a encontrar, lo vamos a reconocer entre mil, sin que pueda confundirsele con hombre alguno.

Pero demos a cada cual lo suyo. Fue ese extravagante de Sarmiento quien, antes que nosotros, y pese a las tinieblas de sus preocupaciones, entrevió la realidad y pronunció su nombre, cuando nadie lo pronunciaba; es él quien, al hablar de Bolívar lo que hemos leído, nos dice en su *Facundo*, el año 1840: "*Si los españoles hubieran penetrado en la República*

Argentina el año XII, acaso nuestro Bolívar hubiera sido Artigas, si este caudillo hubiera sido, como aquél, tan pródigamente dotado por la naturaleza y la educación”.

¡Nuestro Bolívar hubiera sido Artigas! ¡Oh profeta Balaam!

¿Por qué Artigas, y no alguno de los otros bravos caudillos de esta tierra, ingenuo Sarmiento, siendo así que los hubo tan heroicos? ¿Por qué no San Martín o Pueyrredón o Güemes?

¿Y qué tenía de común el caudillo oriental con el venezolano (ya que algo de común, y muy esencial, había de tener para ser su equivalente), no siendo, como no lo eran, ni los estudios en Europa, ni la naturaleza, ni la educación, ni el aparato exterior?

Eso es lo que no podía percibir Sarmiento con claridad, y lo que ha ignorado la historia rioplatense, y aun americana, hasta ayer no más; y es eso lo que voy a haceros ver yo, mis amigos artistas: lo que hay de común entre Artigas y los pocos videntes de las cosas futuras; lo que hay en él de idéntico con el genio, que, en la región de los iguales, aparece con su visión, y que, como el Proteo poliforme de la fábula, se viste con la túnica de Moisés, o con la armadura de Juana de Arco; se envuelve en la clámide de César, o en el capuchón de Dante; se pone el uniforme de Washington, o la chaquetilla de capitán de blandengues de este caudillo americano.

Y eso es lo que debemos convertir en bronce sonoro, amigos míos.

¡Acaso nuestro Bolívar hubiera sido Artigas!

¡Oh viejo Sarmiento, hombre de bien! ¿Mirabas por el ojo de la cerradura?

Sí, era eso lo que estaba allí dentro Artigas fue el Bolívar del Sur. como éste, con ser la antítesis de Washington, fue el Washington del Norte, porque era el solo *caudillo*, es decir, el solo núcleo de cohesión orgánica, el principio sustancial, inmanente, de vida propia, en estos pueblos. Era un Bolívar menos ígneo o fulgurante que el otro, como que nació en una tierra fría y sin volcanes; menos tentado de exóticas apariciones, como que, encerrado en su pobre tierra americana, no aprendió doctrinas enciclopédicas, no se creyó todo en su patria, como Bolívar lo creyó de sí mismo y Sarmiento de Bolívar, no se codeó con príncipes, ni conoció grandezas señoriales, ni pudo pensar en emular a Bonaparte, ni a ningún César coronado, menos poeta, menos elocuente, como que su visión era silenciosa, de ojos de sibila, inaccesible al carnal deleite. Pero fue más autóctono, incomparablemente más autóctono que Bolívar, más creyente en el pueblo americano, más carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, más atento y obediente a la voz de su dios interior, y tan distinto como aquél, en el carácter, de todo lo preexistente Artigas es el equilibrio, la ponderación, la plenitud. Él es el grande. Y es más difícil ser grande que sublime

Por él, y sólo por él, mis amigos, podemos afirmar que la revolución en el Río de la Plata tuvo un pensamiento, y fue, desde su origen, una verdadera revolución, mucho más republicana que la del Orinoco. Él es, pues, el hombre del 25 de mayo de 1810, si establecemos esa cifra como el primer día de la patria que hoy existe en este mundo austral americano.

IX

Porque eso es lo que debemos dejar establecido, y con mucha precisión, una vez por todas, en nuestra conversación de hoy, amigos míos: si el rey que se aclamaba en la plaza de Buenos Aires el 25 de Mayo con el nombre de Fernando VII, era realmente el Fernando VII de carne y hueso, ludibrio a la sazón de Bonaparte, o era el nuevo rey, el pueblo americano; si el movimiento de 1810 era una simple evolución política, es decir, la aparición de una fuerza progresiva que, combinada con la conservadora existente, dará una resultante análoga intermedia, o si era, como hoy se proclama a grito herido, y se canta en los himnos patrios, el levantarse de "una nueva y gloriosa nación"; si se trata, en una palabra, de la reforma del coloniaje, o de su abolición; si el camino que había de emprenderse, por consiguiente, era el de la línea curva, suave y armoniosa, cuya dirección está indicada en cada instante por la del momento que la precede, o el de la línea recta, rígida y dura, brutal si queréis, que no cambia de rumbo sin estallar y romperse.

Hoy parece todo eso muy sencillo, para quien sólo conociera la historia por los cantos y los mármoles, sería una verdad inconcusa que todos y cada uno de los próceres de Mayo creyeron lo segundo, y no pudieron creer otra cosa.

Pero eso, como la existencia de América, era el secreto manifiesto revelado al genio, mis amigos; eso fue sentido por Artigas; sólo él lo creyó, cuando menos, con la obstinación del poseído de un dios. Él fue el *bárbaro*, en el sentido clásico de la palabra *extraneus*, el distinto de los demás, el *extraño*.

Son muy fáciles de distinguir las tres entidades clásicas en la gestación de nuestra vida: la del que quiere *la continuación del dominio europeo*; la del que aspira *al condominio o participación del pueblo americano*; la del que proclama, por fin, la caducidad de aquél y *el pleno dominio* de éste sobre sí mismo.

Los patricios de la revolución de Mayo, sometidos a las leyes biológicas que antes hemos estudiado, fueron grandes y gloriosos; pero eran *el hombre viejo*; no podían abrigar aquella fe de los ingenuos, transportadora de montaña; no la abrigaron.

Se estudian esos varones ilustres, uno a uno, Belgrano, Moreno, Pueyrredón, Castelli, Rivadavia, García, para encontrar al hombre de suprema sinceridad, o, lo que es lo mismo, de convicción clara y propósito fijo, y yo os aseguro, mis amigos, que tienen razón Estrada y Sarmiento y Groussac y todos los que dicen que no se le encuentra en la plaza de Buenos Aires. Se busca entonces al hombre de ciencia eminente, que pueda suplir, con una convicción muy arraigada, la falta de inspiración creadora, y tampoco se da con él, allí no había un sabio.

Si alguno de entre ellos pudiera reclamar la primacía, ése no sería otro, me parece, que el joven secretario de la Junta de Mayo, don Mariano Moreno, al que se designa generalmente con el predicado de *Numen de la Revolución*. Él era, no hay que dudarlo, el *alma mater*, el maestro de aquella Junta, que lo reconocía "*como el solo capaz, por sus vastos conocimientos y talentos*", de trazarle su rumbo.

Bueno será que conozcamos, siquiera sea someramente, a ese joven héroe; hoy podemos penetrar hasta el fondo de su pensamiento, a la luz de sus escritos

que poseemos, y darnos cuenta del lugar que ocupaba en las tres categorías de que antes hablamos.

Moreno fue el fundador y director de *La Gaceta de Buenos Aires*, órgano de la revolución; el redactor de los manifiestos, decretos y comunicaciones de entonces; el encargado por la Junta de la redacción de un *Plan de las Operaciones que el Gobierno Provisional debe poner en práctica para consolidar la Grande Obra de nuestra libertad e independencia*. Se lee todo eso, y mucho más, y uno se convence de que, si bien el joven revolucionario era una altiva figura, descollante en su medio, no era el hombre nuevo de América, ni tampoco un estadista de gran preparación científica. Abogado formado en la Universidad colonial de Chuquisaca, ejercía Moreno su profesión en Buenos Aires; poco antes de estallar la revolución, había defendido, en una exposición memorable, las buenas doctrinas sobre libertad de comercio de las colonias, por más que su visible tendencia a mantener el monopolio de Buenos Aires, le hace incurrir en los mismos errores que combate en la metrópoli. No era, sin embargo, un economista; sus conocimientos eran mucho menos vastos, menos profundos sobre todo, de lo que juzgaban sus compañeros; sus ideas económicas rudimentarias, frágiles y vacilantes. No lo eran menos las políticas: casi no tenía noticia exacta de la revolución inglesa, ni de la angloamericana; le era desconocida la constitución de los Estados Unidos, que había de ser el modelo de la de su patria. Había estudiado alguno de los enciclopedistas franceses; su oráculo era Rousseau; pero si bien Moreno sintió que los principios en que se había formado se conmovían al nocivo influjo del filósofo ginebrino, no se dejó dominar por él en abso-

luto; quiso conciliar lo inconciliable; divulgó el *Contrato Social*, pero suprimiendo el capítulo en que se atacan las doctrinas religiosas, que el prócer profesaba, y conservó incólumes. El año 1810 lo encontró en ese momento de crisis: nada estaba maduro en él.

Leamos algunos párrafos, siquiera, del interesante estudio de Paul Groussac, apologista de Moreno, sobre la preparación científica de éste. Me parece que Groussac acierta en su semblanza.

“Mariano Moreno, dice, estaba imbuido en *algunos* escritores del siglo XVIII, especialmente filósofos y enciclopedistas; a éstos los sabía de memoria, puede decirse, entretanto que parece ignorar a los demás, y, entre ellos, al más grande e ilustre de todos... *El Espíritu de las Leyes*, la magna obra política del siglo, la sola que contuviera algo más que peligrosas utopías, hipótesis inverificables o apasionadas declamaciones, no se encuentra citada en los escritos de Moreno, ni parece que le pida nada, a no ser lo que se le alcanzaría por el reflejo de Filangieri.

“Este brillante y especioso napolitano, discípulo de Montesquieu, y sublevado algo ridículamente contra su maestro, sí que ejerció, junto con Jovellanos, una marcada influencia sobre Moreno.

“Pero éste muy pronto... deja correr su verbo torrentoso, que arrastra en su carrera, mezclados con ideas y frases propias, detritus y astillas innumerables de Mably, Volney, Rousseau; sobre todo de Raynal, el fogoso y desmelenado historiador del *Comercio europeo en ambas Indias* . .

“Villemain ha señalado esta preponderancia y presencia visible del *Contrato Social* en los debates de la América Latina, siendo así que casi nunca se le cita en las asambleas de los Estados Unidos.

“Para Moreno no existe nada entre la Asamblea Nacional y el Imperio: las leyes, las constituciones, los *Derechos del hombre*, las arengas de los Girondinos y Jacobinos, son letra muerta para el revolucionario argentino. ¡Ninguna experiencia ni enseñanza pueden extraerse de los triunfos y catástrofes, de las conquistas y excesos de la Convención! El caso es tan extraordinario, que señalo este nuevo punto de vista a los historiadores futuros. Sin reparar para nada en que, de las tempestades y cataclismos contemporáneos, ha surgido a la historia un mundo nuevo, como una Atlántida del seno del océano, el pensador colonial continua extractando de Rousseau y Mably sus abundantes referencias a las constituciones de Esparta y Atenas, y suministrando copiosos ejemplos de Minos y Licurgo a los diputados de Santiago, Jujuy, Tarija y demás provincias, que ya se ponen en camino para derrocarlo”.

Creo que con esto tenemos bastante para comprender que el Numen, el verdadero Numen de la revolución de Mayo, no había aparecido en Mariano Moreno, sin por eso negar que había algo en aquella noble cabeza de treinta años, y mucho en aquel igneo corazón atormentado.

Su pensamiento integral, en cuanto al fin de la revolución americana y a los medios que debían emplearse para su triunfo, está consignado en ese *Plan de Operaciones*, que os he dicho le fue encargado por la Junta. Este largo documento era desconocido hasta hace muy poco; su aparición produjo un estupor parecido al pánico; los principios en él adoptados, el despotismo sobre todo, son contrarios a la revolución de Mayo; los medios, proclamación engañosa de Fernando VII, crueldad, terror, exterminio,

doblez, traiciones, son contrarios a la naturaleza. Hasta se aconseja allí la cesión de la isla de Martín García a Inglaterra, en cambio de su protección; hasta se proyecta la conquista del Brasil . . Ilusiones o atrocidades.

Groussac ha hecho inteligentes esfuerzos por demostrar que ese estupendo documento es apócrifo. No vacilo en afirmar, tras detenido estudio, que Groussac tiene razón: ese documento no es de Moreno; ha sido escrito con posterioridad a su fecha, y por un detractor de la revolución de Mayo. Pero este ignorado autor ha impreso tal verosimilitud a su obra, que el Ateneo de Buenos Aires, que es quien la ha divulgado últimamente, lo ha hecho creyéndola perfectamente auténtica. Si se estudian, efectivamente, los actos y decretos de la Junta de Mayo, inspirada por Moreno, se concluye en que, si bien esos actos no se ajustaron al documento apócrifo, éste se ajusta de tal manera a aquellos actos, que sólo una mirada muy experta puede percibir el engaño. Veremos cómo se recurrió al terror, y a muchos otros de los medios que ese documento dice aconsejados por Moreno; en cuanto a la proclamación, sincera o engañosa, del rey, la Junta decía, en un manifiesto de agosto de 1810, redactado por su ilustre secretario, que "la capital había jurado solemnemente fidelidad a su amado monarca Fernando VII y la guarda constante de sus derechos; y desafiaba al mundo entero a que descubriera en su conducta un sólo acto capaz de comprometer la pureza de su fidelidad". La biografía de Moreno, escrita por su hermano Manuel, confirma también ese concepto.

No quiero hablaros demasiado, mis amigos, de ese *Plan de Operaciones*; ni siquiera os aconsejo que lo

léais... por si es realmente apócrifo. Fijémonos, sin embargo, en la contestación que en él da Moreno, o quienquiera que sea, cuando se le consulta sobre los medios de incorporar la Banda Oriental a la revolución, sometiendo su capital, Montevideo, que, como lo veréis, fue necesario arrebatar por la fuerza al dominio extranjero. "Sería muy del caso, contesta, atraerse a dos sujetos, por cualquier interés y promesas, así por sus conocimientos, que nos consta son muy extensos en la campaña, como *por sus talentos, opinión, concepto y respeto*: son el capitán de dragones, don José Rondeau, y el capitán de blandengues, don José Artigas, quienes, puesta la campaña en este tono, y *concediéndoles facultades amplias, concesiones, gracias y prerrogativas*, harían en poco tiempo progresos tan rápidos, que antes de seis meses podría tratarse de formalizar el sitio de la plaza".

Esa visión atribuida a Moreno sobre Artigas nos daría mucho que pensar, amigos míos, mucho, sin duda alguna, y mucho que hablar. Moreno fue el hombre, de la revolución argentina, que hubiera podido, acaso, comprender y aun secundar a Artigas; él fue quien más participó de su visión democrática, aunque sólo la percibía al través de exóticos preconceptos que la deasfiguraban. Pero si no hemos de perder el sentido de la proporción en nuestras conferencias, es menester que nos limitemos a lo dicho sobre este punto.

El doctor Moreno fue un relámpago; brilló y se apagó en el océano. A fines de 1810 se vio extrañado de su patria, y murió en el viaje; hay quien dice que envenenado.

Que tanta agua era necesaria para apagar tanto fuego, dijo Saavedra, al saber la muerte del luminoso joven en el mar.

¿Quién puede ofrecerse a nuestro examen como su sustituto en Buenos Aires? ¿Quién como *el hombre* representativo, que queda allí, del pensamiento de Mayo, y que, por su sinceridad, tenga *derecho*, lo que se llama *derecho*, a ser creído y obedecido por los demás hombres?

Allí estaba don Manuel J. García, persona de talento y de vasta ilustración, pero de éste no hay que hablar, por ahora; él será el agente de restauración monárquica más apasionado del Plata, no hay en él, ni remotamente, una persona. ¿Hablabamos de don Bernardo de Monteagudo, el Marat de la revolución americana, que termina también renegando del principio republicano, o del amable Belgrano, que conoceremos más adelante, o del doctor Agrelo, grandilocuente orador? No; no es posible vacilar: el gran personaje que descuella en Buenos Aires, aun sobre Belgrano, es don Bernardino Rivadavia. Éste sí que era un hombre de Estado; sus ideas eran firmes y maduras. Tócanos averiguar cuáles eran esas ideas sobre la revolución de Mayo.

A juzgar por sus primeros actos, se hubiera dicho que este Rivadavia era realmente el hombre de la nueva fe, el *bárbaro*, el *numen*, ya que en ese orden de simbólico lenguaje hemos entrado. Entre otros gestos expresivos, podemos observar uno, que lo es mucho, de este rígido personaje.

Asistía a un banquete que, a fines de 1812, se ofrecía a San Martín, llegado recientemente de Europa, y que era coronel de los granaderos a caballo. San

Martín brindó por el establecimiento de una monarquía en el Plata. En mala hora lo hizo. Rivadavia se alzó como una furia; estaba poseído de tal indignación, al parecer republicana, que amenazó a San Martín con una botella. Y se la hubiera arrojado a la cabeza, dice el testigo ocular que el incidente nos narra, sin la interposición del brazo de Alvear, joven recién llegado también.

Convengamos en que fue muy oportuna y feliz la interposición del teniente Alvear. Y lo fue, mis amigos, no sólo porque salvó la cabeza de San Martín, preciosa cabeza por cierto, del aleve golpe del fiero Rivadavia, sino porque éste no iba a tardar mucho tiempo en ser más realista que San Martín, y que Alvear, y que todos los demás miembros de la Junta de Mayo, pues iba a serlo más que el mismo Fernando VII.

Debo adelantaros aquí, por muy conveniente a la formación de vuestro criterio, el conocimiento de la opinión de este Rivadavia sobre la revolución de Mayo. Está consignada en la exposición que él, en compañía del no menos insigne don Manuel Belgrano, presenta al rey destronado don Carlos IV, padre de Fernando VII, en 16 de mayo de 1815. Rivadavia y Belgrano, como Diputados y Plenipotenciarios del Gobierno de las Provincias Unidas del Plata, van a pedir a Carlos IV, al infeliz Carlos IV, "que ceda en favor de su hijo, don Francisco de Paula (otra inocua persona), el dominio y señorío natural de aquellos pueblos, constituyéndole rey".

Es muy original el fundamento de esa actitud, y es eso lo que yo quiero haceros notar especialmente. Según esos plenipotenciarios, la revolución del 25 de mayo, si bien aclamó y seguía aclamando y jurando

a Fernando VII, en todo pensaba, menos en sostener los derechos de éste, por la sencilla razón de que Fernando no los tenía, ni por pienso. Quien los tenía, según Rivadavia en 1815, era Carlos IV. Éste era el rey legítimo de América, pues su derrocamiento por Fernando VII había sido una verdadera iniquidad, que sólo apoyaban los españoles residentes en América, pero no los americanos. Estos habían permanecido y permanecían fieles, como debían, a su amado rey don Carlos IV, a quien Dios guarde.

Rivadavia y Belgrano establecen, entonces, en nombre de América, los tres principios siguientes "1º A aquellos pueblos no es adaptable otro gobierno que el monárquico. 2º Ningún príncipe extranjero prometía la seguridad y las ventajas de uno de la familia de Vuestra Majestad. 3º En caso de no poderse conseguir ésta, que se ha tenido siempre por la mayor ventaja, debía preferirse la integridad de la monarquía".

No entraré, mis amigos, en las intenciones o reservas mentales de esos hombres, cuando tales cosas hacían y decían; mucho menos a condenarlos porque así pensaban; pero yo os aseguro que si, en aquel tiempo, no hubiera habido algo más que eso que vemos en Buenos Aires; si no hubiera existido el pueblo argentino, oriental y occidental, y, sobre todo, el órgano inteligente de esa nueva persona internacional, el hombre plenamente sincero en obras y palabras, y con *derecho*, lo que se llama *derecho*, a ser obedecido, ya que sólo la verdad lo tiene, poco o nada hubiera sido la revolución de Mayo

Aquellos ilustres próceres ganaron la gloria de despertar al pueblo; ello basta para que los llamemos grandes. Pero lo despertaron en la prudente espe-

ranza de llevarlo más o menos lejos, según las circunstancias. No bien se dieron cuenta de que lo que habían iniciado era una colosal revolución, no supieron qué hacer con ella, y quisieron volver atrás; cuando advirtieron que lo que habían concitado contra el león hispánico era un cachorro de león, que sentía en las entrañas el salto fisiológico de la pubertad y el estallar de sensaciones ignotas, no se sintieron de su especie; comprendieron que, lejos de arrastrarlo, tenían que ser arrastrados por él; pensaron en prevenirse contra sus zarpazos, en domesticarlo cuando menos... y hasta en matarlo, en último caso.

No era posible, *Alea jacta est*.

No se vencen los leones sino con leones. Y no se les acaudilla sin serlo.

No es exacto, felizmente, que ese león caudillo no hubiera nacido en nuestro Río de la Plata, aunque no se le haya visto en la plaza de Buenos Aires: él estaba entre nosotros, os aseguro que estaba entre nosotros, y que voy a hacéroslo reconocer, a poco que tengáis ojos para mirar y oídos para oír.

CONFERENCIA VI

LA FECHA INICIAL

La revolución de Mayo en Montevideo — El Cabildo abierto de 21 de setiembre de 1808 — El enviado de Buenos Aires ante el Cabildo de Montevideo en 1810 — Las expediciones auxiliares. — Al Alto Perú. — Al Paraguay — A la Banda Oriental. — Sui-pacha. — Don Gaspar Rodríguez de Francia — La revolución de Mayo en la Asunción — El doctor Francia en su guarida — Independencia del Paraguay — El despertar de la Banda Oriental. — El pueblo matinal

I

Amigos artistas:

El 25 de mayo de 1810 ha sido consagrado, y no sin verdadera causa, como la cifra inicial de independencia en nuestra América austral. El sol de nuestra bandera es el de ese día, el de Mayo, el mismo que alumbra a la argentina.

Bien es verdad que no ha faltado quien quiera reivindicar, para Montevideo, la gloria de haber proclamado, antes que nadie, no sólo en el Plata, sino en América, en 1808, la fórmula de independencia; pero creo que es ése un detalle de significado más sociológico que político.

No falta razón, sin embargo, para fundar esa acción reivindicatoria, que, cuando menos, serviría para confirmar lo que dijimos antes, sobre la importancia de Montevideo como *centro urbano*.

El movimiento del 25 de mayo de 1810, en Buenos Aires, fue precedido, efectivamente, de uno muy análogo que tuvo lugar dos años antes, el 21 de setiembre de 1808, en Montevideo, donde se ve reaparecer el espíritu que, en 1806, animó a Ruiz de Huidobro para iniciar la reconquista de Buenos Aires contra los ingleses. Gobernaba entonces en la capital, como virrey, don Santiago Liniers, el mismo Liniers a quien Montevideo había confiado su expedición reconquistadora, y al que vamos a ver fusilado, en defensa de su rey, por la expedición que los hombres de Mayo enviarán al Alto Perú. Mandaba en Montevideo, como gobernador, el general don Francisco Javier de Elío, noble y empecinada persona, designado por el rey Carlos IV, en 16 de julio de ese año 1808, para recibir la plaza de los ingleses desalojados del Plata. Acaecida la invasión de Napoleón en España, Elío cree que Liniers, por su origen francés, no ofrece garantías a la defensa de la patria española contra Bonaparte, y mucho más después de sus relaciones con un señor Sassenay, enviado por Napoleón al Río de la Plata; le pide, en nota oficial, que renuncie el mando, se resiste a secundar sus órdenes, como se había resistido Ruiz de Huidobro a secundar las de Sobremonte en 1806. Liniers decreta entonces la separación de Elío, enviándole como sustituto a un capitán de navío de la real armada, Michelena, "que tenía fama de valentón y aire de matamoros", con orden de reducirlo a prisión. Elío, en plena rebelión contra el virrey, rechaza a Michelena, "después de haber enarbolado el uno una pistola, y recurrido el otro a los puños, en la primera entrevista".

Y hete aquí que el pueblo de Montevideo, unido a los jefes militares, se levanta amotinado; rodea, soc-

tiene y aclama a Elío; se reúne en tumultuoso plebiscito; celebra el clamoroso *Cabildo abierto de 21 de setiembre*, formado de cincuenta y cuatro miembros, entre los cuales hay veinte delegados directos del pueblo; expulsa a Michelena; proclama a Fernando VII, y, rompiendo sus vínculos con Buenos Aires, y aun con el gobierno de la metrópoli, se separa del virreinato, y forma una *Junta de Gobierno independiente, para custodiar los derechos del rey prisionero*. Todo se hizo, según las actas capitulares, "por ser ese el voto del pueblo".

Los detalles que esas actas nos ofrecen son preciosos, para apreciar aquel suceso y vivir en aquel ambiente; para darnos cuenta, sobre todo, de lo que esa ciudad de Montevideo, cuna de Artigas, representa en la emancipación de América. Michelena llegó a Montevideo el 17 de setiembre con sus credenciales, que presentó al *Cabildo Justicia y Regimiento* de la ciudad; éste lo reconoció en su carácter de gobernador reemplazante de Elío, por acuerdo unánime, que firmó en su presencia en la noche del día 20. Pero he aquí que, no bien ha terminado el acto, se oye en las puertas y ventanas de la "casa de la ciudad" una de gritos infernales, y golpes y amenazas, que suspende a todo el mundo. Algunos capitulares se asoman a las ventanas. Es el pueblo de Montevideo, el *populacho*, que, informado de la resolución que acaba de adoptarse, viene a ponerle su veto. Las voces se oyen claramente: ¡Viva Elío! ¡Viva Fernando VII! ¡Abajo Liniers! ¡Cabildo abierto! ¡Cabildo abierto!

Es la escena que tendrá lugar dos años después, el 25 de mayo de 1810, en Buenos Aires: el despertar del *populacho*.

Se hace advertir a Michelena lo que pasa afuera. Era un inmenso pueblo, dice el libro capitular, que se difundía por la plaza Mayor. El equivalente, pues, del que, *en pequeño número*, apareció en Buenos Aires. No había más remedio que suspender el acto; darlo por no consumado; aplazar para el día siguiente la resolución. Y al día siguiente, *21 de setiembre*, se repite la misma escena: el pueblo afuera "con grande algazara y otras demostraciones", dice el acta; los municipales adentro; crujen las puertas y ventanas; las voces, claras y distintas, penetran por ellas; el pueblo, dice el libro, repite los clamores de la noche anterior, e insiste en sus pretensiones. Y, para no excitar más al pueblo exaltado, agrega, los señores capitulares adoptaron el temperamento de permitir que eligiese de su albedrío un determinado número de sujetos que explicase sin confusión sus instancias. Fueron designados veinte ciudadanos, cuyos nombres son los más ilustres de nuestra historia. Elío, que se encontraba en la sesión, quiso entonces retirarse pero no se le permitió, "porque su presencia no obstaba a que cada uno expresase lo que concibiese ser la voluntad expresa o tácita del soberano". Algunos cabildantes se asoman personalmente a las puertas, y piden al pueblo que las despeje, que guarde moderación, que espere tranquilo.

Y se resolvió: "Que la orden del virrey *debía obedecerse, pero no cumplirse*"; que era el caso de recurrir, contra su resolución, a la Audiencia territorial, y aun a la Junta de Sevilla; que Elío había de quedar mientras tanto como el legítimo gobernador de Montevideo, *por ser ese el voto del pueblo*, a cuya instancia se habían todos congregado; y que, por fin, la Junta que allí se formó y organizó, a ejem-

plo de las formadas en España, debía subsistir como la particular de aquel pueblo".

La muchedumbre que aguardaba en la plaza, al ser notificada de esa resolución, estalló en clamores de entusiasmo, que se repetían cada vez que se incorporaba a ella, saliendo de la "casa de la ciudad", cualquiera de los que habían sido intérpretes de su veto: Magariños, el guardián del convento de San Francisco, fray Carvalho, Salvañach, Pereira, Vilardebó, Chopitea, Murguiondo, Diago, Illa; Pérez Castellano, sobre todo, autor de la fórmula adoptada.

Eso fue el *Cabildo abierto de 21 de setiembre de 1808*. La primera Junta de origen popular nacida en la América española quedó constituida allí. No sin causa, pues, se conmemora en nuestra República Oriental del Uruguay, como cifra gloriosa, ese 21 de setiembre de 1808

Liniers hizo responsable a Elío "de las fatales consecuencias que pueden venir a estas provincias del escandaloso y abusivo medio adoptado en el Cabildo abierto"; pero hubo de someterse al hecho; el pueblo de Montevideo había procedido con la misma espontánea energía y con la misma independencia del virrey, con que muy poco antes, de acuerdo entonces con Liniers, había iniciado la reconquista de Buenos Aires contra el inglés

Esto es muy análogo, casi idéntico, como lo véis, a lo realizado el 25 de Mayo de 1810 en Buenos Aires, salvo la representación directa del pueblo, que en la Junta de Mayo no existió; el derecho del pueblo a organizarse sin intervención de la metrópoli, y la autonomía regional, basada en la igualdad de los pueblos, quedaron allí consagrados. El presbítero oriental doctor Pérez Castellano, miembro de la Junta de

Gobierno de Montevideo, decía entonces a su obispo, el de Buenos Aires, que lo censuraba por su participación en ella: "Los españoles americanos somos hermanos de los españoles de Europa... Los de allá, viéndose privados de nuestro muy amado rey, han tenido facultades para proveer a su seguridad común, creando Juntas, y creándolas casi al mismo tiempo, y como por inspiración divina. Lo mismo podemos hacer, sin duda, nosotros, pues somos igualmente libres..."

"Si se tiene a mal que Montevideo haya sido la primera ciudad de América que manifestase el noble y enérgico sentimiento de igualarse con las ciudades de su madre patria... la obligaron a ello circunstancias notorias. También fue la primera ciudad que despertó el valor dormido de los americanos."

Esa es la fórmula, como lo veis, de la revolución de Mayo. Pérez Castellano fue su autor, sin que por eso podamos atribuirle una visión más clara del porvenir que la que atribuimos a los hombres de Buenos Aires, a quienes el ilustre presbítero oriental miró siempre con malos ojos.

Mitre, López, Florencio Varela, el deán Funes, historiadores argentinos, son los que han adjudicado a ese suceso carácter fundamental. "La Junta de Montevideo, dice Mitre, es un punto hacia el cual convergen las líneas de la historia, y de que parten todos los que de él se han ocupado, sea que lo hayan interpretado del punto de vista jurídico, o de sus relaciones con el desenvolvimiento futuro de la revolución, que él contenía en germen, y que debía producir la descomposición del gobierno colonial, como acertadamente lo establece el señor López, al asignarle su

importancia causal en el momento preciso en que se produjo”.

“La creación de la Junta de Montevideo en 1808, agrega Mitre, a imitación de las que se habían formado en España... fue la primera repercusión de la revolución de la metrópoli sobre su colonia, que sugirió la teoría y dio el tipo de la revolución que debía producirse más tarde.

“Instrumentos de intereses extraños, movido promiscuamente por pasiones propias y ajenas, Montevideo, sin embargo, fue el primer teatro en que se exhibieron, en el Río de la Plata, las dos grandes escenas democráticas que constituyen el drama revolucionario: el Cabildo abierto, y la constitución de una Junta de propio gobierno nombrada popularmente.

“Este suceso tuvo gran repercusión en América, y su alcance no se ocultó a la observación de los espíritus perspicaces, que presentían la revolución y la independencia.

“La Junta del 25 de Mayo de 1810, sería, con otros elementos y tendencias, la repetición de la de 1808 en Montevideo, y la abortada en Buenos Aires en 1809...”

En nuestra conferencia anterior os hice conocer la exposición de Belgrano y Rivadavia a Carlos IV. En ella, esos diputados y plenipotenciarios del Gobierno de las Provincias del Plata, denuncian al gobernador Elío, de que ahora hablamos, como el verdadero y único revolucionario contra la metrópoli; es él, según aquéllos, quien, con los españoles residentes en el Plata, ha conspirado contra el único legítimo soberano y rey de la monarquía española, que no es otro, según los plenipotenciarios, sino don Carlos IV,

que Dios guarde, es Elío quien ha apoyado a Fernando VII, contra la lealtad del pueblo americano hacia su rey Recordando entonces Belgrano y Rivadavia el momento en que Elío se rebela contra Liniers y tiene lugar el Cabildo abierto de Montevideo, de que estamos hablando, dicen lo siguiente: "Pero don Javier Elío se separó entonces de la obediencia de todas las autoridades de la capital, y formó un Gobierno independiente, en una Junta que fue la primera de toda la América".

En esas razones, pues, muy dignas de consideración, por cierto, y en muchas otras que huelgan aquí, se apoyan los que reclaman, para Montevideo, el título de cuna de la revolución en la América austral. Pero yo atribuyo a todo eso, con ser tan importante, una secundaria importancia: recordemos que también se ha reclamado para los normandos, para los irlandeses, y hasta para los chinos, la gloria del descubrimiento de América.

No; el que descubrió la América no era tal chino ni normando, fue Cristóbal Colón, el genovés que todos conocemos Y fue Buenos Aires, la gran ciudad rioplatense, capital del antiguo virreinato, fue su valeroso pueblo, su *populacho*, como dice Estrada, quien pudo marcar, y marcó con eficacia, el 25 de Mayo de 1810, la hora prima de nuestra vida independiente. Allí estaba el virrey, y sólo allí tenía que ser depuesto, como lo fue. Aun suponiendo que Montevideo hubiese llegado hasta destituir a su gobernador español, lo que no sucedió ni se pretendió, ese acto no hubiera tenido la trascendencia de la destitución del virrey en Buenos Aires. ¿Quién puede dudarlo? Nada importan las intenciones o sospechas sobre el porvenir que los instigadores de esos plebiscitos pudieron abri-

gar; las de los principales de Montevideo en 1808 no eran más claras, por cierto, que las de los de Buenos Aires en 1810. Artigas estaba en la sombra todavía. Ese nuestro doctor Joseph Pérez Castellano, por ejemplo, autor de la fórmula célebre, era un sabio y virtuoso ciudadano, que no sin causa glorificamos; pero no podemos hacerlo porque tuviese una visión más precisa que la de Rivadavia o Belgrano, por ejemplo, sobre el espíritu de la revolución que provocaban. Pérez Castellano fue tan sincero como Rivadavia; cuando, en sustitución de los héroes anónimos, aparezca Artigas, el héroe personal, con su visión profética, el sabio doctor oriental, anciano de setenta años, no podrá ya comprenderlo ni recibir su revelación; mirará de reojo sus alanzas con Buenos Aires, porque sólo verá en éstas una defección de la buena causa, de la oriental española; creará ver por eso en el gran caudillo, y así lo dice en algunos de sus escritos, el *Don Julián Oriental*, que, por odio al rey, al don Rodrigo moderno, da entrada en nuestra tierra a los moros. Los moros son, para él, los hombres de Buenos Aires, "violadores, dice, del juramento más solemne que jamás se le hizo a Dios en favor de su rey".

Si debemos, pues, atribuir al Cabildo abierto de Montevideo su importancia sociológica, no cabe equipararlo, en sus consecuencias políticas, con el plebiscito de Mayo que, en la capital del virreinato, da en tierra con el virrey.

Aquel golpe audaz fue decisivo desde el primer momento; fue el disparo certero que rompe el ala izquierda, la del corazón, al pájaro de osamenta férrea. Toda la lucha que seguirá a ese golpe tendrá por objeto la ya imposible reconquista de Buenos Aires por

parte de España; su conservación por parte de América, *de toda América*. Allí debía, por lo tanto, radicarse el pensamiento de la revolución general; esa ciudad era el depósito de los recursos, el centro de operaciones, por otra parte, y de allí debían distribuirse los elementos de acción, de que eran dueños todos los pueblos platenses.

Buenos Aires tuvo la gloria de ser el heraldo o mensajero de la Diosa Libertad; pero, por eso mismo, desde ese momento, dejó de pertenecerse a sí propio, para pertenecer a la divinidad, cuyo era el mensaje que aceptaba. Era preciso que no volviese allí el virrey, y mucho menos el rey; pensar en restaurarlo, era delito de lesa América. Buenos Aires mismo no podía hacerlo ya. El propósito de ratificar, de perpetuar lo hecho en su plaza pública, el 25 de Mayo de 1810, es el alma de la guerra de independencia que allí se inicia; si así no fuera, esa consagrada fecha sería una mentira. No lo es, felizmente. De una parte, estará el pueblo americano; de la otra, todos cuantos pretendan volver un paso atrás de la deposición del virrey de España en Buenos Aires. Eso es lo que se llama la revolución de Mayo.

Desgraciadamente, la idea contraria anidó en los hombres dirigentes, ya que no en el pueblo, de la ciudad iniciadora.

No era Buenos Aires, según aquellos hombres, quien debía pertenecer a los pueblos que la defendían; eran los pueblos quienes debían pertenecer a Buenos Aires. He aquí el grande y funesto error, que hizo imposible la unidad política de la nación hispánica independiente en el Plata.

La idea de que esa capital continuaba siendo la sede nata de toda soberanía y autoridad, por el solo

hecho de haberlo sido como sede colonial, y por voluntad del Rey Nuestro Señor; el concepto de que todo debía someterse al arbitrio y dirección, no ya del pueblo rioplatense, sino de los hombres que en Buenos Aires ocuparan el poder, y dispusieran, pública o secretamente, secretamente sobre todo, de los destinos del pueblo americano, se hizo carne en los hombres de Mayo.

“Tu miedo aumenta el número de mis enemigos”, dice Macbeth. Esa idea aumentaba el número de los enemigos de América, y con ellos morirá.

Pero no por eso el 25 de mayo de 1810 deja de ser la cifra inicial de la gran revolución, ni la ciudad de Buenos Aires su capital gloriosa, *nuestra* capital gloriosa, si así lo queréis.

II

Una de las resoluciones adoptadas el 25 de mayo, además de la convocación de todos los pueblos del virreinato para que enviaran representantes, a fin de resolver libremente de sus destinos, fue la formación y el envío inmediato de ejércitos, que difundieran el movimiento por todo el territorio de la nación, y enfocaran las resistencias que a sus propósitos se opusieran. Esas expediciones se llamaban *auxiliares*, es decir, colaboradoras o centros de apoyo de los elementos populares que se adhirieran al impulso de emancipación, reconociendo la *Junta Provisional* de Buenos Aires.

Una de aquéllas se dirigió hacia el Noroeste, hacia la provincia del *Alto Perú*, que será más tarde una nación independiente; esa expedición debía cruzar, en línea diagonal, el territorio argentino. La otra,

bajo las órdenes de Belgrano, se dirigió hacia el Norte, a la provincia del *Paraguay*, que también formará un estado soberano. Más tarde se dirigirá hacia el Este, hacia el otro lado del Uruguay y el Plata, a la *Provincia Oriental*, que, como el Alto Perú y el Paraguay, será también nación, y cuya capital, la plaza fuerte de Montevideo, es el núcleo principal de resistencia a lo iniciado el 25 de mayo en la capital del virreinato. Esos cuatro núcleos sociológicos, Alto Perú, Paraguay, Región Occidental y Banda Oriental, forman la nación platense. Trátase, pues, no de conquistarlos, sino de conglomerarlos, de sustituir la fuerza colonial, que les daba cohesión forzada, por la fe que debe darles, con una conciencia, una cohesión orgánica, vital, permanente. He ahí el problema.

Mucho nos convendrá saber, antes que todo, y aunque sea a la ligera, quién resiste en Montevideo, y por qué resiste. Veamos lo que es el 25 de mayo de 1810, en la futura capital de la República Oriental del Uruguay. El punto es tan interesante como complejo, y reclamo para él vuestra atención toda entera.

Montevideo, como todo el pueblo oriental de que es cabeza, no sólo se adherirá entusiasta, dentro de ocho meses, a la iniciativa de Mayo, sino que, conducido por Artigas, le imprimirá su verdadero significado, independencia, le dará sus primeras glorias, y conservará su espíritu, cuando los mismos iniciadores remeguen de él, o pierdan su fe, dado que la hayan tenido. Resiste, sin embargo, en los primeros momentos, la iniciativa de Buenos Aires. Y es muy de notar que el rechazo es unánime; no son sólo los españoles, que han de sostener empecinados la causa del rey, quienes se oponen a lo hecho, son también

los nacionales, que, mañana no más, serán sus más obstinados sostenedores.

¿La causa de ese fenómeno?... Fijaos bien en esto, amigos artistas, porque mucho se vincula con lo que hemos hablado y con lo que vamos a hablar para comprender a Artigas.

Los españoles de Montevideo resisten el movimiento de Buenos Aires, porque dudan, y no sin alguna causa, de la fidelidad al rey de España, que sus iniciadores proclaman. Los orientales, porque dudan, también con fundamento, de la fidelidad y del respeto a los pueblos que aquél debe entrañar.

Los españoles temen ver sustituido el virrey, y el rey por consiguiente, por el pueblo americano. Los orientales temen ver sustituido un virrey por otro virrey, el español por el bonaerense.

Producido el movimiento de Mayo, Montevideo no permanece impassible, ni mucho menos, se conmueve profundamente, observa lo que pasa en el otro lado del Plata, y se dispone, no a obedecer la autoridad de la capital, así se llame Junta o Virrey, pues, desde que acordó por sí y ante sí la reconquista de Buenos Aires, no reconoce más autoridad que la del rey, sino a adoptar una resolución propia, libre y consciente, como lo hizo en el Cabildo abierto de 1808.

Tanto el virrey Cisneros como la Junta, que conocen bien el carácter de aquel pueblo, le envían sus representantes.

El virrey, antes de su caída, y al sentirla inminente, le pide adhesión y apoyo, por intermedio de su secretario, que llega fugitivo a Montevideo el 24 de mayo. La Junta le reclama el reconocimiento, y el envío de un diputado, después de depuesto Cisneros; pero no lo hace por simple comunicación escrita, como a los

demás pueblos del virreinato, sino enviándole un comisionado especial, el capitán don Martín Galán, que llega a la ciudad oriental, el 31 de mayo, con toda clase de explicaciones.

Al enviado de Cisneros, de cuyos actos no quiere hacerse más solidario que de los de Liniers antes de conocerlos y juzgarlos, contesta Montevideo, después de larga deliberación, "que está dispuesto a tomar todas las medidas conducentes a la conservación del orden, y de los derechos sagrados de Fernando VII"; pero le ordena que salga inmediatamente de Montevideo.

Al enviado de la Junta ¿qué le contestará? El caso es arduo. Montevideo no tenía por qué sorprenderse ante lo hecho, pues la Junta de mayo de 1810, en Buenos Aires, no era sino la repetición, como hemos visto, de la de setiembre de 1808, en Montevideo, y mucho más si tenemos en cuenta que, con los pliegos que conduce Galán, viene uno del mismo virrey Cisneros, el depuesto, en que exhorta al Cabildo de Montevideo al reconocimiento de la nueva Junta, pues ésta acata sinceramente al Rey Nuestro Señor. El Cabildo delibera, y no se cree habilitado para resolver el punto. Convoca al pueblo, llama a *Cabildo abierto*, es decir, se integra con los principales vecinos. El Cabildo se realiza el 1º de junio, bajo la presidencia del gobernador Soria, que ha sustituido a Elío. Éste se ha ido a España, de donde pronto volverá con el carácter de nuevo virrey.

Veamos, pues, lo que pasó en ese Cabildo de 1º de junio. En él se discute larga y acaloradamente; los ánimos están muy agitados; hay allí muchas reservas mentales. Se llega, por fin, a una solución por simple mayoría, con grande oposición: la Junta de

Buenos Aires será reconocida, pero condicionalmente, con ciertas limitaciones; éstas serán fijadas por una comisión especial, que les dará forma, y las someterá de nuevo a la aprobación del Cabildo

Pero en esos precisos momentos, el 2 de junio, llega a Montevideo un buque, el bergantín *Filipino*, con la noticia de haberse instalado en Cádiz, en reemplazo de las Juntas, un Consejo de Regencia, y con comunicaciones de éste. Era lo que deseaba el gobierno, el Cabildo, el pueblo montevidéanos. una ocasión cualquiera, así fuera la más inconsistente, para proceder por sí mismos, y para no verse obligados a consagrar el derecho, que parecía arrogarse Buenos Aires, de someter a su autoridad a Montevideo, no teniendo la delegación directa del rey. De rey abajo ninguno. No se vacila; se lee en voz alta, en la plaza Mayor, la proclama de las nuevas autoridades españolas, que invitan al pueblo americano a reconocerlas; se las reconoce sin pérdida de tiempo, y se aclama el Consejo de Regencia Salvas de artillería, repiques de campanas, juramento solemne de las tropas, aclamaciones del pueblo Y siempre, eso sí. ¡Viva Fernando VII!, el augusto *Comodín prisionero*.

Es claro que la contestación a la Junta de Buenos Aires se imponía, y el Cabildo la acuerda el 2 de junio: que Buenos Aires reconozca, ante todo, como Montevideo, el Consejo de Regencia, que se declare, a la par de Montevideo, vasallo del rey, sin pretender sustituirlo, y entonces se hablará del envío de diputados, etc.

El Cabildo resolvió, pues, suspender su deliberación, hasta conocer la actitud de la Junta de Mayo ante los nuevos sucesos de España.

La Junta de Buenos Aires insiste premiosamente, y en la forma que cree más eficaz. No sólo contesta en una larga y bien fundada comunicación, sino que desprende de su seno a su propio secretario, el doctor don Juan José Paso, uno de los varones más conspicuos del movimiento de Mayo, y lo envía a convencer a Montevideo con su influjo y elocuencia. El Cabildo resuelve darle audiencia inmediatamente, el mismo día. El mensajero habla con pasión; relata los sucesos ocurridos; da las razones por las cuales no es el caso de reconocer el Consejo de Regencia, que en Montevideo ha sido proclamado. El Cabildo, después de oírle, le intima se retire a su alojamiento de extramuros, y resuelve que, "desde que la diputación venía al pueblo, debía convocarse a éste, en la parte más respetable del vecindario, para que, instruido por el diputado, delibere lo que estime justo".

El Cabildo abierto tiene lugar el 15 de junio. Allí está todo el pueblo. Las personas más caracterizadas se sientan al lado del gobernador y de los cabildantes: allí están Soria el gobernador, y don José de Salazar, jefe de la marina, y las autoridades eclesiásticas, Larrañaga y Pérez Castellano. Y don Nicolás de Herrera, ministro de la Real Audiencia, y Elías, tesorero de Gobierno. Y los miembros del Cabildo: Salvañach, Aramburú, Vidal, Illa, Ortega, Mas de Ayala, de la Peña, Pérez, Vidal y Benavides. Y los ciudadanos Lucas José Obes, y Mateo Magariños, y Juan J. Durán, y Acevedo, y de las Carreras, y Costa, y Gómez Neira, Méndez, etc., etc. Es realmente un senado de gran respetabilidad, tiene personalidades como las más ilustres del movimiento de Mayo: Herrera, Obes, Larrañaga, Pérez Castellano, Magariños... Es tan ecléctico como el de Buenos Aires. El diputado de la capital

exhibe sus credenciales, en que la Junta le da plenos poderes, y lo presenta, por su inteligencia y su pureza de intenciones, como la mejor prueba de su vivo anhelo porque la unión de ambos pueblos se realice, porque pueda la patria "presenciar el tierno espectáculo que prepara Buenos Aires a la entrada del representante de Montevideo en compañía del de la Junta".

Paso hace esfuerzos por arrastrar el Cabildo a su opinión; sus razones son las mismas que ha consignado la Junta en su notable comunicación, redactada por su secretario Moreno, pero realizadas por el brío del orador. Y son razones poderosísimas, irrefutables. La Junta organizada el 25 de mayo no ve, en las noticias recién llegadas, en la formación del Consejo de Regencia, nada que pueda conmover los fundamentos en que descansa. El fundamento principal de su constitución es la carencia, en España, de una entidad que sea representante genuina del rey prisionero. Si las Juntas no lo eran, ¿cómo ha de serlo el Consejo que de ellas procede?

¿Pero Montevideo cree que ese Consejo de Regencia representa efectivamente al rey?

Sea, contesta Buenos Aires. Eso no debe obstar a nuestra unión. Nosotros también lo hemos acatado tácitamente, y lo proclamaremos, desde el momento en que estemos seguros de que ese Consejo entraña la voluntad del rey que hemos jurado, y cuyos derechos defenderemos hasta morir. "Lo sustancial, agrega Buenos Aires, es que todos permanezcamos fieles vasallos de nuestro augusto monarca don Fernando VII, indiscutible para todos; que cumplamos nuestro juramento de reconocer al gobierno de España, legítimamente constituido, y que, entretanto, estrechemos

nuestra unión, para socorrer a la metrópoli, defender su causa, observar sus leyes, celebrar sus triunfos, llorar sus desgracias". Con ese motivo, el orador habló de los peligros que corrían los pueblos del virreinato, si no se unían reconociendo la Junta de Buenos Aires. Dijo, repitiendo la idea del Cabildo bonaerense en el Cabildo abierto del 22 de mayo, que *esa alianza era necesaria para precaverse de posibles ataques de la corte portuguesa, etc., etc.*

Todo eso, y mucho más, escribía Buenos Aires en su nota, y expresó con animada elocuencia su representante ante el Cabildo de Montevideo.

Y todo eso era de lo más concluyente que puede imaginarse, nada mejor fundado ni más lógico.

¿Pero conocéis algo más inconsistente que la lógica en ciertas ocasiones, mis amigos artistas? ¡La lógica de las palabras! La palabra es un huevo, de donde puede salir lo mismo un caimán que una paloma. ¡La fidelidad al rey! ¿Quién es el rey? Los españoles de Montevideo, tanto los venidos de España cuanto los nacidos en América, creían que era uno, los americanos que era otro. Pero españoles y americanos montevideanos estaban absolutamente conformes en una cosa en su inmensa mayoría: en que el rey no debía ser Buenos Aires. Eso era allí lo esencial; lo demás se resolvería entre españoles y americanos de Montevideo. Y eso fue lo que allí predominó, teniendo por órgano principal a don Mateo Magariños, que llevó al Cabildo el eco del pueblo de Montevideo, que, como el de Buenos Aires el 25 de mayo, y como él mismo el 21 de setiembre, se agitaba frenético en la plaza, mientras el Cabildo deliberaba. Magariños, españolista radical, dominó la asamblea "con su elocuencia tempestuosa". "El pueblo sostiene, decía Ma-

gariños, que no se debe aceptar la Junta de Mayo, porque ella pretende ejercer su poder, como sucesora de los derechos del virrey; y Montevideo, en esa solución, no reconoce sino sus propias y legítimas autoridades". Como lo veis, amigos artistas, en todo esto os estoy haciendo ver los gérmenes sociológicos de la independencia de la Banda Oriental, después de haberos hecho conocer los étnicos y geológicos.

El comisionado de la Junta del 25 de mayo fue rechazado. El Cabildo abierto resolvió: "que, entretanto la Junta no reconociese la soberanía del Consejo de Regencia que había jurado el pueblo de Montevideo, éste no podía ni debía reconocer la autoridad de la Junta de Buenos Aires, ni admitir pacto alguno de concordia o unidad".

Ahí tenéis, mis amigos, lo que fue el 25 de mayo de 1810 en Montevideo: algo así como la repetición del Cabildo abierto en 1808. He aquí que aparecen *la Roma y la Cartago* de don Cornelio Saavedra, sin haber aún aparecido la figura de Artigas.

Después de eso, los españoles se aprestaron a defender por sí mismos a su rey, y los orientales a hacer lo propio con el suyo, que no era el mismo, por más que ambos llevaban el nombre de Fernando VII. La misma cáscara, el mismo huevo, al parecer; pero del uno saldrán los empecinados españoles; del otro... del otro saldrá Artigas, el hombre absolutamente sincero, el héroe republicano de la revolución de Mayo.

III

Entretanto, sigamos a las expediciones auxiliares que la Junta de Buenos Aires ha enviado para difundir el movimiento: la que se dirige al Norte, hacia el

Alto Perú, la que va al Paraguay, y, por fin, la que vendrá a la Banda Oriental.

La primera expedición emprende su marcha. En el camino tropieza con una conspiración en pro de la reacción puramente española, encabezada por Liniers en Córdoba, y la ahoga en la sangre de la primera tragedia que mancha el territorio. Las instrucciones de Moreno, las del apócrifo *Plan de Operaciones* de que hemos hablado, comienzan a ponerse en práctica: los ilustres conspiradores, tomados prisioneros, son fusilados en la *Cruz Alta*, por orden expresa de la Junta Central de Buenos Aires, que, inspirada por el espíritu funesto, se presenta implacable ante el clamor social que pide clemencia. No hubo clemencia; aquella sociedad quedó consternada, y la idea de que era *el espíritu de conquista*, más que ningún otro, el que venía de Buenos Aires, echó allí sus raíces.

Preciso es confesar que, para justificar ese holocausto, será necesaria mucha consecuencia en los sacrificadores. Si Liniers y sus compañeros merecieron la muerte por defender a su rey, ¡ay de los que pretendan reponerlo en su trono! Que sólo la convicción heroica distingue al héroe del criminal.

El ejército sigue su marcha hacia el Norte, pues del Perú, de la gran capital del dominio español, tiene que venir el enemigo. Y es preciso cerrarle el paso hacia Buenos Aires. La expedición sigue bajo las órdenes de Balcarce y de Castelli, sucesores de Ocampo y de Vieites, que resistieron el sacrificio de Liniers y sus compañeros. Ese Castelli es de una severidad con los demás, que causa escalofríos. Iba como *Representante de la Junta*.

El ejército auxiliar cruza por territorio indiferente. El sol del 25 de mayo no aparecía por aquellas sole-

dades. La noche era profunda y sin estrellas; la auro-
ra estaba lejos. La expedición no era, pues, auxiliar
de nadie; era conquistadora del desierto.

Sólo al llegar a Salta, allá en el Norte, encuentra el
concurso popular; allí vive un caudillo local, Martín
Guemes, que ha reunido milicias y caballos y ganado,
con los que acrece, por intermedio del gobernador
intendente, los elementos del ejército conductor del
mensaje de libertad. Esa expedición sigue hacia el
Norte; penetra en el Alto Perú, llega a *Cotagaita*, y
allí choca con el ejército español, al mando del gene-
ral Córdoba, que rechaza al de Buenos Aires (27 de
octubre de 1810).

Se rehace éste, con algunos contingentes recibidos
de Jujuy, y los dos ejércitos vuelven a encontrarse de
nuevo, algunos días después, el 7 de noviembre, en los
campos de *Suipacha*. Sólo media hora duró la lucha
en esta acción campal de las armas argentinas, que
obtuvieron allí la primer resonante victoria. Cuarenta
muertos, ciento cincuenta prisioneros, toda la artille-
ría enemiga, una bandera y los bagajes, quedaron en
poder del vencedor.

Éste no fue generoso; tampoco fue aquí clemente,
por desgracia. El intendente de Potosí, y los generales
vencidos, Córdoba y Nieto, fueron fusilados en la pla-
za de aquella ciudad, lo que provocó terribles repres-
alias. ¡Maldito espíritu infernal que entenebrece la glo-
ria! Tampoco fue grato el recuerdo que dejó el vence-
dor en la sociedad del Alto Perú, no fue popular. La
conducta licenciosa de Castelli, sobre todo, dejó allí
un recuerdo desastroso. No quiero hablaros de eso.
Pasemos. Ese recuerdo había de reforzar el germen
de inevitable desmembración de aquella región andi-
na, que, a no haber intervenido el espíritu disolvente

de la ciudad virreinal, hubiera formado parte, como estado soberano, de la grande unión hispánica del Plata. Esa provincia formará la república de Bolívar, *Bolivia*. Su libertad no vendrá, pues, a ella, de Buenos Aires; vendrá del Norte. Bolívar, Sucre, serán sus héroes.

Como consecuencia de la batalla de *Suipacha*, el dominio de la Junta se extendió hasta el *Desaguadero*, límite de los dos virreinos. Las cuatro intendencias del Alto Perú, núcleo vivo de emancipación que, aunque lleno de energías intelectuales y sociales, tiene que buscar su centro de relación en Buenos Aires, el solo puerto, se declararon por la revolución. Pero la posesión fue fugaz; seis meses después (20 de junio de 1811), los ejércitos libertadores, al mando de Balcarce, serán deshechos por los españoles en los campos de *Huaqui*.

IV

La segunda expedición, la dirigida hacia la provincia del Paraguay, a las órdenes de Belgrano, penetró también allí en territorio enemigo; pero de un enemigo capaz de desorientar al mismo diablo, cuanto más a Belgrano. Éste debía encontrarse allí con el caso más extraordinario de patología social que presenta la historia americana; un pueblo vigoroso, conducido, como una autómatas, por un monstruo extraño, mezcla de arcángel y de gato furioso, de mirada suave y siniestra, llena de fuego frío, de luz oscura, del eterno contraste, de la eterna negación; un híbrido de Ariel y Calibán ¡Qué extraño personaje este que vamos a conocer! Tenía alas, debemos creerlo, alas de piel membranosa; pero llevaba también una zarpa escondida en la piel llena de escalofríos, y blanda como una caricia

mortal. No fue el enemigo español; fue ese extravagante troglodita paraguayo, con el pueblo en las garras, quien, al sentir el paso de Belgrano, sacó la cabeza de entre la cálida selva y salió al encuentro del ejército auxiliar, para destrozarlo en un abrir y cerrar de ojos. Se llamaba don Gaspar Rodríguez de Francia.

No es tarea fácil, antes la creo en extremo difícil, sino imposible, averiguar de qué procedía cuándo y cómo había sido engendrado tan extraño y contradictorio ser, en aquella región apartada, con la que nada tenía de común, pero de lo que os narre y diga, mis amigos artistas, sacaréis vosotros las consecuencias que os parezcan más razonables. Sobre este don Gaspar Rodríguez de Francia, que es preciso conocáis, para el contraste por ahora, como conocimos a Bolívar en el otro extremo y significado, se ha escrito mucho, como no podía menos; cada cual ha pensado según su leal saber y entender. Carlyle se extasiaba ante el fenómeno éste, que apenas entrevió al través de informaciones deficientes, y en el que quería ver algo de su Cromwell. A mí me recuerda, quizá, aquellas mármóreas esfinges, descritas por Gautier, que afilan sus garras en el ángulo de sus pedestales, que nos miran con los ojos en blanco, con una intensidad que asusta, y sobre cuyos lomos leonados se ven como estremecimientos; su cuello de mujer palpita, como si allí latiese un corazón.

Resumamos los hechos: Belgrano y su ejército de 1.000 hombres, entre los cuales descolló por su bizarría un primo hermano de Artigas, Manuel, que pronto morirá por la patria, fue inmediatamente destrozado por el ejército enemigo en *Paraguarí*, el 19 de Enero de 1811. Se fortificó aquél 60 leguas más abajo, en la

margen izquierda del Tacuarí, y allí sufrió el descalabro definitivo; capituló, prometió retirarse al otro lado del Paraná, y se retiró para siempre de aquella tierra intangible.

¿Quién lo había hecho pedazos? Se dice en las historias generales de América, malas como toda enciclopedia, que el ejército que venció era el de don Bernardo de Velazco, gobernador español del Paraguay. Eso es no ver sino las apariencias, y repetir lo que dijo el primero que habló de historia paraguaya sin conocerla, o poniéndola al servicio de otras historias.

No hubo tal. Velazco abandonó el campo; allí concluyó su autoridad, como la de Sobremonte ante las invasiones inglesas. Quien venció a Belgrano fue el Paraguay, el ejército paraguayo, conducido, en primer término, por el coronel don Manuel Anastasio Cabañas. Al lado de éste, lucharon también allí, como jefes bizarros, Gamarra, Juan Antonio Caballero, Pascual Urdapilleta, Fulgencio Yegros, Luis Caballero y muchos otros, todos bravos paraguayos, que figurarán en su tierra.

Pero todos esos combatientes obraban ya dentro del círculo mágico de la esfinge, o dragón, o como queráis imaginarlo, que ha de tragárselos a todos. Fue el aliento de fuego de esa esfinge o dragón quien allí venció a todo el mundo: a españoles, a argentinos y a los mismos paraguayos: Don Gaspar Rodríguez de Francia.

Es menester que aclaremos esto.

Recordad, mis amigos, la repercusión del 25 de Mayo en Montevideo; la resistencia de esta ciudad a someterse a Buenos Aires, etc., etc. El mismo sentimiento de los orientales hacia la capital del virreinato, y por causas análogas, existía en el Paraguay. Éste se sentía

persona distinta de las demás, y no sin razón, por cierto. El Paraguay, lo mismo que la Banda Oriental, no fue jamás, como se ha dicho, provincia argentina; fue una gobernación dependiente del virrey del Río de la Plata en los últimos tiempos del virreinato. Así como la Banda Oriental vivió abandonada y siendo *la vaquería de Buenos Aires* durante el coloniaje, el Paraguay existió casi aislado de las demás provincias, cuyas influencias sobre él fueron nulas; pero la ciudad de la Asunción experimentó, tanto como la de Montevideo, y por causas análogas, el efecto de los celos de Buenos Aires, que obstó siempre a sus progresos: obstaculizó el comercio paraguayo gravando sus productos; impidió su expansión; formó y enconó la rivalidad entre ambos pueblos. He aquí que se nos ofrece *otra Cartago*. Por otra parte, el paraguayo se consideraba de un origen étnico distinto del argentino, hasta la conservación del idioma guaraní, pues allí no se hablaba o se hablaba muy poco el castellano. constituía una barrera fundamental, que no la fuerza, sino la discreción y el genio hubieran podido salvar, en obsequio a la grande unión

No queriendo, pues, sustituir un gobernador extranjero por otro tan extranjero como él no vio en la expedición de Belgrano sino el espíritu de conquista de Buenos Aires, de la *Roma* platense, y rechazó esa expedición, con el propósito de conquistar por sí mismo, y para sí mismo, la independencia. Y no se equivocaba, por cierto, Belgrano llevaba la misión expresa de deponer al gobernador español Velazco, para quedar él en su lugar como representante de la Junta de Mayo, a la que enviaría diez mil hombres paraguayos. El espíritu vital de conservación se despertó allí,

Pero ese espíritu, que en la Provincia Oriental amaba a muchas almas, en el Paraguay, bien que difundido en el pueblo inconsciente, y sentido por algunos hombres de pensamiento, estaba concentrado, como principio de acción política, en las soledades negras de un alma sola, y de un alma que de tal manera absorbía a todas las demás, que se las devoró a todas, y se llevó la causa de la independencia a sus profundidades psíquicas, guarida llena de noche glacial, y habitada por varias familias de serpientes y otras sa- bandijas.

Vais a ver, mis amigos, cómo los esfuerzos de Artigas por evitar el injusto predominio de la oligarquía o comuna porteña en su patria oriental, lejos de llevarlo a matar el nervio popular con la tiranía, o a separar a su pueblo de la defensa común, lo induce a ser el primer capitán de esa defensa, a buscar alianzas con todos los pueblos libres, incluso el de Buenos Aires, a ponerlos por testigos y jueces de la santidad de su causa, a despertar en ellos el sentimiento de su propio ser y del respeto mutuo, a luchar animoso por la felicidad de todos los americanos, que considera una sola nación, a difundir, a la faz del mundo, y a hacer prácticos, los más amplios principios de libertad, de democracia, de gobierno propio, a los que da forma con el concurso de los hombres más ilustres de su tierra, que respeta y tiene a su lado.

Don Gaspar Rodríguez de Francia es todo lo contrario: él, unido a sus compañeros de las primeras horas, sinceros y candorosos, proclama el principio vital, la independencia; pero con reservas mentales y tortuosidades solapadas. Lo vemos aparecer y desaparecer en la vida pública; sacar la cabeza y esconderla como la araña; adherir con los demás al pensa-

miento y a la obra y a la alianza de Artigas mientras no ha asegurado su predominio propio, y renegarlo, y abandonarlo después, cuando no le conviene su proximidad. Francia realiza así la independencia del Paraguay; pero no para el pueblo paraguayo, que no educa ni quiere educar. Una vez conseguida, separa a ese su Paraguay, no sólo de España, y de Buenos Aires, y de los orientales, y de los argentinos, sino del mundo entero; se lo lleva en las garras, una vez aniquilados sus compañeros, a quienes mata o encarcela para siempre, lo secuestra del contacto de los vivientes, poniéndole por muralla la distancia, el desierto, y la misma guerra sostenida por Artigas en defensa del derecho de todos. Nada sería eso, si se lo llevara para hacerlo feliz en alguna manera, mientras evitaba, por medio del aislamiento, los ataques posibles a su independencia. Pero, no. lo encierra en la obscuridad de su tiranía, y allí se entretiene, durante treinta años, en matar en él, con deleite felino, todo germen de vida hombres y principios de civilización, relaciones exteriores e interiores.

Oportuno es recordar aquí que no ha faltado quien, suponiendo que en el Paraguay no respiraba más hombre de pensamiento que el doctor Francia, ha dicho que, sin éste, la independencia paraguaya no existiría. ¡Gran majadería la de confundir el héroe con el tirano, que es su negación! En el Paraguay, lo mismo que en toda América, ni más ni menos, flotaba sobre las aguas el grande espíritu; sin él, la nada hubiera persistido. En cuanto al núcleo de hombres de pensamiento, necesario para que aquél obrara su forma inteligente, existía también allí, con los mismos caracteres que en los demás pueblos, con las mismas aptitudes y deficiencias. No es del caso un análisis de-

tallado de aquellos malogrados próceres; pero basta examinar los actos y documentos de las Juntas que nacieron de la revolución, para convencerse de que no es solo Francia quien allí piensa y escribe, ni mucho menos; es precisamente cuando él está ausente, cuando esas Juntas nos ofrecen los documentos y actitudes más definidas y más fuertes.

La casi desconocida figura de don Fernando de la Mora, por ejemplo, secretario de la primera, equivalente a la del Moreno bonaerense, o a la del Larrañaga oriental, a la del Martínez Rozas chileno, descuella entre aquellos hombres con interesantísimo relieve. Fue, como Moreno, un relámpago, como él fue tragado por el mar; la tiranía es mar. Era de la Mora un joven abogado, inteligente, ilustrado, lleno de luminosas inquietudes; he tenido ocasión de conocer algunos de sus manuscritos, y, entre ellos, una copia fragmentaria, de su puño y letra, de la constitución de los Estados Unidos que, concordada con alguna cita a oradores angloamericanos que leemos en comunicaciones de la Junta, son una interesante revelación para la historia que está por hacer.

Lo que caracteriza, pues, al Paraguay no es la ausencia de hombres de fuerza en el pensamiento o en el propósito, es la concentración, en un hombre solo, sin nada heroico, de la fuerza de acción excéntrica, que, en otros pueblos, se distribuyó entre varios, y formó personas colectivas, o dio nacimiento al héroe fulgurante, hijo de diosa al fin, que debió mucho, pero pagó su deuda en inmolación y en gloria.

Sólo un héroe de verdad, opuesto al tirano, hubiera podido servir allí de núcleo de cohesión; pero el que lo fue de los demás pueblos platenses, sin excluir el

de Buenos Aires, Artigas, no pudo penetrar en el Paraguay.

V

Así como os dije lo que fue el 25 de mayo en Montevideo, es preciso que os haga saber lo que fue en la Asunción, capital del Paraguay. Aquí, como allá, el gobernador español Velazco, al recibir la comunicación de la Junta Revolucionaria de Buenos Aires, convocó en Congreso popular; pero esa asamblea no era como la de Montevideo: estaba constituida por doscientos hombres, analfabetos en su casi totalidad... y don Gaspar Rodríguez de Francia, que miraba ya de reojo a los otros, Yegros, Caballero, de la Mora, de la Mora sobre todo, y les buscaba el punto vulnerable.

Ahí lo tenéis sentado, con su figura tenue y distinguida, con su cara caucásica, pálida y aguilina, con sus cabellos castaños oscuros que empiezan a blanquear, pues tiene 45 años, sus labios muy finos, sus manos de dedos muy afilados, su actitud de perpetuo acecho, y sus ojos, sobre todo, sus ojos negros o policromos, sin patria ni sexo, cuyas miradas brillan y se apagan, se van a las profundidades del alma a recoger algo, y vuelven de ella de repente, transformadas en un relámpago mortal, que se hunde en los otros ojos humanos y los hace cerrar. Había nacido en la Asunción; otros dicen que en el Brasil, en San Pablo; que su nombre era *França*, de origen portugués. Ello es que, de la Asunción, se fue a estudiar a Córdoba del Tucumán, de allí volvió a su tierra con los grados de maestro en filosofía y doctor en Sagrada Teología; se aplicó especialmente al estudio del derecho, fue, en el Seminario de la Asunción, profesor de latinidad y

de teología; llevaba traje talar, y leía y estudiaba los enciclopedistas franceses, Rousseau especialmente, y la historia de Roma de Rollin. Aquel hombre, en el Paraguay, era un exótico; su superioridad, no tanto en inteligencia y preparación literaria, cuanto en carácter y fuerza de fascinación siniestra, era allí aplastadora. Allí no había contrapeso posible; Francia no tenía raíces de ningún género en aquel pueblo americano, indígena en sus siete octavas partes, que hablaba en guaraní.

Sigámoslo, pues, en la asamblea convocada por Velazco, el gobernador español, para apreciar el 25 de mayo de 1810. Él lo hace todo, y lo seguirá haciendo todo, directa o indirectamente, en la luz o en la sombra, hasta dentro de treinta años, en que el pueblo paraguayo, al oír decir que el Señor ha muerto solo y encerrado, a los 84 años de edad, no se atreverá a escuchar la noticia, menos a darle crédito, y menos aún a entrar a ver el cadáver, por temor de que abra los ojos y derrame la mirada, más llena de muerte que cuando estaba viva. Y llorará, con supersticiosos gritos lamentables, la muerte de su dragón sagrado.

En esa asamblea de que hablamos, celebrada el 24 de julio, ya sugirió Francia la idea de la caducidad del poder español y la independencia absoluta del Paraguay; pero, eso no obstante, se resolvió "guardar fidelidad al Consejo español, de Regencia, como en Montevideo, que se tuvo en cuenta expresamente, y conservar amistad con la Junta de Buenos Aires, pero sin reconocerle superioridad".

Llega entonces la expedición de Belgrano, y es derrotada por los paraguayos. El gobernador Velazco, que ha desaparecido del campo de batalla, puede darse por caducado, como el virrey Cisneros en Buenos

Aires. Conviene y es necesario saber que este Velazco, como Cisneros, ha estado viendo el nublado en el horizonte, y, como lo hará Elío en Montevideo, ha acudido por auxilio al aliado inmediato y natural de su rey: al de Portugal. Éste es el verdadero paladín, fuera es de duda, del dominio europeo sobre nosotros en el Atlántico; su solo enemigo en América ¡el solo! fueron Artigas y los pueblos que él condujo, sin embargo. Aliados suyos fueron, como lo veréis, los émulos de Artigas. Y la independencia definitiva de la patria de ese Artigas se conquistará en lucha con el heredero de Portugal, por la estirpe y por la lengua españolas, emancipadas y republicanas. El portugués ha acordado su auxilio a Velazco, como lo prestará a Elío; pero su órgano es el general Souza, con quien Velazco se concierta en una larga correspondencia que conservamos. Y Souza es el caballero armado de la princesa Carlota, presunta reina del Plata. Velazco, pues, a trueque del urgente socorro portugués que necesita, se ha comprometido a incorporar el Paraguay a los dominios de la futura reina, cuyos partidarios en Buenos Aires son, como lo sabéis, los principales hombres de mayo: Belgrano, Pueyrredón, etc.

Pero el nublado descargó en el Paraguay más pronto de lo que pensaba el buen gobernador; en la noche del 14 de julio de 1811, precisamente cuando ésta, Velazco, se disponía, con sus parciales, a hacer la proclamación solemne de Carlota, una conspiración encabezada por don Pedro Juan Caballero, pero hecha por Francia, depone a aquel gobernador, y lo substituye por don Valeriano Zeballos y el doctor Rodríguez de Francia. Imaginaos quien mandaría allí. Los que realizaron el movimiento, todos los prohombres del Paraguay, Yegros, Caballero, Estigarribia, etc., etc.,

declaraban que su propósito era unirse a Buenos Aires en una alianza que creían posible; pero Francia pensaba de otro modo; tenía sus propósitos *in pectore*. Convocó un Congreso de la Provincia, que presidieron él y Zeballos, pronunció un larguísimo discurso empírico, empapado en las doctrinas de Rousseau. El Congreso acordó crear una Junta de Gobierno de cinco miembros, de que era secretario el don Fernando de la Mora de que hemos hablado, y formar, con Buenos Aires, una sociedad fundada en principios de igualdad. Pero el doctor Francia, contra la resolución del Congreso, se dirigió a Buenos Aires en una nota célebre, de 20 de juho, firmada por los cinco gobernantes, en que le notificaba la absoluta independencia del Paraguay. En ella establecía la doctrina que hubiera debido unirlo con Artigas y los pueblos que éste va a acaudillar, pero esa doctrina, al abrigarse en su espíritu, como si se muriera en él de terror y de frío, pierde toda su virtud. Allí decía la Junta que el Paraguay había resistido la expedición de Belgrano, buscando su natural defensa, que, caducado el poder supremo, éste recae en la nación, que la confederación de la Provincia del Paraguay *con las demás de nuestra América* era natural y conveniente, pero que las desgraciadas circunstancias ocurridas entre Buenos Aires y la Asunción la habían dificultado; que, en consecuencia, había sido preciso que la provincia recobrara sus derechos usurpados, para salir de la antigua opresión, y *ponerse a cubierto de una nueva esclavitud de que se sentía amenazada*. “Se engañaría, concluye, quien imaginase que la intención de la Provincia del Paraguay había sido entregarse al arbitrio ajeno, y hacer dependiente su suerte de otra voluntad. En tal caso, nada habría adelantado, ni reportado otro fruto de su sacrificio

que el cambiar una cadena por otra, y cambiar de amo”.

Con ser esto tan claro, Buenos Aires no acabó de comprenderlo. la conciencia de su derecho virreinal hereditario, tan irracional y funesto, lo indujo a substituir la conquista por la diplomacia, para dominar al Paraguay. ¿No existía allí un Congreso con tendencias a la unión? Envió, pues, una misión diplomática, formada de los doctores Belgrano y Echevarría: dos conspícuos personajes.

“¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos y a tales horas? Pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones”. Así hablaba el Caballero de la Triste Figura

Buenos Aires no sabía, indudablemente, con quién se tomaba Francia encerró a sus diplomáticos en un círculo mágico, no vieron otra cosa que él; fueron muy agasajados Aquél los visitaba durante la noche; les hablaba contra sus propios compañeros de Gobierno, a quienes denunciaba como amigos de los españoles; se les presentaba como el solo hombre, como el héroe amigo, ellos le pagaban sus visitas en su estudio, donde lo encontraban rodeado de libros, y frente al retrato de Franklin, que allí tenía; pasaron por todo cuanto él quiso reconocieron, en un tratado, *la independencia de la Provincia del Paraguay de la de Buenos Aires*, sin perjuicio de consignar el deseo de estrechar los vínculos que unen y deben unir *ambas provincias en una federación y alianza indisoluble*, que las obliga a auxiliarse mutuamente, contra cualquier enemigo de la común libertad. El Gobierno central aprobó todo lo-hecho por sus embajadores, y calificó de *interesante federación* el arreglo con Rodríguez de Francia; sólo objetó la demarcación de límites, que

también se había acordado. Todo eso era una doblez, por supuesto. ¡Dobleces con Rodríguez de Francia!

Desde ese momento, se sigue con facilidad e interés el vuelo de aquel negro moscardón que zumba dando vueltas, desaparece de la Junta de Gobierno en 1812, para ver si se siente su ausencia, lo que no consigue, pues las cosas marchan sin él, como lo hemos dicho y lo veremos; reaparece en 1813, para aniquilar a sus compañeros, a de la Mora sobre todo, y prepara entonces un *gran Congreso*, en que se hace aclamar por los *mil ciudadanos que lo componen*.

¿Queréis creer, mis amigos, que, después de esto, todavía tentó Buenos Aires un nuevo esfuerzo de conquista diplomática en aquella tierra, con ocasión de ese Congreso fabricado por Francia para sus fines propios? ¡Todavía mandó al doctor don Nicolás Herrera, un nuevo leoncito, con el objeto de tentar la conquista de la amistad de aquel ogro, y obtener el envío del representante paraguayo al Congreso General de las Provincias unidas! Representante paraguayo! Lo que allí se hizo fue: confirmar la declaratoria de independencia; romper la alianza celebrada con Buenos Aires; cambiar el título de *Provincia del Paraguay* por el de *República del Paraguay*; adoptar armas y colores nacionales, y... poner todo eso en manos de su autor y dueño. Se creó, como gobierno, un Consulado de dos miembros: Francia y Yegros. Como el de Bonaparte y Sieyes. Francia se desembarazó de su compañero cónsul, al que fusilará en oportunidad, como a los demás, y, al año siguiente, 1814, se hizo aclamar dictador temporal primeramente, y vitalicio, perpetuo, eterno, después.

Veréis más adelante cómo, hasta ese momento en que Francia cobra su forma real de genio satánico,

los gobiernos colectivos que allí se suceden cultivan con Artigas relaciones íntimas, reconocen en su visión la de todos los americanos, combinan con él la acción común. Francia se aparta del gobierno en 1812; cuando, en 1813, vuelve a compartirlo con los otros, también comparte, al principio, la adhesión colectiva al héroe oriental; pero no bien se queda solo y dueño absoluto, toda relación del Paraguay con Artigas termina para siempre; para nadie como para él, mientras sea capaz de acción, quedarán tapiadas las puertas de aquella casa de los silencios.

Y don Gaspar Rodríguez de Francia envolvió en sus alas membranosas articuladas a las calladas muchedumbres.

Y se llevó el Paraguay a su guarida. Y así lo tuvo, ausente de la tierra, durante treinta años. El mundo sólo sabía de él, por los lamentos que, de vez en cuando, se oían salir de allí; encarcelamientos perpetuos, ejecuciones precedidas de suplicios; espantos pálidos en el aire. La gente no podía mirar al dictador cuando pasaba, rodeado de su escolta, por las calles solitarias; ponía la cara contra la pared.

Eso fue, mis amigos la expedición *auxiliadora* enviada por la Junta de Mayo al Paraguay, a las órdenes de Belgrano.

VI

Quédanos por conocer la otra expedición *auxiliadora*, enviada por esa Junta de Mayo: la que, formada de los restos del ejército del Paraguay, unidos a regimientos destacados en Entreríos, fue destinada a prestar auxilio a la región oriental del Uruguay y el Plata, bajo el mando del mismo Belgrano, y a expugnar a Montevideo, el baluarte español en el Atlántico.

Al fin hemos llegado, oh artistas que me escucháis, al fin hemos llegado al núcleo popular, vivo, de independencia republicana, y que debió serlo de unión entre los pueblos libres españoles.

Penetrad en esa región, amigos míos, y allí veréis otro mundo. Allí sí que la expedición pudo llamarse con propiedad *auxiliadora*, aliada de un pueblo lleno de sol, movido en sus propias entrañas por el espíritu de Mayo directamente, deseoso de una *alianza indisoluble* con sus hermanos, de la *interesante federación* que hallaba Buenos Aires en la unión propuesta por Rodríguez de Francia. Allí iba a encontrar una nación homogénea, característica, nutrida de libertad. el pueblo y la región que os he hecho mirar con tanta intensidad en todas mis conferencias, a fin de que los reconocierais en este momento histórico.

Allí encontraréis, por fin, a la cabeza de ese pueblo, no a personas colectivas anarquizadas y discrepantes, ni al tirano excéntrico, hosco, sombrío, exótico, encerrado en sí mismo, sino al hombre fuerte más directamente iluminado por el sol meridiano, al personaje representativo de todos los pueblos platenses, incluso aquel anónimo que, el 25 de mayo de 1810, se presentó en la plaza de Buenos Aires a deshacer lo que habían hecho los próceres: Artigas, el héroe.

¡Artigas y Rodríguez de Francia!

El supremo contraste.

Belgrano mismo manifestaba su entusiasmo ante el espectáculo del levantamiento en masa del pueblo oriental "Siendo Montevideo la raíz del árbol, decía, debemos ir a sacarla; añadiéndose que, para ir allá, *tenemos todo el camino por país amigo*, cuando aquí, en el Paraguay, todos son enemigos. Para esta empresa necesitamos fuerzas de consideración, y los auxilios

prontos; y aun cuando no se consiga más que desviar a Elío de todas sus ideas en contra de la capital, habremos hecho una grande obra”.

En esa ingenua frase del gran Belgrano, hermanos artistas, está condensada la historia política de nuestra independencia en sus relaciones con la platense. He ahí la idea de que ya una vez hablamos: desviar el ataque contra la capital es la *grande obra*; salvar la ciudad, la reina de la colmena, inmunizar la cabeza. Era ese, en Belgrano, un error sincero. Que todo era sinceridad y abnegación en aquella alma sana, que hemos de conocer y amar. Pero, no: ya sabrá el pueblo oriental hacer algo más que salvar la capital del virreinato, está dispuesto a salvarse a sí mismo ante todo. Y bien sabe que es él mismo quien tiene que salvarse si ha de llenar su misión propia: la de núcleo de vida democrática en todo el Río de la Plata.

Al llegar Belgrano, el pueblo oriental está ya levantado en masa, al grito de libertad; en su cielo ha lucido, a la par que en Buenos Aires, y acaso antes, el sol del mes de mayo. Ese pueblo, y no la expedición auxiliadora, será el que, conducido por un hombre que tiene la visión del porvenir, librará, contra los españoles unidos a sus hermanos, y contra los portugueses solo, completamente solo, las batallas campales de la independencia, casi las solas que se libraron contra el extranjero en las márgenes del Plata, dominará, con la rapidez del relámpago, todo el territorio de la patria, y dará a la causa del 25 de mayo su más resonante victoria. Ésta, la de *Las Piedras*, levantará su espíritu, y encerrará el dominio español, como en un calabozo de hierro, en su propia formidable ciudadela, en cuyo torno, como en el de Troya, se jugará la suerte de la raza aquea.

Ese pueblo es el que os he ido describiendo hasta en sus raíces, amigos artistas, y el que os pide forma para su alma heroica; ese hombre que concentra su espíritu y lo conduce, es Artigas, nuestro férreo Artigas, el inspirado *mediador* entre el alma libre, recién creada, y el cuerpo que la espera. ¡Si yo consiguiera que lo amarais, para que pudierais comprenderlo! ¡Que lo vierais pasar siquiera, en el fondo de mis palabras, como una visión de lo invisible!

Artigas, como os he dicho, ha sido muy calumniado, amigos míos; muy duramente injuriado. Se aprovechó el desamparo en que quedó su recuerdo, y contra él se envenenaron las fuentes de la historia. En él se nos ha ofendido a nosotros mismos, a los orientales; se nos ha querido arrancar el abolengo, la honra de la estirpe. Y sentimos una sed muy grande de agua de montaña, de vindicación y desagravio.

Vuestro mármol tiene que ser vengador y resonante; más resonante que medio siglo de palabras insensatas; más que el coloso aquél de Memnón, que cantaba al ser tocado por el sol. Tiene que disipar la noche con su blancura luminosa.

Es preciso que ese mármol haga el día.

El día es la proximidad de una estrella.

CONFERENCIA VII

ARTIGAS

Su origen — Su carrera — Semblanza de Artigas — Iconografía — Su historia antes de la revolución — En los cimientos de su patria — La tradición doméstica — El deán Funes — El capitán de blandengues — Artigas ante el movimiento de Mayo — Su adhesión a la revolución de Mayo — Su incubación en la Banda Oriental — Los enemigos del Uruguay. — España y Portugal — Buenos Aires

I

Mis amigos artistas:

Artigas, a quien ya habéis visto aparecer un momento en las invasiones inglesas de 1806 y 1807, tiene 46 años en el momento en que os lo muestro, tiene ya algunas canas. Ha nacido en la ciudad de Montevideo, y casi con ella, el 19 de junio de 1764: menos de cuarenta años después de su fundación. Ahí está la casa solar en que nació, es solar verdaderamente, si los hay. El abuelo del héroe, don Juan Antonio Artigas, hidalgo de Zaragoza, viene de España a Buenos Aires, en 1716, después de larga y honrosa carrera militar, tradicional en su familia. Según Menéndez Pelayo, la voz *artiga* significa *adoctrinado*. Quizá no sea del todo aventurado suponer, según eso, que la familia de Artigas procede de árabes o moros convertidos.

Don Juan Antonio Artigas, que forma parte de la Compañía de Caballos Corazas del capitán don Martín José de Echeauri, es uno de los fundadores de Mon-

tevideo en 1726. Lo vemos figurar entre sus primeros vecinos, declarados "de casa y solar conocidos"; se le adjudica una de las treinta manzanas que forman la planta de la ciudad recién nacida.

Pero aun antes de fundada ésta oficialmente, ya estaba allí avecindado el abuelo de Artigas, con su esposa y sus cuatro hijos; esa familia es la primera agrupación de hombres civilizados que se fija en Montevideo. Aquí viven, "con casa de firme, con edificios de piedra cubiertos de teja y otras oficinas, con plantíos y arbolados, y con estancia de ganados mayores en los campos", las familias de Artigas, Carrasco, Burgues y Callo, que son una misma (la esposa de Artigas era Carrasco), y que allí estaban cuando los otros pobladores llegaron a fundar la ciudad. Con ellas residían, desde 1723, dos misioneros de la Compañía de Jesús, que evangelizaban a los indios tapes.

Fue, pues, la familia de Artigas, la primera que encendió hogar estable en Montevideo; ella es, en ese sentido, la fundadora de la ciudad, como lo será de la nación el nieto del hidalgo soldado de coraceros, natural de Zaragoza. Este forma parte, como alcalde, del primer Cabildo o gobierno municipal constituido por Zavala en 1730; y tanto él, como su hijo mayor, don Martín José, padre del fundador de la patria, prestan buenos servicios militares a la colonia, dejan honroso vestigio de su paso por los más encumbrados puestos de nuestra vida cívica incipiente, y son miembros conspicuos del primitivo patriciado oriental.

Es bueno que conozcáis, por razones que yo me sé, y que ahora me reservo, ese abolengo de Artigas.

Os lo presento en 1811, al adherirse a la revolución de Mayo, ocho meses después de iniciada en Buenos Aires.

Es capitán de caballería; ayudante mayor del *Regimiento de blandengues*; el grado más alto al que pueden aspirar los criollos en el ejército colonial.

Ha ingresado en la milicia a los 32 años, en 1797; lleva, pues, catorce años de servicios militares. Muy bueno será que precisemos esta fecha, porque ella nos permite dividir su historia en tres épocas características: su vida privada, desde su nacimiento en 1764, hasta ese año 1797; sus 14 años de carrera militar, que terminan en 1811; y, por fin, su grande historia.

Las viejas patrañas, malignas unas, apologéticas otras, en que se ha presentado a Artigas como un ente mitológico desde la infancia, se han desvanecido. No hay tales aventuras extraordinarias. Artigas no fue velado por águilas en su cuna, ni amamantado por ninguna loba. Su buena madre, doña Francisca Antonia Arnal, le dio su leche. Su padre, don Martín José, es también militar; ha prestado excelentes servicios, pero tiene el pecado original: es criollo, y, como su hijo, no ha podido ascender sino a lo que éste ascendió. a capitán de caballería. Bueno es que advirtamos eso: que Artigas es *segunda generación de americanos nativos*. La posición de su padre es holgada y decorosa, gracias a su trabajo: tiene su casa en la ciudad, una barraca o depósito de frutos, campos y ganados; posee tierras heredadas de su padre en *Chamizo*, otras denunciadas por él en *Casupá*, y las de su esposa en el Sauce. Puede dar a sus hijos, en el convento de los franciscanos, la mejor instrucción que entonces se adquiriría, y que, si no era grande, era la que entonces constituía un hombre culto. La que recibe el cuarto de sus hijos, el que a nosotros nos interesa, es más esmerada que la de sus hermanos. Éstos se consagran muy pronto al trabajo de campo; aquél permanece en la

ciudad, y es compañeros de estudio de Nicolás de Vedia, Rondeau, Melchor de Viana y otros.

Os ofrezco el manuscrito más auténtico que he encontrado, para que deduzcáis la primera educación de Artigas por el carácter de su letra, mucho más correcta, como lo veis, que la de muchos próceres civiles, cuanto más militares, de entonces. En ese documento veréis también la letra y la firma de Manuel Francisco, el mayor de los hermanos.

Su abuelo materno, don Antonio Arnal, ha advertido sin duda esas tendencias literarias de su nieto predilecto, e instituye una capellanía en su favor, creyendo ver en él un futuro sacerdote, un prelado acaso. En cuanto al concepto que de él tuvo siempre su padre, baste decir que le denó en vida el usufructo de un solar, en que Artigas construyó su casa, y lo designó después albacea en su testamento. Aquí tenéis, además, el documento en que da su consentimiento para el matrimonio de su hijo, y deposita la suma de tres mil pesos, como fianza o dote militar; aquí tenéis las partidas en que figura como padrino de sus nietos.

Imaginemos a Artigas a los veinte años; ha de pensar en su porvenir. No son amplios, por cierto, los horizontes que se abren ante él. Los puestos de la administración pertenecen a los españoles; la iglesia y la milicia son las dos únicas carreras. Él no se siente inclinado a la carrera eclesiástica; no utiliza la capellanía instituida por su abuelo. Nada más visible que su vocación y sus aptitudes militares; pero... el militar no se hace en América; pertenece al rey, se forma a su lado, viene armado y galonado de ultramar. Uno se imagina lo que hubiera llegado

a ser este capitán de blandengues, si, dejando su pobre tierra, se hubiera incorporado a los ejércitos de Europa, como lo hicieron otros americanos que allí se educaron. No la dejó, felizmente no dejó su tierra... Y a eso debemos el haber tenido en él algo más que un gran general, recamado de oro y ganador de batallas.

Aquí quedó, encerrado en la plaza fuerte de Montevideo, aprisionada a su vez en su granítico cinturón de murallas y cubos artillados, con su formidable ciudadela por broche, y erizado de las púas de sus trescientos cañones o más. La vida, de portones adentro, era sencilla y monótona: funciones religiosas, corridas de toros, revistas militares, saraos de vez en cuando, honrados por la presencia del gobernador, don Joaquín del Pino, futuro virrey del Plata, paseos por las murallas o las costas. Las puertas de la ciudad se cerraban al anochecer, y nadie entraba ni salía. Sabemos de la vida del joven Artigas en esa época; de sus aficiones y costumbres. Era afable y atencioso; muy dado a la sociedad, vestía con esmero, *a lo cabildante*, como entonces se decía, con su coleta y su casaca bordada, o su chaquetilla de alamares o trencilla fina en el pecho, y su pino en la espalda

Pero lo que constituía el lujo de los jóvenes de entonces, y les ofrecía ocasión de ostentar elegancia y bizarría, era el caballo. Poseer y montar caballos briosos, casi indómitos, y bien enjaezados; salir al campo, en alegres cabalgatas, y entrar de regreso por el portón de San Pedro, con aventuras que contar, devolviendo con arrogancia el saludo de ojos amables, era el triunfo de los elegantes criollos, que estaban convencidos de su innata superioridad, como jinetes,

sobre los europeos o *chapetones*, y lo juzgaban rasgo distintivo del americano.

Artigas iba a menudo a los campos de sus hermanos y parientes; compartía sus faenas como deporte atletico, se adiestró en ellas, desarrolló su sano organismo, se hizo gran jinete: domaba un potro, enlazaba un toro salvaje, boleaba un avestruz

Se resolvió, por fin, a consagrarse seriamente a los trabajos del campo, convencido de que la carrera de las armas, a la que se sentía inclinado, era inaccesible para él.

En esos trabajos invirtió diez o doce años: de los veinte a los treinta y dos de su vida. Su actitud fue extraordinaria: trabajó y negoció en Misiones, en el Arapey y Queguay, en Soriano especialmente; recorrió y dominó todo el territorio de la provincia; conoció bien su tierra, hombres y cosas; formó entonces esa *imaginación topográfica* que será su rasgo característico; fue pastor, cazador, más bien, de animales bravíos, y conductor de hombres, más fieros aun. Esas faenas de campo, en aquel tiempo, eran una conquista del desierto, una constante y peligrosa aventura. Artigas adquirió, por su honradez, su inteligencia y su valor, la autoridad, el prestigio, la nombradía, que serán el fruto verdadero de esos sus diez años de labor y de prueba.

En cuanto a los productos que acopiaba, cueros, astas, grasa, crin, eran remitidos por él a su padre, que los depositaba y negociaba en su barraca; muchas veces eran llevados por él mismo a Montevideo, donde descansaba algún tiempo, cultivaba sus amistades, y, sobre todo, sentía renacer su vocación a las armas.

Se encuentra precisamente en Montevideo, en 1797, cuando se crea un nuevo regimiento, llamado *Cuerpo Veterano de Blandengues*, destinado principalmente a defender las fronteras contra los portugueses y los contrabandistas, y a proteger, contra los salvajes y malhechores, los vecindarios de los campos que reclamaban amparo. Artigas, estimulado por hombres influyentes, se resuelve, por fin, a seguir su vocación. Ingresa en el nuevo regimiento, como simple soldado meritorio o cadete. El 10 de marzo de 1797, en que tal sucede, es el día inicial de su nueva vida.

Se ha dicho, con aviesa intención, que ingresó en el ejército con el grado de capitán. Nada más exacto. Fue simple soldado distinguido. Se le confiaron, es cierto, las funciones de teniente, pues ya gozaba de un alto concepto; pero el grado no se le otorgó sino un año después, en 1798. En cuanto al de capitán, con que lo encontramos al iniciarse la revolución, trece años de labor y de méritos le fueron necesarios para obtenerlo. Fue capitán el 5 de setiembre de 1810. No necesitó Artigas más experiencia que la propia para comprender que, sin patria independiente, no había ni podía haber patria para los americanos.

Los méritos contraídos por él en su carrera militar están amplísimamente documentados. Lo vemos, en todas partes, desempeñar las comisiones más laboriosas, importantes y difíciles: en los dos solos primeros años de servicio, recluta, por sus prestigios, doscientos hombres para su regimiento; persigue contrabandistas y malhechores, y guarnece las fronteras contra las invasiones portuguesas. Su presencia es orden, autoridad, garantía. Leemos en un proceso uno de tantos casos reveladores de su carácter. El teniente

Artigas recibe orden de prender a un sargento; éste se resiste; se strinchera en una casa. Artigas no pasa adelante, no se atropella; da cuenta del caso al gobernador; le dice que sólo dando muerte a aquel hombre será posible arrestarlo, y pide autorización expresa para ello, como si deseara dilatar, y esquivar por fin, ese recurso extremo. No fue necesario: el rebelde se rindió por persuasión al noble teniente. En 1803, la Comisión representativa de los hacendados del país pide al virrey Sobremonte que se sirva enviar al teniente de blandengues José Artigas, y sólo a él, en protección de los campos. "Éste se ha portado, dicen los hacendados, con tal celo y eficacia, que, en breve tiempo, experimentamos los buenos efectos a que aspirábamos, viendo sustituido el temor y sobresalto por la tranquilidad de espíritu y seguridad de nuestras haciendas." Los hacendados se comprometen a abonar de su propio peculio los sueldos de Artigas, y, algún tiempo después, "en manifestación de su justo reconocimiento", le acuerdan espontáneamente un donativo o gratificación extraordinaria de quinientos pesos.

Recordaréis, mis amigos, lo que hemos dicho sobre las tendencias y empresas de Portugal en la frontera del Norte. Si no se pone remedio inmediato a sus avances, la región oriental será arrebatada a España. Don Félix de Azara, el ilustre sabio, que se da cuenta del problema, propone, el año 1800, como remedio, un vasto plan de fundación de pueblos en esa amenazada frontera. El virrey lo aprueba; nombra al mismo Azara Comandante general de la Campaña, y pone a sus órdenes al teniente Rafael Gascón, y, por pedido del mismo Azara, al ayudante José Artigas, "en quienes, dice, concurren las cualidades que al

efecto se requieren." Azara pensó en levantar el mapa de la región fronteriza; pero, a fin de evitar demoras, confió a Artigas la tarea de dirigir el reparto de tierras, asistido del agrimensor o piloto de la Real Armada, Francisco Mas y Coruela.

Yo atribuyo grande importancia a ese contacto de Artigas con Azara; a la activa participación de aquél, sobre todo, en la obra y el alto pensamiento de éste. Estoy persuadido, sin embargo, de que el problema, en toda su extensión, era dominado con mayor intensidad por Artigas que por el mismo Azara.

Artigas tenía en la imaginación el mapa de una patria futura; es fuera de duda. Lo estaba trazando, al realizar el plan del ilustre sabio, veía sus fronteras en las que entonces lo eran del dominio español: allá en las Misiones, limítrofes con el Brasil. Era un gran territorio; toda la América subtropical atlántica. La visión del que será fundador de esa patria se transparenta en la pasión con que lucha entonces contra los avances del portugués, y aun contra la desidia o indiferencia de sus propios jefes españoles, en la defensa del territorio. Esa desidia, que en algunos llegaba al pacto venal con el enemigo, lo desespera, lo desalienta, pone la increpación en su boca. La actividad y la pasión que vemos entonces en Artigas se explican. ¿Qué podía importar a los españoles un pedazo más o menos de tierra colonial en estas Américas? Ellos tenían su tierra, su verdadera tierra, del otro lado del Atlántico. Una plaza fuerte en Europa compensaba con creces la cesión de un millón de kilómetros de desierto americano.

Artigas es otra cosa, él no tiene más tierra que ésta que defiende. este germen de su futura patria independiente es todo para él; no conoce ni ama

más que esa patria. Se ve claramente que él ya no es, desde ese período de su vida, el simple ejecutor del pensamiento español, que trata y contrata en Europa sobre el destino de estas regiones, que cede las Misiones Orientales, con todos sus hombres y contra la voluntad de éstos, al portugués, como se cede una jaula de pájaros, y que lo hubiera cedido todo, sin excluir Montevideo, si así lo hubiera exigido la política europea. Es evidente, para él, que la defensa eficaz de esa región española, limítrofe del portugués, no puede venir del otro lado del Atlántico, ni siquiera del otro lado del Plata. O la defienden los orientales, o desaparece fundida en el dominio portugués. Ya veremos eso con meridiana claridad.

Artigas ha pensado mucho en ello; ha aprendido en la observación de hombres y cosas, en la honda comunicación consigo mismo, lo que no se aprende en libros, lo que no hubiera sabido, si, formado en Europa, hubiese regresado con entorchados y condecoraciones reales. Notad esto bien, amigos míos; no existe en América un arquitecto de la propia patria, desde sus cimientos, que pueda compararse con este Artigas; él defendió a España de España misma; vio y amó a su Patria Oriental desde el claustro materno, y custodió su difícil gestación. Y conservó su herencia. Y le dio, por fin, sus títulos y su bautismo, que imprime carácter.

Nos encontramos, en este momento, con una crisis en la vida del héroe. El 10 de marzo de 1803 está éste en Montevideo, y gestiona su retiro del ejército; pide, en una larga y fundada exposición, ser agregado a la plaza, con sueldo de retirado. Invoca sus servicios, que enumera, y el estado de su salud. El rey, bien que reconociendo aquéllos, le niega el re-

tiro, porque no quiere privarse de su concurso. El bizarro teniente (pues sus méritos no lo han hecho ascender en su carrera), vuelve a campaña, como ayudante del coronel don Francisco Javier de Viana, hijo del antiguo gobernador, honesto caballero, que lo distingue especialmente; pero, en marzo de 1805, desde su campamento de Tacuarembó, a cien leguas de la capital, reitera su solicitud de retiro. Lo obtiene, por fin. Vuelve a Montevideo, donde el gobernador Huidobro lo nombra oficial del Resguardo, con jurisdicción del Cordón al Peñarol.

¿Qué es eso? ¿Abandona Artigas la carrera militar? ¿Estaba realmente enfermo?

Lorenzo Barbagelata, en un precioso estudio que le debemos, nos ha revelado la causa de esa crisis. El 31 de diciembre de ese año 1805, Artigas, a los cuarenta y uno de su edad, contrae matrimonio con su hermosa prima Rafaela Villagrán, a quien amaba con pasión. El teniente retirado soñaba en la dicha doméstica. No pudo ser. La felicidad no era para él, porque no es compañera de la gloria. Dos años después, al nacer su segundo hijo, Eulalia, que nace el 12 de diciembre de 1807, y muere muy pronto, la joven madre, atacada de enajenación puerperal, es arrebatada para siempre de los brazos de su esposo.

Éste se queda solo con su hijo primogénito, José María, y vuelve a la vida de soldado, con esa herida en el alma. Herida incurable. La soledad será su compañía; la patria su solo amor fecundo. Ya hablaremos, si la ocasión se presenta, que sí se presentará, de esas tristezas del héroe.

Así le encontraron las invasiones inglesas de que hemos hablado: vestido de teniente de blandengues.

Cuando, en noviembre de 1805, se supo en Montevideo que un convoy inglés andaba por las costas brasileñas, se tomaron precauciones; se formó un nuevo escuadrón de caballería. El gobernador Huidobro lo puso a las órdenes de Artigas, el teniente recién casado, lleno aún de sus casi juveniles ilusiones.

Aquel convoy precursor atravesó el Atlántico, y cayó sobre el Cabo de Buena Esperanza, que fué arrebatado a los holandeses; pero ya sabéis cómo, al año siguiente, en 1806, el nublado descargó también sobre el Río de la Plata, y cómo se proyectó, sobre sus relámpagos, la figura bizarra del teniente Artigas; lo vimos en la reconquista de Buenos Aires, en el Cardal, en la brecha de Montevideo.

No es nada aventurado el afirmar, mis amigos artistas, que, en el momento en que nos encontramos, el de la revolución de Mayo, José Artigas es el oficial más discreto y mejor conceptuado del ejército colonial; era un protagonista en la sociedad de Montevideo; su opinión se escuchaba en las tertulias que hablaban de política; cuando él pronunciaba sus pocas palabras, se hacía silencio, y se le miraban los ojos. Ya tuvimos ocasión de conocer el concepto que de él tenía Mariano Moreno. Don Rafael Zufriategui, que en 1811 informaba, como diputado de América en las Cortes de Cádiz, sobre la situación del Río de la Plata, relataba la angustia experimentada en Montevideo al saberse que Artigas y Rondeau habían abrazado la causa americana. "Estos dos sujetos, decía con ese motivo, en todos tiempos habían merecido la mayor confianza y estimación de todo el pueblo y jefes en general, por su exactísimo desempeño en toda clase de servicios; pero muy particularmente don José Artigas, para comisiones en la campaña,

por sus dilatados conocimientos en la persecución de vagos, ladrones, contrabandistas e indios charrúas, que causan males irreparables, e igualmente *para contener a los portugueses*, que, en tiempo de paz, acostumbran usurpar nuestros ganados y avanzar impunemente dentro de nuestra línea”.

El año 1818, el mariscal de campo don Gregorio Laguna proyecta y presenta al rey, que lo aprueba, un plan de reconquista del Plata insurreccionado, y dice en sus instrucciones: “Será uno de los primeros cuidados del general atraerse a su partido al guerrillero don José Artigas... Este Artigas era, el día de la revolución, ayudante mayor de un regimiento de caballería, y tomó el partido de los insurgentes; después el rey, conociendo el mérito de ese oficial, le indultó y ascendió al grado de brigadier... He aquí uno de los puntos más esenciales para la reconquista, y en el que el general debe emplear todo su talento para ganárselo... colmarle de beneficios, graduaciones y mando, pues haciéndolo así, no solamente le sobrará todo a nuestro ejército, sino que, con su ayuda, *se conseguirá la destrucción de todos los rebeldes de aquel hemisferio.*”

II

Eso era, pues, José Artigas, mis hermanos artistas, en el momento en que os lo tengo que hacer conocer personalmente.

Ahora os debo su retrato, es decir, el alma de ese capitán, hecha visible en un cuerpo.

Toda la iconografía que poseemos se reduce al apunte de viajero, que generalmente se atribuye al sabio francés Bompland, y que figura en el atlas de

la obra de Demersay, *El Paraguay*. Os ofrezco un recuerdo gráfico del héroe casi nonagenario, que, como lo veis, no es más que la silueta de una ruina. He verificado, sin embargo, en la Asunción, personalmente, su parecido, de boca de don Gregorio Naváez, que conoció a Artigas, y que lo reconoció sin vacilar en ese dibujo. Juan Manuel Blanes, nuestro insigne artista nacional, lo ha restaurado con inteligente penetración, y nos ha legado el gran retrato, que también os ofrezco, fidelísimo en su indumentaria, como toda obra de Blanes. Tras él han venido otros artistas, más o menos afortunados. Juan Luis Blanes siguió de cerca a su padre en la tela inconclusa de la *Batalla de las Piedras*, que existe en nuestro Museo, y que también os muestro; Diógenes Hequet ha evocado al héroe, con amor y discreción, en sus numerosos lienzos; pero es Carlos María Herrera quien me parece haber sentido con mayor intensidad la persona de Artigas, en el valiente cuadro que así mismo os presento, y de que él me llama inspirador para regalarme una parte de su triunfo. Podéis mirar también, si os place, el busto moldeado por mi hijo José Luis. Es obra de niño; pero algo expresa, me parece, en su balbuciente ingenuidad.

Vosotros, mis amigos, nos debéis ahora vuestro Artigas, el vuestro, la revelación, en un hombre de hierro, del hombre vivo que se levante en vosotros al llamado de mis palabras, si éstas tienen el poder de llamar. Espero que me creeréis, si os digo que yo he visto a Artigas en alguna parte, y aun en más de una; bien sabéis con cuánta precisión se ven esas cosas.

Artigas me ha mirado, se ha movido en mi presencia, me ha revelado su carácter, sus actitudes, y

hasta el color de sus ojos, en lo mucho que escribió. También conozco su voz, la he oído como estoy oyendo la vuestra; no la confundo con voz alguna.

Por lo que os dije de su educación, comprenderéis que ese alumno de los Padres Franciscanos no era un literato. Es evidente, sin embargo, que el gran caudal de documentos que poseemos con su firma han sido redactados por él personalmente. Eso no lo equivoca el hombre medianamente experto en achaques de hermenéutica literaria. Esos documentos son suyos, exclusivamente suyos. En ellos se le ve luchar, como casi todos sus contemporáneos americanos, con la falta de técnica; pero, en medio de sus énfasis y redundancias, propias de la época por otra parte; al través de lo que Carlyle llamaría *su dialecto*, aparecen su fisonomía y su carácter permanentes, invariables, con nitidez perfecta. Mucho nos servirán, pues, esos papeles, en nuestra obra de *retratistas*.

Para ver bien a Artigas, contamos, además, con las descripciones que de él nos han hecho los que lo vieron. Todos, Larrañaga, Vedia, Cáceres, Díaz, Funes, Robertson, todos los que lo trataron, se sintieron movidos a ensayar el retrato o semblanza de aquel hombre singular.

El sabio Larrañaga, que amaba al héroe, nos dice que "era hombre de estatura regular y robusto, de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con nariz aguleña, pelo negro y con pocas canas".

El mayor Vedia nos lo describe así, en una memoria inédita: "Era o es Artigas de regular estatura, algo recio y ancho de pecho. Su rostro es agradable; su conversación afable, y siempre decente. Comía parcamente; bebía a sorbos; jamás empuñaba los vasos. No tenía modales agauchados, sin embargo de

haber vivido siempre en el campo ..” “En el sitio se le vio siempre montar en silla, y vestir de levita azul, sobre la cual se ceñía el sable.”

El armador y propietario de la goleta francesa *La Celeste*, M. Grandshire, que vio a Artigas, nos lo describe, en una nota de 1817, que acaba de leer Hugo Barbagelata en los archivos de París. “Artigas, dice en ella, tiene de 42 a 45 años de edad; es de muy hermosa presencia, de mirada segura y noble, y revela en sus modales el hábito de mandar a los hombres.”

Don Vicente Fidel López, el historiador argentino más brillante y menos concienzudo, que odiaba a Artigas con miedo cervical, dice que “el óvalo de su cara era perfecto, tirando a ser agudo, aunque no mucho, pero lo bastante para ser pronunciado. Su cabeza muy regular, bastante desenvuelta, y enteramente conforme al mejor tipo de la raza caucásica; su perfil era sumamente acentuado y clásico...” Todo eso y nada, me parece que es la misma cosa. Es ése un pobre retrato impersonal.

Y no hay por qué extrañarse. Es oportuno aquí un recuerdo auténtico sobre ese retrato que el señor López hizo para su *Historia Argentina*, en sustitución de otro que acababa de imaginar y escribir, en momentos en que entraba en su gabinete de estudio el general don Antonio Díaz. — Hombre, llega usted a tiempo, le dijo López suspendiendo su tarea... ¿Conoció usted a Artigas?— ¡Y tanto!, le contestó el recién llegado. López le leyó la semblanza que había escrito, era la de un hombre cetrino, de ojos y cabellos negros, de mirada penetrante y fiera, de musculatura férrea... un fiero personaje.— ¡Qué ha de ser eso!, gritó Díaz, con una carcajada. Si Artigas

era todo lo contrario: blanco, rubio, de ojos claros, más débil que fuerte, de mirada y modales afectuosos... — El historiador argentino borró entonces con pena su Artigas. Y nos dejó el otro.

Veamos de penetrar en lo interior

“Su conversación, nos dice Larrañaga, tiene atractivos; habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo en largos razonamientos, pues reduce la dificultad a pocas palabras, y, lleno de mucha experiencia, tiene una previsión y un tino extraordinarios.”

Cuando yo leía esa auténtica descripción, sentía moverse en mi memoria la magna página en que Carlyle nos retrata su Mahoma:

“Sus compañeros le llamaban el *Amin*, el creyente, un hombre de verdad y fidelidad; verdadero en todo cuanto hacía, en todo cuanto hablaba y pensaba. También notaban que, en todo lo que decía, daba siempre a entender alguna cosa. Hombre más bien taciturno, y, cuando nada tenía que decir, silencioso; pero oportuno, discreto, sincero cuando hablaba, y siempre esclareciendo la cuestión: único modo digno del discurso. Carácter grave y franco; pero, al mismo tiempo, cordial, amable y hasta jocosos y amigo de la risa de vez en cuando.”

Salvo lo de *taciturno*, yo veo mucho de Artigas en ese árabe Mahoma, conocido de Carlyle. No me gusta lo de taciturno, porque nos desvía del carácter que buscamos; nos sugiere la idea de sombrío, ceñudo, montaraz, en el sentido de insociable o bravío; la de impasible, sobre todo.

Y no es eso lo que vio en Artigas el inglés Robertson, por ejemplo. “Pienso, dice, que si los negocios del mundo entero hubieran pesado sobre sus hom-

bros, hubiera procedido de igual manera. Parecía un hombre abstraído del bullicio, y era, bajo ese punto de vista, semejante al más grande de los generales de nuestra época, si se me permite la alusión."

Eso ya es otra cosa: abstraído, pensativo, en comunicación constante consigo mismo. Eso sí: eso es perfectamente suyo: era un ambulante, un viajero silencioso de soledades psíquicas. Eso le daba una seriedad clásica, y un sereno laconismo; permanecía siempre a alguna distancia de los demás; algo quedaba siempre guardado en él; entre sus palabras se formaban silencios, largos algunas veces.

Pero no era un impasible, nada más ajeno al carácter de aquel hombre estoico, pero de gran carazón, de intensa vida afectiva, y también imaginativa. Me han llamado mucho la atención las persistentes referencias a su sensibilidad, que hallamos en los que lo vieron. Artigas, aunque no desprovisto de cierta afectuosa jovialidad, con los humildes especialmente, reía poco; sólo de vez en cuando, y moderadamente, sin carcajada; he notado, en cambio, que los observadores de su vida interna nos hablan con frecuencia de su llanto. Yo encuentro muy interesante el llanto en ese solitario intrépido y fuerte. Don Joaquín Suárez, por ejemplo, al hablarnos de su honradez, y de que jamás faltó a su palabra, nos dice que era *muy sensible* con los desgraciados, el déan Funes advierte su *extrema sensibilidad*; el general Díaz nos lo pinta conmovido en alto grado; "he regado su sepulcro con mis lágrimas," escribe él mismo, al comunicar la muerte de Blas Basualdo, su capitán y amigo predilecto. Pero, más que todo eso, me ha interesado lo que dice el coronel Cáceres en sus Memorias: "Se acordaba, *con lágrimas en los ojos*, de Valdenegro y

Ventura Vázquez; decía que eran hombres que hubieran sido muy útiles al país, si no hubieran sido venales y ambiciosos”.

Juzgo que hallaréis en todo esto motivo de meditación.

Venales y ambiciosos...

Cuando sepáis que Artigas vivió y murió en la mayor pobreza, como un anacoreta; cuando lo veáis preferir el honor a los honores, desdeñar el renombre y la gloria personales, elegir funcionarios entre sus propios adversarios, cuando los juzgaba aptos para el cargo, mientras separa de él a sus amigos y parientes, y hasta impedir que se levantaran las calumnias que contra él forjaban sus enemigos, no podréis menos de convenceros de que estáis en presencia de un alma solitaria, original y misteriosa, si las hay. En ese odio a todo lo que es ambición y venalidad, que arranca lágrimas a Artigas; en ese desprendimiento de todo interés humano, veréis la fuente de una fortaleza y de una tenacidad en el propósito y la acción, que sólo los insensatos confundirán con la estúpida soberbia, o con la vanidad de los prepotentes.

Artigas no fue un soberbio; no había en él ni un átomo de lo que puede constituir un tirano o un déspota; pero era de una altivez inflexible; todo lo hubiera soportado antes que el menoscabo de su dignidad. Ese rasgo de su carácter, que encontramos en los otros miembros de su familia hidalga, de antiguo ouño español, determina en gran parte su fisonomía moral. Fue enemigo de las apariencias ostentosas; si bien siempre vistió con decencia, y hasta con esmero, nunca usó insignias ni entorchados; el deleite del predominio, el abuso de autoridad, la insolencia, el pla-

cer de menospreciar a los hombres, a los humildes y caídos sobre todo, eran tan ajenos a su carácter, como el servilismo o la humillación ante quien pretendía erigirse en autoridad sin derecho. Nadie ha sido más respetuoso y sumiso que él de toda superioridad real y verdadera; pero nadie más altivo ante las falsas grandezas. Se inclina ante el sabio Larrañaga, y se yergue ante el virrey de Lima.

Y yo os aseguro, mis amigos, que, si no fue el orgullo el móvil de su vida, mucho menos lo fue el deleite sensual. Sus costumbres fueron morigeradas y sencillas; era muy sobrio en la mesa; no bebía alcohol, y sí, muy a menudo, la infusión de *hierba mate* del Paraguay; fumaba moderadamente, detestaba el juego; no se le conoce drama alguno pasional, ni siquiera afecciones vehementes o privanzas.

Con esos elementos, pues, y con mi largo trato con el Artigas invisible que me es familiar, obtendremos un retrato bastante fiel de aquella interesante persona, es decir, de aquel cuerpo informado primeramente y modelado después por el espíritu de Artigas. Porque yo os invito, para hacer en este caso obra de arte, a que distingamos en el hombre tres elementos, el alma, el cuerpo y *la persona*. No entremos a definir eso con demasiada precisión. Si se hubiera exigido a Virgilio que definiera aquel su *lacrimae rerum*, lágrimas de las cosas, que la humanidad aun repite, no sé si hubiera podido salir del paso.

Como el correr de los ríos abre su cauce natural, y los aluviones dejan su huella, y como toman los cuerpos su propio color según su composición química, así el correr de las pasiones, las operaciones de la inteligencia, las vicisitudes de la vida van amasando y dando sus coloraciones y formas a este barro

plástico de que se forma nuestro cuerpo pasajero, y dejando en él la historia del alma persistente. La impasibilidad, por ejemplo, es superficie intacta en la frente, línea sinuosa en la boca, trazo seguro en el perfil, en la recta de la nariz, en las curvas de las mejillas o de la barba. De ahí procede aquella impersonalidad soberana de las estatuas que nacieron en Grecia; eran dioses impassibles, inmortales, inaccesibles a las ofensas del tiempo. No bien se hacen hombres, las estatuas comienzan a padecer; la sangre afluye a la superficie, la comisura de los labios se les estría o retuerce; la piel se arruga; el músculo contraído perturba su ondulación serena; la actitud y el andar olvidan la divina eurytmia; la frente y los ojos se atormentan, la desnudez se avergüenza. Algo de eso pasará más tarde con las figuras del Renacimiento: las candorosas actitudes, las coloraciones ingenuas, las simplicidades celestes y rosadas se hundirán para siempre en las grises realidades; vivirán más la vida del tiempo; pero, precisamente por eso, nos sacarán menos de la realidad, es decir, nos llevarán menos a lo desconocido.

Vosotros, mis graves artistas, tenéis que plasmar en vuestro Artigas un hombre que padeció; pero creo que saldréis tanto más con vuestro intento, cuanto más consigáis conciliar esa misión con la de darnos todo lo de impassible que pudo existir en aquella noble criatura; cuanto más logréis detener en el bronce aquella forma corporal modelada por la vida: la influencia recíproca del cuerpo y el alma coexistentes, consustanciales.

Veamos, pues, la arcilla en que aquel Artigas fue modelando su obra corporal. Era de estatura mediana; no tenía contextura atlética, ni siquiera muy robusta,

su aspecto parecía más bien delicado. No era erguido de cuerpo; aquel "aspecto imperioso" de que nos habla Grandshire, el marino francés, más que de su estructura ósea, dependía de las varoniles proporciones de los miembros, unidas al reposo de las actitudes y movimientos habituales. Hubo quien lo vio de grande estatura; lo parecía, no hay duda, en ciertos momentos, sobre todo cuando montaba a caballo; pero no había tal. Tenía la cara ovalada, ligeramente aguileña la nariz, los ojos claros, pardos azulados, muy serenos y fijos, de larga mirada inmóvil. Era fina la comisura de sus labios, pero el superior muy amplio; fuerte el maxilar inferior, pero sin tendencia al prognatismo, poco salientes los pómulos; la tez pálida, linfática, casi enfermiza, poco poblada la barba, que él se rasaba, conservando sólo su arranque sobre las mejillas; tenía el cabello escaso y fino, ligeramente ondulado, de color castaño; en su vejez, le caía en rizos blancos sobre los hombros. Una depresión característica de los temporales y parietales, unida a la calvicie precoz hereditaria, hacían muy aparente la amplitud de su bóveda frontal, y daban a su cabeza los caractères jerárquicos que, según la craneología topográfica, constituye, como dice López, el mejor tipo de la raza caucásica: amplitud del diámetro ánteroposterior del cráneo con relación al transversal, fuerza en las órbitas, reducción de los pómulos, corrección del ángulo facial. Si a todo esto agregamos una delicadeza en las manos que alguno observó, no sin sorpresa, en él, tendríamos bastante, me parece, para restaurar el retrato que de aquella interesante persona nos dejó Bompland, su consecuente amigo. Quiero, sin embargo, como complemento y comprobación al mismo tiempo de lo que

os he dicho, que leáis conmigo una encantadora tradición doméstica, que debemos a una anciana sobrina de Artigas, doña Josefa Ravía, que todavía llamaba *tío Pepe* al héroe de Las Piedras, y que, a los 93 años de edad, dictaba sus recuerdos en la forma ingenua que veréis, y es preciso conservar. Tengamos presentes esas páginas, transparentes como el agua que corre

“Por relaciones de familia, dice la anciana, sé que, en sus primeros tiempos, *tío Pepe* se ocupaba en sus estudios aquí en Montevideo, sus hermanos, don Manuel y *tío Cucho* (don Cirilo), se ocupaban en las estancias de su padre, don Martín Artigas, que se sentía cada vez más achacoso, y había confiado los quehaceres de campo a esos sus hijos.

“*Tío Pepe* iba a las estancias por vía de paseo; en ellas adquirió relaciones de familia con los Latorre, de Santa Lucía, y los Pérez, del valle del Aiguá. Repitió esas visitas al campo, y fue tomando afición a sus faenas; pero como no tuviera en las estancias de su padre una colocación estable, se ponía de acuerdo con los Latorre y los Otorgueses, con don Domingo Lema y don Francisco Ravía, y salían a los campos de don Melchor de Viana, con autorización de éste y del gobernador de Montevideo, a hacer cuereadas, utilizando también las gorduras y las astas.

“También tenía autorización del gobernador para sacar de Montevideo medias-lunas (cuchillos curvos) con que desjarretaban los animales, pues los paisanos no estaban avezados a desjarretar con los cuchillos, y el que lo hacía era muy aplaudido por los compañeros.

“Las medias-lunas eran hechas por el herrero don Francisco Antuña; y como hacía muchas más de las que tenía autorización para llevar al campo, las pasaba clandestinamente don Francisco Ravía por el Portón. Tío Pepe decía que esas medias-lunas eran para armar a los paisanos, y defender a la patria. Con ese mismo fin, sacaban continuamente para el campo cuchillos de marca mayor.”

Suspendo un momento la lectura, caros artistas, para haceros notar que esas medias-lunas y cuchillos de marca mayor, enastados en cañas, que Artigas sacaba *clandestinamente*, serán las lanzas de las caballerías orientales, en las primeras batallas de la independencia; las vencedoras en San José y Las Piedras. Tened en cuenta que Artigas preparaba este parque primitivo, mucho antes de la revolución de Mayo. Es muy útil que lo tengáis en cuenta.

“En cuanto al carácter personal, continúa la anciana, lo tengo muy presente, porque desde niña he estado oyendo grandes diálogos de tía Martina Artigas, hermana de tío Pepe, con mi tía Josefa Ravía, sobre el carácter, hechos y costumbres de aquél, hasta la época que voy refiriendo. Todos decían que tío Pepe era muy paseandero, y muy amigo de sociedad y de visitas, así como de vestirse bien, a lo cabilante, y que se atraía la voluntad de las personas por su modo afable y cariñoso.

“Su traje era análogo al de cabilante; su fisonomía abierta, franca y hasta jovial. Era de estatura regular y de cuerpo delgado; usaba buen pantalón y buena bota; nunca quiso usar espuelas grandes, que eran las de moda entre los mozos de campo, ni llevar el cuchillo a la cintura, pues fue de los primeros que lo usaron entre caronas (piezas de la montura del

caballo). Usaba el sombrero sobre el redondel de la cabeza; pero cuando galopaba a caballo o entraba en las lidias de campo, se lo echaba a la nuca. Su fisonomía era simpática, y ya en esa época, y ocupado en las labores referidas, las jóvenes de Montevideo se disputaban su persona. Tío Pepe y tío Martín eran muy blancos y tenían el cabello castaño; tío Cucho y tío Manuel eran morenos.

“Sus antecedentes en la familia eran excelentes, hasta el punto de que todos los parientes lo consideraban como el jefe de ella.

“La casa de don Martín Artigas era visitada por todos los parientes, y estaba situada en la calle Wáshington (de *San Diego* se llamaba entonces), inmediata a la plaza de toros, en que aquél tenía un sitio de preferencia y concurría con su familia.

“Como una prueba de la vida holgada que en aquella época tenía la familia de Artigas, está el gran número de ganados mansos que poseía antes de la guerra de la patria, y las grandes ventas que hacía don Manuel, su hijo mayor, quien entregaba a su padre fuertes cantidades de onzas de oro, que contaba hasta en presencia de las visitas.

“En cuanto a la afirmación que se ha hecho de que tío Pepe haya abandonado la casa paterna contra la voluntad de su padre, que lo quería a su lado en Montevideo, para entregarse a los trabajos del campo, baste saber que don Martín Artigas era el que recibía en Montevideo las carretas de cueros que mandaba tío Pepe del campo. Eran conductores de ellas, don Francisco Ravía, don Domingo Lema y don Manuel Latorre con sus esclavos. Don Martín vendía la carga, la metalizaba y repartía su importe.

“He citado el traje habitual y el modo de vivir honrado de tío Pepe Artigas. Ahora, hablaré del traje que usaba desde que fue nombrado oficial del regimiento de blandengues. Parece que hubiera tenido de antemano vocación para la carrera militar, pues desde el primer día que se puso la casaquilla de blandengue no se le vio otro traje en Montevideo, pues además de la que había recibido en su regimiento, se había mandado hacer otras iguales, una que guardaba en el Cordón, en las casas que hoy llaman de Lomba, y que entonces se llamaban de Artigas, y otra que guardaba en la Aguada, para mudarse a cada paso, e ir a los bailes con su compañero inseparable, el buen patriota don Manuel Pérez, a cuya esposa, tía María del Carmen Gomar, acostumbraba Artigas dar bromas por esos bailes, por más que don Manuel era un excelente y fiel esposo, aunque de genio jovial y amigo de diversiones.

“Don José Artigas, en la época que fue oficial de blandengues y comisario de la Unión y de la Aguada, por el año 1806, vestía lo mejor posible; usaba lujosa camisa de hilo de Holanda, chaleco de raso y ricos pañuelos de seda de bolsillo, muy en uso entonces.”

La anciana que nos da estos ingenuos y preciosos recursos para la evocación del héroe oriental, vivo y bien visible, dice también “que recuerda haber visto los fracs con que su tío Pepe concurría a los bailes, y que, otras veces, el traje que llevaba, como el de todos los jóvenes decentes de su tiempo, era, cuando no usaba casaca larga, una chaquetilla ajustada al cuerpo, con más o menos bordados de trencilla fina en el pecho, y un gran pino bordado en la espalda; pantalón ajustado sobre la caña de la bota, rico chaleco de raso y corbata.”

Demos gracias, amigos artistas, a la buena nonagenaria que nos ha dejado el tesoro de esos sus áureos recuerdos, que nos permiten ver tan de cerca al gentil capitán de blandengues, que algunos amables historiadores han presentado como un salvaje troglodita.

Pero es preciso que os lo haga ver mejor todavía, para terminar Busquemos a alguien que lo haya mirado con mayor intensidad que la buena anciana. Encontramos al célebre deán Funes, prócer de la independencia argentina, doctor de la Universidad de Córdoba, e historiador de autoridad única acaso en su época, que parece haber visto algo en el fondo de los ojos claros del libertador oriental. El retrato que de éste nos hace es magistral, en su intensa sobriedad de tonos fundamentales.

“Artigas, dice, es un hombre singular, que reúne *una sensibilidad extrema*, a una indiferencia al parecer fría; una sencillez insinuante, a una gravedad respetuosa; un lenguaje siempre de paz, a una inclinación innata a la guerra; un amor vivo, en fin, por la independencia de la patria, a un extravío de su verdadera dirección.”

No hay duda, amigos artistas: Artigas era un hombre singular, un hombre extraño. El historiador argentino vio su rasgo heroico: era un solitario; estaba ausente de los demás, porque jamás lo estaba de sí mismo. Y no es ésta una simple frase; la veréis comprobada en su vida entera; tenía un extravío clásico, con relación al ilustre deán Funes, y a los togados coloniales que con él sentían y pensaban, respecto de la independencia. No la había aprendido, ciertamente, en Bentham, ni en Rousseau, ni en la revolución francesa; la supo en sí mismo, en su yo americano. Fue un enigma para su época, como lo son todos los

hombres sin época, absolutos, objetivos, el historiador argentino don Bartolomé Mitre, recogiendo palabras precipitadas que dijo en hora menguada, condensa sus vacilantes opiniones sobre él en estas palabras escritas el año 1881: "Artigas es hoy *una especie de mito*, del que todos hablan y ninguno conoce, y cuyo significado histórico es más complejo de lo que a primera vista parece". ¡Un mito! ¡Un enigma! Sí, lo fue... pero ya no lo es, está descifrado, amigos míos, está plenamente descifrado.

III

Tal era el personaje que esperaba su hora en la Banda Oriental, cuando, en el mes de mayo de 1810, el virrey Cisneros fue depuesto en Buenos Aires. Vigodet, el gobernador de Montevideo, primero, y Elío, el virrey enviado a suceder a Cisneros, después, repudiaron a la Junta de Mayo, como sabemos, e hicieron de la ciudad oriental el centro de la resistencia monárquica absoluta.

Artigas, por su parte, clavó los ojos en el movimiento de Buenos Aires, y, si bien se sintió arrastrado a él, no reconoció del todo su visión en las declaraciones del 25 de mayo. No. la libertad por él soñada de tiempo atrás, y para cuya conquista formaba su arsenal de lanzas primitivas, no se llamaba Fernando VII, el objeto de la revolución no era ni podía ser el "conservar esta parte de América a su Augusto Soberano, el Señor Don Fernando, y sus legítimos sucesores", como lo decía el juramento a que se habían ligado los primaces de la revolución, y era la fórmula, más o menos sincera, adoptada en toda América. Él, que era un hombre real, sentía

gran repugnancia hacia todo lo que no era verdad. Y no era tal el mensaje del dios interior de que era depositario, y que sonaba en su oído al dar todas las horas. Desfigurarlo le parecía una profanación. Fuera de la nota que Artigas, hablando en nombre de la Junta de Buenos Aires, escribe después de la batalla de Las Piedras, no hay, en toda su vida, una sola palabra de reconocimiento al rey; ni una sola. Y él es el primero que desconoce tal entidad expresamente, bárbaramente; el primero, como lo hemos dicho, que pronuncia las palabras de Henry, el anglo-americano: "César tuvo un Bruto; Carlos I un Cromwell, y Jorge III..."

Por otra parte, en el movimiento iniciado por Buenos Aires él no veía perfectamente garantido lo que constituía la esencia de su pensamiento: la conservación y la autonomía del pueblo oriental, en la familia española, la supresión, y no el cambio de dueño para la patria, cuyos límites había estudiado con Azara. Él veía con toda nitidez en ésta un estado, una *provincia*, como entonces se llamaba a tales estados (Provincia de Chile, Presidencia de Quito, Gobernación de Caracas, etc., etc.); un organismo íntegro, una persona colectiva, con todos los atributos esenciales de la persona: con pensamiento y voluntad; con libertad, propiedad, dignidad, destino propio, y no supeditado a otros destinos, fin de sí misma, y no medio para que otros consiguieran el suyo. En ese concepto, la Provincia Oriental era exactamente lo mismo que la Provincia Occidental del Uruguay, o la Provincia de Chile: hermanas que se emancipan; unidas, pero distintas.

Nadie mejor que Artigas conocía y sentía, sin embargo, la incompatibilidad de caracteres entre las dos

hermanas del Plata, fundada en las causas profundas que os he hecho notar en mis anteriores conferencias: estructura étnica y geológica, edad, tradiciones, educación, fortuna, intereses, relaciones con la madre común. Él sentía la tendencia de Buenos Aires a considerarse como dependencia suya a Montevideo; a mirar a su hermana con cierto altivo desdén que la ofendía; a arrebatarle sus glorias privativas, y hasta a perjudicar sus intereses, favoreciendo el puerto de Buenos Aires, puerto único, a expensas del de Montevideo, simple plaza fuerte.

Nadie mejor que Artigas conocía, pues, la resistencia del pueblo oriental, desde la capital hasta el último confín del territorio, a compartir, con su opulenta y altiva hermana occidental, la casa común, y a no tener la propia, por más modesta que fuera. Puede afirmarse que la resistencia en Montevideo hacia Buenos Aires no era inferior a la que le inspiraba España misma. El pueblo no hubiera sacudido el yugo de ésta para cambiarlo por el de aquélla; no se hubiera preferido ser español. "Sería muy ridículo, dice Artigas, que el Estado Oriental, no mirando ahora por sí, prodigara su sangre frente a Montevideo, y mañana ofreciera, a un nuevo cetro de hierro, el laurel mismo que va a tomar sobre sus murallas. La Provincia Oriental no pelea por el restablecimiento de la tiranía en Buenos Aires."

He ahí, mis amigos artistas, el problema planteado, no por Artigas ciertamente, sino por la misma naturaleza de las cosas.

¿Debía Artigas, a pesar de todo eso, despertar a su pueblo, para adherirlo al movimiento del 25 de

mayo? ¿O debía hacer lo que el doctor Rodríguez de Francia en el Paraguay?

Artigas no vaciló: debió hacer lo primero, y lo hizo. El vio, desde el primer momento, una garantía que le permitía prometer la libertad a sus compatriotas sin engañarlos; la vio, con toda precisión, en la analogía de costumbres, de ideales, de estructura sociológica, entre los diferentes pueblos argentinos, con excepción de los togados de Buenos Aires, y el oriental. Ese vínculo entre los pueblos occidentales y el oriental era mucho mayor que el que ligaba a aquéllos con la capital del virreinato. Si bien en aquéllos no concurrían las condiciones necesarias, como en Chile o en Bolivia o en el Paraguay, para formarse estados independientes; si bien constituían con Buenos Aires una entidad geográfica casi imposible de disgregar, pues era Buenos Aires el puerto único de aquella inmensa región, había en ellos energías bastantes para rechazar toda imposición de la capital que significara la sustitución del despotismo. El fenómeno que advertimos en el Uruguay, existía también en las otras provincias argentinas: no rechazaban éstas menos el yugo de Buenos Aires que el de España. Era preciso, sin embargo, empezar por sacudir éste, y, para ello, la unión se imponía por la ley natural. Pero el único vínculo posible de unión era la *alianza federal*, o, para que las malhadadas palabras dialécticas o técnicas no nos sugestionen, digamos el respeto mutuo entre las unidades sociológicas, más o menos embrionarias, pero vitales, que allí estaban formadas.

Es de advertir, y os pido lo hagáis con grande empeño desde ahora, que, entre los pueblos o provincias con que Artigas contaba, figuraba, en primer

término, y con caracteres muy salientes, la Provincia del Paraguay, limítrofe al Norte, como el Uruguay al Sur, de los dominios portugueses, y geológicamente unida al macizo orográfico brasileño, al continente atlántico. El peligro portugués los vincula, pues, especialmente. Artigas conoce bien a los caudillos paraguayos y es por ellos conocido y respetado, pues, como sabéis, ese capitán de blandengues, ayudante de Azara, ha recorrido mucho aquellas regiones fronterizas; tiene allí formado su prestigio; ha sido compañero de armas, en la defensa de Montevideo contra los ingleses, de aquellos caudillos, enviados, con soldados paraguayos, por el gobernador español Velazco, en auxilio de la ciudadela platense amenazada; ama a aquel pueblo: comprende, sobre todo, la importancia vital de su concurso, como limítrofe del portugués, en el plan político que tiene trazado en su cabeza. Ya desde entonces, Artigas vio en el Paraguay su triunfo o su sepulcro. Estaban las dos cosas

En esa idea, pues, de federación o autonomía provincial, se encontraba la garantía de la independencia oriental, si ella llegara a peligrar por obra de la capital del antiguo virreinato. No era imposible que ésta, dándose cuenta clara de la esencia de la revolución y de su misión en ella, supiera conciliar el esfuerzo común con la conservación de la estirpe, con la autonomía regional y con la democracia, pero si así no fuera, y Buenos Aires, como no era tampoco imposible, llegara a pretender sustituirse a los odiosos virreyes, o a traicionar la causa de la familia española o de la independencia, Artigas siempre tendría apelación para ante aquellos pueblos, que acudirían a él, y al hermano oriental, movidos por afinidades naturales, en defensa de sus derechos. Artigas y su

nación serían entonces, y no Buenos Aires, el verdadero núcleo de la revolución hispanoamericana de Mayo. Lo fueron.

No entregaba, por ende, a su pueblo, completamente desarmado, a su rival; cuando menos, estaba firmemente resuelto a no entregarlo: le juró fidelidad en el fondo de su alma y no fue perjuro.

IV

Pero no era eso todo: otro peligro, otro enemigo, que ya hemos señalado y caracterizado, iba a caer sobre su patria al rebelarse contra España y desprenderse de ésta: el enemigo secular, mucho más odioso para el pueblo oriental que España misma, mucho más odioso. Portugal.

Portugal, durante dos siglos, no había cesado, como hemos dicho, de hacer tentativas para pasar la maldita línea divisoria, y dar a sus dominios por límite arcifinio el Uruguay y el Plata: su obra había sido lenta y eficaz; sólo restaba una pequeña parte de lo que había sido y debía ser español en la región atlántica. Vanos eran los esfuerzos, heroicos muchas veces, que aquí se hacían para conservarlo. España, sin tino ni criterio, lo cedía al portugués, en sus tratados, por cualquier cosa, por un abalorio. El centro de cultura de Portugal estaba muy lejos, allá en Río Janeiro. Al Uruguay llegaban sólo las incursiones de sus paulistas bandoleros y de sus contrabandistas, que habían hecho abominable al enemigo portugués. Artigas precisamente, con sus milicianos orientales, había sido, como lo sabéis, el defensor de vidas y haciendas contra esos invasores; el defensor de las fronteras,

sobre todo, de lo último español que quedaba en el Atlántico: la *Banda Oriental*.

Y Portugal, que sólo esperaba la ocasión de repetir sus tentativas y terminar su obra inteligente, creyó que el alzamiento de las provincias platenses contra España había marcado esa hora. El rey don Juan VI, regente entonces del reino, por incapacidad de su madre doña María de Braganza, y perseguido por Napoleón, había establecido su corte en Río Janeiro; era aliado de Inglaterra, que tenía acreditado en la corte a lord Strangfort, como agente diplomático. La mujer del rey portugués, la princesa Carlota Joaquina de Borbón, persona muy poco recomendable, dicho sea de paso, era hermana de Fernando VII; era la hija primogénita de Carlos IV, y la heredera legítima, por consiguiente, según algunos, del trono de España y de sus Indias. Había, pues, aquí en América, una más que mediana propiedad de la sangre real, disponible para esos monarcas: las tierras platenses, que parecían escapar al dominio español, y sus accesorios: hombres, pueblos, tierras y cosas.

Ambos príncipes pensaron en hacerla propia: don Juan y su esposa, cada uno por su lado, porque no vivían en buenas relaciones. La princesa Carlota, a título de ir a "conservar aquellos dominios para su augusto hermano", pensó en hacer un reino para sí misma en la región platense. Ése había sido el primer pensamiento de Belgrano y otros, como sabéis; Pueyrredón fue a Río Janeiro con ese objeto. Para ello, la princesa envió emisarios al Uruguay, proponiendo su regia instalación en Montevideo y su apoyo contra Buenos Aires cuando éste formó su primera Junta en 1810, mandó sus propias joyas, para que fueran vendidas; regaló la primera imprenta que llegó

al país, con el objeto de defender los derechos del rey, su augusto hermano, y secundar sus propósitos.

El rey don Juan, por su parte, ofreció también su concurso, sus armas portuguesas, para defender, por supuesto, los derechos de España, los sagrados intereses de Fernando. Las armas estaban prontas; un ejército se acercaba ya a la frontera uruguaya. Defendería así todo el virreinato, pero recogería, como gaje de la victoria, el territorio oriental, su ensueño. La bandera portuguesa sustituiría a la española en la ceñuda ciudadela de Montevideo; España, en cambio, conservaría la suya en las fortalezas del Callao, y en los alcázares de Buenos Aires y de Santiago de Chile. Otra idea inteligente era complemento de ese plan de Portugal en América dividir el bloque español, conservando lo más compacto posible el portugués.

Artigas, el capitán de blandengues, el compañero de Azara en la defensa de la frontera española, contra las irrupciones portuguesas, sentía todo eso con más intensidad que nadie. El Uruguay estaba amenazado de ser portugués, lo hubiera sido, sin duda alguna, en definitiva, como lo fue transitoriamente, si allí no hubiera estado ese bárbaro de Artigas, si éste no hubiera sustituido la línea imaginaria de Alejandro VI, por un foso de sangre de su pueblo, inmolado a la patria, a la común independencia rioplatense, y a la conservación de la familia hispánica en toda la entrada del gran río.

Y no había tiempo que perder; era urgente la resolución de adherirse, o no, a la iniciativa de Mayo; el movimiento insurreccional contra la metrópoli española palpitaba en Montevideo y en los campos; la simiente, esparcida por el mismo Artigas, brotaba ya

de la tierra; las medias-lunas y largos cuchillos almacenados por él se movían solos.

El gobernador de Montevideo, Vigodet había sido sustituido por Elío, bravo caballero sin miedo y sin tacha, que llegó de España en enero de 1811, nombrado virrey por la Junta de la península, en sustitución de Cisneros, depuesto en Buenos Aires, y estableció su sede en Montevideo. De aquí se dirigió a la Junta de Buenos Aires reclamando su obediencia. La consideraba rebelde, olvidando, sin duda, que él mismo había encabezado la de Montevideo en 1808, y que ésta no fue condenada por España, por más que desconoció al virrey de entonces.

La Junta no reconoció al virrey Elío. Y estalló la guerra.

El elemento nacional, con todos los síntomas de la fiebre americana, se agitaba de tiempo atrás en Montevideo; pero con el carácter diferencial del de Buenos Aires, que notamos oportunamente. El principio de acción o agente dinámico esencial en el movimiento de Buenos Aires fueron los jefes militares. El pueblo los secunda; pero aparece en segundo término. En Montevideo las cosas pasan al revés: el pueblo está en primer término; son los hombres doctrinales los que han de secundarlo; el jefe no puede ser allí un togado transformado en militar. En la Banda Occidental del Plata, es la ciudad la que conquista los campos; en la Oriental, son los campos los que expugnan y recuperan la ciudad.

Hubo un momento en que se creyó poder hacer en Montevideo lo que en Buenos Aires: un motín militar manejado por los próceres civiles, y tras el cual se levantara el pueblo. Se creyó encontrar el equivalente de don Cornelio Saavedra, el comandante del

batallón de Patricios, en los comandantes de dos cuerpos de infantería de Montevideo, don Prudencio de Murgiondo y don Juan Balbín de González Vallejo, que, instigados por los hombres de Mayo, fraguaron, en julio de 1810, la conspiración de que habla Mariano Moreno en su *Plan de Operaciones* que conocéis. Pero no pudo ser: el gobernador Soria descubrió esa tentativa de motín; sus jefes fueron desterrados, y el agente instigador huyó a Buenos Aires. El proceso levantado en España a esos conspiradores se lee, inédito todavía, con detalles muy llenos de color, en los archivos de Madrid.

El elemento nacional o patriota existía en la Banda Oriental como en Buenos Aires; pero no concentrado en la cabeza, sino difundido, como la sangre, por todo el organismo. Desde que, en 1809, había sido disuelta la Junta que nació del Cabildo abierto de 1808, y sustituida por el gobernador delegado de España, ese elemento nacional se había separado del español y organizado; sus primeros directores habían sido don Joaquín Suárez, don Pedro Celestino Bauzá, don Santiago Figueredo, cura de la Florida, don Francisco Melo, y varios otros. Por eso no se concentraba en Montevideo, ni contaba con sus fuerzas militares; unidos a los Barreiro, Larrañaga, Araucho, y a los frailes franciscanos, se movían los García Zúñiga, en Canelones; y los Bustamante y Pérez Pimiento y Aguilar, en Maldonado; y los Escalada, Haedo, Gadea y Almirón, en el litoral del Uruguay; y los curas párrocos de Colonia, Paysandú, Canelones, San José, San Ramón, Colla, las Víboras, Soriano, etc., en sus regiones respectivas. Y, en todas partes, los Artigas: Manuel Francisco, Manuel... y el otro,

el capitán de blandengues, todos ellos instigados y acompañados por sus ancianos padres

Era eso, y no los batallones, lo que era preciso mover y organizar. Y para ello era menester una cabeza; pero cabeza viva, parte integrante del organismo, irrigada por su sangre; cabeza pensante, sobre todo.

Fue, pues, un error suponer, como se supuso un momento, que esa cabeza había aparecido en la persona del doctor don Lucas Obes, asesor letrado del Cabildo, joven brioso y elocuente, entidad muy análoga a los promotores del movimiento de Mayo, y, como ellos, partidario de la coronación de Carlota y de las soluciones de ese género. Precisamente por eso el doctor Obes estaba allí contraindicado.

El virrey Elío no vio eso; ni siquiera lo sospechó, me parece. Creyó que don Lucas Obes era el peligroso, lo encerró en la fortaleza, y lo desterró a la Habana.

Los patriotas que quedaban eran vigilados y perseguidos, Larrañaga, Suárez, Lamas, los mismos frailes franciscanos en su claustro, sólo vivían a fuerza de precauciones. Muchos de ellos acudían a la protección del bien conceptuado capitán de blandengues José Artigas, que intercedió por algunos, pero se hizo sospechoso.

¡El capitán Artigas!

Todas las miradas se dirigían a él, las recelosas de los españoles y las anhelantes de los patriotas. Los primeros no quieren manifestar sus recelos por no precipitarlo, los segundos ocultan sus esperanzas por no comprometerlo. ¿Cómo piensa?... ¿Qué hará?... Desde los hombres de letras, que han sido sus compañeros de estudios y amigos de infancia; desde los

oficiales de la guarnición, y los jóvenes de la sociedad culta, hasta los habitantes casi nómadas de los campos, todos sienten que el capitán Artigas es el hombre. Pero él permanece impenetrable, sólo con su dios interior.

Con él va a la Colonia, de guarnición con sus *blandengues*, a las órdenes del coronel Muesas. De allí dará su contestación, acordada en la comunicación consigo mismo; la que esperan en Montevideo. La forma en que contestará estará de acuerdo con el carácter que os he descrito, y con el que reveló toda su vida: el que distingue a los hombres intensos que llamamos héroes, a los depositarios de la realidad que está en el fondo de todas las apariencias. La acción y la palabra coexisten en esos hombres; el verbo es carne.

Una noticia, que fue un trueno, cayó de repente en Montevideo, y se difundió por los campos: Artigas se había fugado de la Colonia; se había adherido a la revolución de Mayo. La del Uruguay tiene, pues, su cabeza

Ya os hice saber, por los informes de Zufriategui en las cortes de Cádiz, y por los del mariscal Laguna, entre otros, la impresión que produjo, en la causa española, la defección de aquel simple ayudante mayor de blandengues.

Veremos después los esfuerzos que se harán para recuperar al desertor; pero bueno es que conozcáis, desde ahora, la contestación de Artigas a la primera tentativa que hace Elío para reconquistarlo, no bien regresa de Buenos Aires, como conductor de su pueblo: "Vuestra Merced sabe muy bien, contesta Artigas, cuánto me he sacrificado en el servicio de Su

Majestad; que los bienes de todos los hacendados de la campaña me deben la mayor parte de su seguridad, ¿Cuál ha sido el premio de mis fatigas? El que siempre ha sido destinado *para nosotros*. Así, pues desprecie Vuestra Merced la vil idea que ha concebido, seguro de que el premio de mayor consideración *jamás será suficiente a doblar mi conducta*, ni hacerme incurrir en el horrendo crimen de desertar de mi causa."

He ahí, mis amigos, el temple de la resolución que mueve a ese capitán que se fuga de la Colonia. En esa frase *el premio que siempre ha sido destinado para nosotros* están sus agravios; no los personales, sino los de *nosotros*. Personalmente puede obtenerlo todo; todo se le ofrece y se le ofrecerá, pero los *derechos* del pueblo americano no serán reconocidos. Como Washington, cuando dijo "nada puede esperarse de la justicia de la Gran Bretaña", Artigas está convencido de que nada hay que esperar *para nosotros* de la metrópoli española, nada. Por eso ha tomado su resolución. Y ésta será inquebrantable.

El ayudante mayor Artigas había llegado a la Colonia, procedente de Paysandú, con su resolución adoptada, y también revelada a sus parciales, no sólo de la Banda Oriental, sino de Entreríos, en la otra margen del Uruguay, donde su nombre y sus proyectos, mucho más que los de Buenos Aires, corren por campos y poblados. Su situación es insostenible dentro de los muros de la Colonia; sus trabajos por sublevar los sargentos y soldados de la guarnición trascienden, Muestras los siente en el aire; los pasos del sospechoso ayudante mayor son vigilados; los co-

ños se arrugan. Llega, por fin, el hecho determinante la noticia de que Elío, el 13 de febrero, ha declarado la guerra a Buenos Aires. El 15, Artigas, caudillo de los Orientales, está a caballo en el campo.

De acuerdo con el cura de la Colonia, doctor Enrique Peña, su amigo y confidente, y con el teniente Ortiguera, su compañero de armas, resolvió lanzarse a la empresa. Hablan las historias de una disputa entre Muelas y Artigas; afirman otros que el Libertador fue preso y se evadió. No lo creo, porque la firma de Artigas figura, el mismo día de su defección, en la lista de su regimiento.

Ese día fue el 15 de febrero; no el 2, como también se ha dicho. Acompañado del doctor Peña y de un negro esclavo de éste, *tío* Peña, abandonó la Colonia; recorrió nueve leguas, y fue a refugiarse en un bosque de la estancia de don Teodosio de la Quintana, situada en la costa del *Arroyo San Juan*, entre el *Paso del Hospital* y el *Cerro de las Armas*. Desde su refugio en el monte, por intermedio del cura, se puso en relación con de la Quintana, rico propietario de aquellos campos, que le prestó todo su apoyo; le proporcionó un *baqueano* o experto conductor, Chamorro; puso a sus órdenes algunos hombres, a cuya cabeza iban sus dos hijos, Pedro y Pablo, que lo acompañaron hasta la costa del Uruguay, y le regaló cincuenta onzas de oro y una tropilla de excelentes caballos.

El capitán de blandengues, transformado en Libertador del Uruguay, emprende su primera marcha con el primer ejército de la patria, un puñado de negros lanceros; se dirige hacia el Norte, hacia el Río Negro; atraviesa éste por el paso de Tres Arboles, y

busca la costa del Uruguay. En el trayecto anuncia a sus amigos la buena nueva. su próximo regreso; le da la cita de la patria, los llama a la gloria. Cruza el departamento de Soriano, pasa por Mercedes y por Paysandú y deja allí a Ramón Fernández, gobernador militar de aquella region, y ardiente partidario suyo, la orden del inmediato levantamiento. Esa orden es cumplida a los pocos días, pues, como lo verás, ocho o diez días después de pasar allí el Libertador, tiene lugar el GRITO DE ASENCIO, dirigido por Fernández, que acababa de recibir la consigna, y que comunica inmediatamente el suceso al caudillo que lo determina, y que es su verdadero protagonista.

Artigas cruza entonces el río Uruguay, y pasa territorio occidental de Entreríos, donde continúa la obra que allí tiene comenzada. incita al pueblo entrerriano a la insurrección, y consigue que se levante, acaudillado por Ricardo López Jordán, Vicente Zapata, y, sobre todo, por el joven y valiente paisano Francisco Ramírez, su protegido y apasionado secuaz. En las primeras comunicaciones que envía Zapata a la Junta de Buenos Aires, dándole cuenta de su levantamiento, ya se la da de haber procedido con el apoyo "de veinte blandengues y un sargento del capitán Artigas". Allí comienza ya a ser éste el alma de todos aquellos pueblos que despiertan a su voz, a la misma hora; dispone de la insurrección de Entreríos enviando, desde Nogoyá, ochenta soldados de ésta a unirse a los orientales que han cumplido sus instrucciones en Asencio, y de allí se dirige a Buenos Aires, donde anuncia a la Junta su resolución, y el levantamiento en masa de su pueblo, del pueblo oriental que, para ser dueño de sí mismo, ofrece su alianza

al occidental, su hermano en la raza, en la lengua, en los destinos, por intermedio del que será *el hombre de nuestra América atlántica*, la forma personal de aquel héroe anónimo autor, según Estrada y Sarmiento, de la revolución, y que apareció, en la plaza de Buenos Aires, el 25 de mayo de 1810.

CONFERENCIA VIII

EL HOMBRE Y LOS HOMBRES

Artigas ante la Junta de Buenos Aires — En busca de la independencia republicana — ¡Jefe de los Orientales! — Estado de la Junta de Mayo — Las discordias — La extincion del espíritu de Mayo. — Doscientos pesos y ciento cincuenta soldados. — Teniente coronel — El Libertador — En el suelo de su patria — La “Calera de las Huérfanas”.

I

Mis amigos artistas.

Creo que estáis habilitados para apreciar, en todo su significado, la escena en que el protagonista de este drama se presenta ante la Junta revolucionaria, y le ofrece su espada. Es un cuadro lleno de color y de movimiento; un acto de exposición, en que las figuras cobran su tono relativo. Confesemos que la de Artigas, que vemos en el primer plano, se nos ofrece muy llena de carácter en su simplicidad.

Bien se ve que quien ha llegado a Buenos Aires es un héroe, es decir, un sincero, un ingenuo. Él ofrece “llevar el estandarte de la libertad hasta los muros de Montevideo”, y pide auxilio de municiones y dinero para sus compatriotas. Pero desde el primer momento se advierte que aquel hombre de la región oriental es un *extraviado clásico*, como lo dijo el deán Funes; un elemento extravagante. Un héroe tiene siempre algo de bárbaro, indudablemente; los de Homero no son otra cosa: son la Naturaleza.

Todos los miembros de la Junta, que tienen sus proyectos y ambiciones propias, clavan los ojos en los ojos claros, llenos de pensamientos impenetrables, a fuerza de evidentes, de aquel altivo y sereno capitán de blandengues, mezcla de hidalgo y de pechero, de patricio y de centauro americano. Dice que busca la independencia de su patria. Pero eso dice poco... o dice demasiado. ¡La independencia! También afirmaba el deán Funes, insigne jefe intelectual de una de las fracciones de la Junta, de la predominante, y hombre experto en libros muertos, "que Artigas tenía un amor vivo por la independencia, pero con un extravío clásico de su verdadera dirección".

¿Cuál era la verdadera?

He ahí el gran problema, que, lejos de ser claro, se presentaba más que medianamente oscuro.

Nadie menos que la Junta, cuyos miembros miraban al recién llegado, podían resolverlo, porque en ella no había un pensamiento, ni sobre el modo de obtener la independencia, ni aun sobre la independencia misma. Ya hemos estudiado todo eso con detenimiento. Ya sabemos que allí no estaba el hombre.

Y Artigas se presentaba lleno de entusiasmo, como si se tratara de la cosa más sencilla del mundo. La voz *entusiasmo* viene de *en theos*, un dios interior. "El hombre puede embriagarse de su propia alma, dice Víctor Hugo; y esa borrachera se llama heroísmo". Víctor Hugo suele ser un poco enfático en sus imágenes, pero creo que ésta, con no carecer de énfasis, no deja de tener su intensa verdad. Hay una embriaguez de alma en la idea fija, en la obsesión del hombre inspirado, héroe, genio, poeta, vate o como queráis llamarle, que todo es uno. Artigas tenía algo de esa embriaguez; no podía darse cuenta de

que se presentaba en un momento inoportuno; allí no había nada que se pareciera a entusiasmo.

Precisamente en el momento en que aquél ofrecía su esfuerzo heroico y el de su pueblo, el espíritu revolucionario sufría congojas en Buenos Aires, y quebrantos de muerte.

El *Mefistófeles blanco*, de que os hablé días pasados, soplabá en los oídos de los próceres: éstos comenzaban a creer que acaso aquella rebelión, iniciada sin orden expresa del Rey Nuestro Señor, era sugestión diabólica, o cosa parecida. La idea de un acomodamiento, en cualquier forma, ganaba terreno. La fe en el pueblo, de que Artigas estaba poseído, la esperanza de hacer de él la base de "una nueva y gloriosa nación"; el pensamiento del 25 de mayo, en una palabra, si es que 25 de mayo significa independencia democrática, es decir, aurora del día en que hoy estamos, era una llama que, si había estado encendida en aquellas almas, se estaba muriendo en ellas, soplada por un pálido fantasma.

Eso sólo vivía, y vivirá, para siempre jamás, en la mirada tranquila de aquel extraño capitán de blandengues, ebrío de alma, que busca ingenuamente la independencia de la patria republicana Y nada más.

Aquel hombre se llama *Jefe de los Orientales*.

¡Jefe de los Orientales! ¿Es decir, jefe de una provincia del virreinato, que debe someterse al destino de las demás, de Córdoba, de Cuyo o del Paraguay, y recibir, por consiguiente, la libertad que Buenos Aires quiera darle, o someterse a perderla si éste no se la otorga? Sólo así podría aceptarse a ese *Jefe de los Orientales*. Y si así fuera, aquel militar veterano, inteligente, lleno de autoridad y de prestigios, sería una inapreciable adquisición. Era precisa-

mente ese jefe el hombre indicado por Mariano Moreno como el árbitro de la Banda Oriental. ¿No sería el general que aun no había aparecido en Buenos Aires? Porque era indudable que allí no había aparecido un general, Saavedra no lo era; San Martín no había llegado todavía... Era menester improvisar hombres de guerra con abogados, con guardias nacionales, con milicianos valientes. ¡Si aquel militar que llegaba se conformara con ser un simple general de la Junta de Buenos Aires, y estuviera persuadido de que su misión no podía ser otra que la de secundar los planes de quien en ésta predominara!

Pero Buenos Aires no se equivocaba al mirarle los ojos. Ese capitán de blandengues no parece convencido de tal cosa; viene resuelto, y resuelto a todo, con una convicción madura, que parece sincera e inquebrantable. Jefe de los Orientales quiere decir, para él, no el simple militar graduado por la Junta de Buenos Aires, sino el conductor de un pueblo de varones, que se desprende, no de otro pueblo americano, sino de la madre europea, y que, para la consecución del propósito común, ofrece su alianza a un hermano, que ha proclamado el primero, animosamente, aquel propósito, y que ya no puede volver atrás.

Es, pues, un hombre peligroso por lo ingenuo y de buena fe, un alucinado quizá. Y es fuerza usar de muchas precauciones para con él, hasta estar bien seguros de su docilidad.

II

¿Y a cuál de las tendencias de la Junta hubiera debido someter sus intenciones ese Jefe de los Orientales, para ser persona grata?

Esa Junta, que no se paraba en barras, como lo probó la muerte de Liniers y sus compañeros, ya había decretado la destitución del Cabildo de Buenos Aires, y el destierro de sus miembros, y la confiscación de los bienes de éstos, y hasta la pena de muerte contra los que contrariaran sus propósitos. Allí estaba la fracción de Saavedra, que éste presidía, y tenía sus partidarios, y predominaba. Allí la de Moreno, su ilustre secretario, que, habiendo combatido a Saavedra, por atribuirle tendencias a rodearse de la majestad real, había sido vencido en la pugna y acababa de ser extrañado del país, y había muerto, sabe Dios cómo, en el mar, pero dejando en Buenos Aires sus parciales.

¿Debía ser Artigas de los *saavedristas* o de los *morenistas*, que serán más tarde *federales* y *unitarios*? Belgrano, miembro insigne de la primera Junta, había aceptado el mando de la expedición al Paraguay, para huir, según su propia confesión, de las irremediables disensiones del cuerpo de que formaba parte.

Pero esas disensiones lo siguieron: el 5 de abril de 1811, antes de cumplirse un año de la revolución de Mayo, una revolución intestina, o asonada, o motín militar, estallaba en Buenos Aires, y se imponía a la Junta de Gobierno. Los vencedores, entre otras imposiciones, llamaban a Belgrano a juicio de responsabilidad, so pretexto de haber sido desgraciado en su expedición al Paraguay, le arrebataban el despacho de brigadier general con que había sido honrado, y dejaban acéfala la expedición destinada a prestar auxilio a la región oriental. En octubre de 1812, tendremos otra revolución que pondrá patas arriba lo existente, los revolucionarios serán los nuevos milita-

res precisamente: San Martín, Alvear, etc., que se alzarán contra el gobierno no bien lleguen de Europa.

Para que os deis cuenta, hermanos artistas, de la naturaleza del núcleo dirigente ante el cual Artigas ofrece su espada a la patria, buscando independencia para ella, dejadme leeros siquiera esta página de la *Historia de Belgrano*, del general Mitre. Así veréis la realidad de Artigas, que ha sido tachado de anárquico, porque no se sometió a la *unidad* de que Buenos Aires era cabeza. "Apenas había transcurrido un año, y ya la arena revolucionaria se veía abandonada por sus más esforzados atletas. Moreno, el numen de la revolución, había expirado en la soledad del mar. Alberti, miembro de la Comisión de Mayo, había muerto antes de ver consolidada su obra. Berruti y French, los dos tribunos del 25 de mayo, estaban expatriados como unos criminales. Rodríguez Peña, el nervio de la prédica patriótica en los días que precedieron a la revolución; Azcuénaga, que tan eficazmente había cooperado a su triunfo; Vieytes, el infatigable compañero de Belgrano en los trabajos que prepararon el cambio del año 10, todos ellos eran ignominiosamente perseguidos, y calificados, por sus antiguos amigos, con los epítetos de fanáticos, frenéticos, demócratas furiosos, desnaturalizados, inmORAles, sedientos de sangre y de pillaje, infames, traidores, facciosos, almas bajas, cínicos, revoltosos, insurgentes, hidras ponzoñosas y corruptores del pueblo."

Esa pugna continuará sin cesar, encarnizada, implacable, mis amigos artistas, allí no aparecerá *el hombre*, hasta que no surja el tirano; las revoluciones, los motines, las aonadas, las conspiraciones políticas se seguirán sin interrupción en el seno de aquel núcleo, en el que subirán y bajarán los *caudillos pa-*

líticos, gracias muchas veces a la intriga, y con prescendencia de los altos intereses de la causa americana

No es, pues, posible que el capitán de blandengues, el hombre sincero que os estoy haciendo ver en presencia de la Junta de Buenos Aires, tome partido en ella, ni jure allí la sumisión incondicional de su pueblo a ninguna de esas fracciones. Él es el orden: viene a pedir recursos para libertar a su patria, y aceptará los que le den y de quien se los dé, pues está dispuesto a libertarla con esos hombres, sin esos hombres, y contra esos hombres si es preciso. Pero tampoco es posible que, en la obra a que lo ha precipitado Buenos Aires, prescinda de éste. Buenos Aires no se pertenece ya a sí mismo; no puede volver atrás. Artigas *tiene el derecho*, lo que se llama *derecho*, de intentar que no vuelva atrás.

III

Se acepta, por fin, su ofrecimiento; le dan doscientos pesos y ciento cincuenta soldados. No es munificente el socorro, fuerza es confesarlo; pero Artigas toma los soldados y el dinero. Le confieren el grado de teniente coronel. No es muy excelsa la graduación, que digamos, él es mucho más en el ejército español, y pronto podrá ser lo que quiera. Pero acepta el grado; también Washington aceptó el de general francés, sin dejar por eso de ser Washington, el americano. Lo ponen a las órdenes de Belgrano, a quien confían la expedición a la Provincia Oriental, dando a éste por segundo a Rondeau, y a las órdenes de Belgrano se coloca Artigas, sin reservas mentales. No será él, por cierto, quien, por ambición personal, inicie las disensiones. Estalla en Buenos Aires la revolu-

ción o asonada de abril, de que acabo de hablaros, la primera subversión, que obliga a Belgrano a dejar el ejército, para responder, en Buenos Aires, de sus actos en el Paraguay; se nombra, en su reemplazo, para mandar la expedición de la Banda Oriental, a Rondeau, camarada de Artigas, y nombrado, como él, teniente coronel, pero más moderno, con menos servicios y sin arraigo ni prestigio alguno en el pueblo uruguayo... No importa; Artigas ha sido testigo de las disensiones que hierven en Buenos Aires; las ha mirado con pena por sus propios ojos; pero acepta lo que le dan, sin observación, con tal de acudir donde la patria lo espera. Comprende que entre Rondeau y él, Buenos Aires no puede vacilar, Rondeau está dispuesto a ser un simple general. Todo lo acepta, todo lo obedece, y parte para Entreríos, a situarse en la costa del Uruguay, dispuesto a cruzarlo, en cuanto reúna los elementos necesarios para pisar el suelo de la patria. Eso es lo que él quiere; está sintiendo, como el ruido de la marea, el rumor del pueblo oriental, que se levanta a su voz, y que confía en él, y cuenta con él. Y es preciso que vaya a ponerse a su cabeza.

El 7 de abril de 1811 cruza Artigas el río, burlando los cruceros españoles, y pisa el suelo que busca. Desembarca, por fin, en la *Calera de las Huérfanas*, donde su pueblo lo rodea y lo aclama.

La independencia de la República Oriental del Uruguay ha comenzado, amigos artistas. La revolución de Mayo no puede ya volver atrás, su pensamiento integral habita la conciencia de un soldado caballero, y es en ella acción heroica.